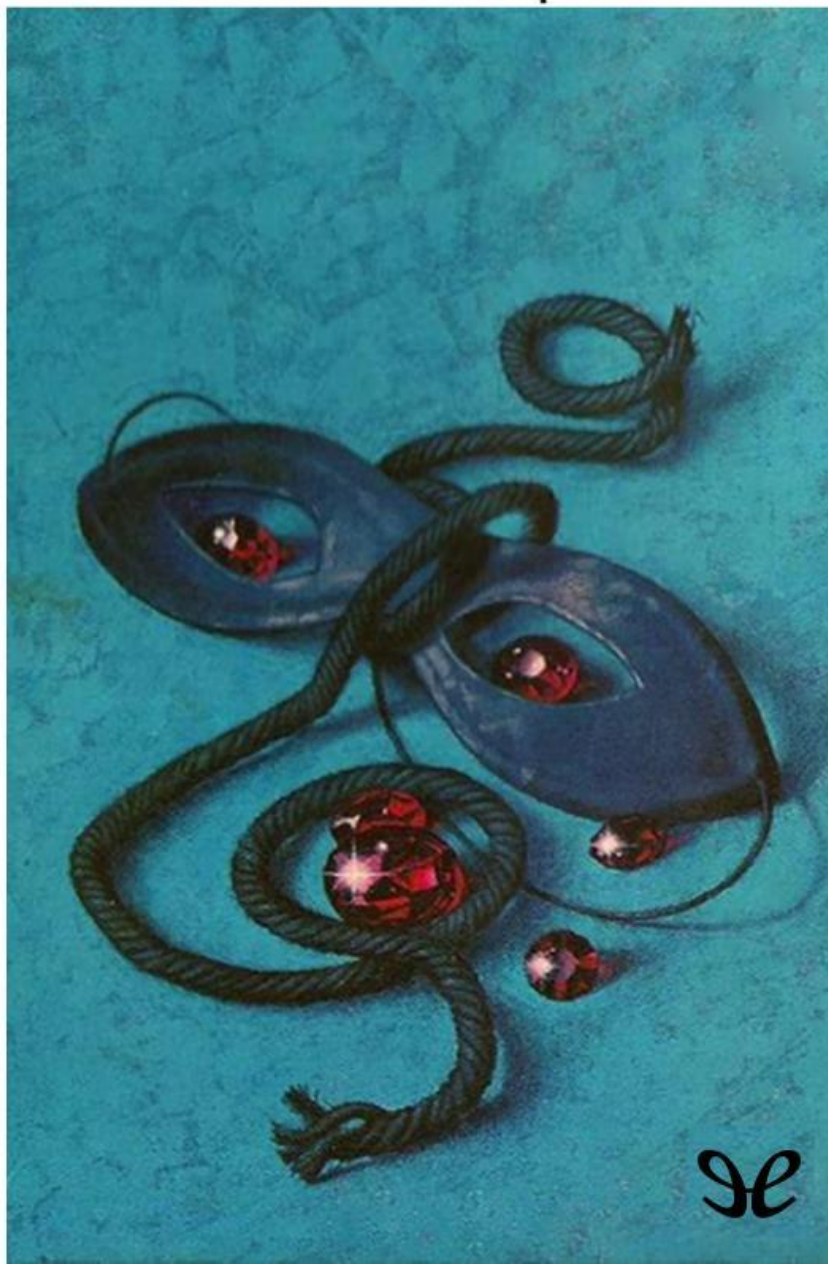
AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DEL TREN AZUL



Cuando el lujoso Tren Azul llega a Niza, un guardia intenta despertar a Ruth Kettering para anunciarle su parada. Pero ella no despertará nunca más, ya que un disparo de gran calibre la ha matado, desfigurando sus rasgos hasta volverla casi irreconocible. Además, sus valiosísimos rubíes han desaparecido. El principal sospechoso del crimen es el arruinado marido de la dama, Derek. Pero Poirot no está convencido, y decide hacer una reconstrucción de ese día hasta llegar a la clave del asesinato…

Agatha Christie

El misterio del Tren Azul

Hércules Poirot - 6

ePub r1.4
Titivillus 02.01.16

Título original: *The Mistery Of The Blue Train*
Agatha Christie, 1928
Traducción: José Mallorquí

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AARONS, Joseph: Agente teatral.

VAN ALDIN, Rufus: Millonario norteamericano.

ALICE: Doncella de Katherine Grey.

ARCHER: Criado de Van Aldin.

CARRÉGE: Juez de instrucción.

CAUX: Comisario de policía en Niza.

EVANS, Charlie: Cuarto esposo de *lady* Rosalie.

FRAVELLE, Hipolyte: Criado de De la Roche.

FRAVELLE, Marie: Esposa de Hipolyte y también criada de De la Roche.

GEORGE: Criado de Poirot.

GOBY: Detective privado.

GREY, Katherine: Antigua señorita de compañía de la difunta Mrs. Harfield.

HARFIELD, Mary Anne: Prima de la fallecida Jane Harfield.

HARRISON, Arthur: Médico de Mrs. Harfield.

HARRISON, Polly: Esposa del anterior.

KETTERING, Derek: Arruinado caballero miembro de una antigua familia inglesa.

KETTERING, Ruth: Esposa del anterior e hija de Van Aldin.

KNIGHTON, Richard: Secretario de Van Aldin y comandante retirado.

MASON, Ada Beatrice: Doncella de Ruth.

MICHEL, Pierre: Conductor del coche-cama del Tren Azul.

MIRELLE: Bella y famosa bailarina, amante de Derek Kettering.

PAPOPOLOUS: Judío griego comerciante en antigüedades.

PAVETT: Criado de Derek.

POIROT, Hércules: Famoso detective, protagonista de esta novela.

DE LA ROCHE, Armand: Conde y distinguido aventurero.

TAMPLIN, Lenox: Hija de *lady* Rosalie.

TAMPLIN, Lady Rosalie: Prima de Katherine Grey.

VINER, Amelia: íntima amiga de la difunta Jane Harfield.

ZIA: Hermosa joven, hija de Papopolous.

Capítulo I

EL HOMBRE DE LOS CABELLOS BLANCOS

Sería alrededor de medianoche cuando un hombre atravesó la plaza de la Concordia. A pesar del magnífico abrigo de piel que cubría su magro cuerpo, había en él algo esencialmente débil y miserable.

Era un hombrecillo con cara de rata, uno de esos hombres que parece imposible que puedan ocupar ningún puesto relevante, o que lleguen a destacar en cualquier esfera. Sin embargo, quien creyese tal cosa se equivocaría totalmente porque este hombre, despreciable e inconspicuo, jugaba un importante papel en los destinos del mundo. En un imperio gobernado por las ratas, él era el rey.

Incluso ahora, en una embajada aguardaban su regreso. Pero antes tenía otros quehaceres, de esos que la embajada no conocía oficialmente. A la luz de la luna, su rostro aparecía blanco y afilado, destacándose su nariz ligeramente curvada. Su padre, un judío polaco, oficial de sastre, se hubiera mostrado satisfecho con el trabajo que esta noche había llevado a su hijo al extranjero.

Llegó al Sena, lo cruzó y entró en uno de los barrios de peor reputación de París. Se detuvo ante una ruinosa casa de pisos, y subió hasta un apartamento situado en el cuarto piso. Golpeó la puerta con los nudillos, y aún no se había extinguido el ruido de los golpes, cuando ésta fue abierta por una mujer que, sin duda, estaba esperándole. No le saludó, pero le ayudó a sacarse el abrigo. Después lo guió a un saloncito amueblado con el peor gusto. La luz, velada por una chillona pantalla de seda roja, suavizaba pero no ocultaba el vulgar maquillaje que cubría el rostro de la muchacha, como tampoco los rasgos mongoles de su rostro. No cabía la menor duda de la profesión y nacionalidad de Olga Demiroff.

—¿Va todo bien, pequeña?

—Todo va perfectamente, Boris Ivanovitch.

Él asintió mientras murmuraba:

—No creo que me hayan seguido.

Pero había cierta ansiedad en sus palabras. Se dirigió hacia la ventana, apartó disimuladamente los visillos y miró hacia la calle. Se apartó de un salto.

—Hay dos hombres en la acera de enfrente. Miran hacia aquí…

Se detuvo y empezó a morderse las uñas, gesto habitual en él cuando lo dominaba la ansiedad.

La muchacha rusa meneó la cabeza lentamente, en un gesto que pretendía tranquilizarlo:

—Estaban aquí antes de que tú vinieras.

—De todas formas, me parece que vigilan la casa.

—Tal vez —dijo ella indiferente.

—Pero entonces…

—¿Y qué? Aunque ellos lo *sepan*, no será a ti a quien sigan desde aquí.

En los labios del hombre apareció una cruel sonrisa.

—No —admitió—. Eso es verdad.

Durante unos minutos, permaneció reflexionando y al fin comentó:

—Ese dichoso americano ya se las compondrá como pueda.

—Supongo que sí.

Boris Ivanovitch se dirigió otra vez hacia la ventana.

—Tipos duros —murmuró con una sonrisa—. Deben ser conocidos de la policía. Bien, bien, les deseo a los hermanos apaches una excelente caza.

Olga Demiroff meneó la cabeza.

—Si el norteamericano es el hombre que dicen que es, se necesitará algo más que una pareja de cobardes apaches para pillarlo —se detuvo un momento y luego prosiguió—: Me extraña…

—¿Qué?

—Nada. Sólo que esta noche ha pasado dos veces por esta calle un hombre de cabellos blancos.

—¿Y qué?

—Pues que, al pasar junto a esos dos sujetos, ha dejado caer un guante. Uno de los hombres lo ha recogido y se lo ha devuelto. Un truco muy usado.

—Entonces, ¿tú crees que ese individuo de cabellos blancos es su patrón?

—Algo por el estilo.

El ruso pareció alarmado e inquieto.

—¿Estás convencida de que el paquete está en lugar seguro, que no lo han tocado? Se ha hablado tanto… ¡Se ha hablado demasiado!

Se mordió de nuevo las uñas.

—Juzga por ti mismo.

La muchacha se dirigió hacia la chimenea y revolvió hábilmente los pedazos de carbón. De debajo de todo, entre unas bolas de papel de periódico, sacó un paquete de forma oblonga, envuelto en una mugrienta hoja de diario, y se lo tendió al hombre.

—Muy ingenioso —aprobó éste.

—Ya han registrado dos veces el apartamento. Destrozaron el colchón de mi cama.

—Sí, ya lo he dicho antes —murmuró él—, se ha hablado demasiado. Ese regateo en el precio ha sido un error.

Mientras hablaba, había desenvuelto el paquete, dentro del cual había un pequeño envoltorio hecho con papel de estraza. Lo desenvolvió a su vez, miró el contenido y lo envolvió de nuevo rápidamente. Apenas acababa de hacerlo cuando sonó el timbre.

—El norteamericano es puntual —dijo Olga, echando una mirada al reloj.

Salió de la habitación. Regresó casi de inmediato con un hombre alto, de anchos hombros y cuyo origen transatlántico era evidente. Su aguda mirada fue de uno a otro.

—¿Mr. Krassnine? —preguntó amablemente.

—Servidor —dijo Boris—. Le ruego me perdone por lo inapropiado del lugar, pero se imponía la mayor reserva. Por nada del mundo, quisiera que me relacionaran con este asunto.

—Está bien —contestó el norteamericano, afablemente.

—Me ha dado usted su palabra de no divulgar ningún detalle de este asunto. Es una de las condiciones de… la venta.

El otro asintió.

—Sí, eso ya quedó convenido —señaló con indiferencia—. Ahora supongo que me enseñará el objeto.

—¿Trae usted el dinero en efectivo?

—Sí —contestó el norteamericano.

Sin embargo, no hizo el menor gesto para mostrarlo. Tras un momento de duda, Krassnine le señaló el paquetito que estaba en la

mesa.

El hombre lo cogió y desenvolvió el papel. Luego, colocó el contenido bajo la luz de una lámpara y lo examinó atentamente. Satisfecho, sacó de su bolsillo una abultada cartera de piel y extrajo de ella un voluminoso fajo que tendió al ruso, quien los contó cuidadosamente.

—¿Conforme?

—Sí, señor, conforme. Muchas gracias.

—Entonces —dijo el norteamericano, guardándose el pequeño envoltorio al tiempo que se inclinaba ante Olga—, buenas noches, *mademoiselle*; buenas noches, Mr. Krassnine.

Salió y la pareja cruzó una mirada. El hombre se pasó la lengua por sus resecos labios.

—¿Llegará a su hotel? —murmuró.

Con un mismo movimiento, ambos se dirigieron hacia la ventana. Llegaron a tiempo para ver al norteamericano salir a la calle. Éste se volvió hacia la izquierda y se alejó a grandes zancadas sin volver ni una vez la cabeza. Dos sombras salieron de un portal y lo siguieron silenciosamente. Perseguido y perseguidores se perdieron en la noche. Olga Demiroff dijo:

—Llegará a su destino felizmente, no tengas miedo… o esperanzas.

—¿Por qué crees que llegará felizmente? —preguntó Krassnine curioso.

—Un hombre que ha ganado tanto dinero como él no debe de ser ningún loco —afirmó Olga—. A propósito de dinero…

Miró significativamente a Krassnine.

—¿Qué?

—Mi parte, Boris Ivanovitch.

Con cierto disgusto, Krassnine le tendió dos billetes. La muchacha le dio las gracias sin la menor emoción y guardó inmediatamente el dinero en una de sus medias.

—Muy bien —dijo satisfecha.

Boris la miró con curiosidad.

—¿No sientes remordimientos, Olga Vassilovna?

—¿Remordimientos? ¿Por qué?

—Por lo que ha estado bajo tu custodia. Hay mujeres… Mejor dicho, creo que la mayoría de las mujeres se hubiesen vuelto locas

por una cosa así.

Ella asintió pensativa.

—Sí, tienes razón. La mayoría de las mujeres se volverían locas, pero yo no. Ahora me pregunto… —Se detuvo.

—¿Qué? —preguntó el otro con cierta curiosidad.

—Estoy segura de que el norteamericano no tendrá problemas. Sí, de eso estoy segura. Pero me pregunto…

—¿Eh? ¿En qué estás pensando?

—Que se lo regalará quizás a alguna mujer —respondió Olga pensativa—. Y me pregunto qué sucederá entonces.

Se levantó impaciente y fue hacia la ventana. De pronto, profirió una exclamación y llamó a su compañero.

—Mira, pasa otra vez el hombre que te dije antes.

Ambos miraron hacia abajo. Una delgada y elegante figura masculina avanzaba con paso lento. Llevaba una capa y un sombrero de copa alta cubría su cabeza. Cuando pasó junto a una farola, la luz iluminó un mechón de cabellos blancos.

Capítulo II

EL MARQUÉS

El hombre de los cabellos blancos siguió su camino sin la menor prisa y, al parecer indiferente a cuanto le rodeaba, giró por la primera calle a la derecha, y luego por otra a la izquierda. De vez en cuando, tarareaba un estribillo.

De pronto se detuvo y escuchó con atención. Había oído cierto ruido, que lo mismo podía ser el reventón de un neumático que un disparo. Por un momento, una extraña sonrisa asomó en su rostro. Luego reanudó su tranquilo paseo.

Al volver una esquina, se encontró con un grupo de personas. Un agente de policía tomaba notas en una libreta, y un par de noctámbulos le explicaban lo que habían visto. El hombre de los cabellos blancos se dirigió amablemente a uno de ellos.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó.

—*Mais oui, monsieur*, dos ladrones han atacado a un caballero norteamericano.

—¿Le han hecho algún daño?

—¡Oh, no! —el hombre se rió—. El norteamericano llevaba un revólver y, antes de que pudieran atacarlo, disparó, y las balas pasaron tan cerca de ellos que se asustaron y salieron huyendo. Como de costumbre, la policía ha llegado demasiado tarde.

—¡Ah! —dijo el hombre de los cabellos blancos sin aparentar la menor emoción.

Plácida y serenamente reanudó su nocturno paseo. Poco después cruzó el Sena, y llegó a uno de los más aristocráticos barrios de la ciudad. Unos veinte minutos más tarde, se detuvo ante una casa de una tranquila pero elegante calle.

La tienda, pues se trataba de una tienda, era pequeña y sin pretensiones. D. Papopolous, comerciante en antigüedades, era tan conocido que no necesitaba ningún reclamo, y por cierto, la mayor

parte de sus negocios no se hacían encima del mostrador. Mr. Papopolous tenía un elegante piso en la calle Champs Elysées; por lo tanto, lo más lógico era suponer que sería mucho más fácil encontrarlo allí a esas horas que en el establecimiento. Pero el hombre de los cabellos blancos parecía estar seguro de acertar, porque apretó el botón del timbre después de haber echado una rápida ojeada a la desierta calle.

Su confianza no quedó defraudada. La puerta fue abierta y un hombre apareció en el umbral; su rostro era muy moreno y en sus orejas brillaban unos aros de oro.

—Buenas noches —dijo el visitante—. ¿Está tu amo?

—El amo está aquí, pero no acostumbra a recibir a nadie a estas horas —gruñó el criado.

—Creo que a mí me recibirá. Dile que su amigo el Marqués ha venido a verlo.

El hombre abrió un poco más la puerta y dejó entrar al visitante.

El que se presentaba como el Marqués se había cubierto la cara con la mano durante el breve diálogo. Al volver el criado para decirle que Mr. Papopolous recibiría con placer al visitante, un nuevo cambio se había operado en su aspecto. El criado debía ser poco observador o acaso estaba muy bien enseñado, pues no mostró la menor sorpresa al ver el pequeño antifaz de seda negra que cubría las facciones del otro. Le acompañó hasta una puerta al final del vestíbulo, la abrió y anunció respetuosamente:

—*Monsieur le Marquis*.

La figura que se levantó para recibir al extraño visitante era imponente. Había algo venerable y patriarcal en Mr. Papopolous. Tenía una amplia frente y una hermosa barba blanca. Sus modales eran algo eclesiásticos y bondadosos.

—Mi querido amigo —dijo Mr. Papopolous. Hablaba en francés con un acento fuerte y ceremonioso.

—Ante todo, perdón por lo intempestivo de la hora —rogó el visitante.

—De ninguna manera, de ninguna manera —replicó Mr. Papopolous—. Estas horas de la noche son las más interesantes. Seguramente habrá pasado usted una velada agradable.

—No personalmente —contestó El Marqués.

—No personalmente —repitió Papopolous—. No, claro que no.

¿Hay alguna noticia?

Miró de soslayo al visitante con una mirada que no tenía nada de eclesiástica ni de bondadosa.

—No, no hay ninguna noticia. El intento falló, tal como me figuraba.

—Era de esperar —señaló Papopolous—. La violencia…

Movió la mano como para expresar su intenso desagrado por la violencia en cualquiera de sus formas. Realmente no había nada de violento en el aspecto de Mr. Papopolous ni en los negocios que realizaba. Era un hombre conocidísimo en la mayoría de las cortes europeas y los reyes le llamaban amistosamente Demetrius. Tenía fama de ser sumamente discreto. Esto, unido a su noble apariencia, le habían sacado con bien de varias transacciones más que dudosas.

—El ataque directo —prosiguió el griego, al tiempo que meneaba la cabeza dubitativamente— algunas veces sale bien, pero muy pocas.

El otro se encogió de hombros.

—Ahorra tiempo y, si falla, no cuesta nada o casi nada. Verá usted como el otro plan no fallará.

—¡Ah! —exclamó Mr. Papopolous que le miró con atención.

El visitante asintió.

—Tengo una gran confianza en su reputación —afirmó el anticuario.

El Marqués sonrió con amabilidad.

—Puede estar seguro de que esa confianza no quedará defraudada.

—Cuenta usted con unas oportunidades únicas —añadió el anticuario con cierta envidia en el tono de su voz.

—Yo las creo —dijo El Marqués.

Se levantó y cogió la capa que había arrojado sobre el respaldo de una silla.

—Le mantendré informado, Mr. Papopolous, por los conductos habituales, pero no debe haber ningún obstáculo en sus arreglos.

Mr. Papopolous se mostró dolido.

—No hay obstáculos en mis arreglos —protestó.

El otro sonrió y, sin una sola frase de despedida, abandonó la habitación.

El anticuario permaneció unos instantes pensativo, acariciándose

la blanca y venerable barba. Luego se dirigió a otra puerta y la abrió. Una joven, que sin duda había estado escuchando por el ojo de la cerradura, entró en la habitación sin que Mr. Papopolous mostrase la menor sorpresa. Por lo visto, aquello era completamente natural para él.

—¿Y bien, Zia? —preguntó.

—No le he oído salir —explicó Zia.

Era una hermosa joven de cuerpo escultural y brillantes ojos negros. Su gran parecido con el anticuario, hacía evidente que eran padre e hija.

—Es una lástima —añadió disgustada— que no se pueda ver y oír al mismo tiempo a través del ojo de la cerradura…

—Eso mismo he pensado yo muchas veces —asintió Papopolous con la mayor sencillez.

—¿Así que ése es El Marqués? —inquirió Zia lentamente— ¿Lleva siempre antifaz, papá?

—Siempre.

Se produjo una pausa.

—Se trata de los rubíes, ¿verdad? —preguntó Zia.

Su padre asintió.

—¿Qué piensas, pequeña? —continuó con un alegre brillo en los ojos oscuros.

—¿Del Marqués?

—Sí.

—Sencillamente, que parece muy raro encontrar a un inglés distinguido que hable el francés tan bien como él.

—¡Ah! —exclamó el griego— ¿Así que eso es lo que crees?

Como de costumbre, no se comprometió, pero miró con aprobación a su hija.

—También me parece —prosiguió la muchacha— que la forma de su cabeza es muy extraña.

—Sí, abultada —dijo el padre—, demasiado abultada, pero eso es debido a la peluca.

Padre e hija se miraron sonriendo.

Capítulo III

CORAZÓN DE FUEGO

Rufus Van Aldin entró por la puerta giratoria del Savoy y se dirigió hacia la recepción. El empleado le saludó respetuosamente.

—Buenas tardes, Mr. Van Aldin; me alegro mucho de volverlo a ver por aquí.

El millonario norteamericano asintió en un saludo informal.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Sí, señor. El comandante Knighton le espera en su suite.

Van Aldin volvió a asentir.

—¿Tengo correspondencia?

—Sí, señor; la acaban de subir. ¡Ah!, espere un momento.

Buscó en el casillero y sacó una carta.

—La han traído ahora mismo.

Rufus Van Aldin la cogió y, al fijarse en la escritura, trazada por mano de mujer, su rostro se transformó en el acto. Se suavizó su expresión a la vez que se relajaba la dura línea de su boca. Parecía otro hombre. Se dirigió al ascensor con la carta en la mano y la sonrisa en los labios.

En el salón de la suite, un joven sentado ante una mesa abría la correspondencia con la habilidad propia de una larga práctica. Al entrar Van Aldin, se puso de pie.

—¡Hola, Knighton!

—¿Cómo está usted, señor? ¿Ha tenido buen viaje?

—Así, así —respondió el millonario indiferente—. París se ha convertido en un antro. Sin embargo, conseguí lo que buscaba.

Sonrió con severidad, casi para sí mismo.

—Cosa muy lógica en usted —dijo el secretario riendo.

—Así es —asintió Van Aldin.

Lo dijo con un tono práctico, como si se tratase de algo que no tuviese vuelta de hoja. Se despojó de su pesado abrigo y avanzó

hacia la mesa.

—¿Hay algo urgente?

—No lo creo, señor, hasta ahora nada importante. Todavía no he terminado de clasificarla.

Van Aldin asintió brevemente. Era un hombre que poquísimas veces censuraba o alababa. El método que seguía con sus empleados era sencillo. Primero los ponía a prueba e inmediatamente despedía a los que resultaban ineptos. La selección que hacía de la gente no tenía nada de convencional. Por ejemplo, dos meses antes había encontrado a Knighton en una estación invernal suiza. El joven le causó buena impresión y, al revisar su hoja de servicios, encontró la explicación de su leve cojera. Knighton no ocultó que estaba buscando un empleo y hasta le preguntó tímidamente al millonario si sabía de alguno. Van Aldin recordó con una sonrisa severa el asombro del joven cuando le ofreció la plaza de secretario privado.

«Pero… yo no tengo ninguna experiencia comercial», había tartamudeado el joven.

«Eso me importa un comino —había replicado Van Aldin—. Tengo tres secretarios que se ocupan de esas cosas, pero pienso permanecer en Inglaterra durante tres meses y quiero un inglés que sepa moverse y se ocupe de los compromisos sociales».

Hasta ahora se había confirmado su juicio. Knighton demostraba ser un hombre inteligente, rápido y de recursos, además de tener una innata distinción personal.

El secretario señaló tres o cuatro cartas colocadas en un ángulo del escritorio.

—Sería conveniente que echase un vistazo a estas cartas. La de encima se refiere al contrato de Colton…

Rufus Aldin levantó una mano en señal de protesta.

—Esta noche no leeré nada —declaró—. Todas pueden esperar hasta mañana, menos ésta. —Miró la que tenía en la mano, y de nuevo la extraña sonrisa apareció en su rostro.

Richard Knighton sonrió comprensivo.

—¿Mrs. Kettering? —murmuró—. Telefoneó ayer y hoy; parece muy ansiosa de verle cuanto antes, señor.

—¿De veras?

La sonrisa desapareció del rostro del millonario. Abrió el sobre que tenía en la mano y sacó la carta. A medida que iba leyendo su

rostro se ensombrecía, su boca adquirió la dura línea que tan bien conocían en Wall Street y frunció el entrecejo en un gesto de amenaza. Knighton volvió discretamente la cabeza, y continuó con el trabajo de abrir las cartas y clasificarlas. El millonario lanzó un juramento y descargó un violento puñetazo contra la mesa.

—No toleraré esto —dijo como hablando consigo mismo—. ¡Pobre chiquilla! Es una suerte que tengas a tu padre para que te respalde.

Comenzó a pasearse arriba y abajo por la habitación, con una expresión agria. Knighton, inclinado sobre la mesa, parecía absorto en su trabajo. De pronto, Van Aldin se detuvo y cogió el abrigo de la silla donde lo había dejado.

—¿Vuelve a salir? —preguntó Knighton.

—Sí, voy a ver a mi hija.

—¿Y si llama la gente de Colton…?

—Mándelos usted al diablo.

—Muy bien —contestó el secretario, impertérrito.

Van Aldin, con el abrigo ya puesto, se caló el sombrero hasta las orejas y se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo para decir:

—Es usted un buen muchacho, Knighton. Por lo menos, no me incordia cuando me ve preocupado.

Knighton sonrió, pero no contestó.

—Ruth es mi única hija —explicó Van Aldin—. Nadie en el mundo sabe lo que ella significa para mí.

Una débil sonrisa iluminó su rostro mientras metía la mano en el bolsillo.

—¿Quiere usted ver algo, Knighton?

Sacó del bolsillo un paquete mal envuelto en papel de estraza. Quitó el papel y apareció un gran estuche de terciopelo rojo raído. En el centro de la tapa había unas iniciales entrelazadas y una corona. Al abrirlo, el secretario no pudo contener un grito de asombro. Sobre el blanco amarillento del forro de satén, las piedras parecían gotas de sangre.

—¡Dios mío! —exclamó— ¿Son… verdaderas?

Van Aldin soltó una carcajada que sonó como un cacareo.

—No me extraña su pregunta. Entre estos rubíes están los tres más grandes del mundo. Los llevó Catalina de Rusia, Knighton. Éste del centro, ¿ve usted?, es conocido por el nombre de «Corazón de

fuego». Es perfecto, no tiene ni una sola mancha.

—Pero deben de costar una fortuna —murmuró el secretario.

—Cuatrocientos o quinientos mil dólares, sin contar el valor histórico —respondió Van Aldin tranquilamente.

—¿Y los lleva usted así como si nada, en el bolsillo?

Van Aldin rió divertido.

—Pues claro, son mi regalito para Ruth.

El secretario sonrió discretamente.

—Comprendo ahora la ansiedad de Mrs. Kettering en el teléfono —murmuró.

Pero Van Aldin meneó la cabeza. Su rostro recobró su duro aspecto.

—Respecto a eso, está usted equivocado —dijo—, porque ella no sabe ni una palabra del regalo. Quiero sorprenderla.

Cerró el estuche y lo envolvió lentamente.

—Es una lástima que se pueda hacer tan poco por los que uno quiere. Yo podría comprarle una buena parte del mundo a Ruth si eso pudiese serle de alguna utilidad, pero de nada me serviría. Al colgar esas joyas alrededor de su cuello le proporcionaré unos minutos de placer, pero —meneó la cabeza tristemente— cuando una mujer no es feliz en su hogar…

No terminó la frase. El secretario asintió con discreción. Él conocía mejor que nadie la reputación de la honorable Mrs. Kettering.

Van Aldin suspiró, guardó el paquete en el bolsillo de su abrigo, saludó a Knighton y salió de la habitación.

Capítulo IV

EN CURZON STREET

La honorable Mrs. Derek Kettering vivía en Curzon Street. El criado que abrió la puerta reconoció inmediatamente a Rufus Van Aldin, y se permitió una discreta sonrisa de bienvenida. Enseguida le condujo hasta el gran salón del primer piso.

Al verle entrar, una mujer que estaba sentada junto a la ventana se levantó dando un grito.

—¡Oh, papá! ¡Qué alegría! He telefoneado cada día al comandante Knighton para saber cuándo llegabas, pero él no lo sabía.

Ruth Kettering era una muchacha de unos veintiocho años. Sin ser hermosa o ni siquiera bonita, en el verdadero sentido de la palabra, atraía las miradas debido al hermoso color castaño de sus cabellos. Además, tenía unos preciosos ojos oscuros y unas pestañas muy negras, todo ello acentuado artísticamente con el maquillaje. Era alta, esbelta, y de movimientos gráciles. A primera vista, era el rostro de una madona de Rafael. Sólo fijándose detenidamente se advertía que las líneas de la barbilla y la mandíbula eran iguales a las de Van Aldin, revelando la misma dureza y determinación. Era algo que estaba muy bien en un hombre, pero que no favorecía mucho a una mujer.

Desde su más tierna infancia, Ruth Van Aldin se había acostumbrado a hacer su santa voluntad y todos cuantos intentaron oponerse a ello comprendieron enseguida que la hija de Rufus Van Aldin no cedía nunca.

—Knighton me ha dicho que le has telefoneado —dijo Van Aldin —. Apenas hace media hora que he llegado de París. ¿Qué es todo esto sobre Derek?

Ruth Van Aldin se puso roja de cólera.

—Es vergonzoso. Ya pasa de la raya —gritó—. Él no parece

querer escuchar nada de lo que le digo.

En su voz se mezclaban el asombro y el enfado.

—¡Pues ya me oirá a mí! —aseguró el millonario.

—Apenas lo he visto durante este último mes. Va a todas partes en compañía de esa mujer —añadió Ruth.

—¿Qué mujer?

—Mirelle, esa bailarina del Parthenon.

Van Aldin asintió.

—La semana pasada estuve en Leconbury y hablé con lord Leconbury. Estuvo muy amable conmigo y se hizo cargo de la situación. Me prometió que hablaría con Derek.

—¡Ah! —exclamó Van Aldin.

—¿Qué significa esta exclamación, papá?

—Tú ya sabes lo que significa, Ruth. El pobre Leconbury no es nadie. Claro que simpatiza contigo, claro que se muestra amable, y desde luego intenta calmarte, porque tiene a su hijo y heredero casado con la hija de uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Por eso es lógico que no quiera perder semejante bicoca. Pero está con un pie en la sepultura, como todo el mundo sabe, y ya puede decir misa que Derek no le escuchará.

—¿Tú podrías hacer algo, papá? —preguntó Ruth después de una pausa.

—Quizá —dijo el millonario, que pensó un segundo antes de añadir—: Podría hacer varias cosas, aunque sólo hay una eficaz. ¿Cómo estás de agallas, Ruthie?

Ella le miró asombrada. El padre asintió.

—Sí, has oído bien. ¿Tienes el valor para admitir ante todo el mundo que cometiste un error? Sólo hay una manera de salir de este embrollo, Ruthie. Olvida las pérdidas y empieza de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Que te divorcies.

—¡El divorcio!

Van Aldin sonrió secamente.

—Pronuncias esa palabra como si nunca la hubieses escuchado antes. Sin embargo, tus amigas se divorcian todos los días.

—¡Oh! Ya lo sé, pero…

Se detuvo, y se mordió el labio. El padre asintió comprensivo.

—Lo comprendo, Ruth. Te pasa lo que a mí, te molesta perder.

Sin embargo, yo he aprendido, y tú también lo aprenderás, que hay circunstancias en las que es el único camino. Podría recurrir a mil medios para hacer volver a Derek junto a ti, pero al final todo sería inútil. Derek no es buen marido. Es una bala perdida. Créeme, hija mía, me culpo a mí mismo por haber consentido tu boda. Pero tú estabas tan decidida, y él parecía dispuesto a enmendarse, y, bueno, como ya te contrarié una vez, cariño…

No la miró mientras pronunciaba las últimas palabras. Si lo hubiese hecho, habría notado el rubor en el rostro de su hija.

—Bien que me acuerdo —dijo ella con voz dura.

—Me supo mal oponerme por segunda vez. Sin embargo, ahora no sabes cuánto siento no haberlo hecho. Tu vida durante estos últimos años no ha sido nada agradable.

—No, no lo ha sido —asintió Mrs. Kettering.

—¡Por eso te repito que estas cosas han de terminarse de una vez! —Dejó caer pesadamente el puño sobre la mesa—. Tal vez sientas todavía algún cariño por ese hombre. Córtalo de cuajo. Enfréntate a los hechos: Derek Kettering se casó contigo por tu dinero, ésa es la verdad. Líbrate de él, Ruth.

Ruth Kettering miró al suelo y, al cabo de unos momentos, dijo sin levantar la cabeza:

—¿Y si no consiente?

Van Aldin la miró atónito.

—Él no tiene ni voz ni voto en este asunto.

La joven se sonrojó y se mordió el labio.

—No, no… Claro que no. Sólo quería decir…

Se detuvo. Su padre la miraba fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… —se detuvo otra vez para escoger cuidadosamente las palabras—… puede que no se avenga a esa solución.

El millonario torció el gesto.

—¿Quieres decir que pondrá trabas al divorcio? ¡Que lo haga! Pero estás muy equivocada. No luchará. Cualquier abogado le dirá que no tiene posibilidad alguna.

—¿No crees que quizá —vaciló— sólo por puro rencor, intente ponerme en una situación comprometida?

—¿Supones entonces que se opondrá? —Van Aldin meneó la cabeza un tanto asombrado—. Verás, necesitaría tener alguna

prueba en contra tuya.

Ruth no contestó. El millonario la miró con ansia.

—Vamos, Ruth, dime lo que te pasa. A ti te preocupa algo. ¿Qué es?

—Nada, nada.

Pero su voz no tenía seguridad.

—Temes la publicidad, ¿verdad? Bueno, pues déjalo de mi cuenta. Ya procuraré yo por todos los medios que no se hable de ello.

—Bien, papá, si tú crees que es lo mejor que se puede hacer.

—¿Es que sientes todavía algún cariño por ese hombre, Ruth? ¿Es eso?

—No.

Pronunció el monosílabo sin la menor vacilación, cosa que satisfizo a Van Aldin, quien palmeó cariñosamente el hombro de su hija.

—Todo irá bien, chiquilla. No te preocupes. Y ahora, a olvidarlo todo. Te he traído un regalo de París, ¿sabes?

—¿Para mí? ¿Es algo muy bonito?

—Espero que te lo parecerá —contestó el padre sonriendo.

Sacó el paquete del bolsillo del abrigo y se lo tendió a la joven. Ésta lo desenvolvió rápidamente, abrió el estuche y lanzó una exclamación de alegría. Sentía una gran pasión por las joyas.

—¡Papá, son maravillosos!

—Se apartan de lo vulgar ¿verdad? —dijo el millonario satisfecho—¿Te gustan?

—¡Que si me gustan! Papá, son únicos. ¿De dónde los has sacado?

Van Aldin sonrió.

—¡Ah! Es un secreto. Se los he comprado a un particular. Son muy famosos. ¿Ves la piedra grande del centro? Tal vez hayas oído hablar de ella; es el histórico «Corazón de fuego».

—¡«Corazón de fuego»! —repitió Mrs. Kettering.

Había sacado las piedras del estuche y las sostenía sobre su pecho. El millonario la miraba pensando en las mujeres que habían lucido aquella joya. Las angustias, las envidias, los celos. El «Corazón de fuego», como todas las piedras famosas había dejado tras de sí un rastro de tragedia y violencia. Sostenido en la firme

mano de Ruth Kettering parecía haber perdido su diabólico poder. Con su frío equilibrio, esta mujer de Occidente parecía la negación de la tragedia o de la pasión incendiaria. Ruth devolvió las piedras al estuche; luego, se levantó de un salto y se abrazó al cuello de su padre.

—¡Oh, gracias, papá, muchas gracias! ¡Son maravillosos! Me has hecho un regalo estupendo.

—Está bien —dijo Van Aldin, y le palmeó el hombro—. Ya sabes, Ruth, que tú lo eres todo para mí.

—¿Te quedarás a cenar, verdad, papá?

—No lo creo. Tú tenías un compromiso, ¿no es así?

—Sí, pero puedo excusarme, no es nada importante.

—No, vete tranquila. Yo también tengo bastante que hacer. Te veré mañana. Quizá te telefonee; podríamos encontrarnos en el bufete de Galbraith.

Galbraith, Galbraith, Cuthbertson & Galbraith eran los abogados de Van Aldin en Londres.

—Muy bien papá. Supongo… —dudó un momento— que esto no me impedirá ir a la Riviera ¿verdad?

—¿Cuándo piensas irte?

—El día catorce.

—Puedes irte tranquila. Esos trámites llevan mucho tiempo. Por cierto, Ruth, yo en tu lugar no me llevaría los rubíes de viaje. Guárdalos en el banco.

Mrs. Kettering asintió.

—No quiero que te roben y asesinen por culpa del «Corazón de fuego» —bromeó el millonario.

—Sin embargo, tú lo llevabas en el bolsillo —replicó sonriendo su hija.

—Sí… —se detuvo.

Aquella desacostumbrada vacilación atrajo la atención de su hija.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada —contestó él sonriente—. Recordaba una aventurilla que me ocurrió en París.

—¿Una aventura?

—Sí, la noche que compré las piedras —señaló el estuche.

—¡Oh, cuéntamela!

—No tiene importancia, Ruth. Unos apaches se quisieron pasar de listos. Les disparé y salieron huyendo. Eso es todo.

Ella le miró con orgullo.

—Eres un tipo duro, papá.

—¿Verdad que sí?

La besó cariñosamente y se marchó. En cuanto llegó al Savoy, dio una breve orden a Knighton.

—Busque enseguida a un hombre llamado Goby; encontrará su dirección en mi agenda. Que esté aquí mañana a las nueve y media.

—Bien, señor.

—También quiero ver a Mr. Kettering. Dé con su paradero. Tal vez esté en su club; arrégleselas para que mañana por la mañana pueda hablar con él. Que venga aquí sobre las doce. Esos tipos no suelen ser madrugadores.

El secretario asintió. Van Aldin se puso en manos de su ayuda de cámara. El baño estaba dispuesto y, mientras se sumergía voluptuosamente en el agua caliente, sus pensamientos volvieron hacia la conversación que había sostenido con su hija. Estaba satisfecho. Hacía mucho tiempo que había visto el divorcio como solución posible. Ruth había aceptado la proposición con más tranquilidad de lo que él había supuesto. Sin embargo, a pesar de su consentimiento, experimentaba una vaga sensación de malestar. En el proceder de su hija había algo que no era natural. Frunció el entrecejo.

—Tal vez todo sea imaginación mía —murmuró—, pero estoy seguro de que hay algo que no ha querido decirme.

Capítulo V

UN HOMBRE ÚTIL

Rufus Van Aldin había terminado su frugal desayuno, compuesto de café y tostadas, que era lo que tomaba siempre, cuando Knighton entró en la habitación.

—Mr. Goby está abajo, señor. Desea verle.

El millonario miró el reloj. Eran las nueve y media.

—Bien; que suba.

Poco después entraba Mr. Goby en el salón. Era un hombre menudo, mayor, mal vestido, cuya mirada iba de un lado a otro sin detenerse nunca en su interlocutor.

—Buenos días, Goby —saludó el millonario—. Siéntese.

—Gracias, Mr. Van Aldin.

Goby se sentó con las manos sobre las rodillas y clavó su mirada en el radiador de la calefacción.

—Tengo un trabajo para usted.

—Muy bien, Mr. Van Aldin.

—Como usted sabe seguramente, mi hija está casada con el honorable Derek Kettering.

Mr. Goby transfirió su mirada del radiador al cajón izquierdo de la mesa escritorio, a la vez que se permitía una humilde sonrisa. Goby estaba enterado de infinidad de cosas, pero le disgustaba confesarlo.

—Por consejo mío, mi hija va a presentar una demanda de divorcio. Eso, desde luego, es asunto de un abogado; pero, por motivos particulares, quiero la más amplia y completa información posible…

Mr. Goby contempló el techo y murmuró:

—¿De la vida de Mr. Kettering?

—Eso es.

—Muy bien, Mr. Van Aldin.

Goby se puso de pie.

—¿Cuándo la tendrá usted lista? —preguntó el millonario.

—¿Le corre a usted prisa, señor?

—Por supuesto que sí.

Goby sonrió comprensivo a la chimenea.

—¿Le parece a usted bien esta tarde a las dos?

—Perfectamente. Buenos días, Goby.

—Buenos días, señor.

—Ése es un hombre muy útil —le comentó Van Aldin a su secretario, que había entrado al salir Goby—. En su especialidad es un as.

—¿Y qué especialidad es la suya?

—La información. Dele veinticuatro horas y le pondrá al corriente de la vida privada del arzobispo de Canterbury.

—Un sujeto utilísimo —corroboró Knighton con una sonrisa.

—Su ayuda me ha sido valiosísima en un par de ocasiones —explicó Van Aldin—. Ahora, Knighton, a trabajar.

En las horas que siguieron, despachó rápidamente una gran cantidad de asuntos. Eran las doce y media cuando sonó el teléfono. Knighton se puso al aparato e informó a su jefe de que Mr. Kettering estaba abajo. El secretario miró a Van Aldin, que asintió.

—Dígale a Mr. Kettering que tenga la bondad de subir.

El secretario recogió los papeles y salió. Al llegar a la puerta, se cruzó con el visitante y Derek Kettering le cedió el paso, después entró y cerró la puerta.

—Buenos días, señor. Me han dicho que tenía usted muchas ganas de verme.

La voz suave, con un leve tono irónico, despertó los recuerdos de Van Aldin. Era una voz que tenía encanto, siempre lo había tenido. Miró fijamente a su yerno. Derek Kettering tenía treinta y cuatro años y un cuerpo atlético. Su rostro moreno y afilado conservaba incluso ahora un aire juvenil.

—Siéntese —dijo Van Aldin.

Kettering se dejó caer en un sillón y miró a su suegro con una expresión de divertida tolerancia.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, señor —contestó amablemente—. Casi dos años. ¿Ha visto usted a Ruth?

—Sí, la vi ayer noche.

—Está muy guapa, ¿verdad? —preguntó el otro tranquilamente.

—No creo que tenga usted muchas oportunidades de comprobarlo —replicó el millonario con sequedad.

Derek Kettering enarcó las cejas.

—Algunas veces nos encontramos en el mismo cabaret —dijo indolente.

—No pienso andarme por las ramas —manifestó Van Aldin—. Le he aconsejado a Ruth que presente una demanda de divorcio.

Derek Kettering no pareció conmoverse.

—¡Qué drástico! —murmuró—. ¿Me permite usted fumar?

Encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo.

—¿Y Ruth qué dice? —preguntó despreocupado.

—Ruth está dispuesta a seguir mi consejo.

—¿De veras?

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —pregunta Van Aldin con viveza.

Kettering sacudió en la chimenea la ceniza de su cigarrillo.

—Creo que comete una gran equivocación —explicó en el mismo tono.

—Eso será desde su punto de vista —afirmó Van Aldin con severidad.

—No personalicemos. No pienso en mí ahora, sino en Ruth. Como usted debe de saber ya, mi pobre viejo no puede durar mucho, según afirman todos los médicos. Que Ruth tenga un poquito de paciencia y, dentro de un par de años, yo seré lord Leconbury y ella la señora de Leconbury, que, al fin y al cabo, fue por lo que se casó conmigo.

—No toleraré sus malditas insolencias —dijo Van Aldin.

Derek Kettering le sonrió impertérrito.

—Estoy de acuerdo con usted en que eso de los títulos es una cosa pasada de moda. Sin embargo, Leconbury es una magnífica finca y, después de todo, somos una de las familias más antiguas de Inglaterra. Si Ruth se divorcia, sería muy desagradable para ella enterarse de que otra mujer reina en Leconbury en su lugar.

—Le estoy hablando a usted en serio, joven —dijo Van Aldin.

—Yo también —respondió Kettering—. Reconozco que estoy casi en la ruina, y que si Ruth se divorcia de mí me pondrá en un verdadero aprieto. Si ha podido esperar durante diez años, ¿por qué

no esperar un poco más? Le doy a usted mi palabra de honor de que el viejo no puede durar más de dieciocho meses y, como le dije antes, es una verdadera lástima que Ruth no consiga lo que deseaba al casarse conmigo.

—¿Insinúa, acaso, que mi hija se casó con usted por su título y posición?

Derek Kettering se rió con una risa que no tenía nada de divertida.

—Supongo que no creerá usted que fue un casamiento por amor, ¿verdad?

—Lo que sé es que en París, hace diez años, hablaba usted de una manera muy distinta.

—¿De veras? Es posible. Ruth era entonces muy hermosa, algo así como un ángel o una santa que hubiese descendido del altar de una iglesia. Entonces yo tenía muy buenos propósitos; pensaba emprender una nueva vida, vivir en mi hogar de acuerdo con las tradiciones inglesas, con una hermosa esposa que me amase —se rió de nuevo, esta vez más amargamente—. Supongo que usted no me creerá.

—No tengo la menor duda de que usted se casó con Ruth por su dinero —señaló fríamente Van Aldin.

—¿Y ella, en cambio, se casó conmigo por amor? —preguntó el otro con ironía.

—Desde luego —afirmó el millonario.

Derek Kettering le miró unos momentos y, al fin, asintió pensativo:

—Veo que está usted convencido de eso. Pero le aseguro, querido suegro, que me desengañé muy rápidamente.

—No sé adónde quiere usted ir a parar, ni me interesa —dijo Van Aldin—. Lo que sí sé es que ha tratado usted a Ruth de una manera ignominiosa.

—Sí, es verdad —admitió Kettering con despreocupación—; pero ella es dura. Es hija suya. Bajo su dulce aspecto, es dura como el granito. A usted siempre lo han tenido por un hombre duro. Pero ella lo es más todavía. Después de todo, usted quiere a alguien más que a usted mismo. Ruth nunca ha querido ni querrá a nadie.

—Ya es suficiente —manifestó Van Aldin—. Si le he llamado, ha sido para explicarle claramente lo que pienso hacer. Mi hija tiene

derecho a ser feliz. Y recuerde esto: yo estoy detrás de ella.

Derek Kettering se puso de pie, tiró su cigarrillo y preguntó con voz muy tranquila:

—¿Me quiere usted explicar el significado de sus palabras?

—Que será mucho mejor para usted que no intente defender su causa.

—¡Oh! —dijo Kettering—. ¿Es una amenaza?

—Puede usted tomarlo como quiera.

Derek Kettering acercó una de las sillas a la mesa y se sentó frente al millonario.

—¿Y si a mí, por llevarles la contraria —comentó en voz baja—, se me ocurriera defenderme?

Van Aldin se encogió de hombros.

—No sea tonto, no puede usted hacerlo. Consulte a su abogado y verá cómo le repite lo que yo le he dicho. Su conducta ha despertado las habladurías de todo Londres.

—Supongo que Ruth habrá montado un escándalo con la historia de Mirelle. Ha sido una verdadera tontería por su parte. Yo no me meto con sus amigos.

—¿Qué es lo que insinúa? —preguntó Van Aldin tajante.

Derek Kettering se echó a reír.

—Veo que no lo sabe usted todo, señor, y que está predispuesto contra mí.

Cogió el sombrero y el bastón y se dirigió hacia la puerta.

—No tengo por costumbre dar consejos —dijo antes de salir—, pero en este caso aconsejaría la más absoluta franqueza entre padre e hija.

Salió rápidamente de la habitación, cerrando la puerta en el momento en que el millonario se levantaba.

—¿Qué diablos habrá querido decir? —murmuró Van Aldin, mientras se dejaba caer otra vez en su sillón.

Su malestar volvía a ser más fuerte que nunca. En el fondo de todo aquello había algo que no había conseguido averiguar. El teléfono estaba a su lado; descolgó el receptor y pidió el número de la casa de su hija.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Es Mayfair 81907?

—¿Está Mrs. Kettering?

—¿Ha salido a comer? ¿Y a qué hora volverá?

—¿No lo sabe?

—No, no le diga nada.

Colgó el aparato con un ademán furioso.

A las dos de la tarde se paseaba nervioso por la habitación, esperando a Goby, que se presentó a las dos y diez.

—¿Qué hay? —preguntó el millonario.

Pero el pequeño Mr. Goby no parecía tener la menor prisa. Se sentó frente a la mesa, sacó una vieja libreta y empezó a leer con voz monótona. El millonario escuchaba con creciente interés. Goby terminó su lectura y se puso a mirar fijamente la papelera.

—¡Ajá! —dijo Van Aldin— ¡Esto parece muy claro! El asunto irá como una seda. La prueba del hotel es segura, ¿verdad?

—A prueba de balas, señor —afirmó Goby, y miró malévolamente a un sillón dorado.

—Y su situación financiera malísima, ¿verdad? Según dice usted, trata de conseguir un préstamo porque ha consumido ya todo el crédito a cuenta de la herencia paterna. En cuanto se divulgue la noticia de su divorcio no le va a ser posible conseguir un penique. Además, podemos adquirir sus letras y pagarés para apremiarlo. ¡Ya es nuestro, Goby, ya no se nos escapa!

Pegó un fuerte puñetazo en la mesa. Su rostro estaba radiante.

—La información —dijo Mr. Goby con una voz fina— parece satisfactoria.

—Ahora tengo que ir a Curzon Street. Le estoy muy agradecido, Goby. Es usted un as.

Una pálida sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del hombrecillo.

—Gracias, Mr. Van Aldin, procuro hacerlo lo mejor que sé.

Van Aldin no fue directamente a Curzon Street. Se dirigió primero a la City, donde mantuvo dos entrevistas con resultado satisfactorio. Desde allí cogió el metro hasta Down Street. Mientras caminaba por Curzon Street, un hombre salió de la casa número 160, y echó a andar en su dirección. Por un instante, el millonario creyó que se trataba de Derek Kettering; la estatura y la corpulencia eran parecidas. Cuando por fin se encontraron frente a frente, comprobó que aquel hombre le era totalmente desconocido. No, no del todo desconocido. Aquel rostro le recordaba algo asociado con un episodio muy desagradable. Trató de precisar el recuerdo, pero

no pudo conseguirlo. Entró en la casa moviendo furiosamente la cabeza. Le irritaba no poder acordarse de quién era aquel hombre.

Ruth Kettering le estaba esperando. Al verle, salió a su encuentro para besarle.

—Hola, papá, ¿cómo van las cosas?

—Muy bien —dijo Van Aldin—; pero tengo que decirte unas palabras.

El millonario notó el ligero e imperceptible cambio: la alegría de antes fue reemplazada por una actitud astuta y alerta. La joven se sentó en un amplio sillón.

—Bueno, papá, ¿de qué se trata?

—Esta mañana he visto a tu marido.

—¿Has visto a Derek?

—Sí. Me soltó un sinfín de insolencias, pero al marcharse ha dicho algo que no entendí. Que entre padre e hija debe existir la más completa franqueza. ¿Puedes explicarme qué quiso decir con eso?

Mrs. Kettering se movió inquieta en su sillón.

—No lo sé, papá. ¿Cómo voy a saberlo?

—Sí que lo sabes —replicó Van Aldin—. Tu marido me ha dado también a entender que si es verdad que él tiene sus amistades, nunca se ha metido para nada con las tuyas. ¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé —repitió Ruth Kettering.

—Vamos a ver, Ruth; yo no quiero meterme en este asunto con los ojos cerrados y no estoy seguro de que tu marido no ponga trabas al divorcio. Ahora estoy casi convencido de que puede hacerlo. Tengo medios para hacerle callar, pero quiero saber si es necesario emplearlos. ¿Qué ha querido insinuar con eso de que tú tienes también tus amigos?

Mrs. Kettering se encogió de hombros.

—Yo tengo infinidad de amigos —dijo titubeando—. No sé lo que habrá querido decir, te lo aseguro.

—¿De veras?

Van Aldin hablaba ahora como lo haría con un adversario comercial.

—Te lo diré más claro. ¿Quién es el hombre?

—¿Qué hombre?

—Ese hombre al que se ha referido Derek. Alguien en particular que es amigo tuyo. No te enfades, Ruth, sé que no se trata de nada importante, pero debemos prevenirlo todo antes de presentarnos en el juzgado, pues pueden aprovecharse de cualquier cosa para enredar el asunto. Deseo saber quién es ese hombre y qué clase de amistad tienes con él.

Ruth no contestó; apretaba nerviosamente las manos mientras pensaba.

—Vamos, Ruth —insistió Van Aldin con dulzura—, no le tengas miedo a tu papaíto. Nunca ha sido severo contigo, ni siquiera aquella vez en París —se interrumpió atónito y exclamó—: ¡Ya lo tengo! Sí, eso es —murmuró para sí mismo—: ¡Ya sé por qué me parecía recordar su rostro!

—¿Qué estás diciendo, papá? No te entiendo.

El millonario se acercó a ella y la cogió por la muñeca.

—Vamos a ver, Ruth. ¿Es que has vuelto a ver a aquel tipo?

—¿Qué tipo?

—Ése por quien tuvimos aquel disgusto hace diez años. Sabes muy bien a quién me refiero.

—¿Te refieres… —se detuvo un momento—… al conde de la Roche?

—¡El conde de la Roche! —exclamó Van Aldin con ironía—. Te advertí que aquel hombre no era más que un estafador, pero ya habías caído en sus manos. ¡Bastante trabajo me costó arrancarte de sus garras!

—Sí, lo hiciste —dijo Ruth agriamente—, y por eso me casé con Derek Kettering.

—Tú lo quisiste —afirmó Van Aldin vivamente.

Ella se encogió de hombros.

—Y tú —añadió lentamente el millonario— has continuado viéndole, ¡después de lo que te conté de él! ¡Hoy mismo le he visto salir de esta casa! Al venir me he tropezado con él, aunque de momento no pude reconocerlo.

Ruth Kettering había recobrado la serenidad.

—Te diré una cosa, papá. Estás muy equivocado respecto a Armand. Es decir, respecto al conde de la Roche. Ya sé que cometió en su juventud algunas locuras lamentables, él mismo me las ha contado, pero siempre me ha querido y, cuando tú nos separaste en

París, destrozaste su corazón, y ahora…

Fue interrumpida por la indignada exclamación de su padre.

—¡Y tú te lo creíste! ¡Tú, mi hija! ¡Dios mío! —Levantó las manos al cielo— ¡Parece mentira que las mujeres puedan ser tan tontas!

Capítulo VI

MIRELLE

Derek Kettering salió tan deprisa de la suite de Van Aldin, que tropezó con una señorita que pasaba por el corredor. Le pidió mil perdones y ella se los otorgó con una sonrisa, para después continuar su camino dejándole con la agradable impresión de haberse topado con una mujer de personalidad serena y poseedora de unos bellísimos ojos grises.

A pesar de su descaro, la entrevista con su suegro le había afectado mucho más de lo que aparentaba. Comió solo y, después, un tanto preocupado, se dirigió al suntuoso piso en el que vivía la famosa bailarina Mirelle. Una pulcra doncella francesa le recibió sonriente.

—Pase usted, *monsieur*, la señora ahora está descansando.

Lo introdujo en un amplio salón con el decorado oriental que tan bien conocía. Mirelle estaba echada sobre un diván rodeada de innumerables cojines, todos ellos de un color ambarino que armonizaban con el tono amarillento de su piel.

La bailarina era una mujer muy hermosa y, aunque su rostro, debajo de aquel maquillaje amarillo, era en realidad un poco macilento, tenía un atractivo singular. Sus labios pintados de color naranja sonrieron incitadores al ver a Derek.

Él la beso y se dejo caer en una silla.

—¿Qué has estado haciendo? Supongo que acabas de levantarte.

La sonrisa se hizo más amplia.

—Pues te equivocas —dijo la bailarina—, he estado trabajando.

Señaló con su larga y pálida mano el piano lleno de partituras musicales.

—Ha estado aquí Ambrose y ha tocado para mí la nueva obra.

Kettering asintió sin prestar gran atención. No sentía el menor interés por Claude Ambrose ni por su adaptación musical de *Peer*

Gynt de Ibsen. A Mirelle le pasaba lo mismo, pues sólo veía la obra como una oportunidad única para su interpretación del papel de Anitra.

—Es una danza maravillosa —murmuró Mirelle—. Pondré en ella todo el fuego del desierto. Me presentaré cubierta de joyas. A propósito, *mon ami*, vi ayer en Bond Street una perla negra…

Hizo una pausa y lo incitó con la mirada.

—Querida —respondió Kettering—, no es el momento más oportuno para hablarme de perlas negras. Las cosas van de mal en peor.

Mirelle respondió a su tono en el acto. Se sentó para mirarlo con los ojos negros bien abiertos.

—¿Qué estás diciendo, Derek? ¿Qué ocurre?

—Mi querido suegro se está preparando para librarse de mí.

—¿Qué?

—Hablando más claro: quiere que Ruth se divorcie.

—¡Qué tontería! —exclamó la bailarina— ¿Por qué ha de querer ella divorciarse de ti?

Derek Kettering sonrió:

—Más que nada por culpa tuya, *chérie*.

Mirelle se encogió de hombros.

—Eso es una tontería —comentó en tono práctico.

—Muy tonto —asintió Derek.

—¿Y qué piensas hacer tú?

—¿Qué quieres que haga? Por un lado, un hombre con dinero ilimitado; por otro, un hombre con deudas ilimitadas. El vencedor está clarísimo.

—Esos norteamericanos son realmente extraordinarios —señaló Mirelle—. Si por lo menos tu esposa estuviese enamorada de ti…

—Bueno —dijo Derek Kettering—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

La bailarina le interrogó con la mirada. Kettering fue hacia ella y le cogió las manos.

—¿Me abandonarás? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir? ¿Después…?

—Sí, después, cuando los acreedores se me echen encima como lobos hambrientos. Estoy loco por ti, Mirelle, ¿me abandonarás?

La joven apartó sus manos.

—Bien sabes que te adoro, Derek.

Él se dio cuenta de que mentía.

—¿Con que esas tenemos? Las ratas abandonan el barco que se hunde.

—¡Derek!

—Vamos, sí, suéltalo —exclamó él con violencia—. Me abandonarías, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Yo te quiero, *mon ami*, te quiero mucho. Eres encantador, un *beau garçon*, pero *ce n'est pas pratique*.

—A ti te gustan los hombres ricos, ¿verdad?

—Si lo tomas así… —Se dejó caer sobre los cojines—. De todos modos te quiero, Derek.

Kettering fue hacia la ventana y permaneció allí de espaldas a la artista, mirando hacia fuera. Al cabo de un momento, Mirelle se incorporó un poco apoyada en un codo y le miró con curiosidad.

—¿En qué piensas, *mon ami*?

Él la miró por encima del hombro, sonriendo de un modo extraño que le produjo cierto malestar.

—Pensaba en una mujer, querida.

—¿Una mujer? ¿Pensabas en otra mujer?

—No te preocupes; no se trata más que de una visión muy hermosa, la visión de una mujer de ojos grises.

—¿Dónde la has visto? —preguntó Mirelle con viveza.

Derek Kettering rió y su risa sonó irónica, burlona.

—Tropecé con ella en el corredor del hotel Savoy.

—¿Y qué sucedió?

—Poco más o menos esto: Yo dije: «Oh, perdóneme usted»; y ella respondió: «No ha sido nada, está usted perdonado», o algo así.

—¿Y luego? —insistió la bailarina.

—Y luego nada. Aquél fue el final del incidente.

Kettering se encogió de hombros.

—No entiendo ni una palabra de todo lo que me estás diciendo —dijo Mirelle.

—La visión de una mujer de ojos grises —murmuró Derek pensativo—. Quizá sea una suerte que nunca más volvamos a vernos.

—¿Por qué?

—Porque podría traerme mala suerte. Las mujeres la traen

siempre.

Mirelle abandonó el diván y se acercó a él para rodearle el cuello con uno de sus largos brazos.

—Eres un loco, Derek —murmuró—. Un verdadero loco. Tú eres *un beau garçon* y te quiero mucho. Pero yo no he nacido para pobre; no, no he nacido para eso. Ahora escucha lo que voy a decirte, es muy sencillo: es preciso que te reconcilies con tu esposa.

—Me temo que a efectos prácticos será inútil —dijo Derek secamente.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Van Aldin, querida, no lo permitirá. Es de esos hombres que, si toman una decisión, la llevan hasta el final.

—He oído hablar de él. Es muy rico, ¿verdad? Uno de los hombres más ricos de América. Hace poco compró en París el rubí más hermoso del mundo, el llamado «Corazón de fuego».

Derek permaneció silencioso; la bailarina prosiguió:

—Es una piedra maravillosa. Una joya así tendría que pertenecer a una mujer como yo. Adoro las joyas, Derek. Me hablan. Ah, si pudiera poseer un rubí como ese «Corazón de fuego».

Exhaló un leve suspiro y volvió a ser una mujer práctica.

—Tú no entiendes de estas cosas. Derek, tú eres hombre. Supongo que Van Aldin le habrá regalado ese rubí a su hija. Es su única hija, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, cuando él muera, ella heredará toda su fortuna. Será una mujer muy rica.

—Ya lo es ahora —afirmó Kettering seriamente—. Su padre le entregó dos millones al casarse.

—¿Dos millones? ¡Qué barbaridad! Si muriese ahora, tú la heredarías, ¿verdad?

—Así es, tal como están ahora las cosas —dijo Kettering lentamente—. Que yo sepa, no ha hecho testamento.

—Mon Dieu! —exclamó la bailarina—. Su muerte sería una verdadera solución.

Hubo un momento de silencio, tras el cual Derek Kettering se echó a reír.

—Me encanta tu mente práctica y sencilla, Mirelle. Pero me temo que tus buenos deseos se queden en deseos nada más, porque

mi esposa goza de una magnífica salud.

—Eh bien! —exclamó la artista—. Puede ocurrir algún accidente.

Él la miró con fijeza, pero no contestó.

—Tienes razón, mon ami —siguió ella—, no debemos confiar en las probabilidades. Lo mejor es que no se hable más de divorcio, que tu esposa abandone esa idea.

—¿Y si no quiere?

Los ojos de la bailarina se entornaron.

—Estoy segura de que querrá. Es una de esas mujeres que temen el escándalo y hay unas cuantas cosillas que ella no querría por nada del mundo que sus amigas leyesen en los periódicos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kettering tajante.

Mirelle se echó a reír.

—Parbleu! Me refiero a ese caballero llamado el conde de la Roche. Lo sé todo sobre él. Recuerda que soy parisina. Ella era su amante antes de casarse contigo, ¿no es cierto?

Kettering la cogió violentamente por los hombros.

—¡Eso es mentira! Y ten en cuenta que estás hablando de mi esposa.

Mirelle se asustó un poco.

—Los ingleses sois extraordinarios —protestó—. De todas maneras, puede que tengas razón. Los norteamericanos son muy fríos. Pero permíteme que insista en que ella le amaba antes de casarse contigo y que su padre acabó con el idilio, despidiendo al conde con cajas destempladas. La señorita derramó infinidad de lágrimas, pero obedeció. Tú sabes tan bien como yo que ahora la cosa es muy distinta, que se ven a diario y que el día 14 se reunirán en París.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kettering.

—Tengo amigos en París, querido Derek, que conocen íntimamente al conde. Todo está preparado. Para los de aquí, ella va a la Riviera; pero en realidad, se encontrará con el conde en París y… quién sabe. Sí, sí, no lo dudes, todo está convenido entre ellos.

Derek Kettering permaneció inmóvil.

—¿Te das cuenta de que están en tus manos? Si eres hábil, puedes hacer de tu esposa lo que quieras.

—¡Por Dios, cállate! Cierra de una vez esa maldita boca.

Mirelle se dejó caer en el diván con una carcajada.

Derek cogió el sombrero y el abrigo, y salió del piso dando un portazo.

La bailarina se quedó sentada, riéndose por dentro. No estaba descontenta de su actuación.

Capítulo VII

CARTAS

«Mrs. Harfield saluda a *miss* Grey y desea explicarle que, en las actuales circunstancias, *miss* Grey no está al corriente de que…».

Mrs. Harfield, que hasta esa frase había escrito fluidamente, se detuvo ante la dificultad insalvable que sentía, como otras muchas personas, al expresarse en tercera persona.

Tras un instante de duda, Mrs. Harfield rasgó la carta y cogió otra hoja de papel.

> *«Querida miss Grey:*
> *«Aunque apreciando debidamente lo bien que se portó usted con mi prima Emma, cuyo reciente fallecimiento ha sido un terrible golpe para nosotros, no puedo por menos…»*

De nuevo se detuvo y la carta fue a reunirse con las otras en la papelera. Después de otros dos fracasos más, logró por fin escribir una que la satisfizo. La cerró cuidadosamente, le puso el sello y escribió la dirección: «Miss Katherine Grey, Little Crampton, St. Mary Mead, Kent».

A la mañana siguiente, aquella carta reposaba en la bandeja de *miss* Grey, junto con otra comunicación que parecía mucho más importante encerrada en un gran sobre azul.

Katherine Grey abrió primero la carta de Mrs. Harfield, que decía así:

> *«Querida miss Grey:*
> *»Mi marido y yo deseamos darle las gracias por los servicios que prestó usted a nuestra pobre prima Emma. Su muerte ha sido para nosotros*

un golpe terrible, aunque ya sabíamos que, desde hacía tiempo, no gozaba de todas sus facultades mentales. Tengo entendido que su testamento se aparta de lo normal y, por consiguiente, no puede tener validez legal. No me cabe la menor duda de que usted, con su habitual buen juicio, sabrá hacerse cargo de ello y, si podemos arreglar el asunto amistosamente, sería mucho mejor que recurrir a los tribunales, como dice mi esposo. Por nuestra parte, nos complaceremos en recomendarla para que ocupe un empleo similar, y esperamos que se dignará aceptar de nosotros un pequeño obsequio en testimonio de nuestro agradecimiento. Le saluda atentamente.

Mary Anne Harfield»

Katherine Grey leyó la carta, sonrió y la volvió a leer. Cuando la dejó, después de releerla por segunda vez, su expresión era francamente divertida. Luego, abrió la otra carta, le echó una ojeada y la dejó sobre la mesa y miró al vacío. Ya no sonreía. Hubiese sido difícil descubrir qué sensaciones se ocultaban detrás de su apacible y pensativa mirada.

Katherine Grey tenía treinta y tres años. Pertenecía a una distinguida familia, pero su padre perdió toda su fortuna, viéndose obligada desde muy joven a ganarse la vida trabajando. Tenía veintitrés años cuando entró al servicio de la anciana Mrs. Harfield como señorita de compañía. Todo el mundo sabía que la vieja Mrs. Harfield era una persona «difícil». Las señoritas de compañía se sucedían sin interrupción. Llegaban a la casa llenas de esperanza y salían de ellas deshechas en llanto. Pero, desde el momento en que Katherine Grey puso los pies en Little Crampton, reinó allí, durante diez años, la paz más completa. Nadie sabe cómo ocurren estas cosas.

Dicen que los encantadores de serpientes nacen y no se hacen. Katherine Grey había nacido con el don de domesticar viejas gruñonas, perros y chiquillos, cosa que hacía sin la menor dificultad

aparente.

A los veintitrés años había sido una muchacha tranquila de hermosos ojos grises. A los treinta y tres seguía siendo una mujer discreta con los mismos ojos grises, que miraban la vida con una feliz e inalterable serenidad. Además, había nacido con un gran sentido del humor, que todavía conservaba.

Mientras permanecía sentada con la mirada perdida, sonó el timbre de la puerta, seguido por unos enérgicos aldabonazos. Al cabo de unos instantes, apareció la criada que anunció sin aliento:

—El doctor Harrison.

El médico, un fornido caballero de mediana edad, entró con la energía y vivacidad anticipadas por los aldabonazos:

—Buenos días, *miss* Grey.

—Buenos días, doctor.

—Vengo a verla —empezó el médico— por si acaso ha tenido noticias de una de las primas Harfield, esposa de un tal Samuel Harfield, una persona verdaderamente ponzoñosa.

Sin pronunciar una palabra, Katherine le tendió la carta de Mrs. Harfield. Con expresión divertida, observó al médico que la leía con el entrecejo fruncido, al tiempo que gruñía indignado. Al terminar la lectura, tiró el papel sobre la mesa.

—Es algo monstruoso —gritó—. Pero no se preocupe, querida. Esa gente no sabe lo que se hace. Mrs. Harfield era tan cuerda como usted y como yo. Nadie puede demostrar lo contrario. Saben muy bien que no tienen ninguna justificación legal. La amenaza de llevarla a usted a los tribunales es una pura baladronada; por eso tratan de asustarla. Escúcheme bien, muchacha: tampoco se deje vencer por sus halagos. No comience a pensar que su deber es entregar el dinero y no se deje dominar por escrúpulos tontos.

—Ni por un momento ha pasado por mi cabeza tener escrúpulos —dijo Katherine—. Todos ellos son parientes lejanos del marido de Mrs. Harfield que nunca la visitaron ni se preocuparon de ella en vida.

—Es usted una mujer sensata —afirmó el médico—. Sé mejor que nadie la dura vida que ha llevado usted durante los últimos diez años. Por eso tiene usted perfecto derecho a disfrutar de los ahorros de la anciana, sean los que fueren.

Katherine sonrió pensativa.

—Sean los que fueren —repitió—. ¿Tiene usted idea de la cantidad?

—Supongo que lo suficiente para dar unas quinientas libras de renta al año.

Katherine asintió.

—Eso mismo me figuraba. Ahora, lea usted ésta.

Le tendió la que había llegado en el sobre azul. Al leerla, el médico lanzó un grito de asombro:

—¡Imposible! ¡Imposible!

—Era una de las principales accionistas de Mortaulds. Desde hace cuarenta años venía cobrando una renta anual de ocho a diez mil libras y estoy segura de que nunca gastó más allá de cuatrocientas al año. Era terriblemente ahorradora, por lo que yo supuse que tenía que contar cada penique que gastaba.

—Y todo este tiempo la renta se habrá acumulado con interés compuesto. ¡Ah, querida, va a ser usted riquísima!

—Sí, lo soy —confirmó la joven.

Hablaba con un tono distante e impersonal como si estuviese viendo la situación desde fuera.

—Bueno —dijo el médico, a punto de marcharse—. La felicito de todo corazón —señaló con un dedo la carta de Mrs. Samuel Harfield —. No se preocupe de esa mujer y su odiosa carta.

—En realidad, no es odiosa —opinó *miss* Grey tolerante—. En estas circunstancias, me parece una cosa muy natural.

—A veces me preocupa usted mucho —replicó el doctor.

—¿Por qué?

—Las cosas que encuentra usted perfectamente naturales.

Katherine se echó a reír.

El doctor Harrison refirió las buenas noticias a su esposa durante la comida. Ella se mostró muy contenta.

—Parece increíble que la vieja Mrs. Harfield tuviera todo ese dinero. Me alegro de que se lo haya dejado a Katherine Grey. Esa muchacha es una santa.

El médico hizo un gesto burlón.

—Yo siempre me he imaginado a los santos como personas difíciles. Katherine Grey es demasiado humana para ser una santa.

—Es una santa con sentido del humor —afirmó su esposa, que le guiñó un ojo—. Además, supongo que te habrás fijado en que es

muy bonita.

—¿Katherine Grey? —el médico estaba realmente sorprendido —. Sí, tiene unos ojos muy bonitos.

—¡Cómo sois los hombres! ¡Ciegos como topos! —afirmó ella— Katherine lo tiene todo para ser una belleza. Lo único que le hace falta son vestidos.

—¿Vestidos? ¿Qué tienen de malo sus vestidos? ¡Siempre va muy elegante!

Mrs. Harrison lanzó una mirada de exasperación a su marido, que se preparaba para ir a visitar a sus enfermos.

—Podrías ir a verla, Polly —sugirió.

—Eso pensaba hacer —contestó ella en el acto.

A las tres ya estaba en casa de Katherine.

—No sabe usted, querida, lo contenta que estoy —dijo al estrecharle la mano—. Todos los del pueblo se alegrarán también muchísimo.

—Es usted muy amable —afirmó Katherine—. Tenía ganas de verla para preguntarle cómo está Johnnie.

—¡Oh! Johnnie. Pues verá usted…

Johnnie era el hijo menor de Mrs. Harrison, quien comenzó a referir una larga historia acerca de las amígdalas y las vegetaciones de su Johnnie. Katherine la escuchaba comprensiva. La costumbre no muere con facilidad y escuchar a los demás había sido su ocupación durante diez años.

—¿Le he contado alguna vez lo de aquel baile de la marina en Portsmouth, en el que lord Charlie admiró tanto mi vestido?

Muy compuesta y amable, la joven respondió:

—Es posible, pero ya no me acuerdo, Mrs. Harfield. ¿Quiere usted contármelo?

La anciana señora empezó su relato, plagado de interrupciones y numerosos incisos. De vez en cuando, cuando la anciana hacía una pausa, Katherine decía maquinalmente las palabras correctas mientras pensaba en otra cosa. Ahora, con la misma curiosa sensación de dualidad a la que estaba acostumbrada, escuchaba a Mrs. Harrison.

Después de media hora de charla, la esposa del médico se detuvo.

—¡Por Dios! —exclamó—. Perdóneme usted, Katherine, no he

hecho más que hablar de mí todo el rato, cuando he venido dispuesta a hablar de usted y sus planes.

—Todavía no tengo ninguno.

—¡Supongo que no irá usted a quedarse aquí!

Katherine sonrió ante el tono de horror de su vieja amiga.

—No, pienso viajar. Conozco muy poco mundo.

—Es verdad. Además, durante estos años habrá usted pasado muy malos ratos.

—No lo crea. He tenido mucha libertad.

Oyó la exclamación de sorpresa de Mrs. Harrison y se sonrojó un poco.

—Le parecerá tonto que diga esto, ¿verdad? En realidad, yo no he tenido mucha libertad en un sentido estrictamente físico.

—Claro que no —suspiró Mrs. Harrison al recordar que Katherine había tenido muy pocas veces lo que se llama un día de fiesta.

—Pero, por otra parte, estar atada físicamente proporciona una ilimitada independencia mental. Se puede pensar con libertad. He disfrutado siempre de una deliciosa sensación de libertad mental.

Mrs. Harrison meneó la cabeza.

—Eso sí que no lo entiendo.

—¡Ah! Lo comprendería usted si hubiese estado en mi lugar. De todas maneras, sí que deseo un cambio. Quiero… bueno, quiero que ocurran cosas. Oh, no me refiero a mí, no quiero decir eso, pero me gustaría vivir momentos emocionantes, aunque sólo fuese como espectadora. Aquí, en St. Mary Mead, no ocurre nunca nada.

—No, realmente nunca pasa nada —afirmó Mrs. Harrison con vehemencia.

—Primero iré a Londres —dijo Katherine—. Tengo que visitar a los abogados. Luego, me iré al extranjero.

—¡Qué estupendo!

—Pero, claro, ante todo…

—¿Qué?

—Habré de comprarme alguna ropa.

—¡Eso es precisamente lo que le decía yo esta mañana a Arthur! —exclamó la esposa del doctor—. Si usted se lo propusiese, Katherine, sería una mujer muy bonita.

Miss Grey se rió de la ocurrencia.

—No creo que nadie sea capaz de convertirme en una belleza —dijo con sinceridad—. Pero, eso sí, me gustaría tener algunos vestidos bonitos. Creo que estoy hablando demasiado de mí misma.

Mrs. Harrison la miró con astucia.

—Eso será para usted una verdadera novedad —dijo en tono seco.

Katherine fue a despedirse de la anciana *miss* Viner antes de marcharse del pueblo. Miss Viner tenía dos años más que Mrs. Harfield y estaba muy orgullosa de haber sobrevivido a su difunta amiga.

—Nunca hubiese usted pensado que yo sobreviviría a Jane Harfield, ¿verdad? —le comentó a Katherine triunfalmente—. Las dos fuimos juntas al colegio y, ya ve, ella se ha ido y yo todavía estoy en el mundo. ¡Quién iba a decirlo!

—Pero es que usted siempre ha comido pan integral para cenar —respondió maquinalmente *miss* Grey.

—Es curioso que recuerde usted ese detalle. Si Jane Harfield hubiese tomado una rebanadita de pan integral cada noche y un pequeño estimulante en las comidas, todavía hoy se encontraría entre nosotros.

La anciana hizo una pausa asintiendo complacida; entonces añadió como si le asaltase un súbito recuerdo:

—De manera que ha heredado un montón de dinero, ¿verdad? Bien, bien. Vaya usted con mucho cuidado al gastarlo. ¿Y ahora va a Londres a divertirse? No crea que se casará querida, porque no es así; usted no es el tipo de mujer que entusiasma a los hombres. Además, ya es mayorcita. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres —contestó Katherine.

—Bueno —señaló *miss* Viner—, tampoco está tan mal. Pero de todos modos, ha perdido ya lozanía.

—Creo que tiene usted razón —afirmó *miss* Grey divertida.

—De todas maneras, es usted una muchacha muy bonita —añadió *miss* Viner con amabilidad—. Y estoy segura de que más de un hombre la preferiría a usted en lugar de a una de esas chicas que lo único que saben hacer es enseñar las piernas hasta la rodilla y algo más de lo que Dios les dio para que lo ocultasen. Bueno, adiós, hija mía, deseo que se divierta usted mucho; pero recuerde que en esta vida las cosas no son casi nunca lo que parecen.

Reconfortada con estas profecías, Katherine se marchó.

Medio pueblo fue a la estación a despedirla. Entre la multitud estaba también Alice, la criada que le trajo un ramillete de flores y lloró a moco tendido.

—¡Hay muy pocas personas como ella! —lloriqueó Alice mientras se alejaba el tren—. Cuando Charlie me abandonó por aquella muchacha de la granja, nadie se hubiera portado conmigo tan bondadosamente como lo hizo *miss* Grey. Aunque era muy severa con la limpieza, cuando una se había deshecho las manos fregando, sabía apreciarlo. Yo me dejaría hacer pedacitos por ella. Es una verdadera señora, sí, una verdadera señora.

Así se marchó Katherine Grey de St. Mary Mead.

Capítulo VIII

LADY TAMPLIN ESCRIBE UNA CARTA

Bien —dijo *lady* Tamplin—. ¡Bien! —dejó caer el *Daily Mail* y miró hacia las azules aguas del Mediterráneo. Una rama de dorada mimosa se inclinaba sobre su cabeza, creando el marco para un cuadro encantador. Lady Tamplin era una mujer rubia oro y ojos azules, con un salto de cama muy favorecedor. Que el oro de su cabellera y lo rosado de su cutis tenían una parte artificial se advertía enseguida, pero el azul de los ojos era un regalo de la naturaleza, y Lady Tamplin, a los cuarenta y cuatro años, todavía era una verdadera belleza.

A pesar de estar tan encantadora, *lady* Tamplin por una vez no pensaba en ella misma, lo que equivale a decir que no pensaba en su apariencia. Pensaba en asuntos muy serios.

Lady Tamplin era conocidísima en la Riviera y las fiestas que daba en Villa Marguerite tenían fama en toda la Costa Azul. Era una mujer de gran experiencia que se había casado cuatro veces. El primer matrimonio había sido una mera indiscreción, por lo que la hermosa dama casi nunca lo mencionaba. El marido tuvo la buena ocurrencia de morirse muy pronto, y la viuda se casó con un rico fabricante de botones. Éste también se marchó al otro mundo a los tres años de matrimonio, después de una noche de juerga con varios amigos. La siguió el vizconde Tamplin, que llevó a Rosalie a las altas esferas sociales en que ella deseaba reinar. Al casarse por cuarta vez, conservó el título. La cuarta boda fue por puro capricho. Charlie Evans era un joven guapísimo de veintisiete años, con unos modales encantadores, gran amante del deporte, que sabía apreciar debidamente cuanto hay de grato en la vida, pero que no poseía ni un céntimo. Lady Tamplin se sentía muy satisfecha y complacida con la vida en general, aunque a veces le preocupaba el dinero. El fabricante de botones había dejado a su viuda una considerable

fortuna, pero, como decía *lady* Tamplin, «entre unas cosas y otras»… (Una de las cosas era la bajada de las acciones debido a la guerra y la otra las extravagancias de lord Tamplin). Disponía de dinero más que de sobra para vivir confortablemente, pero esto era poco satisfactorio para una mujer del temperamento de Rosalie Tamplin.

Por eso, en esta mañana de enero, abrió desmesuradamente los ojos al leer cierta noticia del periódico y lanzó aquella exclamación. En la terraza, la acompañaba únicamente su hija, la honorable Lenox Tamplin. Una hija como Lenox era una dolorosa espina clavada en el corazón de *lady* Tamplin. Una muchacha que no poseía el menor tacto social, que parecía más vieja que su madre y cuyo sarcástico humor era, como decía ésta, desesperante.

—Querida —dijo *lady* Tamplin—, fíjate en esto.

—¿De qué se trata?

Lady Tamplin recogió el periódico, se lo tendió a su hija y le indicó con un dedo tembloroso el interesante artículo.

Lenox lo leyó sin ninguna de las muestras de emoción que revelaba su madre. Al terminar la lectura, se lo devolvió diciendo:

—¿Y qué? —preguntó ella—. Es una de esas cosas que ocurren frecuentemente. Viejas avaras que mueren en algún villorrio y dejan fortunas de millones a sus humildes servidores.

—Sí, querida, ya lo sé —dijo la madre—, y estoy también segura de que la fortuna no es tan importante como dicen; los periódicos siempre exageran. De todos modos, aunque sólo fuese la mitad…

—La cuestión es que nosotras no somos los herederos —señaló Lenox.

—Así es, pero da la casualidad de que esa muchacha, esa Katherine Grey, es prima mía, una de los Grey de Worcesterhire, de la rama de los Edgeworth. Mi propia prima. ¡Imagínate!

—¡Ajá! —exclamó Lenox.

—Y me pregunto… —comenzó la madre.

—Lo que podemos conseguir nosotras —terminó Lenox, con aquella media sonrisa de lado que su madre nunca comprendía.

—¡Querida! —dijo *lady* Tamplin con un leve tono de reproche.

Era muy débil, porque Rosalie Tamplin estaba acostumbrada ya a las salidas de su hija, y a lo que ella llamaba su desagradable manera de decir las cosas.

—Me preguntaba… —prosiguió *lady* Tamplin arqueando sus cejas, artísticamente dibujadas— si… —se detuvo al ver venir hacia ella a un joven—. ¡Oh! Buenos días, Chubby… ¡Qué elegante! ¿Vas a jugar a tenis?¡Qué bien!

Chubby le sonrió amablemente y respondió por compromiso:

—¡Qué bonita estás con ese salto de cama color melocotón! —y pasó junta a ella para desaparecer por la escalera.

—¡Es un encanto! —comentó *lady* Tamplin viendo pasar a su marido— ¿De qué estaba hablando? ¡Ah! —su mente volvió a los negocios—. Sí. Me preguntaba…

—¡Por Dios! Suelta ya lo que te preguntas, porque es la tercera vez que repites la frase.

—Pues verás, estaba pensando en escribir a mi querida Katherine y sugerirle que venga a visitarnos. Seguramente querrá alternar con la alta sociedad y sería muy agradable para ella que la presentara a su propia familia. Una ventaja para ella y a la vez para nosotros.

—¿Cuánto crees que podrás sacarle? —preguntó Lenox.

Su madre la miró disgustada.

—Podríamos llegar a un acuerdo financiero. Porque lo cierto es que, entre unas cosas y otras, la guerra, tu pobre padre…

—Y ahora Chubby —dijo Lenox—. ¡Es un lujo que te cuesta muy caro!

—Creo recordar que Katherine era una muchacha muy simpática —murmuro *lady* Tamplin, firme en su idea—. Discreta, poco ambiciosa. Tampoco es ninguna belleza ni una cazadora de hombres.

—Así no te quitará a Chubby, ¿verdad?

Lady Tamplin la miró con disgusto.

—Chubby nunca… —empezó.

—Claro que no —afirmo Lenox—. Sabe demasiado bien quién le da de comer.

—Querida —dijo su madre—, tienes una manera muy grosera de decir las cosas.

—Perdóname —exclamó Lenox.

Lady Tamplin recogió el *Daily Mail*, su bolsa de labor y varias cartas.

—Voy a escribir enseguida a mi querida Katherine recordándole

los hermosos días pasados en Edgeworth.

Entró en la casa con el aire decidido de quien va a cumplir una misión importante.

Al contrario de Mrs. Harfield, las palabras brotaban fluidamente de la pluma de *lady* Tamplin. Llenó cuatro hojas de papel sin el menor esfuerzo y, cuando las releyó, no tuvo que añadir ni quitar ni una coma.

Katherine recibió esta carta la misma mañana en que llegó a Londres. Si supo o no leer entre líneas es otra cuestión. La metió en el bolso y salió para cumplir su cita con los abogados de Mrs. Harfield.

El bufete, uno de los más antiguos de Londres, estaba en Lincoln's Inn Fields. Tras unos minutos de espera, Katherine fue recibida por el socio principal, un anciano y bondadoso caballero de astutos ojos azules y un trato paternal. Durante un rato se ocuparon del testamento de Mrs. Harfield. Luego Katherine le dio al abogado la carta que había recibido de Mrs. Samuel.

—Creo que debo enseñarle esta carta —dijo—, aunque a mí me parece un tanto ridícula.

El abogado la leyó con una sonrisa burlona.

—Esto es una burda maniobra, *miss* Grey. Creo que no será necesario que le diga a usted que esa gente no tiene el menor derecho a la herencia y que, si intentasen como insinúan anular el testamento, ningún tribunal les haría caso.

—Ya me lo figuraba.

—Hay personas que carecen en absoluto de inteligencia. Yo, en el caso de Mrs. Samuel Harfield, hubiese procurado ante todo apelar a su generosidad.

—Precisamente ésta es una de las cosas de las cuales quiero hablar con usted. Quisiera dar algo a esa gente.

—No tiene usted ninguna obligación.

—Ya lo sé.

—Además, no se lo tomarían como generosidad. Más bien creerán que trata usted de comprar su silencio, aunque no es fácil que lo rechacen.

—Ya lo sé, pero no se puede evitar.

—Yo le aconsejaría que desechase usted esa idea.

Katherine meneó la cabeza.

—Sé que tiene razón, pero de todos modos me gustaría hacerlo.

—Cogerán el dinero y después hablarán todavía peor de usted.

—Bueno —replicó Katherine—, que hablen si quieren. Cada uno es como Dios le ha hecho. Después de todo, son los únicos parientes de Mrs. Harfield. Aunque nunca se preocuparon de ella en vida, me sabe mal de veras que no reciban nada de lo que ella poseía.

Por fin logró convencer al abogado y, poco después, caminaba por las calles de Londres con la tranquilizadora seguridad de que podía gastar cuanto le viniese en gana y forjar los más fantásticos planes para el futuro. Lo primero que hizo fue visitar el establecimiento de una famosa modista.

La recibió una esbelta y madura francesa que se parecía a una gran duquesa de leyenda. Katherine le dijo con cierta ingenuidad:

—Vengo a ponerme en sus manos. Toda mi vida he sido muy pobre, y no sé nada de vestidos, pero he heredado bastante dinero y quisiera ir muy bien vestida.

La francesa estaba encantada. Tenía un temperamento artístico que aquella mañana había sufrido lo indecible con una voluminosa señora argentina, esposa de un millonario ganadero, que había insistido en llevarse los modelos menos favorecedores a su silueta.

Miró atentamente a Katherine con ojos sagaces:

—Será un placer. Mademoiselle, tiene usted muy buena figura; las líneas sencillas serán las más adecuadas. Además, es *très anglaise*. Hay gente que se ofendería si se le dijera esto, pero *mademoiselle* no. No hay tipo más elegante que el de una *belle anglaise*.

De pronto se esfumaron sus modales de duquesa de leyenda. Comenzó a gritar órdenes a las modelos.

—¡Clothilde, Virginie, de prisa, queridas! El *tailleur gris clair* y la *robe de soirée «soupir d'automme»*. ¡Marcelle, querida, el vestido de crespón de China color mimosa!

Fue una mañana deliciosa. Marcelle, Clothilde y Virginie, hartas y despectivas, desfilaron lentamente ante la cliente con el porte habitual de las modelos. La duquesa permaneció junto a Katherine, anotando los encargos en su libreta.

—Es una elección acertadísima, *mademoiselle*. La señorita tiene buen *goût*. Sí, desde luego. La señorita no podría escoger mejor, si es que, como supongo irá este invierno a la Riviera.

—¿Quiere usted enseñarme otra vez aquel vestido de noche? —

dijo Katherine—. El de color malva.

Virginie reapareció y giró ante ella lentamente.

—Es el que más me gusta —afirmó Katherine, mientras contemplaba las exquisitas telas de color malva, gris y azul—. ¿Cómo dijo que se llama?

—*Soupir d'automme*. Sí, sí, ése es el verdadero vestido para *mademoiselle*…

¿Qué había en aquellas palabras que produjeron una leve sensación de tristeza a Katherine? Las recordó después de salir de la tienda de modas. «Soupir d'automme; ése es el verdadero vestido para *mademoiselle*».

Otoño. Sí, para ella había llegado el otoño. Ella, que nunca había conocido la primavera ni el verano, y que ya nunca los conocería. Era algo perdido imposible de recuperar. Los años de servidumbre en St. Mary Mead, se habían llevado lo mejor de su vida.

«Soy una estúpida —se dijo Katherine—. ¿Qué es lo que deseo? ¿Cómo es posible que hace un mes estuviera más contenta que ahora?»

Sacó del bolso la carta de *lady* Tamplin que había recibido aquella mañana. Katherine no era tonta y comprendía perfectamente los matices de la carta y el verdadero motivo del repentino cariño que se había despertado en *lady* Tamplin por aquella prima largo tiempo olvidada. Era en beneficio propio y no por placer que *lady* Tamplin ansiaba la compañía de su prima. Bueno, ¿y qué? Se beneficiarían una a la otra.

—Sí, iré —dijo Katherine resuelta.

En aquel momento caminaba por Piccadilly y entró en las oficinas de la agencia Cook para resolver el tema. Tuvo que esperar un rato. El hombre que estaba hablando con el empleado también se dirigía a la Riviera. Por lo visto, todo el mundo iba allí. Bien, por primera vez en su vida, ella haría lo mismo que «todos».

El caballero que la precedía se volvió bruscamente y ella ocupó inmediatamente su lugar. Expuso sus deseos al empleado, pero al mismo tiempo su mente estaba en otra parte. El rostro de aquel hombre le resultaba vagamente familiar. ¿Dónde lo había visto antes? De pronto lo recordó. Había tropezado con él en el pasillo del Savoy, cuando salía de la habitación. ¡Qué extraña coincidencia

encontrarlo dos veces el mismo día! Miró por encima del hombro inquieta sin saber por qué. El hombre estaba en la puerta, mirándola. Katherine sintió un escalofrío. Presintió una desgracia, algo trágico. Su sentido común apartó de su mente tan desagradable presagio y dedicó toda su atención a lo que le decía el empleado.

Capítulo IX

UNA OFERTA RECHAZADA

Derek Kettering casi nunca se dejaba dominar por los arrebatos. La despreocupación era su principal característica y le había servido para sacarle de más de un apuro. En cuanto salió del piso de Mirelle, recuperó la tranquilidad. Necesitaba de toda su serenidad, porque la situación en la que se encontraba era la peor de cuantas había atravesado y por el momento no sabía cómo hacerle frente.

Echó a andar enfrascado en sus pensamientos, tenía el entrecejo fruncido y de su paso había desaparecido aquel aire resuelto que tanto le favorecía. Por su mente desfilaban varias posibilidades. Si algo se podía decir en su favor, era que Derek Kettering no era tan tonto como parecía. Podía elegir entre varios caminos, uno en particular. Si no lo seguía, era sólo por el momento. A grandes males, grandes remedios. Había juzgado a su suegro correctamente. La guerra entre Derek Kettering y Ruth Van Aldin, sólo podía acabar de una manera. Derek Kettering maldijo el dinero y el poder que éste proporcionaba.

Caminaba por St James Street, a través de Piccadilly, y siguió en dirección a Piccadilly Circus. Al pasar por delante de las oficinas de Thomas Cook & Sons, aminoró el paso. Continuó su camino sin dejar de pensar. Al fin, asintió y se volvió tan bruscamente que tropezó con un par de transeúntes que iban tras él, y volvió por donde había venido, pero esta vez ya no pasó de largo ante las oficinas de Cook, sino que entró. Había pocos clientes y le atendieron de inmediato.

—Quisiera ir a Niza la próxima semana.

—¿Qué día desea usted salir, señor?

—El catorce. ¿Qué tren es el mejor?

—El mejor es el llamado Tren Azul. Se evitará usted las molestias de la aduana de Calais.

Derek asintió, conocía aquello perfectamente.

—El catorce —murmuró el empleado— es un poco justo. Casi nunca hay billetes para el Tren Azul.

—Entérese usted de si queda alguna litera —dijo Derek—, si no… —dejó la frase sin terminar y en su rostro apareció una extraña sonrisa.

El empleado se retiró para regresar unos minutos después.

—Resuelto, señor, todavía quedan tres literas. Le reservaré una. ¿A nombre de quién?

—Pavett —contestó Derek, y dio la dirección de su piso en Jermyn Street.

El empleado asintió, acabó de escribir el nombre y la dirección, saludó cortésmente a Derek y enseguida dirigió su atención a otro cliente.

—Deseo ir a Niza el día catorce. ¿No hay un tren llamado Tren Azul?

Derek se volvió bruscamente. ¡Qué extraña coincidencia! Recordó las palabras casi nostálgicas que había pronunciado en casa de Mirelle «Retrato de una dama de ojos grises a la que supongo no volveré a ver más». Pero la había vuelto a ver, y además viajaría a la Riviera el mismo día que él.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo por un instante. En algunos aspectos era algo supersticioso. Había dicho, medio riendo, que aquella mujer le traería mala suerte. ¿Y si fuese verdad? Desde la puerta la observó mientras ella hablaba con el empleado. Por una vez no le había fallado la memoria. Era una señora, una señora en toda la extensión de la palabra. Ni muy joven, ni muy hermosa, pero con algo, unos ojos grises que reían más de la cuenta. Al salir a la calle se dio cuenta de que aquella mujer, sin saber por qué, le asustaba. Presentía algo fatal.

En cuanto llegó a su casa, llamó a su criado.

—Toma este cheque, Pavett, y ve a Cook, en Piccadilly. Tienes allí unos billetes de ferrocarril a tu nombre. Págalos y tráelos.

—Muy bien, señor.

Pavett se retiró.

Derek se acercó a una mesita y cogió un puñado de cartas. Eran de una clase que conocía muy bien. Facturas pequeñas y grandes, todas y cada una reclamando el pago inmediato. El tono de las

exigencias era todavía cortés, pero Derek sabía que pronto habría un cambio de tono si cierta noticia se hacía pública. Se dejo caer pesadamente sobre un sillón. Estaba metido en un aprieto. ¡En un maldito agujero! Y las maneras de salir del molesto agujero no parecían nada prometedoras.

Pavett entró de nuevo y anunció su presencia con una tos discreta.

—Señor, un caballero desea verlo. Es el comandante Knighton.

—¿Knighton?

Derek se irguió en el sillón y frunció el entrecejo, súbitamente alerta. Murmuró con un tono suave, casi para si mismo.

—Knighton. ¿Qué le traerá por aquí?

—¿Le hago pasar, señor?

Derek asintió y, cuando Knighton entró en la habitación, se encontró con un Derek amable y sonriente.

—¡Cuánto le agradezco su visita, comandante Knighton!

Knighton estaba nervioso.

La aguda mirada de Derek lo descubrió enseguida. Era obvio que a Knighton le desagradaba el motivo de la visita. Contestó casi maquinalmente a la charla de Derek, rechazó una copa y su turbación fue en aumento. Por fin, Derek se compadeció de su visitante.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere mi querido suegro de mí? Supongo que viene usted por encargo suyo, ¿verdad?

El rostro de Knighton permaneció serio.

—Sí —dijo lentamente—, vengo de parte suya, aunque hubiese preferido más que Mr. Van Aldin hubiese escogido a otro para este encargo.

Derek enarcó la cejas en un gesto de desconsuelo burlón.

—¿Tan terrible es lo que tiene usted que decirme? Le aseguro que tengo la piel muy dura.

—No, pero… —Knighton se detuvo.

Kettering le miró con atención.

—Vamos, suéltelo —dijo amablemente—. Ya me figuro que los encargos de mi suegro no siempre son agradables.

El comandante carraspeó y empezó a hablar en un tono muy formal, como si quisiera disimular su vergüenza.

—Me manda Mr. Van Aldin para hacerle a usted una oferta

definitiva.

—¿Una oferta?

Derek no pudo ocultar su asombro. Las palabras de Knighton no eran precisamente las que él esperaba. Le ofreció un cigarrillo a su visitante, encendió otro para él y se recostó en su sillón mientras murmuraba con una ligera ironía:

—¿Una oferta? Eso parece interesante.

—¿Puedo continuar?

—¡Por favor! Perdone mi sorpresa, pero me parece que mi suegro se ha apeado del burro desde nuestra charla de esta mañana, y este cambio de parecer no es lo que uno espera de los grandes hombres de finanzas, etcétera. Demuestra, creo que demuestra, que encuentra su posición más débil de lo que creía.

Knighton escuchó cortésmente, pero no mostró ningún cambio en su expresión impertérrita. Cuando Derek terminó, dijo en voz baja:

—Le expondré la oferta con las menos palabras posibles.

—Adelante.

El comandante no le miró. Contestó en tono práctico:

—El asunto es muy simple. Mrs. Kettering, como usted sabe, está a punto de presentar una demanda de divorcio. Si usted no se opone, recibirá cien mil el día en que se dicte la sentencia definitiva.

Derek, que se disponía a encender un cigarrillo, se quedó de piedra.

—¡Cien mil! —exclamó— ¿Dólares?

—Libras.

Durante un par de minutos reinó un profundo silencio. Kettering reflexionó con el entrecejo fruncido. Cien mil libras. Significaban recuperar a Mirelle y continuar su cómoda y alegre vida. Significaba que Van Aldin sabía algo, porque no era hombre que gastara estúpidamente su dinero. Se puso de pie y se acercó a la chimenea.

—¿Y si yo rechazara su espléndida y tentadora oferta? —preguntó con un tono frío e irónico.

Knighton hizo un gesto de excusa.

—Le aseguro a usted, Mr. Kettering —dijo ansioso—, que he venido con este mensaje muy a pesar mío.

—Lo creo —asintió Kettering—. No sufra, porque no es culpa suya. ¿Quiere usted ahora hacerme el favor de contestar a mi pregunta?

El comandante también se puso de pie. Respondió con más repugnancia que antes.

—En el caso de que usted rechazara la oferta, Mr. Van Aldin me ha dicho con toda claridad que está dispuesto a aplastarle. Así de sencillo.

Derek enarcó las cejas, pero mantuvo su aire de despreocupación.

—¡Bien, bien! Seguramente podría hacerlo, sé que es imposible luchar contra un multimillonario norteamericano. ¡Cien mil libras! Cuando se quiere comprar a un hombre, no hay que mirar el precio. Supongamos que yo le dijera a usted que por doscientas mil libras estoy dispuesto a hacer lo que él me pide, ¿cuál sería la respuesta?

—Yo le llevaría su mensaje a Mr. Van Aldin —contestó fríamente Knighton—. ¿Es ésa su respuesta?

—No —replicó Derek—, por curioso que parezca, no es ésa. Dígale usted a mi suegro que él y sus millones pueden irse al infierno. ¿Está claro?

—Perfectamente —dijo Knighton. Dudó un momento y al fin añadió arrebolado—: Si me lo permite, Mr. Kettering, le diré que me alegra que ésa sea su respuesta.

Derek no contestó. Después de salir Knighton, permaneció pensativo durante un par de minutos. En sus labios asomó una extraña sonrisa.

—La suerte está echada —dijo lentamente.

Capítulo X

EN EL TREN AZUL

—¡Papá! —Mrs. Kettering dio un violento respingo. Esta mañana tenía los nervios a flor de piel. Elegantemente vestida con un largo abrigo de visón y un sombrerito chino de laca roja, se paseaba por el concurrido andén de la estación Victoria sumida en sus pensamientos. La súbita aparición de su padre y su afectuoso saludo, le produjeron un efecto inesperado.

—¡Vaya, Ruth, menudo sobresalto!

—Debe ser porque no esperaba verte, papá. Anoche, al despedirte de mí, dijiste que esta mañana tenías que asistir a una reunión…

—Sí, es verdad, pero para mí eres más importante que todas las reuniones del mundo. Quería verte una vez más porque no te veré durante bastante tiempo.

—Eres un encanto, papá. ¡Cómo me gustaría que vinieses conmigo!

—¿Qué dirías si te acompañase?

Sólo era una broma. Van Aldin se extrañó al ver que su hija enrojecía de pronto y por un momento le pareció que había desesperación en su mirada.

Ella se rió nerviosa.

—Por un instante, creí que lo decías en serio —contestó.

—¿Te hubiese gustado?

—¡Desde luego! —afirmó ella con un énfasis exagerado.

—Bueno —dijo Van Aldin—, eso está muy bien.

—En realidad, no estaremos separados mucho tiempo, papá —prosiguió Ruth—. Tú vendrás el mes que viene.

—¡Ah! —manifestó el millonario—, a veces me dan ganas de ir a ver a uno de esos médicos famosos de Harley Street para que me recomiende un cambio de aires con mucho sol inmediatamente.

—¡No seas tan haragán! —exclamó Ruth—. El mes que viene, la Riviera estará mucho mejor que ahora. Además, hay un sinfín de cosas que no puedes abandonar.

—Tienes razón —accedió Van Aldin con un suspiro—. Será mejor que subas al tren. ¿Dónde está tu asiento?

Ruth miró distraídamente hacia el tren. En la puerta de uno de los coche-cama Pullman aguardaba una mujer alta y delgada, enteramente vestida de negro. Era la doncella de Ruth. Al acercarse su señora, se apartó a un lado.

—He colocado su neceser debajo del asiento por si lo necesita usted. ¿Quito las mantas o necesita una?

—No, no la necesito. Es mejor que se vaya usted a buscar su asiento, Mason.

—Bien, señora.

La doncella se retiró.

Van Aldin entró en el vagón con Ruth. Ella encontró su asiento y el millonario dejó sobre la mesa varios diarios y revistas. El otro asiento estaba ocupado y el americano dirigió una rápida mirada a su ocupante. Tuvo una fugaz visión de unos atractivos ojos grises y un elegante traje de viaje. El millonario charló unos minutos más con su hija repitiendo las palabras propias de las despedidas.

Finalmente se oyeron los pitidos de la máquina y Van Aldin miró su reloj.

—Tengo que irme. Adiós, cariño. No te preocupes. Ya me encargaré de todo.

—¡Oh, papá!

El americano se volvió bruscamente. Había notado algo extraño en la voz de Ruth, algo tan extraño a su comportamiento habitual que le sorprendió. Había sonado como un grito de desesperación. Ella había hecho un movimiento impulsivo hacia su padre, pero enseguida volvió a ser dueña de sí misma.

—¡Hasta el mes que viene! —se despidió con mucho afecto.

Dos minutos más tarde, el tren salía de la estación.

Ruth permaneció muy quieta y se mordió los labios para contener las inesperadas lágrimas. Sintió de pronto una terrible sensación de soledad. Experimentó un ansia desesperada de saltar del tren y volverse atrás antes de que fuese demasiado tarde. Ella, tan serena, tan dueña de sí misma, se sentía por primera vez como

una hoja arrastrada por el viento. ¿Qué diría su padre, si lo supiera…?

¡Una locura! Sí, eso era, ¡una locura! Por primera vez en su vida le dominaba la pasión hasta el punto de hacer una cosa a sabiendas de que era una locura y una temeridad. Como digna hija de su padre, advertía su locura y la reprobaba. Pero también era hija en otro sentido. Tenía la misma tenacidad para conseguir lo que deseaba y, cuando decidía algo, no había nada en el mundo capaz de hacerla volver atrás. Desde niña había demostrado una voluntad de hierro y las propias circunstancias de su vida la habían afianzado. Ahora la empujaba implacable. Bien, la suerte estaba echada y tenía que seguir hasta el final.

Levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de la mujer que iba sentada frente a ella. De pronto tuvo la impresión de que aquella mujer había adivinado sus pensamientos. Vio en aquellos ojos grises comprensión y, sí, piedad.

Fue sólo una impresión pasajera. Ambas mujeres recobraron enseguida la expresión indiferente de las personas bien educadas. Mrs. Kettering cogió una revista y Katherine se dedicó a mirar por la ventanilla el interminable paisaje de calles sucias y casas miserables de los suburbios.

A Ruth le resultaba cada vez más difícil fijar su atención en la revista. A pesar de sí misma, mil temores asaltaban su mente. ¡Qué loca había sido! ¡Qué loca era! Como todas las personas frías y dueñas de sí mismas, cuando perdía el control lo perdía a fondo. Ahora era demasiado tarde… ¿Era demasiado tarde? ¡Oh! Si pudiese hablar con alguien, pedir un consejo. Nunca hasta entonces había sentido un deseo semejante; ella hubiese despreciado la idea de confiar en el juicio de alguien que no fuese ella misma, pero ahora ¿qué le estaba pasando? Pánico. Sí, ésa era la palabra más acertada: pánico Sí, ella, Ruth Van Aldin, estaba total y completamente dominada por el pánico.

Espió a la figura que tenía delante. Si sólo conociera a alguien como ella, alguien agradable, sereno, comprensivo como aparentaba ser. Aquélla era la clase de persona con la que se podía hablar, pero no podía dirigirse a una desconocida. Ruth sonrió para sí misma ante esa idea. Cogió otra vez la revista. Tenía que dominarse. Después de todo, ya lo había pensado a fondo. Lo había decidido

con entera libertad. ¿Qué felicidad había tenido en su vida hasta ahora? «¿Por qué no puedo ser feliz? —se dijo intranquila—. Al fin y al cabo, nunca nadie lo sabrá».

Llegaron a Dover sin darse cuenta. Ruth era buena marinera. Le disgustaba el frío, y se alegró de estar en el camarote que había reservado por telégrafo. Aunque nunca lo habría confesado, Ruth era algo supersticiosa. Era de la clase de personas a las que les gustaban las coincidencias. Cuando desembarcó en Calais y se hubo instalado con su doncella en un compartimiento doble del Tren Azul, se dirigió hacia el coche restaurante. Con sorpresa vio al otro lado de la mesita a la misma mujer que había sido su compañera de viaje hasta Dover. Una ligera sonrisa apareció en los labios de ambas.

—¡Qué coincidencia! —dijo Ruth.

—Lo es —contestó Katherine—. Es extraño como ocurren estas cosas.

Un camarero, con la destreza que siempre desplegaban los empleados de *Compagnie Internationale des Wagons Lits*, colocó ante ellas dos platos de sopa. Cuando trajeron el segundo plato, una tortilla, las dos mujeres charlaban amistosamente.

—Será delicioso sentir el sol —suspiró Ruth.

—Estoy segura de que será una sensación maravillosa —contestó Katherine.

—¿Conoce bien la Riviera?

—No, es la primera vez que voy allí.

—Es un sitio ideal.

—Usted va cada año, ¿verdad?

—Prácticamente. Enero y febrero son horribles en Londres.

—Yo siempre he vivido en el campo. Tampoco allí son unos meses agradables. Sólo hay barro.

—¿Qué es lo que de pronto le ha hecho decidirse a viajar?

—El dinero. Durante diez años he sido una señorita de compañía pobre con el dinero justo para comprarme unos buenos zapatos. Ahora, he heredado lo que para mí representa una fortuna, aunque creo que a usted no se lo parecería.

—Me pregunto porque dice que a mí no me lo parecería.

Katherine se echó a reír.

—En realidad, no lo sé. Supongo que una se forma una idea sin

pensarlo. Tengo la impresión de que usted es una mujer muy rica. Claro que sólo es una impresión y quizá me equivoque.

—No, no se equivoca usted —de repente, Ruth se había puesto muy seria—. ¿Me querría usted decir qué otras impresiones le he causado?

—Yo…

—¡Por favor, no gaste cumplidos! —le interrumpió Ruth sin preocuparse de la incomodidad de la otra—. Quiero saberlo. Cuando salíamos de la estación Victoria, la miré y tuve la sensación de que usted comprendía lo que yo estaba pensando.

—Le aseguro que no sé leer el pensamiento —respondió Katherine con una sonrisa.

—Lo supongo, pero le ruego que me diga lo que la conmovió.

La ansiedad de Ruth era tan sincera e intensa que Katherine no pudo negarse.

—Se lo diré ya que insiste, pero le ruego que no me crea impertinente. Me pareció que, por algún motivo, estaba muy angustiada y sentí pena por usted.

—Tiene usted razón. Estoy en un momento terrible. Me gustaría… me gustaría explicarle lo que me pasa, si me lo permite.

—¡De ninguna manera! ¡Al contrario, será un verdadero placer!

«¡Ay, madre! —pensó Katherine— ¡Qué parecida es la gente en todas partes! En St. Mary Mead todo el mundo me contaba sus penas y aquí me ocurre lo mismo. Y yo en realidad no quiero enterarme de las penas de nadie».

—Por favor, explíquemelo —respondió cortésmente.

Estaban terminando de comer. Ruth se bebió de un trago el café, se levantó y sin fijarse en que Katherine aún no había probado el suyo, dijo:

—Venga usted a mi compartimiento.

Eran dos compartimientos comunicados por una puerta de comunicación. En uno de ellos, la delgada doncella que Katherine había visto en la estación Victoria estaba sentada muy erguida, sosteniendo en sus rodillas un neceser de tafilete rojo con las iniciales R.V.K. Mrs. Kettering cerró la puerta de comunicación y se desplomó en uno de los asientos. Katherine se sentó a su lado.

—Me encuentro en un apuro y no sé qué hacer. Hay un hombre al que amo, al que amo muchísimo. Cuando éramos jóvenes ya nos

amábamos, pero nos separaron de una manera brutal e injusta. Ahora hemos vuelto a estar juntos.

—¿Sí?

—Y ahora voy a reunirme con él. Seguramente usted creerá que es un error, pero usted no conoce las circunstancias. Mi marido es inaguantable. Me ha tratado de una manera denigrante.

—¿Sí? —repitió Katherine.

—Lo peor de todo es que he engañado a mi padre, era él el que vino a despedirme a la estación. Quiere que me divorcie de mi marido y, claro está, no tiene la menor idea de que vaya a reunirme con ese otro hombre. Diría que es una verdadera locura.

—¿Y no le parece a usted que tiene razón?

—Sí, creo que sí.

Ruth se miró las manos, que temblaban violentamente.

—Pero ahora no puedo volverme atrás.

—¿Por qué no?

—Todo está ya convenido y le destrozaría el corazón.

—No lo crea —opinó Katherine—. El corazón es algo muy duro.

—Creería que no tengo valor, que le he mentido.

—Lo que usted va a hacer es, a mi juicio, una verdadera tontería. Y creo que usted lo sabe.

Ruth escondió el rostro entre las manos.

—No sé, no sé… Desde que salí de la estación Victoria tengo el presentimiento de que muy pronto me ocurrirá algo terrible, algo de lo que no podré escapar.

Apretó convulsivamente la mano de Katherine.

—Me creerá usted loca, pero sé que me va a ocurrir algo horrible.

—No piense en eso. Procure dominarse. Puede telegrafiar a su padre desde París y él vendrá a reunirse con usted de inmediato.

La otra se animó.

—Sí, puedo hacerlo. ¡Querido papá! Es raro, pero nunca me había dado cuenta hasta hoy de lo mucho que le quiero —se irguió en el asiento y se secó los ojos con un pañuelo—. He sido una verdadera loca. Muchas gracias por haberme escuchado. No se por qué me he puesto como una histérica —. Se levantó—. Ya estoy más aliviada. Necesitaba desahogarme con alguien, ahora me parece imposible que haya estado dispuesta a hacer algo tan estúpido.

Katherine se levantó.

—Me alegro de que se encuentre usted mejor —dijo con el tono más indiferente de que fue capaz. Sabía que la secuela de las confidencias era la vergüenza. Añadió con tacto—: Tengo que volver a mi compartimiento.

Salió al pasillo al mismo tiempo que del compartimiento contiguo salía la doncella. Ésta miró por encima de su hombro y un vivo asombro apareció en su rostro. Katherine también se volvió pero aquel que había despertado el interés de la doncella, debía haber vuelto a su compartimiento porque el pasillo estaba desierto. Katherine se dirigió a su asiento que estaba en el otro vagón. Al pasar por delante del último compartimiento se abrió la puerta y el rostro de una mujer apareció un momento, pero luego se cerró de un portazo. Era un rostro difícil de olvidar, como Katherine sabría el día que la volviera a ver. Un hermoso rostro ovalado, moreno y muy maquillado de manera extraña. Le pareció que ya lo había visto antes en alguna parte.

Cuando llegó a su compartimiento sin más aventuras, se sentó y se puso a pensar en las confidencias que le habían hecho: Se preguntó quién podía ser la mujer del abrigo de visón y cómo terminaría su historia.

«Si he evitado que esta mujer cometa una tontería, estoy satisfecha —pensó—. Pero ¿quién sabe? Es una de esas mujeres empecinadas y egoístas, y quizá le haga bien comportarse de otra manera aunque no sea más que por una vez. De todas maneras, supongo que nunca más la volveré a ver. Desde luego, ella no querrá volverme a ver».

Deseó que no volvieran a compartir mesa. Pensó, no sin humor, que podría ser violento para ambas.

Cansada y algo deprimida se recostó en el asiento con un cojín debajo de la cabeza. Estaban ya en París y el lento recorrido por el cinturón con sus interminables paradas y cambios de vía resultaba agotador. Cuando llegaron a la Gare de Lyon, se alegró de poder bajar y pasear por el andén. El aire fresco la reanimó después del calor sofocante del tren. Observó con una sonrisa que su amiga del abrigo de piel había resuelto la posibilidad de encontrarse frente a frente durante la cena mandando a su doncella a comprar una cesta de provisiones.

Al reanudar la marcha, anunciaron la cena con un violento repicar de campanas, y Katherine, se dirigió al vagón restaurante mucho más tranquila. Su compañero de mesa era completamente distinto: un hombre menudo de aspecto extranjero, con el bigote tieso a fuerza de gomina y la cabeza en forma de huevo ligeramente inclinada a un lado. Katherine había llevado consigo un libro. Vio que el hombre miraba el libro con una expresión divertida.

—Veo, *madame*, que lee usted un *román policier*. ¿Le gustan a usted esas cosas?

—Me distraen —admitió Katherine.

El hombrecillo asintió con aire comprensivo.

—He oído decir que se venden mucho. ¿Por qué será? Se lo pregunto como un estudioso de la naturaleza humana. ¿Por qué será?

Katherine se divertía cada vez más.

—Tal vez porque el lector tiene la ilusión de vivir una vida más emocionante —contestó.

Él asintió con gravedad.

—Sí, eso debe ser.

—Ya sabe que las cosas que describen esos libros no ocurren nunca en la realidad —Katherine iba a continuar, pero fue interrumpida bruscamente.

—¡Algunas veces, *mademoiselle*! ¡Algunas veces! A este servidor le han ocurrido cosas así.

Ella le dirigió una mirada rápida e interesada.

—Quién sabe si algún día no se encontrará usted mezclada en uno de esos dramas. Todo es cuestión de suerte.

—No lo creo. Una cosa así no podría ocurrirme nunca a mí.

Él se inclinó hacia ella.

—¿Le gustaría?

La pregunta le sorprendió y por un instante contuvo el aliento.

—Quizá sea una impresión mía —añadió el desconocido mientras limpiaba cuidadosamente un tenedor—, pero me da la sensación de que usted ansía que le ocurra algo interesante. *Eh bien!* Mademoiselle, a lo largo de mi vida he observado una cosa: ¡Lo que se desea ardientemente, al fin se consigue! ¿Quién sabe? —su rostro mostró una expresión graciosa—. Quizás encuentre más emociones de las que busca.

—¿Es una profecía? —preguntó Katherine con una sonrisa mientras se levantaba.

—Yo nunca hago profecías —declaró él pomposamente—. Es cierto que siempre tengo la costumbre de no equivocarme nunca, pero no suelo presumir de ello. Buenas noches, *mademoiselle*, que descanse usted bien.

Katherine se dirigió hacia su compartimiento de muy buen humor. Al pasar delante de la puerta abierta del compartimiento de su amiga, vio al conductor haciendo la cama. La mujer del abrigo de visón miraba por la ventanilla, a través de la puerta de comunicación abierta, vio que sobre el asiento se amontonaban las maletas y las mantas. La doncella no estaba allí.

Katherine encontró preparada la litera y, como estaba cansada, se acostó y apagó la luz alrededor de las nueve y media.

Se despertó sobresaltada, sin saber cuánto tiempo había transcurrido. Al mirar su reloj vio que se había parado. Una sensación de inquietud, cada vez más intensa se apoderó de ella. Al fin se levantó, se echó la bata sobre los hombros y se asomó al pasillo. En el tren parecía dormir todo el mundo. Katherine bajó la ventanilla y, durante unos instantes, respiró a pleno pulmón el aire fresco de la noche tratando inútilmente de calmar sus temores. Por fin se decidió a ir hasta el final del vagón y preguntarle al conductor la hora exacta para poner bien el suyo. Pero la banqueta del conductor estaba vacía. Vaciló un momento y después entró en el otro vagón. Miró a lo largo del pasillo en penumbra y vio con profunda sorpresa que un hombre estaba junto a la puerta del compartimiento de Ruth con la mano en el pomo. Seguramente ella se equivocaba de compartimiento. El hombre dudó unos instantes, volvió lentamente la cabeza hacia donde estaba Katherine y ella, con una extraña sensación de fatalismo, lo reconoció como el mismo hombre que había visto ya dos veces: una en el pasillo del hotel Savoy, y otra en las oficinas Cook.

Entonces él abrió la puerta y entró en el compartimiento y cerró la puerta de inmediato.

Una idea cruzó por la mente de Katherine. ¿Sería aquél el hombre de quien le había hablado la mujer, el hombre con quien iba a reunirse?

Katherine se dijo que estaba fantaseando y que seguramente

había tomado un compartimiento por otro.

Volvió a su vagón. Cinco minutos más tarde el tren aminoró la marcha. Se oyó el largo y quejumbroso chirrido de los frenos y poco después el tren se detenía en Lyon.

Capítulo XI

EL CRIMEN

Cuando Katherine se despertó, hacía una mañana preciosa. Fue a desayunar temprano, pero no encontró a ninguno de sus compañeros de la víspera. Cuando volvió a su compartimiento, ya todo había sido puesto en orden por el conductor, un hombre moreno con el bigote caído y rostro melancólico.

—La señora está de suerte. Hace un día espléndido —comentó —. Es muy triste para los viajeros llegar en un día gris.

—Realmente, me hubiese sabido muy mal.

Al salir, el hombre añadió:

—Vamos con un poco de retraso, señora. La avisaré antes de que entremos en Niza.

Katherine asintió. Se sentó junto a la ventanilla, encantada con el paisaje bañado de sol. Las palmeras, la inmensidad azul del mar, las mimosas amarillas. Todo era una encantadora novedad para una mujer que, como ella, durante catorce años sólo había conocido el gris de los inviernos ingleses.

Cuando llegaron a Cannes, Katherine salió a pasear por el andén. Sentía cierta curiosidad por la mujer del abrigo de pieles y miró hacia las ventanillas de su compartimiento. Las cortinas permanecían echadas; eran las únicas que estaban echadas en todo el tren. Le extrañó y, al subir otra vez al tren, pasó por el pasillo y vio que los dos compartimientos estaban completamente cerrados. La mujer del abrigo de visón no era muy madrugadora.

Fiel a su palabra, el conductor se acercó a ella y le anunció que dentro de unos minutos llegarían a Niza. Katherine le dio una propina; el hombre le dio las gracias, pero no se retiró. Parecía inquieto. Ella, que al principio, había creído que tal vez la propina le habría parecido pequeña, se dio cuenta de que se trataba de algo mucho más serio. El conductor estaba pálido como un muerto y

temblaba violentamente. Él la miraba de un modo extraño, pero al fin le preguntó con un tono brusco:

—Perdone, señora, pero, ¿la esperan en Niza?

—Quizá —respondió Katherine—. ¿Por qué?

Pero el hombre sólo meneó la cabeza y murmuró algo que Katherine no pudo entender mientras se alejaba. No reapareció hasta que el tren se detuvo en la estación y comenzó a bajar el equipaje de ella por la ventanilla…

Katherine permaneció unos momentos en el andén como perdida, pero enseguida un joven de rostro ingenuo se acercó a ella y le preguntó indeciso:

—¿Miss Grey, no es así?

Katherine contestó afirmativamente. El joven se inclinó risueño y murmuró:

—Soy Chubby, ¿sabe usted?, el marido de *lady* Tamplin. Espero que me mencionara en su carta pero quizá se olvidó de hacerlo. ¿Tiene usted su *billet de bagages*? Perdí el mío cuando llegué y no sabe usted el lío que montaron. ¡Se me echó encima toda la burocracia francesa!

Katherine sacó el billete y estaba a punto de marcharse con su acompañante, cuando una voz muy suave e insidiosa le murmuró en el oído:

—Un momento, *madame*, por favor.

Se volvió y se encontró ante un individuo cuya insignificante estatura era compensada por un uniforme cubierto de entorchados.

—Hay ciertas formalidades, *madame* —explicó el individuo—. Si *madame* fuese tan amable de acompañarme… Las reglamentaciones de la policía —levantó los brazos al cielo—: ¡Es absurdo, pero qué le vamos a hacer!

Mr. Chubby Evans escuchó la conversación sin entender casi nada, porque su conocimiento del francés era muy limitado.

—¡Estos franceses…! —murmuró. Era uno de esos ingleses que, habiendo comprado una porción de un país extranjero, sé quejaban con amargura de las costumbres del país—. Siempre están molestando a la gente. De todas maneras, es la primera vez que les veo molestar en la estación. Es algo completamente nuevo, pero supongo que debe usted obedecer.

Katherine se marchó con su guía. Vio con gran sorpresa que la

llevaban hacia una vía lateral donde se encontraba uno de los vagones del tren. Él le rogó que subiese al vagón y, precediéndola a lo largo del pasillo, abrió la puerta de uno de los compartimientos, dentro del cual se encontraba un personaje de aspecto pomposo y otro hombre que debía ser su subalterno.

El personaje se levantó y saludó cortésmente a Katherine:

—Perdóneme, *madame*, pero se trata de cumplir con ciertas formalidades. Supongo que *madame* hablará francés, ¿verdad?

—*Creo que lo suficiente* —replicó Katherine en aquel idioma.

—Muy bien, haga el favor de sentarse, *madame*. Soy Monsieur Caux, comisario de policía —abombó el pecho y Katherine trató de parecer impresionada.

—¿Desea usted ver mi pasaporte? Aquí está.

El comisario la miró atentamente y soltó un pequeño gruñido:

—Gracias, *madame* —cogió el pasaporte y carraspeó—. Pero lo que yo deseo en realidad es una pequeña información.

—¿Información?

El comisario asintió lentamente.

—Sobre una señora que fue su compañera de viaje. Usted comió ayer con ella.

—Temo no poder decirle nada. Conversamos durante la comida, pero me es completamente desconocida. No la había visto nunca.

—Sin embargo —replicó el comisario con viveza—, después de comer la acompaño usted a su compartimiento y estuvieron hablando durante largo rato.

—Sí, es verdad.

El comisario parecía que esperara algo más de ella. La animó con la mirada.

—¿Sí, *madame*?

—¿Y bien, *monsieur*?

—Quizá pueda usted decirme algo de la conversación.

—Claro que podría —replicó Katherine—, pero, de momento, no veo la razón de hacerlo.

Su carácter inglés se enojaba ante la impertinencia de aquel funcionario extranjero.

—¿No ve la razón? —exclamó el comisario—. Oh, sí, *madame*, le aseguro que hay una razón.

—Entonces quizá tenga la bondad de decírmela…

El comisario se acarició la barbilla pensativo sin decir nada durante unos instantes.

—Madame —dijo al fin—, la razón es muy sencilla: la dama en cuestión ha sido encontrada muerta esta mañana en su compartimiento.

—¡Muerta! ¿Cómo es posible? ¿Un ataque al corazón?

—No —continuó el comisario lentamente y en un tono pensativo —. No. Ha sido asesinada.

—¡Asesinada! —gritó Katherine.

—Por eso, *madame*, deseamos obtener cualquier información que podamos conseguir.

—Pero seguramente su doncella…

—La doncella ha desaparecido.

—¡Oh! —Katherine se detuvo para ordenar sus pensamientos.

—Como el conductor la vio a usted hablar con ella en su compartimiento, naturalmente, refirió el hecho a la policía, y por eso la hemos llamado con la esperanza de obtener de usted alguna información.

—Lo siento —contestó Katherine—, pero ni siquiera sé su nombre.

—Su nombre era Kettering; lo sabemos por el pasaporte y por las etiquetas de su equipaje. Si…

Sonaron unos golpecitos en la puerta. Monsieur Caux se levantó y la abrió unos centímetros.

—¿Qué pasa? —preguntó autoritariamente—. He dicho que no me molesten.

La ovalada cabeza del compañero de cena de Katherine asomó por la abertura. En su rostro brillaba una seráfica sonrisa.

—Me llamo Hércules Poirot —dijo.

—No me diga —tartamudeó el comisario—, ¿el mismo Hércules Poirot? —interrogó el comisario.

—El mismo —respondió Poirot—. Recuerdo que nos presentaron, *monsieur* Caux, en la *Sûreté* de París. Sin duda, se ha olvidado usted de mí.

—De ninguna manera, *monsieur*, de ninguna manera —protestó el comisario con calor—. Pero entre, hágame el favor. ¿Sabe usted ya de qué se trata?

—Sí, lo sé. Y vengo para ver si les puedo ser útil en algo.

—Es un honor —se apresuró a contestar el comisario—. Permítame que le presente a… —consultó el pasaporte que todavía tenía en la mano—… *madame*…, perdón, a *mademoiselle* Grey, *monsieur* Poirot.

Poirot sonrió a Katherine.

—Es curioso, ¿verdad? —murmuró—, que mis palabras se convirtieran en realidad tan pronto.

—Mademoiselle, desgraciadamente, no nos ha podido decir mucho —añadió el comisario.

—Estaba diciéndole que esa pobre señora me era del todo desconocida —explicó Katherine.

Poirot asintió.

—Pero habló con usted, ¿verdad? —dijo con tono amable—. Y usted se formaría alguna opinión de ella, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Katherine pensativa—. Creo que sí.

—¿Y qué impresión sacó usted?

—Por favor, *mademoiselle* —el comisario se inclinó hacia la joven—, díganos usted la impresión que le produjo.

Katherine se tomó su tiempo para reflexionar. Le repugnaba traicionar una confidencia, pero con la horrible palabra «asesinato» resonando en sus oídos no se atrevió a ocultar nada. Muchas cosas podían depender de ello. Así que repitió lo mejor que pudo la conversación que mantuvo con la mujer muerta.

—Muy interesante —comentó el comisario mirando al detective —. ¿Verdad, *monsieur* Poirot, que es muy interesante? Tenga o no algo que ver con el crimen… —Dejó la frase sin terminar.

—No creo que se trate de un suicidio —insinuó Katherine con un tono de duda.

—No, no se trata de un suicidio. La estrangularon con un cordón de seda negro.

—¡Qué horror! —exclamó Katherine.

Monsieur Caux abrió los brazos en un gesto de disculpa.

—No es algo agradable. Creo que nuestros ladrones de trenes son mucho más brutales que los de su país.

—¡Es horrible!

—Sí, sí —el comisario se mostraba conciliador—. Pero es usted una mujer valerosa, *mademoiselle*. Al verla me dije: «Mademoiselle es muy valiente». Por eso voy a pedirle que haga algo más, algo

desagradable pero que es muy necesario.

Katherine le miró con recelo.

Él extendió las manos a modo de disculpa.

—Le voy a pedir a usted, *mademoiselle*, que tenga la bondad de acompañarme al compartimiento contiguo.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó en voz baja Katherine.

—Es necesario identificarla —explicó el comisario—, y como su doncella ha desaparecido… —tosió significativamente—. Usted es la persona que la vio más tiempo desde que ella subió al tren.

—Bien —murmuró Katherine—, si es necesario…

Se puso de pie. Poirot hizo un gesto de aprobación.

—Mademoiselle es muy comprensiva. ¿Puedo acompañarles a ustedes, *monsieur* Caux?

—Desde luego, *monsieur* Poirot.

Salieron al pasillo y el comisario abrió la puerta del compartimiento ocupado por la mujer asesinada. Las cortinas de las ventanillas estaban medio levantadas, para dejar entrar algo de luz. El cadáver estaba en la litera que quedaba a la izquierda, en una postura tan natural que parecía estar durmiendo. La ropa de cama la cubría y la cabeza estaba vuelta hacia la pared, de forma que sólo se veían unos rizos color caoba. Con mucha delicadeza, *monsieur* Caux apoyó una mano en el hombro de la mujer y movió el cuerpo hasta que el rostro quedó a la vista.

Katherine se tambaleó ligeramente y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Un fuerte golpe había desfigurado de tal modo las facciones de la muerta que hacía imposible la identificación. Poirot soltó una fuerte exclamación.

—¿Cuándo le hicieron eso? —preguntó— ¿Antes o después de su muerte?

—El forense dice que después —contestó *monsieur* Caux.

—¡Qué cosa más rara! —murmuró Poirot que frunció el entrecejo. Se volvió hacia Katherine y añadió—: Sea usted valiente, *mademoiselle*; mírela detenidamente. ¿Está segura de que ésta es la mujer con la que habló ayer en el tren?

Katherine poseía unos nervios excelentes. Observó durante un buen rato y con mucha atención la figura acostada. Luego, se adelantó y cogió una mano de la muerta.

—Estoy completamente segura —afirmó al fin—. El rostro está

demasiado desfigurado para reconocerlo; pero la forma, el porte y los cabellos son los mismos; además, me fijé en *esto* —indicó una pequeña verruga en la muñeca de la muerta— mientras hablaba con ella.

—*Bon* —dijo Poirot—. Es usted una excelente testigo, *mademoiselle*. No cabe la menor duda acerca de su identidad, pero de todas maneras es extraño.

Se inclinó, perplejo, sobre la mujer.

Monsieur Caux se encogió de hombros:

—Sin duda, el asesino lo hizo en un acceso de rabia —opinó.

—Si la hubiese matado a golpes, sería comprensible —musitó Poirot—; pero el hombre que la estranguló lo hizo por detrás y la cogió desprevenida. Un ligero grito, un gorgoteo, es todo lo más que se pudo oír y, sin embargo, después la golpeó brutalmente en el rostro. ¿Por qué? ¿Acaso creía que así sería imposible identificarla? ¿O bien la odiaba tanto que no pudo resistir la tentación de desfigurarle la cara después de muerta?

Katherine se estremeció y el detective se volvió hacia ella con amabilidad.

—No debe usted afligirse, *mademoiselle*. Para usted todo esto es muy nuevo y terrible. Para mí es una vieja historia. Les pido a los dos que me disculpen un momento.

Ambos permanecieron junto a la puerta, y le miraron mientras él hacía una rápida inspección del compartimiento. Se fijó en los vestidos de la mujer muerta, cuidadosamente doblados a los pies de la litera, en el abrigo de piel colgado de una percha y en el sombrerito de laca roja en la red de equipajes. Luego entró en el compartimiento contiguo, donde Katherine viera sentada a la doncella. Aquí no habían hecho la cama. Había tres o cuatro mantas amontonadas sobre el asiento, una caja de sombreros y un par de maletas. De pronto, Poirot se volvió hacia Katherine.

—Usted estuvo ayer aquí. ¿Encuentra algo cambiado? ¿Falta alguna cosa?

Katherine miró con atención los dos compartimientos.

—Sí, falta un neceser de tafilete rojo que llevaba las iniciales R.V.K. Parecía un maletín pequeño o un joyero grande. Cuando lo vi, la doncella lo tenía sobre las rodillas.

—¡Ah! —exclamó Poirot.

—Seguramente… —añadió Katherine—… claro está que yo no sé nada de estas cosas, pero parece muy claro que, si la doncella y las joyas han desaparecido…

—¿Quiere usted decir que la ladrona es la doncella? —preguntó el comisario—. No, *mademoiselle*, hay una muy buena razón en contra.

—¿Cuál es?

—La doncella se quedó en París.

El comisario se volvió hacia Poirot.

—Estoy seguro de que le gustará escuchar la declaración del conductor —murmuró en un tono confidencial—. Es un relato muy interesante.

—Seguramente, a *mademoiselle* también le gustará oírlo —señaló Poirot—. Si usted no tiene inconveniente, *monsieur le commisaire*…

—No —accedió el comisario, aunque se veía claramente que le contrariaba muchísimo—, si usted lo desea, *monsieur* Poirot. ¿Ha terminado aquí?

—Sí, pero espere un instante.

Había estado registrando las mantas y ahora se llevó una junto a la ventanilla y la examinó. Con gran cuidado, cogió algo con los dedos.

—¿Qué es? —preguntó *monsieur* Caux con viveza.

—Cuatro cabellos rojizos —se acercó al cadáver—. Sí, son de la cabeza de *madame*.

—¿Y qué? ¿Cree usted que son importantes?

Poirot dejó la manta sobre el asiento.

—¿Qué es importante y qué no lo es? No se puede saber a estas alturas. Pero hemos de fijarnos en los menores detalles.

Volvieron al primer compartimiento y, a los pocos instantes, llegó el conductor para ser interrogado.

—Se llama usted Pierre Michel, ¿verdad? —preguntó el comisario.

—Sí, señor comisario.

—Le ruego que repita usted a este caballero lo que me ha contado respecto a lo ocurrido en la estación de París.

—Muy bien, señor comisario. Al poco rato de salir de la Gare de Lyon, entré a preparar las camas pensando que la señora estaría en el vagón restaurante, pero ella tenía una cesta con viandas en el

compartimiento. Me dijo que se había visto obligada a dejar a su doncella en París y que, por lo tanto, sólo tenía que hacer una cama. Cogió la cesta y entró en el otro compartimiento y esperó allí mientras yo preparaba la cama. Después me dijo que no la despertase temprano porque le gustaba dormir hasta muy tarde.

—¿Entró usted en el compartimiento contiguo?

—No, señor.

—¿Entonces no tuvo ocasión de ver si entre el equipaje había un neceser de tafilete rojo?

—No, señor.

—¿Hubiera sido posible que un hombre estuviera escondido en el otro compartimiento?

El conductor reflexionó.

—La puerta estaba entreabierta. Si un hombre hubiese estado escondido detrás de ella, yo no hubiese podido verlo, pero, desde luego, lo hubiese visto la señora cuando entrara allí.

—Bien —asintió Poirot—, ¿puede usted decirnos algo más?

—Creo que eso es todo, *monsieur*. No recuerdo nada más.

—¿Y esta mañana? —preguntó Poirot.

—Como había ordenado la señora, no la molesté. No fue hasta un poco antes de Cannes que me decidí a llamar a la puerta. Al no recibir respuesta, la abrí. La señora parecía estar durmiendo. La toqué en el hombro para despertarla y entonces…

—Sí, entonces descubrió usted lo que había ocurrido —le interrumpió Poirot—. *Tres bien*. Creo que ya sé todo lo que me interesaba.

—Espero, señor comisario —rogó el conductor—, que no considere que yo haya cometido alguna negligencia. Es horrible que haya ocurrido una cosa así en el Tren Azul.

—Tranquilícese —dijo el comisario—, se hará todo lo posible para que el suceso no trascienda, aunque sólo sea en interés de la justicia. No, no creo que haya usted cometido ninguna negligencia.

—¿Tendrá usted la bondad, señor comisario, de decírselo a la Compañía?

—Desde luego, desde luego —accedió impacientemente *monsieur* Caux.

El conductor se retiró.

—Según el informe del forense —explicó el comisario—, la

mujer fue asesinada antes de que el tren llegara a Lyon. ¿Quién fue el asesino? Por el relato de *mademoiselle* se desprende que pensaba reunirse durante el viaje con el hombre que mencionó. El hecho de dejar a su doncella en París parece confirmarlo. ¿Subió ese hombre al tren en París y ella lo escondió en el compartimiento contiguo? Si fue así, quizá se pelearan y él la matara en un acceso de cólera. Ésta es una posibilidad. La otra, a mi juicio la más lógica, es que el asesino fue un ladrón de trenes vulgar que, sin ser visto por el conductor, entró en el compartimiento, la mató y se fue con el neceser rojo, que seguramente contenía joyas de gran valor. Lo más probable es que abandonara el tren en Lyon. Ya hemos telegrafiado allí, por si alguien le vio apearse.

—Tal vez vino hasta Niza —sugirió Poirot.

—Es posible —dijo el comisario—, pero eso sería algo muy arriesgado.

El detective guardó silencio durante unos momentos y al fin dijo:

—Entonces, si eso es así, ¿usted cree que el hombre es un vulgar ladrón de trenes?

El comisario se encogió de hombros.

—Depende. Primero hemos de encontrar a la doncella. Es posible que ella tenga en su poder el neceser rojo. De ser así, el hombre que la difunta le mencionó a *mademoiselle* estaría mezclado en el asunto y lo transformaría en un crimen pasional. De todas maneras, yo creo que la solución del ladrón de trenes es la más plausible. Esos bandidos son cada vez más audaces.

Poirot miró a Katherine.

—Y usted, *mademoiselle*, ¿vio u oyó algo durante la noche?

—No —contestó ella.

Poirot se volvió hacia el comisario.

—Creo que no hay necesidad de entretener más a *mademoiselle*.

El comisario asintió.

—¿Tiene usted la bondad de dejarnos su dirección?

Katherine le dio el nombre de la villa de *lady* Tamplin.

Poirot le hizo una ligera reverencia.

—¿Me permitirá usted verla de nuevo, *mademoiselle*? —preguntó — ¿O tiene usted tantos amigos que no la dejarán ni un momento libre?

—Al contrario —contestó Katherine—, dispondré de mucho tiempo y tendré mucho gusto en volver a verle.

—Excelente —exclamó Poirot que asintió complacido—. Será un *roman policier à nous*. Investigaremos juntos el caso.

Capítulo XII

EN VILLA MARGUERITE

—¡Entonces estuviste metida de lleno en el asunto! —comentó con envidia *lady* Tamplin— ¡Oh, qué emocionante! —Abrió desmesuradamente sus ojos azul porcelana y exhaló un ligero suspiro.

—Un verdadero asesinato —dijo Mr. Evans.

—Desde luego, Chubby no tenía la menor idea de qué se trataba —explicó *lady* Tamplin—. No se podía imaginar por qué quería entretenerte tanto la policía. ¡Querida, qué oportunidad! Creo, sí, estoy segura, que se podría sacar algún beneficio de este suceso.

Una expresión calculadora emborronó de pronto la ingenuidad de los ojos azules.

Katherine, que se sentía un tanto violenta, estaba acabando de comer y miró por turnos a las tres personas sentadas alrededor de la mesa: *lady* Tamplin, sólo interesada en sacar beneficios; Chubby, con una expresión de ingenua satisfacción y Lenox, con una extraña sonrisa retorcida en su rostro moreno.

—¡Qué suerte! —murmuró Chubby—. Con lo que a mí me hubiese gustado acompañarla y ver todo lo que vio usted. —Su tono de voz era nostálgico e infantil.

Katherine no dijo nada. La policía no le había exigido que guardase silencio y era imposible ocultar los hechos a su anfitriona, pero hubiera preferido no decir nada.

—Sí —dijo *lady* Tamplin, que salió de pronto de su abstracción —, creo que se podría hacer algo. Un pequeño relato, escrito con inteligencia. Una testigo ocular, el toque femenino: *«Mientras hablaba con aquella mujer estaba yo muy lejos de imaginarme…»*, ese tipo de cosas, ya sabes.

—¡Tonterías! —exclamó Lenox.

—Tú no tienes idea —señaló con voz suave *lady* Tamplin— de lo

que pagan los periódicos por un artículo. Escrito, claro está, por alguien de una irreprochable posición social. No tendrías que hacerlo tú, Katherine. Bastará con que me cuentes los hechos y yo me encargaré de todo el asunto por ti. Mr. de Haviland es un gran amigo mío. Tenemos un pequeño arreglo juntos. Es un hombre encantador, nada que ver con los reporteros. ¿Qué te parece la idea, Katherine?

—Yo preferiría no hacer nada de eso —contestó ella tajante.

Lady Tamplin quedó desconcertada ante esta rotunda negativa. Suspiró y trató de conocer nuevos detalles.

—¿Dices que era una mujer muy vistosa? Me pregunto quién podía ser. ¿No oíste su nombre?

—Lo dijeron —admitió Katherine—, pero no lo recuerdo. Estaba tan confusa…

—Lo creo —dijo Mr. Evans—; debe de haber sido un golpe terrible para usted.

Seguramente, aunque Katherine se hubiese acordado del nombre, no lo hubiera dicho. El implacable interrogatorio de *lady* Tamplin le atacaba los nervios.

Lenox, que a su manera no se perdía detalle, se dio cuenta y se ofreció para acompañarla a la habitación en la planta alta. Antes de dejarla allí le comentó en un tono amable:

—No hagas caso de mamá. Si pudiese, sacaría dinero hasta de su abuela agonizante.

Lenox bajó al salón, donde su madre y su padrastro hablaban de la recién llegada.

—Es una mujer muy presentable —dijo *lady* Tamplin—, viste muy bien. El vestido gris es el mismo modelo que llevaba Gladys Cooper en *Palmeras de Egipto*.

—¿Te has fijado en sus ojos? —interrumpió Evans.

—Olvídate de sus ojos, Chubby —le reprochó *lady* Tamplin, con un tono agrio—. Estamos hablando de cosas realmente importantes.

—¡Oh!, venga ya —contestó Chubby, y se encerró en su caparazón.

—No me parece muy… maleable —insinuó *lady* Tamplin dudando antes de emplear esta palabra.

—Tiene todos los rasgos de una dama, como dicen en los libros —dijo Lenox con una sonrisa.

—Algo mojigata —murmuró *lady* Tamplin—. Algo inevitable, dadas las circunstancias.

—Sin duda, harás todo lo posible por modernizarla —opinó Lenox sonriente—. Pero no creo que lo consigas. Ya lo has visto. Se ha enfadado como una mula.

—De todas maneras —apuntó su madre esperanzada—, no la creo muy interesada. Hay gente que cuando tienen dinero le conceden una excesiva importancia.

—Respecto a eso me parece que no te será difícil sacarle lo que quieras —aseguró Lenox—. Y después de todo, para ti es lo más importante, ¿verdad? Para eso la has hecho venir.

—Es mi prima —contestó *lady* Tamplin con dignidad.

—¡Ah! Es tu prima —intervino Chubby otra vez—. Entonces, tendré que tutearla.

—No tiene importancia como la llames, Chubby —contestó su esposa.

—Bien —dijo Mr. Evans—, entonces la tutearé. ¿Sabes si juega a tenis? —añadió interesado.

—Claro que no. Ya te he dicho que ha sido señorita de compañía. Las damas de compañía no acostumbran a jugar al tenis ni al golf. Acaso juegue al croquet, pero siempre he oído decir que se pasan el tiempo haciendo ganchillo y lavando perros.

—¡Dios mío! —exclamó Mr. Evans— ¿Es posible que hiciera eso?

Lenox volvió a subir a la habitación de Katherine.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó por decir algo.

Katherine dijo que no y le agradeció la oferta, y entonces Lenox se sentó en el borde de la cama y miró pensativamente a su invitada.

—¿Por qué has venido? Me refiero a estar con nosotros. No somos de tu tipo.

—Deseo alternar en sociedad.

—No te hagas la tonta —replicó Lenox en el acto al ver la sonrisa de la otra—. Sabes muy bien lo que quiero decir. No eres como yo me figuraba. Tienes unos vestidos muy bonitos —suspiró —. Los vestidos a mí no me sientan bien. Nací torpe y desgarbada. Es un lástima, porque me encantan.

—A mí también —contestó Katherine—, aunque hasta ahora no

había podido más que desearlos. ¿Crees que éste es bonito?

Las dos mujeres discutieron varios modelos con fervor artístico.

—Me gustas —dijo de repente Lenox—. Había subido para ponerte en guardia contra mamá, pero veo que no es necesario. Eres sincera, honesta, todas esas cosas raras, lista y un sinfín de cosas más, pero no eres una tonta. ¿Qué diablos querrán ahora? —protestó la joven.

Desde el vestíbulo llegaba la plañidera voz de *lady* Tamplin.

—¡Lenox! Derek acaba de telefonear. Quiere venir a cenar esta noche. ¿Puedo decirle que venga? No habrá nada desagradable como codornices o algo así, ¿verdad?

Lenox tranquilizó a su madre y volvió a la habitación de Katherine mucho más alegre y animada.

—Me alegro de que venga Derek, estoy segura de que te gustará, Katherine.

—¿Quién es?

—El hijo de lord Leconbury. Está casado con una rica norteamericana. Las mujeres se vuelven locas por él.

—¿Por qué?

—Por lo de siempre: es un hombre guapo y, además, bastante canalla; todas pierden la cabeza por él.

—¿Y tú?

—A veces, sí —dijo Lenox—, aunque otras veces pienso que me gustaría casarme con un vicario, para vivir en el campo y cultivar flores —se detuvo un instante y luego prosiguió—: creo que lo mejor sería un vicario irlandés, así podría ir a cazar.

Guardó silencio durante un par de minutos y después volvió al tema inicial.

—Hay algo extraño en Derek. Toda su familia está un poco chalada: son jugadores empedernidos. Hace mucho tiempo se jugaban sus esposas y sus tierras, y hacían las cosas más descabelladas sólo por divertirse. Derek hubiera sido un magnífico salteador de caminos, gallardo y jovial —se dirigió hacia la puerta —. Bueno, baja cuando te apetezca.

Katherine se entregó de lleno a sus meditaciones. Se encontraba incómoda y molesta en aquel ambiente. El choque del descubrimiento en el tren y la manera cómo habían acogido la noticia sus nuevos amigos habían herido su susceptibilidad. Pensó

largamente en la mujer asesinada. Había sentido pena por Ruth, aunque en realidad no podía decir que le hubiese sido simpática. Había adivinado con toda certeza su despiadado egoísmo que era la clave de su personalidad, y le repelía.

Le había divertido y también disgustado un poco la fría despedida de Ruth, una vez se hubo desahogado con ella. Estaba segura de que, después de las confidencias, había tomado alguna decisión, pero se preguntaba cuál había sido. De todos modos, fuere la que fuese, se había interpuesto la muerte, convirtiendo en inútil todas sus decisiones. Era verdaderamente extraño que sucediese así y que un crimen brutal hubiera sido el final de aquel viaje. Pero de repente, Katherine recordó un pequeño hecho que quizás hubiese tenido que contar a la policía, un hecho que de momento había escapado a su memoria. ¿Tendría importancia? A ella le había parecido ver entrar a un hombre en aquel compartimiento, pero se daba cuenta de que podía estar en un error. Quizá había sido en el compartimiento contiguo y, ciertamente, aquel hombre no podía ser un ladrón de trenes. Lo recordaba muy bien porque lo había visto en dos ocasiones anteriores. Una en el Savoy y la otra en la agencia Cook. Sí, sin duda se había equivocado. Aquel hombre no entró en el compartimiento de la mujer asesinada y había hecho bien en no decir nada a la policía. Quizás habría cometido un daño incalculable.

Bajó a reunirse con los demás en la terraza. A través de las ramas de mimosa se distinguía la pincelada azul del Mediterráneo y, mientras escuchaba distraída a *lady* Tamplin, interiormente se alegraba de haber venido. Esto era mucho mejor que St. Mary Mead.

Por la noche, se puso el vestido malva que llevaba el nombre de *soupir d'automme* y, después de mirarse sonriente ante el espejo, bajó al salón, sintiendo cierta timidez por primera vez en su vida.

La mayor parte de los invitados de *lady* Tamplin habían llegado ya, y como el ruido era esencial en las fiestas de *lady* Tamplin, el estrépito era tremendo. Chubby se acercó corriendo a Katherine y le ofreció un cóctel al mismo tiempo que la tomaba bajo su protección.

—¡Ah, ya estás aquí, Derek! —gritó *lady* Tamplin cuando se abrió la puerta para admitir al último invitado—. Por fin podremos

cenar, Estoy muerta de hambre.

Katherine miró a través del salón. Se sobresaltó. Así que aquél era Derek y se dio cuenta de que no estaba sorprendida. Siempre había sabido que algún día volvería a ver al hombre que había encontrado ya tres veces por una curiosa sucesión de coincidencias. Estaba segura de que él también la había reconocido, pues Derek se interrumpió bruscamente mientras hablaba con *lady* Tamplin y luego siguió hablando aunque con visible esfuerzo. Se dirigieron a la mesa y Katherine se encontró conque lo tenía a su lado. Él se volvió hacia ella en el acto con una encantadora sonrisa.

—Estaba seguro de que volvería a verla muy pronto —comentó —, pero la verdad, nunca soñé que fuese aquí. Era inevitable. Una vez en el Savoy, otra en la agencia Cook. No hay dos sin tres. No diga que no se fijó. De todos modos, insistiría en que sí lo hizo.

—Sí, que lo vi —respondió Katherine—, pero ésta no es la tercera, sino la cuarta. También le vi en el Tren Azul.

—¿En el Tren Azul?

Una expresión que ella no supo definir apareció en el rostro de Derek. Parecía como si hubiese recibido un mazazo en la frente. Por fin, él dijo con un tono desenfadado:

—¿Qué fue todo aquel barullo de esta mañana? Un muerto ¿verdad?

—Sí —dijo Katherine lentamente—, alguien ha muerto.

—No hay derecho a morirse en el tren —comentó Derek con descaro—. Crea un sinfín de complicaciones legales e internacionales y, además, es un pretexto para que el tren llegue con más retraso del habitual.

—¡Mr. Kettering! —Una corpulenta norteamericana, que estaba al otro lado de la mesa, se inclinó hacia él hablándole con el característico acento de los de su país—. Mr. Kettering, veo que se ha olvidado de mí, ¡y yo que le creía un hombre tan galante!

Derek se inclinó hacia la mujer para responderle y Katherine se quedó asombrada.

¡Kettering! ¡Ése era el nombre! Ahora lo recordaba. ¡Qué situación más irónica y extraña! Aquí estaba el hombre al que había visto entrar la noche anterior en el compartimiento de su esposa, que la había dejado sana y salva, y que ahora estaba sentado allí cenando ignorando completamente lo que había ocurrido. Porque,

no cabía la menor duda: no lo sabía.

Un criado se acercó a Derek y le entregó una nota al tiempo que le decía algo al oído. Tras pedirle permiso a *lady* Tamplin, desdobló el papel y una expresión de asombro apareció en su rostro cuando lo leyó. Luego miró a su anfitriona:

—Esto es extraordinario, Rosalie. Lo siento mucho, pero tengo que marcharme. El prefecto de policía desea verme enseguida. No sé por qué.

—Querrá que pagues por tus pecados —dijo Lenox.

—Quizá sea para cumplir alguna estúpida formalidad, pero de todas maneras, será mejor que vaya enseguida a la jefatura de policía. ¿Cómo se atreve el muy tunante a sacarme de la mesa? Debe ser un asunto bastante serio para que justifique esto.

Y riendo, apartó la silla y se levantó para salir del salón.

Capítulo XIII

VAN ALDIN RECIBE UN TELEGRAMA

En la tarde del quince de febrero, una espesa y amarillenta niebla se había extendido sobre Londres. Rufus Van Aldin estaba en su suite del Savoy y aprovechaba al máximo el mal tiempo trabajando el doble que de ordinario. Knighton estaba encantado. Desde hacía algún tiempo, le costaba que su patrón se concentrara en los asuntos pendientes y, cuando se había aventurado a insistir, el millonario le había parado inmediatamente los pies. Pero ahora Van Aldin parecía haberse entregado al trabajo con redoblada energía y el secretario aprovechó la oportunidad a fondo. Y lo hizo con tanta discreción que Van Aldin ni siquiera se dio cuenta.

Pero, a pesar de su abstracción en el trabajo, había un pequeño hecho que le rondaba por el fondo de su mente. Un comentario casual del secretario había plantado la semilla que ahora crecía hasta asomar cada vez más a la conciencia de Van Aldin, y llegó el momento en que, a pesar de si mismo, tuvo que ceder a su insistencia.

Escuchaba con gran atención lo que Knighton le estaba diciendo, pero en realidad no oía nada. Sin embargo, asintió maquinalmente y el secretario buscó entre sus papeles. Mientras lo hacía, su jefe le dijo:

—¿Le importaría repetirlo, Knighton?

El secretario pareció desconcertado.

—¿Se refiere a esto? —preguntó, mientras le mostraba un informe de una sociedad.

—No, no —contestó Van Aldin—, lo que me dijo acerca de que anoche vio a la doncella de Ruth en París. Me parece incomprensible. Debe usted de haberse equivocado.

—No puedo equivocarme, señor. Hablé con ella.

—Bueno, cuéntemelo otra vez.

Knighton obedeció.

—Acababa de entrevistarme con Bartheimer —explicó—, y había vuelto al Ritz para recoger mi equipaje y cenar antes de coger el tren de las nueve en la *Gare du Nord*. En la recepción del hotel vi a una mujer que me pareció la doncella de Mrs. Kettering. Me acerqué a ella y le pregunté si estaba allí su señora.

—Sí, sí —dijo Van Aldin—, ¿y ella le contestó que Ruth había seguido viaje a la Riviera y que a ella la había enviado al Ritz para que esperase órdenes?

—Exactamente, señor.

—Es muy raro —comentó Van Aldin—, muy raro, a no ser que la doncella se hubiese mostrado impertinente.

—Pero en ese caso —objetó el secretario—, Mrs. Kettering le hubiese pagado el finiquito y la habría hecho volver a Inglaterra. No es lógico que la enviase al Ritz.

—No —murmuró el millonario—, tiene usted razón.

Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Sentía un profundo aprecio por Knighton y le inspiraba una gran confianza, pero no podía discutir los asuntos privados de su hija con su secretario. Estaba resentido por la falta de franqueza de Ruth con él y esta información casual había acentuado su malestar.

¿Por qué Ruth se había librado de su doncella en París? ¿Qué motivos podía haber tenido para hacerlo?

Durante unos minutos reflexionó sobre las curiosas combinaciones del azar. ¿Cómo iba a ocurrírsele a Ruth que por una de esas increíbles coincidencias la primera persona a quien encontraría la doncella en París sería el secretario de su padre? Ah, pero así ocurrían las cosas, así era como se descubrían. Esta última idea le hizo torcer el gesto. Había surgido en su mente de forma totalmente natural ¿Había algo por descubrir? Lamentó hacerse aquella pregunta, porque conocía la respuesta, que era, estaba seguro de ello, Armand de la Roche.

Resultaba muy amargo para Van Aldin que su hija se dejara engañar por aquel hombre, aunque debía admitir que no había sido la única. Otras mujeres inteligentes y distinguidas habían sucumbido con idéntica facilidad a la fascinación del conde. Los hombres veían perfectamente su juego; pero las mujeres, no.

Buscó una frase para disipar cualquier sospecha de su secretario.

—Ruth siempre está cambiando de idea —comentó y añadió en tono despreocupado—: ¿La doncella le dio alguna razón para el cambio de planes?

Knighton replicó con la mayor naturalidad que pudo simular:

—Me dijo que Mrs. Kettering se había encontrado inesperadamente con una persona conocida.

—¿Por eso…?

Knighton percibió la nota de inquietud en la voz del millonario.

—Esa persona, ¿era hombre o mujer?

—Creo que me dijo que era hombre, señor.

Van Aldin asintió. Sus peores temores se confirmaban. Se levantó y se puso a pasear por la habitación, un hábito suyo cuando se encontraba muy agitado. Al fin, incapaz de contener sus sentimientos, exclamó:

—¡Hay una cosa que ningún hombre puede conseguir y es que una mujer atienda a razones! Se diría que carecen de sentido común. ¡Para que después hablen del instinto femenino! Todo el mundo sabe que las mujeres son presa fácil para un canalla. No hay ninguna que sepa distinguir cuando se encuentra ante un sinvergüenza y se emboban con cualquier charlatán que sea bien parecido. Si fuese por mí…

Le interrumpió la llegada de un botones con un telegrama en la mano. Van Aldin lo abrió y su rostro se quedó sin sangre. Se apoyó en el respaldo de una silla para no caer y despidió con un gesto al botones.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Knighton, que se había levantado.

—¡Ruth! —exclamó Van Aldin con voz ronca.

—¿Mrs. Kettering?

—¡Muerta!

—¿Un accidente ferroviario?

Van Aldin meneó la cabeza.

—No, parece que también le han robado. No lo dicen, Knighton, pero mi pobre hija ha sido asesinada.

—¡Dios mío!

Van Aldin apoyó un dedo en el telegrama.

—Es de la policía de Niza. Tengo que ir para allá en el primer tren.

Knighton, eficaz como siempre, miró el reloj.

—A las cinco sale uno de la estación Victoria.

—Vendrá usted conmigo, Knighton. Telefonee a mi criado, Archer, y arregle usted sus cosas. Lo dejo a su cargo. Me voy a Curzon Street.

Sonó el teléfono y el secretario cogió el aparato.

—Dígame —escuchó la respuesta y se volvió haca Van Aldin.

—Mr. Goby, señor.

—¿Goby? No puedo recibirle ahora. No, espere, todavía tenemos tiempo. Dígale que suba.

Van Aldin era un hombre de gran entereza. Había recobrado su serenidad habitual. Pocas personas hubiesen notado algo extraño cuando recibió a Goby.

—Tengo mucha prisa, Goby. ¿Tiene usted algo importante que decirme?

Mr. Goby carraspeó.

—Los movimientos de Mr. Kettering, señor. Usted me encargó que le tuviese al corriente de cuanto él hiciera.

—Sí, ¿y bien?

—Mr. Kettering salió ayer por la mañana de Londres en dirección a la Riviera.

—¿Qué?

Algo en su voz debió sorprender a Mr. Goby, porque este digno caballero alteró su costumbre de no mirar nunca a la persona con quien hablaba y dirigió una rápida mirada al millonario.

—¿En qué tren salió? —preguntó Van Aldin.

—En el Tren Azul, señor.

Mr. Goby volvió a carraspear y le habló al reloj de la chimenea:

—Miss Mirelle, la bailarina del Parthenon, salió en el mismo tren.

Capítulo XIV

EL RELATO DE ADA MASON

—No tengo palabras, *monsieur*, para manifestarle el horror, la consternación y la profunda simpatía que experimentamos por usted.

Monsieur Carrége, juez de instrucción, se dirigió en estos términos a Mr. Van Aldin. Monsieur Caux, el comisario, emitía alguna elocuentes palabras.

Van Aldin despachó el horror, la consternación y la simpatía con un brusco ademán. La escena tenía lugar en el despacho del juez de instrucción en Niza. Además de *monsieur* Carrége, el comisario y Van Aldin, había otra persona en la habitación. Fue esta última la que dijo:

—Mr. Van Aldin desea acción, que se obre con rapidez.

—¡Ah! —exclamó el comisario—. Todavía no les había presentado. Mr. Van Aldin, éste es *monsieur* Hércules Poirot a quien sin duda habrá oído mencionar. Aunque hace varios años que se ha retirado de la profesión, su nombre es conocido aún como el de uno de los mejores detectives del mundo.

—Me alegro de conocerle, *monsieur* Poirot —dijo maquinalmente Van Aldin utilizando una salutación que había descartado hacía años— ¿De modo que ya no ejerce usted su profesión?

—Así es, *monsieur*. Ahora disfruto del mundo —y el hombrecillo hizo un gesto grandilocuente.

—Monsieur Poirot, que viajaba casualmente en el Tren Azul —explicó el comisario—, ha tenido la bondad de ayudarnos con su vasta experiencia.

El millonario miró a Poirot con atención. Entonces dijo inesperadamente:

—Soy muy rico, *monsieur* Poirot. Se suele decir que un hombre rico actúa convencido de que puede comprarlo todo. Eso no es

verdad. En lo mío soy un gran hombre y, como tal, puedo pedirle un favor a otro gran hombre.

Poirot asintió.

—Muy bien dicho, Mr. Van Aldin. Me pongo por entero a su disposición.

—Gracias. Sólo le diré que puede llamarme cuando quiera y que no encontrará en mí a un desagradecido. Y ahora, señores, a trabajar.

—Propongo —dijo *monsieur* Carrége— que interroguemos a Ada Mason, la doncella de Mrs. Kettering. Tengo entendido que la ha traído usted, ¿verdad?

—Sí —contestó Van Aldin—. La recogimos cuando pasamos por París. La muerte de su señora la ha trastornado muchísimo, pero relata su historia con bastante coherencia.

—La haremos pasar —dijo Mr. Carrége.

Tocó el timbre y a los pocos momentos entró Ada Mason.

Iba correctamente vestida de negro y tenía la punta de la nariz enrojecida. Se había cambiado los guantes grises de viaje por otros de gamuza negra. Echó una mirada nerviosa al despacho del magistrado y pareció tranquilizarse al ver al padre de su señora. Monsieur Carrége, que presumía de amables maneras, procuró serenarla. En esto le ayudó Poirot, que actuaba de intérprete y cuya actitud amistosa animaba a la inglesa.

—¿Se llama usted Ada Mason?

—Ada Beatrice son mis nombres de bautismo, señor —respondió Mason muy recatada.

—Bien, ya nos hacemos cargo de que esto habrá significado para usted una gran desgracia.

—¡Ya lo creo, señor! He servido a muchas señoras y siempre quedaron muy satisfechas de mí, y nunca imaginé que pudiera ocurrir una cosa semejante.

—¡Claro! —asintió Mr. Carrége.

—Desde luego, he leído cosas por el estilo en los periódicos dominicales. Ya me había imaginado que en los trenes extranjeros… —Se detuvo al recordar que el caballero con quien estaba hablando era de la misma nacionalidad que los trenes.

—Empecemos por el principio —dijo *monsieur* Carrége . Tengo entendido que, cuando salieron de Londres, no se había dicho nada

sobre que usted se quedaría en París.

—No, señor, íbamos a ir directamente a Niza.

—¿Había viajado usted alguna vez al extranjero con su señora?

—No, señor. Sólo llevaba dos meses a su servicio.

—Al salir de Londres, ¿tenía su señora el aspecto de siempre?

—Parecía inquieta y un tanto preocupada. Por cualquier cosa se enfadaba y todo le parecía mal.

Monsieur Carrége asintió.

—Ahora dígame, Mason, ¿cuándo se enteró de que se quedaría en París?

—Estábamos en un lugar llamado la Gare de Lyon, señor. Mi señora pensaba apearse y dar un paseo por el andén. Acababa de salir al pasillo, cuando de pronto soltó una exclamación, y volvió a entrar en el compartimiento con un caballero. Cerró la puerta de comunicación con el mío y ya no pude ver ni oír nada hasta que la abrió otra vez para decirme que había cambiado de parecer. Me dio dinero y me ordenó que dejara el tren y me fuera al Ritz, donde ya la conocían y me darían una habitación. Allí tenía que esperar noticias suyas. Quedó en enviarme un telegrama con sus instrucciones. Tuve el tiempo justo para coger mi equipaje y saltar del tren antes de que se pusiese en marcha. Fue todo muy precipitado.

—Mientras Mrs. Kettering le decía todo eso, ¿dónde estaba el caballero?

—En el otro compartimiento, señor, mirando por la ventanilla.

—¿Puede usted describírnoslo?

—Casi no lo vi, porque permaneció todo el rato de espaldas. Era un hombre alto y moreno, es lo único que puedo decir. Iba vestido como cualquier otro caballero, con un abrigo azul oscuro y sombrero gris.

—¿Era alguno de los pasajeros del tren?

—No lo creo, señor. Me pareció que había venido a la estación nada más que para ver a la señora. Claro que bien podría ser uno de los pasajeros. No se me había ocurrido.

Ada Mason pareció un poco agitada por la sugerencia.

—¡Ah! —Monsieur Carrége, pasó rápidamente a otro asunto— Después, su señora le pidió al conductor que no la despertase temprano. ¿Era costumbre de ella levantarse tarde?

—¡Ya lo creo! La señora nunca desayunaba y no dormía bien por las noches, así que dormía hasta bien entrada la mañana.

De nuevo, *monsieur* Carrége pasó a otro asunto.

—Entre el equipaje había un neceser de tafilete rojo, ¿no es cierto? ¿Era el joyero de su señora?

—Sí, señor.

—¿Se lo llevó usted al Ritz?

—¡Llevarme yo las joyas de mi señora al Ritz! ¡Oh, no, de ninguna manera, señor! —Mason parecía horrorizada.

—¿Lo dejó usted en el compartimiento?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted si la señora llevaba muchas joyas con ella?

—Bastantes. Había veces que hasta me daba miedo. ¡Con las cosas que se leen sobre robos en los trenes extranjeros! Sabía que estaban aseguradas, pero de todos modos, me parecía un riesgo tremendo. Sólo los rubíes, me dijo la señora, costaban varios cientos de miles de libras.

—¡Los rubíes! ¿Qué rubíes? —exclamó Van Aldin de pronto.

Ada Mason se volvió hacia él.

—Creo que fue usted mismo quien se los regaló no hace mucho.

—¡Dios mío! —gritó el millonario—. No me diga que se llevó los rubíes. Yo le había dicho que los dejase en el banco.

Ada Mason carraspeó una vez más con discreción, algo que aparentemente formaba parte del repertorio expresivo de las doncellas. Esta vez decía mucho. Expresaba, con más claridad que cualquier palabra, que su señora siempre había hecho su santa voluntad.

—Por lo visto se volvió loca —murmuró Van Aldin—. ¿Qué le ocurriría?

Esta vez fue *monsieur* Carrége el que carraspeó, un carraspeo importante que atrajo la atención de Van Aldin.

—Por el momento —le dijo el juez a la doncella—, creo que es todo. Tenga usted la bondad de pasar a la habitación contigua, donde le leerán su declaración. Si está usted conforme con ella, haga el favor de firmarla.

La mujer salió escoltada por el escribiente y Van Aldin le preguntó al magistrado.

—¿Hay algo más?

Monsieur Carrége abrió un cajón de la mesa, sacó una carta y se la tendió a Van Aldin.

—La encontramos en el bolso de su hija.

El texto de la misiva era el siguiente:

Chère amie:

Te obedeceré, seré prudente y discreto, todas esas cosas que más odia un enamorado. Quizá París no sea el lugar más adecuado; pero, en cambio, las Lies d'Or están muy lejos de cualquier parte, y puedes estar segura de que nadie se enterará. Eres muy buena al interesarte tanto por la obra que estoy escribiendo sobre joyas célebres. Será para mí un gran privilegio poder ver y tocar esos históricos rubíes. Pienso dedicar todo un capítulo al «Corazón de fuego». ¡Querida mía!

Pronto te resarciré, por todos esos terribles años de separación y desconsuelo.

Te adoro

Armand

Capítulo XV

EL CONDE DE LA ROCHE

Van Aldin leyó la carta en silencio. Su rostro enrojeció de cólera. Los hombres que le observaban vieron como se le hinchaban las venas de la frente y se crispaban sus fuertes manos en un gesto inconsciente. Sin un comentario, devolvió la carta. El juez miraba atentamente su mesa, *monsieur* Caux al techo y Poirot eliminaba cuidadosamente de su traje una invisible mota de polvo. Con gran delicadeza, ninguno de ellos miró a Van Aldin.

Fue *monsieur* Carrége quien, consciente de su cargo y sus obligaciones, abordo el vidrioso asunto.

—Quizá *monsieur* —murmuró— sepa quién ha escrito esta carta.

—Lo sé —respondió Van Aldin con tono agresivo.

—¡Oh! —exclamó el magistrado con una mirada interrogadora.

—La ha escrito un bribón que se hace llamar conde de la Roche.

Hubo una pausa; entonces Poirot se inclinó sobre la mesa del juez, enderezó una regla y se dirigió directamente al millonario:

—Mr. Van Aldin, todos somos conscientes, muy conscientes del dolor que le causa hablar de esas cosas; pero créame, *monsieur*, que en estos momentos no se debe ocultar nada: si se trata de hacer justicia, es necesario que lo sepamos todo. Si lo piensa usted un minuto, comprenderá que tenemos razón al hablar así.

Van Aldin permaneció en silencio durante unos momentos, y luego, casi a regañadientes, asintió.

—Tiene usted razón, *monsieur* Poirot. Por doloroso que sea, mi deber es no ocultar nada a la justicia.

El comisario exhaló un suspiro de alivio y el juez de instrucción, se recostó en su butaca, mientras se acomodaba las gafas sobre su larga y afilada nariz.

—Le ruego, Mr. Van Aldin, que nos cuente con sus propias palabras todo lo que sabe sobre ese caballero.

—La cosa empezó en París, hará unos once o doce años. Mi hija era entonces una jovencita que tenía la cabeza, como todas las muchachas, llena de tontas y románticas historias. Sin saberlo yo, conoció a ese conde de la Roche. ¿Han oído hablar de él?

El comisario y Poirot asintieron.

—Se hace llamar conde de la Roche —continuó Van Aldin—, pero dudo que tenga ningún derecho a usar ese título.

—No es fácil que se encuentre ese nombre en el *Almanac de Gotha*.

—Ya lo sé —prosiguió Van Aldin—. Ese sujeto es un guapo truhán que ejerce una fatal fascinación sobre las mujeres. Ruth se encaprichó de él, pero enseguida puse fin al asunto. Aquel hombre no era más que un estafador.

—Tiene usted razón —afirmó el comisario—. El conde de la Roche nos es muy conocido. Si hubiese sido posible, hace ya tiempo que estaría entre rejas; pero, *ma foi!*, no es fácil: el bribón es listo y realiza siempre sus fechorías con mujeres de la alta sociedad. Les saca el dinero con falsas historias o por medio de chantajes. *¡Eh bien!*, naturalmente, ellas no dicen ni media palabra por miedo a aparecer ante el mundo como unas tontas, y ese individuo tiene un extraordinario poder sobre las mujeres.

—Me consta —afirmó el millonario, y continuó—: Bueno, como les decía, acabé con aquel asunto. Le conté a Ruth lo que él era, y ella, por fuerza, tuvo que creerme. Un año después conoció a Derek Kettering y se casó con él. Para mí aquello fue el final del asunto, pero sólo hace una semana descubrí, con profundo asombro, que mi hija había reanudado sus relaciones con el conde de la Roche. Se veían a menudo en Londres y en París. Yo le reproché la imprudencia que cometía, porque debo decirles, señores, que a instancias mías iba a entablar una demanda de divorcio contra su marido.

—Eso es interesante —murmuró Poirot lentamente, con la mirada puesta en el techo.

Van Aldin le miró fijamente y añadió:

—Le señalé la locura de continuar viendo al conde en aquellas circunstancias. Creí que la había convencido…

El juez de instrucción carraspeó con delicadeza.

—Pero por lo que dice esa carta… —empezó a decir y se detuvo.

Van Aldin avanzó la barbilla con gesto decidido.

—Ya lo sé, es inútil darle más vueltas. Por muy desagradable que sea, tenemos que enfrentarnos a los hechos. Parece claro que Ruth había arreglado lo de ir a París para reunirse con el conde de la Roche. Por lo visto, después de lo que dije, le escribió citándole en otro lugar.

—Las Lies d'Or —comentó el comisario pensativo—, están situadas delante de las Hyéres. Es un lugar remoto e idílico.

Van Aldin asintió.

—¡Dios mío! ¿Cómo pudo Ruth ser tan tonta? —exclamó en tono amargo—. Todas esas paparruchas sobre escribir un libro de joyas. Seguro que iba detrás de los rubíes desde el principio.

—Son unos rubíes muy famosos —explicó Poirot—. Formaban parte de las joyas de la corona rusa. Son únicos en su clase y su valor es casi fabuloso. Hace poco, corrió el rumor de que habían pasado a manos de un rico norteamericano. Por lo visto, fue usted quien las adquirió.

—Sí, las adquirí en París, hace unos diez días.

—Dígame, ¿duraron mucho tiempo las negociaciones para su adquisición?

—Poco más de dos meses. ¿Por qué?

—Esas cosas se saben —manifestó Poirot—. Siempre hay un pequeño grupo de ladrones que van detrás de alhajas así.

Un espasmo desfiguró el rostro de Van Aldin.

—Recuerdo —dijo con voz entrecortada— que, al entregarle el collar a Ruth, le comenté bromeando que no se lo llevase a la Riviera, porque no quería exponerla al peligro de que la robaran y asesinaran por culpa de los rubíes. ¡Dios mío, las cosas que se dicen sin saber o soñar que se convertirán en realidad!

Los demás guardaron un respetuoso silencio y entonces Poirot habló con un tono distante:

—Arreglemos nuestros hechos con orden y precisión. De acuerdo con nuestra presente teoría, se sucedieron de la siguiente manera: el conde de la Roche sabe que usted compró los rubíes. Con una simple estratagema, induce a Mrs. Kettering a que traiga las piedras con ella. Él es, pues, el sujeto que Ada Mason vio en el tren, en París.

Los tres hombres asintieron. Poirot continuó:

—Madame se sorprende al verle, pero resuelve la situación rápidamente. Quita a Ada Mason de en medio. Se compra una cesta de provisiones. El conductor hizo la cama del primer compartimiento, pero no entró en el segundo, y en éste podía estar perfectamente escondido un hombre. Hasta entonces, el conde ha estado oculto de maravilla. Nadie conoce su presencia en el tren, excepto *madame*. Él ha tenido buen cuidado de que la doncella no le viera el rostro. Todo cuanto ella puede decir es que era alto y moreno, lo cual es sumamente vago. Están solos. El tren corre a través de la noche. No hay gritos ni lucha, porque ella cree que aquel hombre la ama.

Al llegar aquí, Poirot se volvió hacia Van Aldin gentilmente.

—La muerte, señor, fue casi instantánea, no insistiremos sobre este punto. El conde se apodera del joyero, que está a su alcance, y poco después el tren entra en Lyon.

Monsieur Carrége asintió.

—Precisamente. El conductor se baja. Será facilísimo para nuestro hombre saltar del tren sin ser visto, y también muy fácil coger otro tren de regreso a París o a cualquier parte que prefiera, y el crimen se atribuirá a un ladrón de trenes vulgar. De no ser por la carta encontrada en el bolso de *madame*, nadie hubiera mencionado al conde.

—Fue una verdadera torpeza por su parte no registrar el bolso —dijo el comisario.

—Sin duda, creyó que ella había destruido la carta. Fue, y perdóneme, *monsieur*, una indiscreción enorme conservarla.

—Y, sin embargo, una indiscreción que el conde debía haber previsto —murmuró Poirot.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que todos estamos de acuerdo en que el conde conoce a fondo a las mujeres. Pues bien, conociéndolas tanto, ¿cómo no previó que Mrs. Kettering conservaría la carta?

—Sí, sí —dijo el juez dubitativo—, hay algo de verdad en lo que usted dice. Pero en semejantes momentos el hombre no es dueño de sí mismo y no puede razonar serenamente. *Mon Dieu!* —añadió con sentimiento—, si nuestros criminales no perdiesen nunca la cabeza y obrasen con inteligencia ¿cómo lograríamos capturarlos?

Poirot sonrió para sus adentros.

—El caso me parece muy claro —prosiguió el juez—, pero muy difícil de probar. El conde es muy astuto y a menos que la doncella logre identificarlo…

—Lo que es muy improbable —afirmó Poirot.

—Cierto, cierto —El juez se rascó la barbilla—. Será muy difícil.

—Si él, en realidad, no cometió el crimen… —empezó Poirot.

El comisario le interrumpió:

—¿Si? ¿Ha dicho «si él no cometió el crimen»?

—Sí, comisario, he dicho «si».

El otro le miró fijamente.

—Tiene usted razón —reconoció al fin—, vamos demasiado de prisa. Es muy posible que el conde tenga una coartada, en cuyo caso quedaríamos en ridículo.

—*Ah, ça, par exemple* —replicó Poirot—, eso no tiene ninguna importancia. Es lógico que si ha cometido el crimen tenga una coartada. Un hombre de la experiencia del conde no deja de tomar precauciones. No, yo dije si por una razón muy clara.

—¿Qué razón es ésa?

Poirot levantó un dedo en un gesto enfático.

—La psicología.

—¿Qué? —exclamó el comisario.

—Se echa de menos la psicología. El conde es un canalla, sí, el conde es un estafador, sí, el conde se aprovecha de las mujeres, sí. Se proponía robar las joyas de *madame*, sí. ¿Un hombre así es capaz de cometer un asesinato? ¡No! Alguien como el conde es un cobarde que no corre riesgos. Le gusta apostar sobre seguro. ¡Pero asesinar! ¡No y mil veces no…! —Poirot meneó la cabeza disgustado.

Sin embargo, el juez no parecía dispuesto a dejarse convencer.

—Llega un día en que tales individuos pierden la cabeza y van demasiado lejos —observó sabiamente—. Sin duda, éste es uno de esos casos, aunque no es mi intención contradecirle, *monsieur* Poirot.

—Sólo he expuesto una opinión —se apresuró a explicar Poirot —. Desde luego, el caso está en sus manos y usted hará lo que crea conveniente.

—Estoy convencido de que debemos detener al conde de la Roche —opinó *monsieur* Carrége—. ¿Está usted de acuerdo, comisario?

—Desde luego.

—¿Y usted, Mr. Van Aldin?

—Sí —asintió el millonario—. Ese hombre es un verdadero canalla, no cabe duda.

—Me temo que será difícil echarle el guante —señaló el magistrado—, pero haremos cuanto podamos. Telegrafiaremos las órdenes pertinentes.

—Permítanme ayudarle —rogó Poirot—. No habrá ninguna dificultad para detenerlo.

—¿Qué?

Los tres hombres le miraban extrañados. El hombrecillo les dedicó una sonrisa beatífica.

—Mi trabajo es saber cosas —explicó—. El conde es un hombre inteligente. En la actualidad se halla en la villa que ha alquilado, Villa Marina en Antibes.

Capítulo XVI

POIROT DISCUTE EL CASO

Todos miraron a Poirot con respeto. Sin duda les había impresionado. El comisario se echó a reír con una risa que sonó a hueca.

—Nos está usted dando lecciones —exclamó—. Monsieur Poirot sabe más que la policía.

Poirot, complacido, miró al techo, adoptando un aire de burlona modestia.

—¡Qué quieren ustedes, mi pequeño pasatiempo es saber cosas! —murmuró—. Claro que me sobra tiempo para disfrutarlo. No estoy abrumado por otras obligaciones.

—¡Ah! —El comisario meneó la cabeza de un modo portentoso — ¡Ah! En cambio yo…

Hizo un gesto exagerado para representar las preocupaciones que cargaba sobre sus hombros.

Poirot se volvió de pronto hacia Van Aldin y le preguntó:

—¿Comparte usted este punto de vista? ¿Está seguro de que el conde de la Roche es el asesino?

—Es lo que parece, sí, ciertamente.

Algo en el tono de la respuesta hizo que el juez mirara al norteamericano con extrañeza.

Van Aldin pareció darse cuenta del escrutinio e hizo un violento esfuerzo como si quisiera librarse de alguna preocupación.

—¿Y qué hay de mi yerno? —preguntó— ¿Le han comunicado ustedes ya la noticia? Creo que está en Niza, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó el comisario que, después de una ligera vacilación, añadió discretamente—: Supongo que está usted enterado de que Mr. Kettering viajaba también en el Tren Azul.

El millonario asintió.

—Me enteré momentos antes de salir de Londres —contestó

lacónico.

—Nos dijo —afirmó el comisario—, que no tenía la menor idea de que su esposa estuviese en el tren.

—Lo creo —afirmó Van Aldin con un tono sereno—. Se hubiera llevado una desagradable sorpresa si se cruzara con ella.

Los tres hombres le interrogaron con la mirada.

—No voy a andarme con rodeos —añadió Van Aldin con fiereza —. Nadie sabe lo que mi pobre hija tuvo que aguantar. Derek Kettering no iba solo: le acompañaba una mujer.

—¿Eh?

—Mirelle, la bailarina.

Monsieur Carrége y el comisario se miraron y asintieron como si aquello confirmase alguna conversación anterior. El juez se arrellanó en su sillón, juntó las manos y clavó la vista en el techo.

—¡Ah! —murmuró otra vez—. Uno se pregunta… —Carraspeó— … se oyen rumores…

—La dama es muy conocida —comentó *monsieur* Caux.

—Y además —añadió Poirot lentamente—, carísima.

Van Aldin estaba rojo como un tomate. Se inclinó sobre la mesa del juez y descargó un tremendo puñetazo sobre ella.

—¡Mi yerno es un maldito canalla! —gritó.

Miró por turno a todos los presentes.

—¡Oh! Ya sé que no lo parece —añadió—. Muy apuesto y con unos modales encantadores. A mí también me engañó. Supongo que, cuando usted le dio la noticia, fingiría un gran desconsuelo, a no ser que ya estuviese enterado.

—Fue una verdadera sorpresa para él. Estaba anonadado.

—¡Maldito hipócrita! —exclamó Van Aldin—. Seguramente simularía un profundo dolor.

—No, no —dijo el comisario con cautela—. Yo no diría eso, ¿verdad *monsieur* Carrége?

El magistrado juntó las yemas de sus dedos y entornó los párpados.

—Expresó horror, asombro, esas cosas, sí —declaró—. ¿Un gran sentimiento? Yo diría que no.

Hércules Poirot habló de nuevo.

—Permítame una pregunta, Mr. Van Aldin. ¿Le reporta algún beneficio a su yerno la muerte de su esposa?

—Hereda dos millones.

—¿De dólares?

—No, de libras. Le regalé esa cantidad a mi hija el día de su boda y, como no ha hecho testamento ni deja hijos, el dinero lo hereda su marido.

—De quien estaba precisamente a punto de divorciarse —murmuró Poirot—. Ah, sí, *précisement*.

El comisario se volvió hacia él para mirarle con atención.

—¿Qué quiere usted decir…? —empezó.

—No, no quiero decir nada —le atajó Poirot—. Me limito a poner en orden los hechos, eso es todo.

Van Aldin le miró con creciente interés.

El belga se puso de pie.

—No creo que, de momento, pueda serle útil a usted, señor juez —le dijo cortésmente al tiempo que se inclinaba ante *monsieur* Carrége—. ¿Me tendrá al tanto del curso de los acontecimientos? Se lo agradecería muchísimo.

—Desde luego, desde luego.

Van Aldin se puso de pie también.

—¿Me necesitan para algo más?

—No, *monsieur*. Por ahora ya tenemos toda la información que necesitamos.

—Entonces pasearé un rato con *monsieur* Poirot, si no tiene inconveniente.

—Por mi parte, encantado, señor —manifestó Poirot con una reverencia.

Van Aldin encendió un puro enorme, no sin antes ofrecer otro a Poirot, quien se excusó y encendió uno de sus minúsculos cigarrillos.

Hombre de gran entereza moral, Van Aldin parecía el mismo de siempre. Después de pasar unos instantes en silencio, dijo:

—Tengo entendido, *monsieur* Poirot, que usted ya no ejerce su profesión.

—Así es. Ahora me dedico a gozar de la vida.

—Sin embargo, ayuda usted a la policía en este asunto.

—Si un médico retirado pasa por una calle en el preciso momento en que ocurre un accidente, ¿dirá acaso: «Me he retirado de mi profesión, no debo meterme en nada», y seguirá su marcha

cuando alguien se esté desangrando a sus pies? ¡Ah! Si yo ya hubiera estado en Niza y la policía me hubiese llamado para que les ayudase, desde luego, me habría negado. Pero este suceso lo ha puesto Dios en mi propio camino.

—Usted se hallaba en la escena del crimen —comentó Van Aldin pensativo—. ¿Revisó usted el compartimiento?

El detective asintió.

—¿Y, sin duda, encontraría algo que le resultaría sugestivo?

—Tal vez.

—Creo que usted sabe ya a dónde quiero ir a parar —insistió Van Aldin—. A mí me parece que el caso contra el conde de la Roche es muy claro, pero no soy tonto. Durante la última hora le he estado observando y me he dado cuenta de que, por el motivo que sea, usted no está de acuerdo con esa teoría.

Poirot se encogió de hombros.

—Yo puedo equivocarme.

—Quiero pedirle a usted un favor, *monsieur* Poirot. ¿Quiere usted trabajar para mí?

—¿Para usted personalmente?

—Eso es.

Poirot reflexionó durante unos momentos. Al fin dijo:

—¿Se da usted cuenta de lo que me pide?

—Sí.

—Muy bien. Acepto, pero en ese caso necesito que conteste usted francamente a mis preguntas.

—Desde luego. No hace falta decirlo.

El comportamiento de Poirot varió. De pronto se volvió brusco y práctico.

—El asunto del divorcio, ¿fue usted quien le aconsejó a su hija presentar la demanda?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unos diez días. Ella me escribió quejándose del comportamiento de su marido y yo le expliqué con toda claridad que el divorcio era la única solución.

—¿Cuál era la queja concreta?

—Habían visto a su marido en compañía de una dama muy notoria, de esa Mirelle de quien hemos hablado antes.

—¿La bailarina? ¡Ajá! ¿Y Mrs. Kettering se disgustó? ¿Quería mucho a su marido?

—Yo no diría eso —respondió Van Aldin vacilante.

—Entonces no era su corazón el que sufría, sino su orgullo. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Sí, supongo que se puede decir así.

—Supongo que ese matrimonio nunca fue un matrimonio feliz.

—Derek Kettering está podrido hasta la médula. Es incapaz de hacer feliz a ninguna mujer.

—Es una mala cabeza, ¿verdad?

Van Aldin asintió.

—*¡Tres bien!* Usted aconsejó a *madame* que pidiera el divorcio y ella accedió; usted consultaría a sus abogados. ¿Cuándo se enteró Mr. Kettering de esa noticia?

—Le llamé y le expuse las acciones que iba a realizar.

—¿Y él qué dijo? —murmuró Poirot sonriente.

El rostro de Van Aldin se ensombreció con aquel recuerdo.

—Hizo gala de su insolencia habitual.

—Perdóneme usted la pregunta, pero ¿se refirió al conde de la Roche?

—No lo nombró —dijo el millonario renuente—, pero dio a entender que estaba enterado de todo.

—¿Cuál era la situación económica de Mr. Kettering en aquellos momentos?

—¿Por qué supone usted que puedo estar enterado de eso? —dijo Van Aldin tras un instante de vacilación.

—Me parece lógico que usted averiguara este punto.

—Tiene usted razón. Averigüé que Kettering estaba sin un céntimo.

—¡Y ahora ha heredado dos millones de libras! *La vie* es una cosa extraña, ¿verdad?

Van Aldin le dirigió una aguda mirada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Moralizo, reflexiono, hablo de filosofía. Pero volvamos adonde estábamos. Seguramente, ¿Mr. Kettering no accedería al divorcio sin defenderse?

Van Aldin permaneció callado durante unos segundos.

—No sé exactamente cuáles eran sus intenciones —respondió.

—¿Volvió usted a hablar con él?

De nuevo Van Aldin hizo una pausa.

—No —dijo al fin.

Poirot se detuvo en seco, se quitó el sombrero y tendió la mano.

—Que pase usted un buen día, *monsieur*. No puedo hacer nada por usted.

—¿A qué viene eso? —preguntó Van Aldin airado.

—Si no me cuenta usted toda la verdad, no puedo hacer nada.

—No sé lo que quiere usted decir.

—¡Ya lo creo que lo sabe! Puede estar tranquilo, Mr. Van Aldin, de que sé ser discreto.

—De acuerdo. Admito que no he dicho toda la verdad —reconoció Van Aldin—. Tuve otra comunicación con mi yerno.

—¿Sí?

—Para ser exacto, envié a mi secretario, el comandante Knighton con instrucciones de ofrecerle la cantidad de cien mil libras esterlinas si no se oponía al divorcio.

—Bonita suma —contestó Poirot—. ¿Y cuál fue la respuesta de su yerno?

—Le dijo que me fuese al diablo —contestó el millonario brevemente.

—¡Ah! —exclamó Poirot.

No mostró la menor emoción. Por el momento estaba ocupado en ordenar metódicamente los hechos.

—Mr. Kettering ha declarado a la policía que no vio ni habló con su esposa durante todo el viaje. ¿Cree usted esa declaración?

—Sí. Seguramente hizo todo lo posible para evitar el encuentro.

—¿Por qué?

—Porque estaba con aquella mujer.

—¿Mirelle?

—Sí.

—¿Cómo se enteró usted?

—Por un hombre a quien ordené que le siguiera los pasos. Me informó que ambos habían salido en aquel tren.

—Comprendo. En ese caso, como dijo usted antes, no es probable que intentase ningún tipo de comunicación con *madame* Kettering.

Poirot guardó silencio durante un rato, y Van Aldin no

interrumpió su meditación.

Capítulo XVII

UN ARISTÓCRATA

—¿Ha estado antes en la Riviera, George? —le preguntó Poirot a su criado la mañana siguiente. George era un inglés de pura cepa, de rostro impasible.

—Sí, señor. Estuve aquí hace dos años, cuando estaba al servicio de lord Edward Frampton.

—Y hoy está al servicio de Hércules Poirot. ¡Buena manera de ascender en la vida!

El criado no replicó a la observación. Tras una pausa adecuada, preguntó:

—¿El traje marrón, señor? El viento es algo fresco.

—El chaleco tiene una mancha de grasa —protestó Poirot—. Un *morceaux de filet de sole a la Janette* aterrizó sobre él cuando comía el martes pasado en el Ritz.

—Ya no existe esa mancha, señor —aseguró George con un tono de reproche—. La he limpiado.

—*¡Tres bien!* Estoy muy satisfecho con usted, George.

—Gracias, señor.

Hubo una pausa y entonces Poirot murmuró pensativo:

—Supongamos, mi buen George, que hubiese nacido en la misma esfera social que su último señor, lord Edward Frampton, y que, arruinado, se ha casado con una mujer enormemente rica, pero que su esposa se propusiese, con toda razón, divorciarse de usted. En tal caso, ¿qué haría?

—Procuraría hacerle cambiar de opinión.

—¿Por qué medios? ¿Pacíficos o violentos?

George lo miró extrañado.

—Perdone usted, señor —dijo—, pero un aristócrata no puede comportarse como un tendero. No recurriría a ninguna acción baja.

—¿No? Yo no estoy tan seguro, pero quizá tenga razón.

Llamaron a la puerta. El criado la abrió discretamente unas pulgadas. Se oyó un murmullo de voces y George volvió junto a Poirot.

—Han traído una nota, señor.

Poirot la cogió. Era de *monsieur* Caux, el comisario de policía. Decía lo siguiente:

> *«Vamos a interrogar al conde de la Roche. El juez de instrucción le agradecería que estuviera usted presente».*

—¡Enseguida, George, mi traje! Tengo que darme prisa.

Un cuarto de hora después, elegantemente vestido con su traje marrón, Poirot entraba en el despacho del juez de instrucción. Monsieur Caux ya estaba allí y los dos le saludaron amablemente.

—El asunto es desconcertante —opinó *monsieur* Caux.

—Al parecer el conde llegó a Niza el día antes del crimen.

—Si eso es cierto, habrá quedado resuelto el asunto —contestó Poirot.

Monsieur Carrége carraspeó.

—No debemos aceptar esta coartada sino tras una minuciosa investigación —sentenció. Tocó el timbre que había sobre la mesa.

Unos instantes después, un hombre alto, moreno, elegantemente vestido y un aire altivo, entró en la habitación. Tan aristocrático era el porte del conde, que hubiera parecido una herejía siquiera insinuar que su padre había sido un oscuro vendedor de granos en Nantes, lo cual, todo sea dicho, era la pura verdad. Al verle, cualquiera hubiera jurado que innumerables antepasados suyos habían perecido en la guillotina durante la Revolución Francesa.

—Aquí estoy, caballeros —dijo el conde con altivez— ¿Puedo preguntar qué desean de mí?

—Por favor, siéntese, señor conde —le rogó cortésmente el juez —. Estamos investigando la muerte de Mrs. Kettering.

—¿La muerte de Mrs. Kettering? No lo entiendo.

—Usted… ejem… conocía a la señora, ¿verdad?

—Claro que la conocía. Pero ¿qué tiene que ver eso con el asunto?

Se ajustó el monóculo y miró fríamente a su alrededor, posando

su vista unos instantes sobre Poirot, quien lo miraba con una expresión de sencilla e inocente admiración que halagaba la vanidad del conde.

Monsieur Carrége se recostó en su sillón y carraspeó.

—Tal vez no sepa usted, señor conde —hizo una pausa—, que Mrs. Kettering murió asesinada.

—¿Asesinada? ¡*Mon Dieu*, qué horror!

La sorpresa y la pena los fingió con tanto arte y tan bien que parecían naturales.

—Mrs. Kettering fue estrangulada entre París y Lyon —añadió el juez—, y sus joyas, robadas.

—¡Qué canallada! —gritó el conde agitado—. La policía tendría que hacer algo contra esos ladrones de trenes. Hoy día nadie está seguro.

—En el bolso de *madame* —siguió el juez—, encontramos una carta suya, señor. Según parece, debía reunirse con usted.

El conde se encogió de hombros y separó las manos.

—¿Para qué mentir? —dijo francamente—. Al fin y al cabo, todos somos hombres de mundo. No tengo inconveniente en decir aquí, entre nosotros, que es cierto.

—Se reunió usted con ella en París y viajaron juntos, ¿verdad? —preguntó *monsieur* Carrége.

—Ése era el plan original, pero *madame* cambió de opinión. Yo tenía que encontrarla en Hyéres.

—¿No se reunió usted con ella en la estación de Lyon, la tarde del día catorce?

—Todo lo contrario. Llegué a Niza la mañana de aquel día. Por lo tanto, lo que sugiere es imposible.

—Bien, bien —dijo *monsieur* Carrége—. Sólo como un simple formulismo, ¿quiere hacer el favor de contarnos lo que hizo usted durante la tarde y la noche del día catorce?

El conde reflexionó unos instantes.

—Cené en Montecarlo, en el Café de París. Luego fui a Le Sporting. Gané unos miles de francos —se encogió de hombros— y volví a casa alrededor de la una.

—Perdone, pero, ¿cómo volvió usted a su casa?

—En mi coche de dos plazas.

—¿Le acompañaba alguien?

—No.

—¿Tiene usted algún testigo que confirme su declaración?

—Claro que sí. Varios amigos míos me vieron aquella noche. Cené solo.

—Al llegar usted a su villa, ¿le abrió la puerta el criado?

—La abrí yo mismo con mi llave.

—¡Ah! —murmuró el magistrado.

Tocó de nuevo el timbre. Se abrió la puerta y entró un ordenanza.

—Haga usted pasar a la doncella, *miss* Mason —mandó *monsieur* Carrége.

—Bien, señor juez.

Ada Mason entró.

—¿Tiene usted la bondad, *mademoiselle*, de fijarse bien en este caballero? ¿Recuerda si fue él quien entró en el compartimiento de su señora en París?

La mujer miró atentamente al conde durante unos instantes. Poirot se fijó en que el conde parecía muy inquieto.

—No puedo asegurarlo —declaró al fin la doncella—. Puede ser y puede que no. Como sólo le vi de espaldas, no puedo asegurar nada, aunque me parece que era este caballero.

—Pero no está usted segura.

—No —respondió de mala gana la doncella—, no estoy segura.

—¿Había ya visto usted antes a este caballero en casa de su señora?

La mujer meneó la cabeza.

—Yo no veía a ninguna de las visitas —explicó—, a no ser que se alojasen en la casa.

—Está bien, *mademoiselle*, puede usted retirarse —dijo el magistrado con un tono seco.

Era obvio que estaba decepcionado.

—Un momento —dijo el detective—. Si ustedes me lo permiten, quisiera hacerle una pregunta a *mademoiselle*.

—Desde luego, *monsieur* Poirot, no faltaba más.

Poirot se dirigió a la doncella.

—¿Qué pasó con los billetes?

—¿Qué billetes, señor?

—Los billetes de Londres a Niza. ¿Quién los llevaba, usted o su

señora?

—La señora llevaba el suyo y yo llevaba los demás.

—¿Qué pasó con ellos?

—Se los entregué al conductor del vagón francés, señor, me dijo que se hacía así. Espero no haber cometido una equivocación, ¿verdad?

—No, no. Era un detalle que quería saber. Nada más.

Monsieur Caux y el juez de instrucción le miraron con curiosidad. Ada Mason permaneció allí, sin saber qué hacer, durante unos instantes. Al fin, el juez le indicó que podía retirarse y se marchó.

Poirot escribió algo en un pedazo de papel y se lo tendió a *monsieur* Carrége, quien, después de leerlo, pareció tranquilizarse.

—Bueno, señores —preguntó el conde con altivez—. ¿Van ustedes a entretenerme mucho tiempo todavía?

—¡No, no! ¡Claro que no! —se apresuró a decir amablemente *monsieur* Carrége—. Todo se ha aclarado respecto a su posición en este asunto. Pero, naturalmente, teníamos que interrogarlo debido a la carta que se encontró en el bolso de *madame*.

El conde se puso de pie, cogió su elegante bastón y, con una breve reverencia, salió del despacho.

—Tiene usted razón, *monsieur* Poirot —dijo el juez—. Es mucho mejor hacerle creer que no se sospecha de él. Dos de mis hombres le seguirán día y noche, y al mismo tiempo investigaremos su coartada. No me parece muy firme.

—Es muy probable —convino Poirot pensativo.

—Le pedí a Mr. Kettering que viniese aquí esta mañana —añadió el juez—, aunque, en realidad, no creo que podamos preguntarle muchas cosas. Sin embargo, hay un par de circunstancias sospechosas… —Se detuvo y empezó a rascarse la nariz.

—¿Cuáles son? —preguntó Poirot.

—Bueno… —el magistrado tosió—. Está esa dama con la que se dice que viajó, *mademoiselle* Mirelle. Ella se hospeda en un hotel y él en otro. Eso me parece un tanto extraño.

—Parece —observó *monsieur* Caux— que obran con precaución.

—Eso es —dijo *monsieur* Carrége triunfalmente—. ¿Y por qué han de ser tan cautos?

—Un exceso de precaución es siempre sospechoso, ¿verdad? —afirmó Poirot.

—Précisément.

—Creo que quizá podríamos hacerle algunas preguntas a Mr. Kettering —murmuró Poirot.

El magistrado dio las instrucciones. Momentos después, Derek Kettering, despreocupado como siempre, entraba en la habitación.

—Buenos días —dijo cortésmente el juez.

—Buenos días —contestó Derek—. ¿Hay algo nuevo?

—Por favor, *monsieur*, siéntese.

Derek se sentó, al tiempo que dejaba el bastón y el sombrero sobre la mesa.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—Hasta ahora no hemos descubierto nada nuevo —le notificó *monsieur* Carrége con cautela.

—Muy interesante —dijo secamente Derek—. ¿Y me han hecho venir para decirme esto?

—Creímos que a usted le gustaría estar informado de los progresos del caso —explicó el juez con aire severo.

—¿Incluso aunque no exista ningún progreso?

—Además, deseábamos hacerle algunas preguntas.

—Ustedes dirán.

—¿Está usted seguro de que no vio a su esposa ni habló con ella en el tren?

—Ya les dije a ustedes que no.

—Sin duda, tendría usted sus motivos.

Kettering miró al juez con desconfianza.

—*Yo-no-sabía-que-ella-estaba-en-el-tren.* —Espació las palabras con mucho cuidado, como si hablase con alguien duro de mollera.

—Eso es lo que usted dice —murmuró *monsieur* Carrége.

Derek frunció el entrecejo por un momento.

—Me gustaría saber a dónde quiere ir usted a parar. ¿Sabe lo que pienso?

—¿Qué piensa usted?

—Pues, sencillamente, que la policía francesa tiene demasiada fama. Sin duda, tendrá usted informes sobre esas bandas de ladrones de trenes y es vergonzoso que un caso así pueda ocurrir en un tren de lujo y que la policía francesa sea incapaz de dar con los

culpables.

—No tema, *monsieur*, ya nos estamos ocupando de ese asunto.

—He oído decir que su esposa no ha hecho testamento —afirmó Poirot de pronto. Tenía juntas las yemas de los dedos y miraba al techo con atención.

—Creo que no —convino Derek—. ¿Por qué?

—Es una bonita fortuna la que usted hereda —dijo Poirot—. ¡Una fortuna muy bonita!

A pesar de tener la vista clavada en el techo, advirtió que el rostro de Kettering tomaba un color rojo oscuro.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Y quién es usted?

El detective apartó la vista del techo y miró fijamente al joven.

—Me llamo Hércules Poirot —contestó en voz baja—. Y soy, sin duda, el mejor detective del mundo. ¿Está usted seguro de que no vio ni habló con su esposa en el tren?

—¿Dónde quiere ir a parar? Usted… está insinuando que yo… la maté —se echó a reír—. No debo enojarme. Es una cosa tan absurda. De haberla matado yo, ¿creen ustedes que hubiera necesitado robarle las joyas?

—Eso es verdad —murmuró Poirot un poco cariacontecido—, no había pensado en eso.

—Si existe un caso evidente de robo y asesinato, es éste —afirmó Kettering—. Pobre Ruth, aquellos malditos rubíes le costaron la vida. Sin duda corrió la noticia de que ella los tenía. Creo que ya antes habían sido la causa de varios asesinatos.

Poirot se irguió en su silla. Una luz verde pasó por sus ojos. Se parecía muchísimo a un gato bien alimentado.

—Una pregunta más, Mr. Kettering —dijo—. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme cuándo vio usted a su esposa por última vez?

—Un momento —Mr. Derek trató de recordar—. Fue… Sí, Creo que fue hace unas tres semanas, aunque no puedo precisar la fecha exacta.

—No importa —contestó Poirot con un tono seco—. Eso es cuanto deseaba saber.

—Bien —dijo Derek impaciente—. ¿Hay algo más?

Miró a Carrége y el juez miró a Poirot, quien le contestó con un ademán negativo casi imperceptible.

—No, Mr. Kettering —dijo cortésmente—, no necesitamos molestarle más. Buenos días.

—Muy buenos —contestó Kettering y salió dando un portazo.

Poirot se inclinó hacia delante y preguntó con un tono brusco en cuanto el joven hubo salido:

—¿Cuándo le habló usted a Mr. Kettering de esos rubíes?

—No le he hablado de ellos —replicó *monsieur* Carrége—. Ayer nos enteramos de su existencia, cuando nos lo dijo Mr. Van Aldin.

—Sin embargo, en la carta del conde se mencionan.

Monsieur Carrége pareció ofendido.

—Pero el caso es que yo no le hablé de esa carta a Mr. Kettering —dijo escandalizado—. Hubiese sido una verdadera indiscreción, dado el estado actual de las cosas.

Poirot tabaleó con los dedos sobre la mesa.

—*Entonces, ¿cómo conocía él la existencia de los rubíes?* —preguntó con voz grave—. Su esposa no se lo pudo decir porque no la había visto desde hacía tres semanas. Por otra parte, no es probable que Van Aldin o su secretario aludiesen a ellos. Sus entrevistas fueron de muy distinta índole y en los diarios no se habló para nada de los rubíes.

Se puso de pie y recogió el bastón y el sombrero.

—Sin embargo —murmuró para sí mismo—, nuestro hombre conocía la existencia de las joyas. Me gustaría saber cómo se ha enterado. Sí, me gustaría mucho saberlo.

Capítulo XVIII

LA COMIDA DE DEREK

Derek Kettering se dirigió directamente al Negresco y pidió dos cócteles que bebió en un santiamén. Después contempló malhumorado el azul resplandeciente del mar. Apenas si veía a los transeúntes: una desagradable muchedumbre mal vestida y muy poco interesante; cada vez resultaba más difícil ver algo atractivo. Sin embargo, rectificó enseguida aquella impresión al ver a una dama que ocupó una de las mesas próximas. Llevaba un precioso vestido naranja y negro, y un sombrerito que dejaba su rostro en la sombra. Derek pidió un tercer cóctel mientras fijaba de nuevo su mirada en el mar. De repente, se estremeció. Un perfume que le era familiar llegó a su nariz y, al alzar la mirada, vio a la mujer del vestido naranja y negro de pie a su lado. Ahora le vio el rostro y la reconoció. Era Mirelle, que le sonreía con aquella sonrisa insolente y seductora, que él conocía tan bien.

—¡Derek! —murmuró—. Te alegras de verme, ¿verdad?

Se sentó caer en la silla, al otro lado de la mesa.

—Pero salúdame, estúpido —añadió burlona.

—Es un placer inesperado —dijo Derek—. ¿Cuándo saliste de Londres?

Ella se encogió de hombros.

—¿Hace un día o dos?

—¿Y el Parthenon?

—Ya los mandé… ¿cómo se dice…?, a paseo.

—¿De veras?

—No eres nada amable conmigo, Derek.

—¿Esperas que lo sea?

Mirelle encendió un cigarrillo y fumó en silencio unos instantes, antes de decir:

—¿Te parece imprudente que nos vean juntos tan pronto?

Derek la miró, se encogió de hombros y preguntó muy formal:

—¿Comerás aquí?

—*Mais oui.* Comeré contigo.

—Lo siento muchísimo —dijo Derek—, pero tengo una cita muy importante.

—Mon Dieu! Los hombres sois unos verdaderos chiquillos. Sí, sí, te portas como un niño malcriado desde aquel día que te marchaste enojado de mi casa. Ah, *mais c'est inoui!*

—Mi querida niña, no sé de qué me hablas —replicó Derek—. Quedamos de acuerdo en Londres en que las ratas abandonan el barco que se hunde. Eso es todo lo que tenemos que decirnos.

A pesar del tono despreocupado, su rostro se veía tenso y macilento. De pronto, Mirelle se inclinó hacia él.

—A mí no me puedes engañar —murmuró—. Yo sé… lo que has hecho por mí.

La miró fijamente; algo en su voz le había llamado la atención. La bailarina asintió.

—¡Ah!, no tengas miedo, soy discreta. ¡Eres magnífico! Tienes muchísimo coraje, pero de todos modos fui yo la que te sugirió la idea aquel día en Londres al decirte que a veces ocurren accidentes. ¿Y no estás en peligro? ¿No sospecha de ti la policía?

—¿Qué diablos…?

—Chisss… —Ella levantó una delgada mano morena en cuyo meñique brillaba una enorme esmeralda—. Tienes razón, no debía hablar así en público. No volveremos a hablar de este asunto, pero nuestros problemas se han acabado. Nuestra vida juntos será maravillosa, ¡maravillosa!

Derek se echó a reír de pronto con una sonrisa dura, desagradable.

—Así que las ratas vuelven al barco, ¿eh? Dos millones marcan la diferencia, claro que sí. Tendría que haberlo sabido —rió de nuevo—. Te gustaría ayudarme a gastar esos dos millones, ¿verdad, Mirelle? Lo harías mejor que ninguna otra mujer —Se echó a reír otra vez.

—Chisss… —dijo la bailarina—. ¿Qué te pasa, Derek? La gente se da la vuelta para mirarte.

—¿A mí? Voy a decirte lo que me ocurre. He terminado contigo, Mirelle. ¿Lo oyes bien? ¡Se acabó!

Mirelle lo tomó como se esperaba. Le miró durante unos instantes y luego sonrió con dulzura.

—¡Qué chiquillo eres! Te enfadas, gritas, todo porque soy práctica. ¿No te he dicho siempre que te adoro? —se inclinó hacia él—. Pero yo te conozco, Derek. Mírame, soy yo, Mirelle. Te quería y ahora te querré cien veces más. Te haré la vida muy feliz; para eso Mirelle es única.

Lo miró con ojos ardientes. Vio como palidecía y contenía el aliento, y sonrió para sí misma satisfecha, segura del poder y la magia que ejercía sobre los hombres.

—Ya se te ha pasado, ¿verdad? —dijo lentamente. Y se echó a reír—Ahora, Derek, ¿me invitarás a comer?

—No.

Kettering inspiró con fuerza y se puso de pie.

—Lo siento, pero ya te lo he dicho: tengo un compromiso.

—¿Comes con alguien? ¡Eso sí que no me lo creo!

—Como con aquella señorita que está allí.

Se dirigió bruscamente hacia una mujer vestida de blanco que acababa de entrar, y le habló casi con emoción.

—¿Quiere usted comer conmigo, *miss* Grey? Nos conocimos en la fiesta de *lady* Tamplin, ¿me recuerda?

Katherine le miró unos instantes con aquellos pensativos ojos grises que tanto decían.

—Gracias —respondió después de una breve pausa—. Acepto encantada.

Capítulo XIX

UN VISITANTE INESPERADO

El conde de la Roche había terminado su *déjeuner*, consistente en una *omelette aux fines herbes*, un *entrecôte bearnaise* y un *savarin au rhum*. Se limpió delicadamente el fino bigote negro con la servilleta, se levantó de la mesa y atravesó el salón de la villa, observando con aprecio les *objects d'art* que estaban esparcidos por la habitación. La caja de rapé Luis XV, el zapato de raso de María Antonieta y otras bagatelas históricas que formaban parte de la *mise en scène* del conde. A sus bellas visitantes les decía que eran objetos heredados de sus antepasados. Al llegar a la terraza, el conde miró distraídamente hacia el Mediterráneo. No se hallaba de humor para apreciar la belleza del panorama. Un plan cuidadosamente preparado se había ido al traste y ahora tendría que madurar otro. Se acomodó en una tumbona, encendió un cigarrillo y se puso a meditar.

Al cabo de unos minutos, Hipolyte, su criado, le trajo el café y los licores. Su amo escogió un coñac muy añejo.

Cuando el criado iba a retirarse, su señor le detuvo con un gesto. Hipolyte esperó respetuosamente. Su aspecto no era muy agradable, pero su corrección compensaba sobradamente ese hecho. En aquel momento, era la misma estampa del respeto y la atención.

—Es posible —dijo el conde— que dentro de unos días se presenten aquí algunos desconocidos que intentarán entablar conversación contigo y con Marie. Probablemente, os formularán diversas preguntas respecto a mí.

—Sí, señor conde.

—¿Quizá ya han venido?

—No, señor conde.

—¿No has visto ningún tipo extraño por los alrededores? ¿Estás seguro?

—No, señor conde, no he visto a nadie.

—Está bien —dijo el conde secamente—. De todos modos, vendrán, estoy seguro. Harán preguntas.

Hipolyte miró comprensivo a su señor. Éste habló despacio sin mirarle.

—Como tú ya sabes, llegué aquí el martes pasado por la mañana. Si la policía o cualquier otra persona te lo preguntase, no lo olvides. Yo llegué el martes, día catorce, no el miércoles día quince. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, señor conde.

—Se trata de un asunto que concierne a una señora y siempre es necesario ser discreto. Estoy seguro, Hipolyte, de que tú sabrás serlo.

—Lo seré, señor.

—¿Y Marie?

—Marie también. Respondo de ella.

—Entonces me tranquilizo —murmuró el conde.

En cuanto salió Hipolyte, el conde probó el café con aire preocupado. De vez en cuando fruncía el entrecejo, una vez meneó la cabeza y asintió otras dos. En medio de estas reflexiones apareció otra vez Hipolyte.

—Una señora, *monsieur*.

—¿Una señora?

El conde estaba sorprendido. No porque la visita de una dama fuera algo poco habitual en Villa Marina, pero en este momento el conde no tenía ni la más remota idea de quién podía ser.

—Creo que el señor no la conoce —apuntó Hipolyte.

El conde estaba cada vez más intrigado.

—Hazla entrar, Hipolyte —ordenó.

Poco después, una maravillosa visión en naranja y negro apareció en la terraza, envuelta en un fuerte perfume de flores exóticas.

—¿El conde de la Roche?

—Servidor de usted, *mademoiselle* —dijo el conde con una reverencia.

—Me llamo Mirelle. Tal vez haya usted oído hablar de mí.

—Ah, desde luego, *mademoiselle*. ¿Quién no se ha deleitado con las exquisitas danzas de *mademoiselle* Mirelle? ¡Exquisita!

La bailarina agradeció la galantería con una sonrisa mecánica.

—Lamento la intromisión —comenzó ella.

—Por favor, siéntese, *mademoiselle*, se lo ruego —le interrumpió el conde al tiempo que le acercaba una silla.

A través de sus galanterías, él la observaba con atención. Había muy pocas cosas que el conde no conociera de las mujeres, si bien era verdad que, hasta entonces, sus experiencias no habían sido con mujeres como Mirelle, verdaderas aves de rapiña. La bailarina y él eran, en cierto sentido, pájaros del mismo plumaje. Sabía que su seducción fracasaría con aquella mujer. Mirelle era una parisiense muy astuta. Sin embargo, había una cosa que el conde era capaz de reconocer en cuanto la veía. Descubrió enseguida que se encontraba ante una mujer encolerizada, y una mujer encolerizada, como bien es sabido, siempre dice más de lo que es prudente y, de vez en cuanto, es una fuente de beneficios para un caballero astuto que no pierde la calma.

—Ha sido usted muy amable honrando mi pobre casa.

—Tenemos amigos comunes en París —dijo Mirelle— a quienes he oído hablar de usted, pero vengo a verle por otra razón. He oído hablar de usted desde que llegué a Niza, aunque de otra manera.

—¡Ah! —murmuró el conde.

—Voy a serle brutalmente franca —añadió la bailarina—. Sin embargo, tenga la seguridad de que me preocupo por su bienestar. En Niza se dice que usted es el asesino de la dama inglesa, *madame* Kettering.

—¡Yo!, ¿el asesino de *madame* Kettering? ¡Bah! Valiente tontería.

Su tono era más displicente que indignado. Sabía que eso la provocaría más.

—Sí, sí —insistió ella—, se dice eso.

—A la gente le gusta hablar por hablar —murmuró el conde indiferente—. Sería indigno de mi parte tomar en serio tales acusaciones.

—No me ha entendido usted —Mirelle se inclinó hacia él con los ojos negros, muy brillantes—. No se trata de una simple murmuración en la calle, sino de la policía.

El conde se irguió alerta una vez más. Mirelle asintió varias veces con energía.

—Sí, sí. Yo tengo amigos en todas partes. El mismo prefecto… —dejó la frase sin terminar, con un elocuente encogimiento de hombros.

—¿Quién no es indiscreto ante una mujer tan hermosa? —murmuró el conde con galantería.

—La policía está convencida de que fue usted quien mató a Mrs. Kettering, pero se equivoca.

—Claro que se equivoca —afirmó el conde.

—Usted lo dice sin conocer la verdad. Yo sí.

El conde la miró con curiosidad.

—¿Sabe quién asesinó a *madame* Kettering?

Mirelle asintió con vehemencia.

—Sí.

—¿Quién es? —preguntó el conde tajante.

—Su marido —Se acercó al conde y repitió en voz baja, vibrante de ira y de odio—: Su marido la mató.

El conde se recostó en la tumbona. Su rostro era una máscara.

—Permítame una pregunta, *mademoiselle*. ¿Cómo lo sabe?

—¿Que cómo lo sé? —La bailarina se levantó de un salto y soltó una carcajada—. Se ufanó de ello de antemano. Estaba arruinado, en la quiebra, deshonrado. Sólo la muerte de su esposa podía salvarle. Él me lo dijo. Viajaba en el mismo tren, pero ella no lo sabía. ¿Por qué se ocultó? Pues porque pensaba colarse en su compartimiento durante la noche. ¡Ah! —Cerró los ojos—. Estoy viendo la escena.

El conde tosió.

—Quizá, quizá, *mademoiselle* —murmuró—. Pero si fue él, ¿qué necesidad tenía de robar las joyas?

—¡Las joyas! —suspiró Mirelle— ¡Ah, las joyas! ¡Los rubíes…!

Sus ojos se nublaron y su mirada se volvió distante. El conde la observó con curiosidad, mientras se maravillaba por enésima vez ante la mágica influencia de las piedras preciosas sobre el sexo femenino. Le hizo volver a la realidad.

—¿Y qué desea de mí, *mademoiselle*?

Mirelle volvió a ser práctica.

—Una cosa sencillísima. Que vaya usted a la policía y diga que Mr. Kettering es el asesino.

—¿Y si no me creen? ¿Y si me exigen pruebas? —Él la miraba

con atención.

Mirelle se rió suavemente mientras se acomodaba el chal negro y naranja sobre los hombros.

—Les dice que vengan a verme, señor conde —respondió en voz baja—. Yo les daré cuantas pruebas deseen.

Cumplida su misión, salió como un torbellino.

El conde la miró alejarse con las cejas enarcadas.

—¡Está hecha un basilisco! —murmuró— ¿Qué le habrá ocurrido para que esté de ese humor? De todas maneras, enseña demasiado su juego. ¿Creerá de veras que Derek Kettering mató a su esposa? Le gustaría que me lo creyera y también que la policía lo creyese.

Sonrió. No tenía la menor intención de ir con aquella historia a la policía. A juzgar por la sonrisa, veía otras posibilidades en aquel asunto, a cual más placentera.

Sin embargo, no tardó en fruncir el entrecejo. Según Mirelle, la policía sospechaba de él. Esto podía ser o no verdad. Una mujer furiosa de la clase de la bailarina no se preocuparía mucho de la veracidad de sus afirmaciones. Por otra parte, podía obtener fácilmente informaciones confidenciales. De ser así —apretó los labios—, debía tomar ciertas precauciones. Entró en la casa e interrogó de nuevo a fondo a Hipolyte sobre si había venido algún desconocido. El criado insistió vigorosamente en que no era ése el caso. El conde subió a su dormitorio y se acercó a un secreter antiguo que había junto a la pared. Bajó una tapa y sus dedos buscaron con delicadeza un resorte en el fondo de una de las casillas. Apareció un cajoncito secreto dentro del cual había un pequeño paquete envuelto en papel marrón. El conde lo sacó y lo miró con profunda atención durante un par de minutos. Después se arrancó un cabello con una leve mueca de dolor, lo colocó en el borde del cajón y lo cerró cuidadosamente. Con el paquete en la mano, bajo la escalera y se dirigió al garaje, donde había un automóvil rojo de dos plazas. Diez minutos más tarde, corría en dirección a Montecarlo.

Pasó unas horas en el Casino y luego se paseó por la ciudad, hasta que volvió al coche y se dirigió a Mentón. Antes ya se había fijado en un coche gris que lo seguía a una distancia prudencial. La carretera ascendía cada vez más. El conde pisó el acelerador a

fondo. El coche, que había sido construido por expreso encargo del conde, tenía un motor mucho más potente de lo que a primera vista parecía. El automóvil salió disparado.

Al cabo de un rato, miró hacia atrás por el espejo retrovisor y sonrió; el coche gris aún lo seguía. Envuelto en una nube de polvo, el automóvil rojo volaba por la carretera, pero el conde era un habilísimo conductor. Comenzó el descenso por la sinuosa carretera donde había un sinfín de curvas. Al llegar al llano, finalmente se detuvo ante una estafeta de Correos. Se apeó del coche, abrió la caja de las herramientas, sacó el paquete marrón y, sin perder un segundo entró en la estafeta. Dos minutos más tarde conducía otra vez dirección a Mentón. Cuando el automóvil gris llegó allí, el conde estaba tomando el té en la terraza de uno de los hoteles.

Más tarde regresó a Montecarlo, cenó allí y llegó a su casa a las once. Hipolyte salió a su encuentro muy preocupado.

—¡Por fin ha llegado usted, señor conde! ¿Me ha telefoneado, por casualidad, el señor conde?

Éste meneó la cabeza.

—Sin embargo, a las tres me llamaron por teléfono de parte de usted para comunicarme que tenía que presentarme en Niza, en el Negresco.

—¿De veras? ¿Y has ido?

—Desde luego, señor conde. Pero en el Negresco no sabían nada del señor conde, ni siquiera había estado allí.

—Y seguramente —dijo el señor— a esa hora Marie estaría haciendo la compra.

—Sí, señor conde.

—Bien —comentó él—, ha sido una equivocación sin importancia.

Y sonriendo, subió a su habitación.

Una vez en ella, cerró la puerta con llave y miró a su alrededor con mucha atención. Todo parecía estar como siempre. Abrió los armarios y los cajones. Las cosas aparecían colocadas, poco más o menos, como antes, pero no exactamente igual. No cabía la menor duda de que habían registrado la habitación.

Se acercó al secreter y apretó el resorte oculto. Se abrió el cajón, pero el cabello había desaparecido. Asintió varias veces.

—Nuestra policía es excelente —murmuró para sí—. No se le

escapa nada.

Capítulo XX

KATHERINE HACE UN AMIGO

A la mañana siguiente, Katherine estaba sentada junto a Lenox en la terraza de Villa Marguerite. A pesar de la diferencia de edades, había comenzado a surgir entre ellas un sentimiento de amistad. Sin Lenox, a Katherine la vida en Villa Marguerite le hubiese resultado intolerable. El asesinato de Ruth Kettering era allí el tema de actualidad. Lady Tamplin explotaba a fondo la vinculación de su invitada con el caso. Los feroces desaires de Katherine no lograban inmutarla. Lenox mantenía una actitud equidistante. Por un lado le divertían las maniobras de su madre, y por el otro comprendía los sentimientos de Katherine. Chubby, por su parte, contribuía a acentuar el malestar de la joven porque su ingenuo deleite era irreprimible y la presentaba a todo el mundo con un: «Ésta es *miss* Grey. ¿Conocen ustedes el crimen del Tren Azul? Pues se ha visto mezclada en el caso hasta las cejas. Mantuvo una larga charla con Ruth Kettering pocas horas antes del asesinato. Qué suerte, ¿verdad?»

Aquella mañana, unas cuantas presentaciones de esta índole habían provocado en Katherine un respuesta especialmente agria y, cuando por fin se quedaron solas, Lenox le comentó con su deje particular:

—No estás acostumbrada a esta expectación, ¿verdad? Todavía tienes mucho que aprender, Katherine.

—Lamento haberme enfadado, no lo hago por costumbre.

—Es hora de que aprendas a descargarte. Chubby es un borrico sin mala intención. Y mamá desde luego es una pesada, pero te puedes enfadar con ella hasta que las velas dejen de arder, que no servirá de nada. Te mirará con los ojos tristes, pero después le importará un comino.

Katherine no contestó a las observaciones filiales y Lenox

continuó:

—Yo me parezco algo a Chubby. Me encantan los asesinatos, y mucho más en este caso, conociendo al marido de la víctima.

Katherine asintió.

—¿Así que ayer comiste con él? —siguió Lenox pensativa— ¿Te gusta?

Katherine reflexionó unos instantes.

—No sé —dijo muy despacio.

—Es muy atractivo.

—Sí, mucho.

—¿Qué es lo que no te gusta de él?

Katherine no contestó a la pregunta o, por lo menos, no lo hizo directamente.

—Me habló de la muerte de su esposa y reconoció que había sido una verdadera suerte para él.

—Y supongo que eso te asombró —Lenox hizo una pausa y luego añadió con un tono un tanto extraño—: Le gustas, Katherine.

—Por lo menos me invitó a una suculenta comida —dijo Katherine con una sonrisa.

La muchacha no quiso darse por vencida.

—Me di cuenta la noche que estuvo aquí —comentó pensativa —. Por la manera de mirarte, y eso que no eres su tipo: todo lo contrario. Bueno, supongo que es como la religión que te pilla a partir de cierta edad.

—Llaman a *mademoiselle* al teléfono —dijo Marie que asomaba la cabeza por la ventana del salón—. Monsieur Poirot desea hablar con ella.

—Más crímenes y más sangre. Anda, Katherine y ve a hablar con tu detective.

La voz de Hércules Poirot llegó clara y precisa en el oído de Katherine.

—¿Es *mademoiselle* Grey? *Bon, mademoiselle*. Tengo un mensaje para usted de Mr. Van Aldin, el padre de *madame* Kettering. Tiene mucho interés en hablar con usted, en Villa Marguerite o en el hotel, lo que usted prefiera.

Katherine reflexionó un momento y decidió que si Van Aldin venía a la villa sería algo doloroso e innecesario. Lady Tamplin no hubiese podido contener su alegría, porque no desperdiciaba

ninguna ocasión de cultivar el trato con millonarios. Por lo tanto, le contestó a Poirot que iría a Niza.

—Perfectamente, *mademoiselle*. Yo mismo iré a buscarla en coche. ¿Le parece bien dentro de tres cuartos de hora?

Poirot se presentó puntualmente. Katherine le esperaba y se marcharon de inmediato.

—Bien, *mademoiselle*, ¿cómo van las cosas?

La joven miró sus brillantes ojos y confirmó su primera impresión de que había algo muy atractivo en *monsieur* Hércules Poirot.

—Éste es nuestro *román policier*, ¿verdad? —añadió Poirot—. Le prometí que estudiaríamos el caso juntos y yo siempre cumplo mis promesas.

—Es usted muy amable —murmuró Katherine.

—¡Ah!, se burla usted de mí, pero ¿quiere o no enterarse de la marcha de las investigaciones?

Katherine admitió que sí y Poirot le hizo un breve retrato del conde de la Roche.

—¿Cree usted que es el asesino? —preguntó Katherine pensativa.

—Ésta es la teoría —respondió Poirot cauteloso.

—¿Y usted qué cree?

—No puedo decirlo. Y usted, *mademoiselle*, ¿qué piensa?

Katherine meneó la cabeza.

—¿Qué quiere que piense? No sé nada de esas cosas, pero yo diría que… —se detuvo.

—¿Sí? —la animó Poirot.

—Verá, por lo que usted dice del conde, no parece la clase de hombre capaz de matar a nadie.

—¡Ah! ¡Muy bien! —exclamó Poirot—. Está usted de acuerdo conmigo. Eso es lo mismo que dije yo —la miró con atención—. Pero dígame, ¿conoce a Derek Kettering?

—Sí, nos presentaron en la fiesta de *lady* Tamplin y ayer comí con él.

—Un *mauvais sujet* —afirmó Poirot que meneó la cabeza—, pero a las *femmes* eso les gusta.

Le guiñó un ojo y Katherine se echó a reír.

—Es de esos hombres que no pasan inadvertidos —siguió Poirot

—. ¿Seguramente le vería usted en el Tren Azul?

—Sí, me fijé en él.

—¿En el coche restaurante?

—No, no le vi durante las comidas. Sólo le vi una vez, entrando en el compartimiento de su esposa.

Poirot asintió.

—Es un caso extraño —murmuró—. Creo que usted dijo, *mademoiselle*, que al pasar por Lyon estaba usted despierta y miró por la ventanilla. ¿Vio usted apearse a un hombre alto y moreno como el conde de la Roche?

Katherine meneó la cabeza.

—No recuerdo haber visto a nadie. Había un muchacho con gorra y abrigo que se bajó pero no creo que abandonara el tren, sino que quería pasearse por el andén, y un francés muy gordo, con barba, que iba en pijama y un abrigo buscando una taza de café. Aparte de ellos sólo estaba el personal del tren.

Poirot asintió varias veces.

—Verá, se trata de esto —dijo Poirot en tono confidencial—. El conde de la Roche tiene una coartada. Una coartada es algo muy pestilente, y que siempre inspira graves sospechas. ¡Vaya, ya hemos llegado!

Subieron a la suite de Van Aldin, donde encontraron a Knighton. Poirot le presentó a Katherine. Tras las frases de cortesía, Knighton dijo:

—Voy a avisar a Mr. Van Aldin de que está aquí *miss* Grey.

Entró en la habitación contigua. Se oyó el murmullo de unas voces y entonces apareció Van Aldin, quien se dirigió a Katherine con la mano extendida al mismo tiempo que fijaba en ella una penetrante mirada.

—Encantado de conocerla, *miss* Grey —dijo sencillamente—. La esperaba con ansiedad para oír lo que pueda usted decirme de Ruth.

La sencillez del millonario agradó mucho a Katherine. Se sabía en presencia de un verdadero dolor, tanto más verdadero cuanto que no se exteriorizaba.

El millonario le ofreció una silla.

—Siéntese y cuéntemelo todo, por favor.

Poirot y Knighton se retiraron discretamente a la habitación contigua. Katherine y Van Aldin se quedaron solos. Ella se expresó

sin la menor dificultad. Le relató con naturalidad y sencillez la conversación con Ruth, palabra por palabra, con la mayor exactitud que pudo. El americano escuchaba en silencio, recostado en su sillón, con una mano cubriendo sus ojos. Cuando ella terminó, dijo en voz baja:

—Muchas gracias, querida.

Ambos guardaron silencio durante unos minutos. Katherine comprendió que las frases de condolencia estaban fuera de lugar. Cuando el millonario volvió a hablar, lo hizo en tono distinto.

—Créame, *miss* Grey, que le quedo muy reconocido. Estoy seguro de que usted consiguió serenar algo el espíritu de mi pobre Ruth durante las últimas horas de su vida. Ahora quisiera pedirle otra cosa. Usted debe saber, sin duda *monsieur* Poirot se lo habrá contado, qué clase de sabandija es el hombre con el que se había mezclado mi hija, el hombre de quien ella le habló y con el que iba a reunirse. A su juicio, ¿cree que, después de la conversación con usted cambió de idea? ¿Cree que pensaba echarse atrás?

—No puedo responderle con franqueza. Desde luego tomó alguna decisión porque luego parecía más animada.

—¿No le dijo nada sobre el lugar dónde pretendía reunirse con ese sinvergüenza? ¿En París o en Hyéres?

Katherine meneó la cabeza.

—No me dijo ni una palabra al respecto.

—¡Ah! —exclamó Van Aldin pensativo—. Ése es el punto importante. En fin, el tiempo lo dirá.

Se levantó y fue a abrir la puerta de la habitación contigua. Poirot y Knighton entraron.

Katherine declinó la invitación a comer del millonario y Knighton la acompañó hasta el coche, que la estaba esperando. Cuando el secretario volvió a subir, encontró al millonario y a Poirot enfrascados en una conversación.

—Si supiéramos, por lo menos, cuál fue la decisión que tomó Ruth —manifestó Van Aldin pensativo—. Pudo muy bien haber decidido media docena de cosas diferentes. Tal vez tuvo la intención de dejar el tren en París y telefonearme. O acaso pensó seguir hasta el sur de Francia para tener una conversación con el conde. Lo cierto es que estamos a oscuras, completamente a oscuras. Pero tenemos la declaración de la doncella, según la cual

mi hija se mostró sorprendida y desconsolada por la aparición del conde en la estación de París. Lo que demuestra que no formaba parte de su plan. ¿No lo cree usted, Knighton?

El secretario se sobresaltó.

—Perdón, Mr. Van Aldin, no prestaba atención.

—Soñando despierto, ¿eh? Es algo impropio de usted —comentó Van Aldin—. Creo que esa muchacha le ha trastornado.

Knighton se ruborizó.

—Es una muchacha muy bonita —añadió Van Aldin con un tono pensativo—. Muy bonita. ¿Se ha fijado en sus ojos?

—Ningún hombre dejaría de fijarse en ellos —afirmó Knighton.

Capítulo XXI

EN EL TENIS

Días más tarde, al regresar Katherine de un paseo matinal, se encontró con Lenox, que le sonrió expectante.

—Tu admirador te ha telefoneado, Katherine.

—¿Quién es ese admirador?

—Uno nuevo, el secretario de Rufus Van Aldin. Parece que le has causado una gran impresión. Te estás convirtiendo en una verdadera rompecorazones, Katherine. Primero, Derek Kettering, y ahora, el joven Knighton. Lo gracioso es que lo recuerdo perfectamente. Estuvo en el hospital de guerra que mamá dirigía aquí. Entonces yo no tenía más que ocho años.

—¿Estuvo gravemente herido?

—Un tiro en la pierna, si no recuerdo mal. No tuvo suerte; los médicos se equivocaron con él. Le dijeron que no cojearía, pero cuando salió del hospital casi no podía andar.

Lady Tamplin salió a la terraza y se unió a ellos.

—¿Le has dicho a Katherine lo del comandante Knighton? —preguntó— ¡Un chico muy simpático! Al principio no me acordaba de él, era uno más entre tantos, pero ahora sí.

—Es que antes era demasiado insignificante para recordarlo —dijo Lenox—. Ahora que es el secretario de un millonario norteamericano, es muy distinto.

—¡Niña! —exclamó *lady* Tamplin con un vago tono de reproche.

—¿Para qué ha telefoneado el comandante Knighton? —preguntó Katherine.

—Preguntó si querías ir al tenis esta tarde. Dijo que si aceptabas, vendría a buscarte en coche. Mamá y yo aceptamos con *empressement*. Mientras te entretienes con el secretario, yo trataré de conquistar al millonario, tiene cerca de sesenta años y supongo que estará buscando a una joven bonita y encantadora como yo.

—Me gustaría conocer a Mr. Van Aldin —dijo *lady* Tamplin anhelante—. ¡He oído hablar tanto de él! ¡Esos hombres fuertes del Nuevo Mundo tan admirables!

—El comandante Knighton insistió mucho en que la invitación la hacía Mr. Van Aldin —manifestó Lenox—. Lo repitió tanto que comencé a escamarme. Knighton y tú haríais muy buena pareja. ¡Yo os bendigo, hijos míos!

Katherine se rió y subió a cambiarse de ropa.

Después de comer llegó Knighton y soportó con entereza las efusiones de *lady* Tamplin para demostrar que lo recordaba.

Mientras se dirigían a Cannes, Knighton le comentó a Katherine:

—Lady Tamplin no ha cambiado apenas.

—¿De carácter o de aspecto?

—De ambas cosas. Según mis cálculos, debe de tener los cuarenta largos y todavía es una mujer hermosa.

—¡Ya lo creo! —asintió Katherine.

—Me alegro de que haya podido usted venir. Monsieur Poirot estará también con nosotros. ¡Qué hombre más extraordinario! ¿Lo conoce usted bien, *miss* Grey?

Katherine denegó con la cabeza.

—Lo conocí en el tren al venir hacia aquí. Yo estaba leyendo una novela policíaca y se me ocurrió decir algo sobre que esas cosas nunca suceden en la vida real. Desde luego, yo no tenía la menor idea de quién era él.

—Es una persona muy interesante —dijo Knighton lentamente —, y ha hecho algunas cosas asombrosas. Es un genio para llegar a la raíz de las cosas, y hasta el final nadie sabe nunca qué está pensando de verdad. Recuerdo que estaba yo en una casa de Yorkshire, cuando le robaron las joyas a *lady* Clanravon. Al principio, parecía un robo vulgar, pero la policía local estaba desconcertada. Les dije que llamasen a Hércules Poirot y que él era el único que podía ayudarles. Sin embargo, prefirieron confiar en Scotland Yard.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó con curiosidad Katherine.

—Las joyas jamás se recuperaron —contestó Knighton secamente.

—¿De veras tiene usted tanta fe en él?

—Claro que *sí*. El conde de la Roche es muy astuto. Se ha

escabullido con bien de muchos aprietos. Pero creo que en Hércules Poirot ha encontrado la horma de su zapato.

—¿Cree usted realmente que el conde de la Roche es el asesino? —preguntó Katherine pensativa.

—¡Desde luego! —Knighton la miró atónito— ¿Usted no?

—¡Oh, sí! —se apresuró a contestar Katherine—, aunque también podría tratarse de un robo vulgar.

—Podría ser —asintió el otro—, pero a mí me parece que el conde de la Roche encaja muy bien en este asunto.

—Sin embargo, tiene una coartada.

—¡Oh, las coartadas! —En el rostro de Knighton apareció una sonrisa juvenil—. Usted que ha leído novelas policíacas, *miss* Grey, debe saber muy bien que aquel que tiene la mejor coartada es siempre el culpable.

—¿Quiere decir que en la vida real pasa lo mismo? —preguntó Katherine con una sonrisa.

—¿Por qué no? La ficción se basa siempre en la realidad.

—Pero siempre está por encima —insinuó Katherine.

—Quizá. De todas formas, si yo fuera un criminal no me gustaría tener a Hércules Poirot sobre la pista.

—A mí tampoco —dijo Katherine y se echó a reír.

Al llegar al campo, Poirot les salió al encuentro. Como el día era caluroso, llevaba un traje blanco con una camelia blanca en la solapa.

—*Bonjour, mademoiselle* —dijo—. Parezco un auténtico inglés, ¿verdad?

—Está usted elegantísimo —contestó Katherine.

—¡Cómo se burla usted de mí! —exclamó Poirot risueño—. Pero no importa, papá Poirot siempre ríe el último.

—¿Dónde está Mr. Van Aldin? —preguntó Knighton.

—Nos espera en la tribuna. Si quiere que le diga la verdad, amigo mío, no parece estar muy contento conmigo. ¡Oh!, esos norteamericanos no conocen el reposo ni la calma. Mr. Van Aldin preferiría que me lanzara en persecución de los criminales por todas las callejuelas de Niza.

—No creo que fuese mala idea —observó Knighton.

—Está usted en un error. En estos casos así no se necesita fuerza, sino astucia. En el tenis se encuentra a todo el mundo y eso es muy

importante. ¡Ah, ahí está Mr. Kettering!

Derek se acercó bruscamente a ellos. Parecía agitado y furioso como si hubiese ocurrido algo que lo hubiera trastornado. Knighton y él se saludaron con cierta frialdad. Sólo Poirot permaneció indiferente a la tensión y charló amablemente en un meritorio intento de que todos estuviesen a gusto. Halagó a unos y otros.

—Es sorprendente, Mr. Kettering, oírle hablar tan bien el francés —comentó—. Si se lo propusiera, lo tomarían por un francés del país, cosa extraña de veras en un inglés.

—A mí me gustaría mucho hablarlo bien, pero reconozco que lo hago muy a la inglesa —explicó Katherine.

Llegaron a sus asientos y se sentaron. Inmediatamente, Knighton vio que Van Aldin le hacía señas desde el otro lado de la pista y fue a hablar con él.

—Me gusta ese muchacho —dijo Poirot miraba sonriente la marcha del secretario— ¿Y a usted, *mademoiselle*?

—Me resulta muy simpático.

—¿Y a usted, Mr. Kettering?

Una viva respuesta iba a salir de los labios de Derek, pero se contuvo como si algo en la mirada del pequeño belga le hubiese puesto súbitamente alerta. Respondió lentamente, escogiendo las palabras.

—Sí, Knighton es un buen tipo.

A Katherine le pareció sólo por un momento que Poirot estaba desilusionado.

—Es un gran admirador suyo, *monsieur* Poirot —le dijo y le contó algunas de las cosas que le había dicho Knighton. Le hacía mucha gracia ver al hombrecillo esponjarse como un pájaro, abombando el pecho y adoptando una actitud de falsa modestia que no hubiese engañado a nadie.

—Ahora recuerdo, *mademoiselle* —dijo de pronto—, que debo hablarle de un pequeño asunto. Creo que cuando estuvo usted hablando con aquella pobre *madame* en el tren, se le debió caer la pitillera allí.

Katherine le miró asombrada.

—No puede ser.

Poirot sacó del bolsillo una pitillera de piel azul, con la inicial «K» en oro.

—No, no es mía —dijo Katherine.

—Ah, mil perdones. Sin duda era de *madame*. Teníamos dudas porque en su bolso encontramos otra y nos pareció extraño que llevara dos —De pronto, se volvió hacia Derek—: ¿Podría usted decirme si esta pitillera pertenecía o no a su esposa?

Por un momento, Derek pareció desconcertado. Tartamudeó un poco al responder.

—No… no sé… Supongo que sí.

—¿No será la suya, por casualidad?

—De ninguna manera. Si fuera mía, ¿cómo iba a estar en poder de mi esposa?

Poirot adoptó una expresión más ingenua e infantil que nunca.

—Podría haberla perdido al entrar en el compartimiento de su esposa —explicó con candidez.

—No entré allí, se lo he repetido a la policía una docena de veces.

—Perdone usted —dijo Poirot con aire contrito—, pero fue *mademoiselle* la que mencionó haberle visto entrar allí.

Se detuvo con una expresión avergonzada.

Katherine miró a Derek. Se había puesto pálido, pero quizá era imaginación suya. Su risa sonó muy natural.

—Se equivocó usted, *miss* Grey —dijo tranquilo—. Por lo que me ha dicho la policía, me he enterado de que mi compartimiento estaba sólo una puerta o dos más allá del de mi esposa, aunque nunca lo sospeché en aquel momento. Tuvo que haberme visto cuando entraba en mi propio compartimiento.

Se levantó con rapidez al ver que se acercaban Knighton y a Van Aldin.

—Me marcho —anunció—. No soy capaz de soportar a mi suegro ni por todo el oro del mundo.

Van Aldin saludó cortésmente a Katherine, pero era obvio que estaba de muy mal humor.

—Parece que le gustan mucho los partidos de tenis, *monsieur* Poirot —gruñó.

—Sí, me distrae mucho —contesto Poirot con placidez.

—Para usted es una suerte estar en Francia —dijo Van Aldin—. En Estados Unidos estamos hechos de distinta manera. Allí el trabajo viene antes que la diversión.

—No se enfade usted, se lo ruego. Todos tenemos nuestros métodos. A mí siempre me ha parecido algo delicioso combinar el trabajo con el placer.

Miró a los dos jóvenes, que conversaban absortos el uno en el otro, y asintió satisfecho. Luego, se inclinó hacia el millonario y le dijo en la voz más baja que pudo:

—No he venido sólo a divertirme, Mr. Van Aldin. Fíjese usted en aquel viejo alto que está frente a nosotros. Aquel de rostro amarillo y venerable barba.

—¿Qué pasa con él?

—Aquél —dijo Poirot— es Mr. Papopolous.

—Un griego, ¿eh?

—Sí, un griego como usted dice. Es un anticuario de fama mundial. Tiene una tiendecita en París, pero la policía sospecha que hace algo más que vender antigüedades.

—¿Qué?

—Lo tienen por un perista que compra y vende objetos robados, especialmente joyas. La talla y montura de piedras preciosas no tiene para él ningún secreto. Está en contacto con los personajes más elevados de Europa y con lo más bajo de la escoria del hampa.

Van Aldin miró a Poirot con súbita atención.

—¿Y qué? —preguntó con un nuevo tono en la voz.

—Yo me pregunto, yo, Hércules Poirot —contestó el detective que se golpeó el pecho con un gesto teatral—, me pregunto ¿por qué de pronto ha venido Mr. Papopolous a Niza?

Van Aldin estaba asombrado. Había llegado a dudar de Poirot, sospechando que el hombrecillo no estaba a la altura de la tarea, que no era más que un farsante. Pero ahora de nuevo volvía a tener fe en él. Miró de frente al detective.

—Le ruego que me perdone, *monsieur* Poirot.

Éste rechazó la excusa con un gesto extravagante.

—¡Bah! No vale la pena. Y ahora escúcheme, Mr. Van Aldin: tengo noticias que comunicarle.

El millonario le miró con atención, cada vez más interesado.

—Así es. Le interesará muchísimo. Como usted sabe, el conde de la Roche ha estado vigilado desde que se entrevistó con el juez de instrucción. Al día siguiente del interrogatorio, aprovechando una ausencia suya, la policía registró Villa Marina.

—¿Y qué? —preguntó Van Aldin— ¿Encontraron algo? Supongo que no.

Poirot le obsequió con una reverencia.

—Su inteligencia no le engaña, Mr. Van Aldin. No encontraron nada que pudiese comprometerlo. Tampoco lo esperaban. El conde de la Roche, como dicen ustedes, no nació ayer. Es un tipo muy astuto y de gran experiencia.

—Bueno, siga —gruñó Van Aldin.

—Puede ser que el conde de la Roche no tenga oculto nada comprometedor. Pero no debemos pasar por alto la posibilidad. Si, en efecto, tiene algo que esconder, ¿dónde está? En su casa no, porque la policía la registró de arriba abajo. En su persona, tampoco, porque sabe que lo pueden arrestar en cualquier momento. Queda el automóvil. Como ya le he dicho, el conde estaba vigilado. Aquel día le siguieron hasta Montecarlo. Desde allí fue por carretera a Mentón, conduciendo él mismo. Su coche es muy rápido y dejó atrás a sus perseguidores, que durante poco más de un cuarto de hora le perdieron de vista por completo.

—¿Y usted supone que en ese tiempo escondió algo cerca de la carretera? —preguntó Van Aldin, cada vez más interesado.

—Cerca de la carretera, no, *ça n'est pas pratique*. Ahora escúcheme bien; yo le di un consejo a *monsieur* Carrége, quien tuvo la gentileza de aceptarlo. En cada una de las estafetas de Correos de la zona se apostó alguien que conociese de vista al conde de la Roche. Verá, *monsieur*, la mejor manera de hacer desaparecer una cosa es enviarla por correo.

—¿Y qué? —preguntó Van Aldin, con el rostro iluminado por el interés y la excitación.

—Pues… *voilà*.

Con un gesto propio de un mago, Poirot sacó del bolsillo un paquete envuelto en papel marrón al que le faltaba el cordel.

—En aquel cuarto de hora, nuestro hombre envió esto por correo.

—¿A qué dirección? —quiso saber el millonario.

Poirot asintió.

—Eso hubiera podido servirnos de algo, pero por desgracia no ha sido así. El paquete iba dirigido a una de esos kioscos de periódicos de París donde por una módica suma guardan las cartas

y paquetes que se les envían por correo.

—Bueno, pero, ¿qué es lo que contiene? —preguntó impaciente Van Aldin.

Poirot desenvolvió el paquete y le mostró una caja cuadrada de cartón. Miró a su alrededor.

—Es un buen momento —murmuró—. Todos miran a los jugadores. ¡Mire, *monsieur*!

Levantó la tapa de la caja una fracción de segundo. Un grito ahogado se escapó de los labios del millonario, cuyo rostro palideció intensamente.

—¡Dios mío! ¡Los rubíes!

Van Aldin permaneció sentado durante unos instantes como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza. Poirot volvió a guardarse la caja en el bolsillo y sonrió plácidamente.

De pronto el millonario salió del trance. Cogió la mano del detective y se la estrechó con tanta fuerza que Poirot hizo un gesto de dolor.

—¡Es fantástico! —dijo Van Aldin— ¡Es usted único! ¡El mejor de todos!

—No es para tanto —señaló el detective con modestia—. Orden y método, estar preparado contra las eventualidades, eso es todo lo que hay.

—Supongo que habrán detenido al conde de la Roche, ¿verdad? —preguntó Van Aldin ansiosamente.

—Nada de eso.

En el rostro de Van Aldin se dibujó una expresión de asombro.

—Pero ¿por qué? ¿Qué más quieren?

—La coartada del conde se sostiene.

—Pero eso es una tontería.

—Si, yo también creo que lo es, pero desgraciadamente tenemos que probarlo.

—Pero mientras tanto él se les escapará de las manos.

Poirot meneó la cabeza con mucha energía.

—Imposible —afirmó—. Lo único que el conde no puede permitirse es sacrificar su posición social. Tiene por fuerza que permanecer aquí y afrontar los hechos.

Van Aldin no se conformó.

—Pero no veo…

Poirot levantó una mano.

—Un momento, Mr. Van Aldin. Tengo una pequeña idea. Mucha gente se ha burlado de las pequeñas ideas de Hércules Poirot y ha hecho mal.

—Está bien, adelante —dijo Van Aldin— ¿Cuál es su pequeña idea?

El detective guardó silencio unos momentos. Después dijo:

—Mañana, a las once, iré a verle a su hotel. Hasta entonces no le diga nada a nadie.

Capítulo XXII

MR. PAPOPOLOUS DESAYUNA

Mr. Papopolous estaba desayunando. Al otro lado de la mesa se encontraba su hija Zia. Llamaron a la puerta del salón y entró un lacayo con una tarjeta para Mr. Papopolous. Éste la miró, enarcó las cejas y se la tendió a su hija.

—Monsieur Hércules Poirot —dijo Papopolous, que se rascó pensativo la oreja izquierda—. ¿Qué querrá? —añadió pensativo. Padre e hija se miraron—. Ayer lo vi en el tenis, Zia. Esto no me gusta nada.

—Una vez te fue muy útil —le recordó ella.

—Es verdad —reconoció Papopolous—. Además, he oído decir que se retiró del servicio activo.

Estas palabras las intercambiaron padre e hija en su propio idioma. Luego, Mr. Papopolous se volvió hacia el lacayo y le dijo en francés:

—*Faites monter ce monsieur*.

Minutos después Poirot, elegantemente vestido y balanceando su bastón con aire alegre, entró en la habitación.

—¡Mi querido Papopolous!

—¡Querido Poirot!

—¿Y *miss* Zia? —Poirot le dedicó una profunda reverencia.

—Nos permitirá que terminemos de desayunar —dijo Papopolous, que se sirvió otra taza de café—. Su visita es… ejem… algo temprana.

—Es escandalosamente temprana —confirmó Poirot—, pero verá: tengo mucha prisa.

—¡Ah! —murmuró Mr. Papopolous—. Entonces, ¿se ocupa usted de algún caso?

—Un caso muy grave. La muerte de *madame* Kettering. Un asunto muy serio.

—Déjeme recordar —Mr. Papopolous miró al techo con expresión inocente—. ¡Ah, sí! La mujer que murió en el Tren Azul, ¿verdad? Leí algo en los periódicos, pero no decían nada de que hubiese habido ningún delito.

—En interés de la justicia —dijo Poirot—, se creyó oportuno no divulgar el hecho.

Se hizo un silencio.

—¿Y en qué puedo servirle, *monsieur* Poirot? —preguntó el anticuario.

—*Voilà* —dijo el detective—. Iré directamente al grano.

Sacó del bolsillo la misma caja que había enseñado a Van Aldin en Cannes. Extrajo de ella los rubíes y se los tendió a Mr. Papopolous. A pesar de que Poirot le observaba atentamente, no vio alterarse ni un solo músculo del rostro del anciano, quien cogió las piedras y las miró sin mucho interés. Luego miró al detective interrogadoramente.

—Soberbios, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—En realidad, son excelentes —respondió el griego.

—¿Cuánto cree usted que pueden valer?

El rostro del anticuario se estremeció ligeramente.

—¿Es absolutamente preciso que se lo diga, *monsieur* Poirot?

—Veo que es usted muy astuto, Mr. Papopolous. No, no es preciso. Seguramente, no valdrán quinientos dólares.

Papopolous se rió y Poirot unió su risa a la del griego.

—Como imitación —dijo el anticuario mientras le devolvía las piedras a Poirot— son, como he dicho antes, excelentes. ¿Sería indiscreto preguntarle, *monsieur* Poirot, cómo han llegado a su poder?

—De ninguna manera, no tengo el menor inconveniente en decírselo a un viejo amigo como usted. Los tenía el conde de la Roche.

Las cejas de Mr. Papopolous se enarcaron elocuentemente.

—¡Caramba! —murmuró.

Poirot se inclinó hacia él, le dijo con su expresión más inocente y encantadora:

—Mr. Papopolous, pondré mis cartas sobre la mesa. El original de estas joyas se lo robaron a *madame* Kettering en el Tren Azul. Pero ante todo voy a decirle lo siguiente: *no es asunto mío recuperar*

los rubíes. Eso es cosa de la policía. Yo no trabajo para ella, sino para Mr. Van Aldin. Lo único que deseo es echarle el guante al asesino de *madame* Kettering. Los rubíes sólo me interesan como un medio para llegar al hombre. ¿Comprende usted?

Estas ultimas palabras fueron pronunciadas de un modo particular. Mr. Papopolous, con el rostro impasible, dijo en voz baja:

—Continúe.

—Lo más probable a mi parecer es que las joyas cambien de dueño en Niza. Quizá ya ha sido así.

—¡Ah! —Mr. Papopolous bebió un trago de su café mientras pensaba. Su aspecto era más noble y patriarcal que nunca.

—Yo me dije: «¡Qué suerte!» —prosiguió Poirot animadamente —. Mi viejo amigo Demetrius está aquí. Sin duda, él me ayudará.

—¿Y por qué cree usted que puedo ayudarle? —preguntó Mr. Papopolous con frialdad.

—Porque pensé que Mr. Papopolous estaría seguramente en Niza por algún negocio.

—De ninguna manera. Yo he venido aquí por mi salud, porque el médico me lo ha ordenado.

Tosió con un sonido cavernoso.

—¡No sabe usted cuánto lo siento! —dijo Poirot con una fingida compasión—. Bueno, sigamos. Cuando un gran duque ruso, una archiduquesa austríaca o un príncipe italiano desean vender las joyas de familia, ¿a quién acuden? A Mr. Papopolous, ¿no es cierto? A él que es famoso mundialmente por la discreción con que realiza esos negocios.

El otro agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza.

—Me adula usted.

—La discreción es una gran cosa —murmuró Poirot que se vio recompensado con una fugaz sonrisa del griego—. Yo también sé ser discreto.

Las miradas de los dos hombres se encontraron.

Poirot habló despacio, como si escogiese las palabras con gran cuidado.

—Yo dije para mí: si las piedras han cambiado de dueño en Niza, Mr. Papopolous sabrá algo de ello. Él conoce perfectamente todo cuanto pasa en el mundo de las joyas.

—¡Ah! —dijo Papopolous, y cogió un *croissant*.

—La policía, ¿comprende usted?, no interviene en el asunto. Es un asunto personal.

—Uno a veces oye ciertos rumores… —admitió Mr. Papopolous con cautela.

—¿Qué rumores? —se apresuró a preguntar Poirot.

—¿Hay alguna razón para que se los repita?

—Sí —dijo Poirot—. ¡Creo que la hay! Quizá recordará, Mr. Papopolous, que hace diecisiete años tuvo usted en depósito cierto objeto que le dejó una persona importantísima. Aquel objeto desapareció de una manera muy extraña. Usted estaba como vulgarmente se dice, con el agua al cuello.

Su mirada se desvió lentamente hacia la muchacha. Ella había apartado a un lado la taza y el plato, y con los codos apoyados en la mesa y el mentón descansando en las manos, escuchaba atentamente. Sin dejar de mirarla, Poirot continuó:

—Yo estaba entonces en París. Me llamó usted y se puso en mis manos. Si le devolvía aquel objeto, me prometió guardarme un reconocimiento eterno. *Eh bien!*, yo se lo devolví.

Mr. Papopolous exhaló un profundo suspiro.

—Fue el peor momento de mi vida —murmuró.

—Diecisiete años son muchos años —señaló Poirot pensativo—. Pero yo sé que los de su raza no olvidan con facilidad.

—¿Un griego? —preguntó Papopolous con una sonrisa irónica.

—No me refería a un griego.

Se hizo un silencio y al fin, el anciano se irguió orgulloso.

—Tiene usted razón, *monsieur* Poirot —afirmó en voz baja—. Soy judío y, como usted dice muy bien, nuestra raza no olvida.

—¿Esto significa que me ayudará usted?

—Respecto a los rubíes no puedo hacer nada. —El anciano, como había hecho antes Poirot, escogió sus palabras con cuidado—. No sé nada, no he oído nada. Pero tal vez pueda ayudarle en otra cosa, si es usted aficionado a las carreras de caballos.

—A veces; depende de las circunstancias —dijo Poirot con la mirada alerta.

—Hay un caballo que corre en Longchamps que creo merece cierta atención. No puedo darlo como cierto, ya me comprende; estas noticias pasan por tantas manos…

Se detuvo y miró fijamente a Poirot como para asegurarse que le comprendía.

—Perfectamente, perfectamente —asintió Poirot.

—El nombre del caballo —prosiguió el anticuario que se reclinó en la silla y juntó las yemas de los dedos— es «El Marqués». Creo, aunque no estoy muy seguro, que se trata de un caballo inglés, ¿verdad, Zia?

—Creo que sí —contestó la muchacha.

Poirot se puso de pie con energía.

—Muchas gracias —dijo—. Es una gran cosa tener un buen soplo del establo, como dicen en inglés. *Au revoir*, Mr. Papopolous, y muchas gracias.

Se volvió hacia la muchacha.

—*Au revoir, mademoiselle* Zia. Me parece que fue ayer cuando la vi a usted en París o que, a lo sumo, han pasado dos años.

—Hay una pequeña diferencia entre los dieciséis y los treinta y tres —dijo Zia tristemente.

—No es así en su caso —protestó Poirot con galantería—. ¿Querrán ustedes cenar conmigo una de estas noches?

—Con muchísimo gusto —aceptó Zia.

—Entonces ya nos pondremos de acuerdo —dijo el detective—. Y ahora, *je me sauve*.

Poirot fue por la calle entonando un estribillo. Movía el bastón marcando el ritmo y un par de veces esbozó una sonrisa. Entró en la primera estafeta de correos que encontró en el camino y puso un telegrama. Su redacción le ocupó bastante tiempo, pues era en clave y tenía que recordarla. Se refería a la desaparición de un alfiler de corbata. El mensaje iba dirigido a Japp, inspector de Scotland Yard.

Descifrado, era conciso e iba al grano: «Telegrafíeme todo lo que sepa respecto a un hombre apodado El Marqués».

Capítulo XXIII

UNA NUEVA HIPÓTESIS

Eran las once en punto cuando Poirot llegó al hotel donde se hospedaba Van Aldin. El millonario estaba solo.

—Es usted puntual, *monsieur* Poirot —dijo con una sonrisa, mientras se levantaba para saludar al detective.

—Siempre soy puntual —afirmó Poirot—. La exactitud es una virtud que observo estrictamente. Sin orden y sin método… —Se interrumpió—Pero seguramente, ya se lo habré dicho antes. Vamos, pues, al objeto de mi visita.

—¿Su pequeña idea?

—Sí, mi pequeña idea —Poirot sonrió—. Ante todo, quisiera interrogar otra vez a la doncella, Ada Mason. ¿Está aquí?

—Sí, está aquí.

—¡Ah!

Van Aldin le miró con curiosidad, tocó el timbre y apareció un botones, a quien envió a buscar a Ada Mason.

Al verla entrar, Poirot la saludó con su proverbial cortesía, que siempre surtía efecto en las mujeres de su clase.

—Buenos días, *mademoiselle* —dijo alegremente—. ¿Quiere usted hacer el favor de sentarse? Si el señor lo permite.

—Sí, sí, siéntese, hija mía —dijo Van Aldin.

—Gracias, señor —respondió Mason, que se sentó en el borde de la silla. Parecía más delgada y seca que nunca.

—He venido para hacerle más preguntas —dijo Poirot—. Tenemos que llegar al fondo del asunto. Voy a insistir una vez más en el hombre del tren. A usted le han mostrado al conde de la Roche. Usted dice que es posible que fuera él, pero no está segura.

—Como ya le dije, señor, nunca vi el rostro del caballero. Por eso me resulta difícil.

Poirot asintió con una sonrisa.

—Comprendo perfectamente la dificultad, *mademoiselle*. Usted dice que ha estado al servicio de Mrs. Kettering dos meses. Durante ese tiempo, ¿cuántas veces vio usted a su amo?

Mason reflexionó unos instantes y al fin dijo:

—Dos veces nada más, señor.

—¿Y lo vio usted de cerca o de lejos?

—Una de las veces vino a Curzon Street. Yo estaba en el piso de arriba y, al mirar por encima de la barandilla, lo vi en el vestíbulo. Sentía cierta curiosidad porque sabía que las cosas…

Mason acabó la frase con una discreta tosecilla.

—¿Y la otra?

—Estaba yo en el parque con Annie, una de las criadas, cuando me señaló al señor, que iba paseando con una señora extranjera.

Poirot asintió de nuevo.

—Ahora, escúcheme, Mason. ¿Cómo sabe usted que el hombre que vio en el compartimiento hablando con su señora en la Gare de Lyon, no era su marido?

—¿El amo, señor? ¡Oh, no creo que fuera él!

—Pero no está usted segura —insistió Poirot.

—La verdad, señor, es que nunca lo pensé.

Mason parecía trastornada por la sugerencia.

—Ya ha oído usted que su señor iba también en el tren. Nada más natural que fuera él quien entrara en el compartimiento de su esposa.

—Pero el caballero que hablaba con mi señora no debía de viajar en el tren, porque iba con traje de calle, abrigo y sombrero.

—De acuerdo, *mademoiselle*, pero reflexione un segundo. El tren acababa de llegar a la Gare de Lyon. Muchos de los viajeros se paseaban por el andén. Su señora también estaba a punto de hacerlo, y sin duda se había puesto el abrigo de pieles, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Mr. Kettering hace lo mismo. En el tren hace calor, pero fuera, en el andén, hace frío. Se pone el abrigo y el sombrero, pasea por el andén y, al mirar hacia las iluminadas ventanillas, descubre de repente a su esposa. Hasta entonces no había tenido la menor idea de que ella estuviese en el tren. Naturalmente, sube al vagón y se dirige a su compartimiento. La señora lanza un grito de sorpresa al verlo y, rápidamente, cierra la puerta entre los dos

compartimientos, porque es posible que la conversación sea de índole muy privada.

Se recostó en su butaca y vio que la sugerencia hacía su efecto lentamente. Nadie mejor que él sabía que a las personas de la clase social de Mason no se las podía apremiar. Debía darle tiempo para que se desprendiese de las ideas preconcebidas. Al cabo de tres minutos la doncella habló:

—Quizá fuese como usted dice, aunque nunca lo pensé de esa manera. El señor también es delgado y moreno y, más o menos, de la misma estatura. Pero el abrigo y el sombrero me despistan. Sí, es posible que fuera el señor, pero de todas maneras no puedo asegurarlo.

—Muchas gracias, *mademoiselle*, no la entretengo más. ¡Ah!, una cosa más —Sacó del bolsillo la pitillera que antes le había enseñado a Katherine—. ¿Esta pitillera era de su señora? —preguntó.

—No, señor, no. A menos que… —Se detuvo sorprendida. Una idea trataba de abrirse paso en su cerebro.

—Siga —la animó Poirot.

—Creo, aunque no estoy segura, que es una pitillera que mi señora compró para su marido.

—¡Ah! —exclamó Poirot con un tono neutral.

—Pero si llegó o no a dársela, es algo que no puedo decir.

—Bien, bien. Puede usted retirarse, *mademoiselle*, eso es todo. Buenas tardes.

Ada Mason se retiró discretamente y cerró la puerta al salir sin hacer ruido.

Poirot miró a Van Aldin con una leve sonrisa. El millonario parecía abatido.

—¿Cree usted… que fue Derek? —preguntó—. Pero si todo parece señalar en dirección opuesta. ¡Si al conde lo pillaron con las manos en la masa! ¡Tenía los rubíes!

—No.

—Pero si usted mismo me lo dijo…

—¿Qué le dije yo?

—Aquella historia sobre los rubíes. Me los enseñó usted.

—No.

Van Aldin lo miró boquiabierto.

—¿Me está diciendo que no me los enseñó usted ayer en el

tenis?

—Sí.

—¿Está usted loco, *monsieur* Poirot, o lo estoy yo?

—Ni usted ni yo lo estamos —dijo el detective—. Usted me hizo una pregunta y yo le contesto. Usted afirma que yo le enseñé los rubíes y yo le contesto que no. Lo que yo le enseñé fue una magnífica imitación imposible de descubrir por cualquiera que no sea un experto.

Capítulo XXIV

POIROT DA UN CONSEJO

El millonario tardó unos momentos en asimilar los hechos. Miró a Poirot, confundido. El pequeño belga asentía gentilmente.

—Sí —dijo—. Eso altera la situación, ¿verdad? ¡Una imitación! —exclamó Van Aldin Se inclinó hacia delante y prosiguió.

—¿Siempre ha tenido esa idea? ¿Es aquí donde quería ir a parar? Nunca creyó que el conde de Roche fuese el asesino?

—He tenido mis dudas —contestó Poirot—. Se lo dije: ¿Robo con violencia y asesinato? —Meneó enérgicamente la cabeza—. No, es algo difícil de imaginar. No concuerda con la personalidad del conde de la Roche.

—¿Pero no cree usted que él pensaba apoderarse de los rubíes?

—Desde luego, eso está muy claro. Escuche: le voy a exponer el caso tal como yo lo veo. El conde, enterado de lo de los rubíes, trazó sus planes para apoderarse de ellos. Se inventó la romántica historia del libro que estaba escribiendo para inducir a su hija a que los llevara con ella. Se había provisto ya de una reproducción exacta de la joya con objeto de sustituirla por la legítima. Su hija, Mr. Van Aldin, no era experta en joyas. Hubiese pasado sin duda mucho tiempo antes de que se diese cuenta de lo ocurrido. Y cuando eso ocurriera… la verdad, no creo que tuviese valor para perseguir al conde porque se hubiesen sabido muchas cosas. El conde tendría en su poder muchas de sus cartas. Era un plan infalible desde el punto de vista del conde, un plan que seguramente habrá empleado en más de una ocasión.

—Sí, está clarísimo —dijo Van Aldin pensativo.

—Y que está de acuerdo con la personalidad del conde de la Roche.

—Sí, pero… —Van Aldin interrogó al otro con la mirada—. En realidad, ¿qué pasó? Dígamelo, *monsieur* Poirot.

El belga se encogió de hombros.

—Es muy sencillo. Alguien se adelantó al conde.

Hubo una larga pausa. Van Aldin, le daba vueltas al asunto. Cuando habló, fue directamente al grano.

—¿Cuánto tiempo hace que sospecha usted de mi yerno, *monsieur* Poirot?

—Desde el primer momento. Tuvo el motivo y la oportunidad. Todos daban por sentado que el hombre que estuvo en el compartimiento de *madame* en París era el conde de la Roche. Yo también lo creí. Entonces usted mencionó que una vez confundió al conde de la Roche con su yerno. Ello me dio el dato de que los dos hombres eran de la estatura y corpulencia similares. Eso me llevó a pensar en cosas curiosas. La doncella hacía poquísimo tiempo que estaba al servicio de su hija. No era probable que conociese bien a Mr. Kettering, dado que él no vivía en Curzon Street. Además, el hombre habían tenido mucho cuidado de mantener el rostro oculto.

—¿Usted cree que él la asesinó? —preguntó Van Aldin con voz ronca.

Poirot se apresuró a levantar la mano.

—No, no digo eso, pero es posible, muy posible. Estaba en un aprieto gravísimo, amenazado por la ruina. Ésa era la única salida.

—¿Por qué cogió las joyas?

—Para despistar y que se atribuyera el crimen a los ladrones de trenes. De otra manera, las sospechas hubieran caído inmediatamente sobre él.

—De ser así, ¿qué ha hecho con los rubíes?

—Eso todavía está por ver. Hay varias posibilidades. Hay un hombre en Niza que puede ayudarnos, el hombre que le indiqué en el tenis.

Se puso de pie. Van Aldin hizo lo mismo y puso una mano en el hombro de Poirot y dijo con voz emocionada.

—Encuentre usted al asesino de Ruth, es todo lo que le pido.

Poirot se irguió.

—Déjelo usted en manos de Hércules Poirot —dijo orgullosamente—, y no tema. Yo descubriré la verdad.

Quitó una mota de polvo de su sombrero, sonrió tranquilamente al millonario y salió de la habitación. Sin embargo, mientras bajaba la escalera, desapareció parte de la confianza que expresaba su

rostro.

«Todo está muy bien —dijo para sí—, pero hay dificultades, grandes dificultades».

Al salir del hotel, se detuvo bruscamente. Había un coche parado ante la puerta. Lo ocupaba Katherine Grey, y Derek Kettering, que apoyado en la portezuela hablaba animadamente con la joven. Al cabo de unos momentos, el coche partió y Derek Kettering se quedó mirando cómo se alejaba. La expresión de su rostro era extraña. De pronto se encogió de hombros impaciente y exhaló un suspiro y, al darse la vuelta, se encontró a Hércules Poirot. A pesar suyo, dio un respingo. Los dos hombres se miraron. Poirot muy tranquilo, y Derek con un aire de desafío bienhumorado. Había un trasfondo burlón en la voz de Derek cuando preguntó despreocupado y enarcando las cejas:

—Es encantadora, ¿verdad? —su actitud era completamente natural.

—Sí —afirmó Poirot pensativo—, eso describe a *mademoiselle* Katherine a la perfección. Ésa es una frase muy inglesa y *mademoiselle* Katherine también es muy inglesa.

Derek permaneció inmóvil sin responder.

—Y además es muy *simpathique*, ¿no es así?

—Sí, en realidad no hay muchas como ella —contestó Derek. Lo dijo con voz muy suave, casi para sí mismo.

Poirot asintió. Entonces se inclinó hacia el otro y le hablo con otro tono, con un tono grave que era completamente nuevo para Derek.

—Perdone, Mr. Kettering, si un viejo le dice algo que tal vez considere impertinente. Hay un proverbio inglés que me gustaría recordarle. Dice así: «Antes de empezar un nuevo amor se debe liquidar el antiguo».

Kettering se volvió furioso.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Se enfada usted conmigo —dijo Poirot con serenidad—. Lo suponía. Lo que he querido decir es que hay otro coche esperando con otra señorita dentro. Si vuelve usted la cabeza lo verá.

Derek se dio la vuelta y enrojeció de cólera.

—¡Maldita Mirelle…! —masculló—. Voy…

Poirot le detuvo.

—¿Cree usted prudente lo que va a hacer? —le advirtió. Sus ojos brillaron con una luz verde. Pero Derek no estaba para consejos. La cólera le había trastornado por completo.

—He roto con ella para siempre y ella lo sabe —gritó airado.

—Sí, usted habrá roto con ella, pero ¿ella ha roto con usted?

Kettering soltó una desagradable carcajada.

—Por poco que pueda, no querrá romper con dos millones de libras —replicó en tono brutal—. Dejaría de ser Mirelle si lo hiciese.

Poirot enarcó las cejas.

—Juzga usted a los demás muy cínicamente —murmuro.

—¿Quién, yo? —De pronto sonrió sin la menor alegría—. Conozco demasiado el mundo, *monsieur* Poirot, y sé perfectamente que todas las mujeres son iguales. —Su expresión se suavizó bruscamente—. Todas menos una.

Miró a Poirot desafiante. Por un momento asomó en su mirada una expresión alerta.

—Aquélla —dijo y movió la cabeza en dirección a Cap Martin.

—¡Ah! —exclamó Poirot.

Su aquiescencia estaba calculada para provocar el impetuoso temperamento de su interlocutor.

—Sé que va usted a decirme —se apresuró a añadir Derek— que, por la vida que he llevado, no soy digno de ella, que ni siquiera tengo derecho a pensar en algo así. También sé que no es decente hablar de este modo cuando sólo hace unos días que asesinaron a mi esposa.

Hizo una pausa que Poirot aprovechó para decir, con tono dolido:

—¡Pero si yo no he dicho nada!…

—Pero lo dirá.

—¿Eh?

—Dirá que no tengo ninguna posibilidad de casarme con Katherine.

—No —dijo Poirot—, yo no diría eso. Es cierto que su reputación es muy mala, pero a las mujeres eso no les importa. Si fuese usted un hombre de excelente carácter, de una estricta moralidad, que no hubiese hecho nada reprochable, *et bien*, entonces tendría serias dudas sobre su éxito. La moralidad no es romántica, no la aprecian más que las viudas.

Derek Kettering le miró. Luego, dio media vuelta y se dirigió hacia el coche en el que estaba Mirelle. Poirot le siguió con la vista con gran interés y vio a la hermosísima Mirelle asomarse a la ventanilla y decirle algo.

Pero Derek no se detuvo. Se quitó el sombrero para saludarla y siguió su camino.

—*Ça y est* —dijo Hércules Poirot—. Ya es hora de que vuelva a casa.

Al llegar, encontró al imperturbable George planchando unos pantalones.

—Hoy ha sido un día magnífico, George; algo ajetreado, pero muy interesante.

El criado escuchó estos comentarios, impasible.

—Me alegro, señor.

—La psicología de un criminal, George, es una cosa muy interesante. Muchos criminales son hombres de un gran encanto personal.

—He oído decir que el Dr. Crippen era un caballero con el que daba gusto hablar. Sin embargo, cortó a su esposa en pedacitos.

—Sus ejemplos siempre son los adecuados, George.

El criado no contesto. En aquel momento, sonó el timbre del teléfono y Poirot cogió el aparato.

—*Allo, allo*, sí, sí, al habla Hércules Poirot.

—Soy Knighton. No se retire, *monsieur* Poirot, Mr. Van Aldin quiere hablar con usted.

Después de una breve pausa, se oyó la voz del millonario.

—¿Es usted, *monsieur* Poirot? Sólo deseaba decirle que Mason ha rectificado su declaración por propia voluntad. Dice que ha estado haciendo memoria y que está casi segura de que el hombre que vio en París era Derek Kettering. Afirma que, al verle, advirtió en él algo que le era familiar, pero que no supo precisar en qué consistía. Parece que ahora está muy segura.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Muchas gracias, Mr. Van Aldin. Esto nos facilitará el trabajo.

Colgó el auricular y permaneció en silencio durante un par de minutos con una sonrisa curiosa en su rostro. George tuvo que repetir dos veces la pregunta antes de recibir contestación.

—¿Qué? —dijo Poirot— ¿Deseas algo?

—Si el señor cenará aquí o fuera.

—Ni una cosa ni otra. Me voy a la cama y tomaré una tisana. Ha ocurrido lo que esperaba y, cuando sucede eso, siempre me emociono.

Capítulo XXV

CHÈRE MADEMOISELLE DESCONFIANZA

Cuando Derek Kettering pasó junto al coche, Mirelle se asomó.

—Derek, quiero hablar contigo un momento.

Pero él, saludándola con el sombrero, pasó por su lado sin detenerse.

Al entrar en su hotel, el conserje le salió al encuentro.

—Un caballero le está esperando, *monsieur*.

—¿Quién es?

—No dijo su nombre, *monsieur*, pero dijo que se trataba de un asunto muy importante y que esperaría.

—¿Dónde está?

—No quiso esperar en el vestíbulo y está en el saloncito por ser un lugar más reservado.

—Bien —dijo Derek, y se fue en busca del visitante.

En el saloncito no había nadie más que el hombre que le estaba esperando, quien se puso de pie y se inclinó cortésmente al entrar Kettering. Derek sólo había visto una vez al conde de la Roche, pero no tuvo la menor dificultad en reconocer al aristocrático personaje y frunció el entrecejo furioso. ¡Aquello era el colmo de la insolencia!

—El conde de la Roche, ¿verdad? —dijo—. Creo que pierde usted el tiempo viniendo a verme.

—Yo creo que no —contestó el conde sonriente.

Los encantadores modales del aristócrata no producían el menor efecto en los hombres, porque a todos, sin excepción, les producía una gran repugnancia. Derek Kettering sentía unos deseos locos de echarle a puntapiés del hotel. Sólo el temor al escándalo lo contenía. Se maravilló una vez más de que Ruth hubiese llegado, como había hecho, a enamorarse de aquel tipo. Era lo que vulgarmente llamaban un jeta. Miró con asco las manos

cuidadosamente manicuradas del conde.

—He venido a verle —dijo el conde—, por un asuntillo. Creo que le sería conveniente escucharme.

Derek sintió de nuevo la tentación de echar de allí a aquel hombre a empujones, pero una vez más se contuvo. No se le escapó el tono de amenaza, aunque lo interpretó a su manera. Por varias razones, lo mejor sería oír lo que el conde tenía que decirle.

Se sentó y tabaleó impaciente con los dedos sobre la mesa.

—Bien —dijo bruscamente—. ¿De qué se trata?

No era costumbre del conde ir derecho al asunto.

—Permítame, ante todo, darle el pésame por la terrible tragedia.

—Si continúa usted con sus impertinencias, lo tiro por la ventana —amenazó Derek.

Miró hacia la ventana que estaba junto al conde y éste se movió inquieto.

—Le enviaré a usted mis padrinos, si ése es su deseo —dijo altivamente.

Derek se echó a reír.

—Así que un duelo, ¿eh? Mi querido conde, yo no le tomo a usted tan en serio, pero en cambio tendría un gran placer dándole de puntapiés por toda la *Promenade des Anglais*.

El conde no tenía ningún interés en ofenderse. Enarcó las cejas y dijo simplemente:

—Los ingleses son unos salvajes.

—Bien —repitió Derek—. ¿Qué tiene usted que decirme?

—Le explicaré enseguida el objeto de mi visita con la mayor franqueza. Será lo mejor para los dos.

Una vez más sonrió con exquisita amabilidad.

—Continúe —dijo Derek.

El conde miró al techo, unió las yemas de los dedos y murmuró lentamente:

—Usted acaba de heredar una importante suma, *monsieur*.

—¿Y a usted qué diablos le importa?

El otro se irguió.

—¡Monsieur, mi nombre está manchado! Se sospecha, se me acusa de un crimen.

—Nada tengo que ver con eso —dijo Derek fríamente—. Como parte interesada, no he manifestado ninguna opinión.

—Soy inocente. Juro ante Dios —dijo el conde, a la vez que levantaba las manos—, que soy inocente.

—Creo que *monsieur* Carrége es el juez de instrucción encargado de ese suceso —murmuró Derek cortésmente.

El conde hizo caso omiso de estas palabras.

—No sólo se me acusa de un crimen que no he cometido, sino que además me encuentro sin un céntimo.

Tosió significativamente.

Derek se puso de pie de un salto.

—Ya me lo esperaba —dijo en voz baja—. ¡Maldito chantajista! No le daré ni un solo penique. Mi esposa ha muerto y, por lo tanto, el escándalo no puede hacerle ya ningún daño. Seguramente tiene usted cartas comprometedoras. Si yo ahora me decidiese a comprárselas por una bonita cantidad, estoy seguro de que usted se quedaría con alguna para utilizarla en otra ocasión. Voy a decirle a usted una cosa, señor conde de la Roche: el chantaje es una palabra tan fea en Inglaterra como en Francia. Ésa es mi respuesta. Buenas tardes.

—Un momento, Mr. Kettering —El conde tendió la mano cuando Derek se disponía a abandonar la habitación—. Se equivoca usted, señor. Le aseguro, Mr. Kettering, que está usted completamente equivocado. Yo me tengo por un caballero —Derek se echo a reír—. Toda carta escrita por una mujer es para mí sagrada —Echó la cabeza hacia atrás con un hermoso aire de nobleza—. Lo que yo le iba a proponerle es algo muy distinto. Como le he dicho antes, estoy en una mala situación económica y, aunque mi conciencia me impulse a ir a la policía con cierta información…

Derek se dirigió lentamente hacia él.

—¿Qué quiere usted decir?

La bonita sonrisa del conde asomó otra vez en su rostro.

—Seguramente no será necesario entrar en detalles —murmuró —. Cuando se ha cometido un crimen, lo primero que se pregunta la policía es a quién beneficia el crimen, ¿verdad? Y, como acabo de decir, usted ha heredado una importante suma.

Derek se echó a reír.

—Si eso es todo… —dijo despectivo.

Pero el conde meneó la cabeza.

—No, señor mío, no es eso todo. Yo no hubiera venido a verle a

usted si no hubiese tenido una información más precisa y detallada. Creo que no es nada agradable que le detengan a uno acusado de asesinato.

Derek se acercó con una expresión tan terrible en su rostro, que involuntariamente el conde retrocedió unos pasos.

—¿Me está usted amenazando? —gritó Derek furioso.

—Le aseguro que no volverá a oír a hablar de esto —afirmó el conde.

—¡De todas las desfachateces que he oído en mi vida…!

El conde levantó una mano blanca.

—Se equivoca usted, no es ninguna desfachatez. Para convencerle, sólo le diré esto: la información me la dio una dama. Ella tiene la prueba irrefutable de que usted es el asesino.

—¿Ella? ¿Quién?

—Mademoiselle Mirelle.

Derek se tambaleó como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza.

—¡Mirelle! —murmuró.

El conde quiso aprovecharse rápidamente de lo que él suponía una ventaja.

—Una bagatela de cien mil francos y no diré ni una palabra.

—¿Qué? —preguntó Derek distraídamente.

—Decía, señor, que una bagatela de cien mil francos callaría mi conciencia.

Derek se rehízo. Miró al conde con una expresión grave.

—¿Desea usted conocer mi respuesta ahora?

—Si usted quiere…

—Bien, se la daré. Es ésta: ¡Váyase al diablo!

Y Kettering dio media vuelta y abandonó la habitación, dejando al conde demasiado asombrado para decir una palabra.

Al salir cogió un taxi y se dirigió al hotel de Mirelle. Preguntó por ella y le dijeron que la bailarina acababa de llegar. Derek le entregó su tarjeta al conserje.

—Llévele esto a *mademoiselle* y pregúntele si puede recibirme.

Poco después, un botones le invitó a seguirle.

Una oleada de perfume exótico envolvió a Kettering cuando entró en las habitaciones de la bailarina. El salón estaba adornado con claveles, orquídeas y mimosas. Mirelle, cubierta con un *peignoir*

de espumosos encajes, estaba junto a la ventana. En cuanto lo vio se dirigió hacia él con los brazos abiertos.

—Derek, has vuelto a mí. ¡Sabía que volverías!

Él apartó las manos de la mujer y la miró con expresión severa.

—¿Por qué me has enviado al conde de la Roche?

Ella le miró con un asombro que Derek aceptó como auténtico.

—¿Que yo he mandado al conde a visitarte? ¿Para qué?

—Al parecer para chantajearme —replicó Derek.

Ella volvió a mirarle boquiabierta. De pronto, asintió sonriente.

—Claro, debí suponerlo. No podía hacer otra cosa *ce type là*. Era de esperar. Pero te aseguro, Derek, que yo no le envié.

Él la miró con atención como si quisiera descubrir lo que pensaba.

—Te lo contaré —añadió Mirelle—. Me da vergüenza, pero te lo contaré. El otro día yo estaba furiosa, loca. Comprenderás que tenía razón —hizo un gesto elocuente—. No tengo un temperamento paciente. Quería vengarme de ti. Por eso fui a ver al conde de la Roche y le dije que fuera a la policía a decirles esto y lo otro. Pero no tengas miedo, Derek, porque no perdí del todo la cabeza. La prueba definitiva la tengo yo. La policía no puede hacer nada sin mi declaración, ¿comprendes? Y ahora…

Mirelle le abrazó, mientras lo miraba con ojos tiernos.

Derek la apartó de un modo brutal.

Ella permaneció allí con la respiración entrecortada y entrecerrando los ojos como un gato.

—Ten cuidado, Derek, ten cuidado. Has vuelto a mí, ¿verdad?

—Jamás volveré a ti —afirmó Derek.

—¡Ah!

El aspecto de la bailarina era más felino que nunca. Sus ojos centellearon.

—Así que hay otra mujer, ¿eh? Aquélla con quien comiste el otro día. No me equivoco, ¿verdad?

—Pienso pedirle que se case conmigo. Más vale que lo sepas.

—¿Esa inglesa tan cursi? ¿Crees que voy a permitir una cosa así? ¡Ah, no! De ninguna manera —su hermoso cuerpo se estremeció—. Escúchame, Derek, ¿recuerdas la conversación que sostuvimos en Londres? Dijiste que lo único que te podía salvar era la muerte de tu mujer. Te lamentaste de que tuviera tan buena salud, y entonces se

te ocurrió la idea del accidente y también de algo más.

—Supongo —dijo Derek desdeñoso— que fue ésa la conversación que le repetiste al conde de la Roche.

Mirelle se echó a reír.

—¿Crees que soy tonta? ¿Podría hacer algo la policía con una declaración tan vaga? Te voy a dar otra oportunidad para salvarte. Abandonarás a esa inglesa, volverás a ser mío y, entonces, *chéri*, nunca jamás diré una palabra de…

—¿De qué?

Ella se echó a reír.

—¿Crees que nadie te vio…?

—¿Qué quieres decir?

—Sí, tú crees que nadie te vio, pero te vi yo. Derek, *mon ami: yo te vi salir del compartimiento de tu mujer poco antes de que el tren entrase aquella noche en la estación de Lyon*. Y sé más aún. Sé que cuando saliste del compartimiento estaba muerta.

Derek la miró. Después, como un sonámbulo, dio media vuelta y salió de la habitación con paso vacilante.

Capítulo XXVI

UN AVISO

—Así pues —dijo Poirot—, somos buenos amigos que no tenemos secretos entre nosotros.

Katherine volvió la cabeza para mirarlo porque había algo en la voz del detective, un trasfondo de seriedad que no había escuchado hasta entonces. Estaban sentados en los jardines de Montecarlo. Katherine había venido con sus amigos y, casi de inmediato, se había encontrado con Knighton y Poirot. Lady Tamplin cogió en seguida por su cuenta a Knighton y le abrumó con infinidad de recuerdos, la mayoría de los cuales, según sospechó Katherine, eran inventados. Ambos se habían adelantado cogidos del brazo. Knighton había mirado un par de veces por encima del hombro, y los ojos de Poirot se iluminaron al ver el comportamiento del joven.

—Claro que somos amigos —confirmó Katherine.

—Simpatizamos desde el primer momento —murmuró Poirot.

—Sí, desde que usted me dijo aquello de que las novelas policíacas también suceden en la vida real.

—Y tenía razón, ¿no es cierto? —la desafió con el dedo índice levantado para dar mayor énfasis a sus palabras—. Ahora mismo estamos metidos en una. Para mí es una cosa natural, es mi *métier*, pero para usted es distinto. Sí —añadió en un tono reflexivo—, para usted es muy distinto.

Katherine le miró con atención. Parecía como si el detective quisiera hacerle una advertencia, señalarle una amenaza que ella no había visto.

—¿Por qué dice usted que estoy metida en ella? Es cierto que estuve hablando con Mrs. Kettering poco antes de su muerte, pero todo eso ha pasado. Yo no estoy vinculada al caso.

—¡Ah, *mademoiselle*! ¿Podemos decir alguna vez: «He terminado con esto o con aquello»?

Katherine le miró desafiante.

—¿Qué pasa? Intenta decirme algo, mejor dicho, lo sugiere. Pero yo no entiendo las indirectas y preferiría que me lo dijera directamente.

—*Ah, mais c'est anglais, ça* —murmuró con una mirada de tristeza—. Todo es blanco o negro. Las cosas claras y precisas. Pero la vida no es así, *mademoiselle*. Hay cosas que todavía no han ocurrido, pero antes proyectan ya sobre nosotros su sombra —Se enjugó la frente con un gran pañuelo de seda—. Vaya, hasta me estoy volviendo poeta. Pero, como usted dice, hablemos sólo de los hechos. Y hablando de hechos, dígame lo que piensa del comandante Knighton.

—Me gusta mucho —dijo Katherine con calor—. Es encantador.

El detective suspiró.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Katherine.

—Ha contestado usted con tanto entusiasmo… Si hubiese dicho con voz indiferente «Sí, es simpático», *eh bien*, me hubiese gustado más.

Katherine guardó silencio. Estaba un poco violenta.

Poirot prosiguió con un tono soñador:

—En fin, ¡quién sabe! Las mujeres tienen tantas maneras de ocultar lo que sienten. Tal vez el entusiasmo sea una manera tan buena como otra cualquiera.

Volvió a suspirar.

—No comprendo —comenzó Katherine.

Poirot la interrumpió.

—¿No comprende usted, *mademoiselle*, por qué soy tan impertinente? Yo soy ya viejo, *mademoiselle*, y de vez en cuando, no muy a menudo, encuentro alguien cuyo bienestar me interesa. Somos amigos, *mademoiselle*, usted misma lo ha dicho, y por eso me gustaría verla feliz.

Katherine miró fijamente al vacío. Tenía en la mano una sombrilla de cretona, y con la puntal trazó algunos signos en la gravilla.

—Le he hecho una pregunta respecto al comandante Knighton y ahora voy a hacerle otra. ¿Le gusta Mr. Derek Kettering?

—Apenas le conozco.

—Ésa no es una respuesta.

—Yo creo que sí lo es.

El detective la miró, intrigado por algo en su tono. Entonces asintió grave y lentamente.

—Tal vez tenga usted razón, *mademoiselle*. Verá, el que le habla ha visto mucho mundo y sé que hay dos cosas que son verdad. La vida de un hombre bueno puede quedar destrozada por amar a una mala mujer, pero la inversa también vale. La vida de un hombre malo puede quedar deshecha por amar a una mujer buena.

Katherine le dirigió una aguda mirada.

—¿Cuando usted dice arruinada…?

—Quiero decir desde el punto de vista del hombre. Uno debe ser tan aplicado en el crimen como en cualquier otra cosa.

—Intenta advertirme. ¿Contra quién?

—No puedo leer en su corazón, *mademoiselle*, ni creo que usted me lo permitiese aunque fuese posible. Sólo le diré esto: hay hombres que ejercen una extraña fascinación en las mujeres.

—El conde de la Roche —señaló Katherine con una sonrisa.

—Hay otros más peligrosos que el conde de la Roche porque poseen cualidades que atraen: la temeridad, el valor, la audacia. Usted está fascinada, *mademoiselle*. Lo veo, pero creo que no hay nada más. Así lo espero. El hombre a quien me refiero está sinceramente interesado por usted, pero, de todos modos…

—¿Sí?

Poirot se levantó y la miró fijamente. Entonces dijo en voz baja, pero muy clara:

—Usted puede, quizás, amar a un ladrón, *mademoiselle,* «pero no a un asesino».

Dicho esto, se volvió bruscamente y la dejó sentada allí.

Oyó el ligero suspiro de la joven, pero no hizo caso. Le había dicho lo que quería y ahora la dejaba sola para que reflexionara sobre la última e inequívoca frase.

Derek Kettering, que salía del Casino, al verla sentada allí sola, se dirigió hacia ella.

—Vengo de jugar —dijo sonriente—, pero no he tenido suerte. Lo he perdido todo, quiero decir todo lo que llevaba encima.

Katherine le miró preocupada. Notó en él algo nuevo en su actitud, una excitación oculta que le traicionaba en una multitud de pequeñísimos detalles.

—Creo que usted ha sido siempre un jugador. El espíritu del juego le atrae.

—¿Soy un jugador nato? Supongo que tiene razón. ¿No encuentra usted que es una cosa apasionante? ¡Arriesgarlo todo a una carta! No hay emoción igual.

A pesar de su calma y del dominio de sí misma, Katherine no pudo reprimir un leve estremecimiento de entusiasmo.

—Quería hablar con usted —siguió Derek—, y quién sabe cuándo volveré a tener otra oportunidad. Dicen por ahí que yo maté a mi esposa. No, por favor, no me interrumpa. Desde luego es una cosa absurda —hizo una pausa y luego prosiguió con voz más firme —: Ante la policía y las autoridades locales he tenido que disimular una cierta decencia, pero con usted seré sincero. Deseaba casarme con una mujer rica. Deseaba dinero cuando conocí a Ruth Van Aldin. Ella tenía el aspecto de una madona y me hice un montón de buenos propósitos, pero acabé sufriendo una amarga decepción. Mi esposa amaba a otro cuando se casó conmigo. Nunca sintió el menor amor por mí. No es que me queje, aquello fue un honrado contrato entre los dos. Ella deseaba Leconbury y yo el dinero. Los problemas surgieron sencillamente por la actitud típica norteamericana de Ruth. Aunque yo le importaba un pimiento, quería que yo le bailara el agua. Era como si me hubiera comprado y le perteneciera. El resultado fue que acabé portándome con ella de una manera abominable. Si no, que se lo diga mi suegro, y tiene toda la razón. Cuando murió Ruth, yo me enfrentaba al desastre — De pronto se echó a reír—. Uno está abocado al desastre cuando se enfrenta a un hombre como Rufus Van Aldin.

—¿Y luego? —preguntó Katherine en voz baja.

—Luego —Derek se encogió de hombros—, asesinaron a Ruth… providencialmente.

Se echó a reír y el sonido de su risa hirió a Katherine, que torció el gesto.

—Sí —dijo Derek—, todo esto no es agradable, pero es la pura verdad. Y ahora voy a decirle algo más. Desde la primera vez que la vi a usted, comprendí que para mí era la única mujer en el mundo. Le tenía miedo. Creí que me traería mala suerte.

—¿Mala suerte? —exclamó Katherine.

—¿Por qué lo repite usted de esa manera? ¿Qué está usted

pensando?

—Pensaba en las cosas que me ha dicho la gente.

Derek gimió.

—Le dirán muchas cosas y la mayoría serán verdad. Pero las hay todavía peores, que yo nunca le diré. Toda la vida he sido un jugador y he hecho algunas apuestas muy arriesgadas. Pero no me confesaré a usted ahora ni nunca. Eso pertenece al pasado. Ahora, lo único que me interesa es que crea usted una cosa: le juro solemnemente que yo no maté a mi esposa.

Dijo aquellas palabras con mucha emoción y, sin embargo, sonaron un tanto teatrales. Él se enfrentó a su mirada de preocupación.

—Cuando dije el otro día que no había entrado en el compartimiento de mi esposa, mentí.

—¡Ah! —exclamó Katherine.

—Es difícil explicar por qué entré, pero lo intentaré. Lo hice impulsivamente. Verá, yo más o menos espiaba a mi esposa, en el tren me mantuve fuera de la vista. Mirelle me había dicho que mi esposa se reuniría con el conde de la Roche en París, pero hasta donde yo sé no fue así. Avergonzado, se me ocurrió de pronto enfrentarme a ella de una vez por todas, así que abrí la puerta y entré.

Hizo una pequeña pausa.

—¿Qué más? —preguntó Katherine en voz baja.

—Ruth dormía en su litera, de cara a la pared. No vi más que su nuca. Podía haberla despertado, pero de repente reaccioné. Después de todo, ¿qué íbamos a decirnos que no nos hubiésemos repetido ya cien veces? Tenía un aspecto tan sereno que salí del compartimiento lo más sigilosamente que pude.

—¿Por qué le mintió a la policía?

—Porque no estoy loco del todo y comprendí desde el principio, desde el punto de vista del motivo, que yo era el asesino ideal. Sí admitía que había estado en el compartimiento de mi esposa antes del crimen, me condenaba por completo.

—Lo comprendo.

¿Lo comprendía? Ella misma no hubiese podido decirlo. Sentía la atracción magnética de la personalidad Derek, pero había algo en ella que se resistía…

—Katherine…

—Yo…

—Usted sabe que estoy enamorado de usted. ¿Lo está usted de mí?

—No lo sé.

Esto era una señal de debilidad. Lo sabía o no lo sabía. Si… si sólo…

Ella miró a su alrededor desesperada como si buscase algo que la ayudase. El rubor coloreó sus mejillas mientras un joven alto y rubio que cojeaba un poco se dirigía hacia ellos. Era el comandante Knighton.

Había alivio en su voz y una calidez inesperada cuando lo saludó.

Derek se puso de pie, con el entrecejo fruncido y una expresión de cólera en su rostro.

—¡Lady Tamplin ha tenido un soponcio! —dijo con naturalidad —. Voy a verla para darle el beneficio de mi sistema.

Dio media vuelta y los dejo solos. Katherine se volvió a sentar. Su corazón latía violentamente, pero mientras hablaba de cosas triviales con el hombre sosegado y un poco tímido que estaba a su lado, recuperó el control. De pronto descubrió con asombro que Knighton también le estaba descubriendo su corazón, como había hecho Derek, aunque de una manera muy distinta.

Era muy tímido, tartamudeaba. Las palabras le salían a trompicones, sin la menor elocuencia.

—Desde el primer momento que la vi a usted… No tendría que hablarle tan pronto, pero Mr. Van Aldin puede marcharse de aquí en cualquier momento y tal vez no vuelva a tener otra ocasión. Sé que usted no puede quererme tan pronto, es imposible. Por mi parte, sería una estúpida presunción esperarlo. Dispongo de una pequeña renta, no es mucho… No, por favor, no me conteste ahora. Sé lo que me diría, pero, por si tengo que marcharme de repente, sólo quiero que sepa que la amo.

Katherine estaba conmovida. Sus modales eran tan gentiles y atractivos.

—Una cosa más. Quisiera decirle que… si alguna vez tiene algún problema, cualquier cosa que yo pueda hacer…

Él le cogió la mano, se la apretó con fuerza unos instantes y

luego la soltó y se fue rápidamente hacia el Casino, sin mirar atrás.

Katherine, inmóvil, le vio alejarse. Derek Kettering. Richard Knighton. Dos hombres distintos, tan distintos. En Knighton había algo bondadoso y humilde, y en Derek…

De pronto Katherine tuvo una sensación muy curiosa. Sintió que ya no estaba sola en aquel banco de los jardines del Casino, que alguien se hallaba de pie detrás de ella y que este alguien era Ruth Kettering, la mujer muerta, tuvo la impresión de que Ruth deseaba con desesperación decirle algo. La impresión era tan curiosa, tan real, que no podía apartarla de su mente. Tenía la seguridad de que el espíritu de Ruth Kettering intentaba decirle algo de una importancia vital para ella. La impresión se desvaneció. Katherine se puso de pie, temblorosa. ¿Qué había querido comunicarle Ruth Kettering con tanta desesperación?

Capítulo XXVII

LA ENTREVISTA CON MIRELLE

Knighton, después de dejar a Katherine, fue en busca de Poirot, a quien encontró en una de las salas, jugando la apuesta mínima a los números pares de la ruleta. En el momento en que Knighton se reunía con él, salió el número treinta y tres y la raqueta se llevo la apuesta de Poirot.

—¡Mala suerte! —dijo Knighton— ¿Va a jugar de nuevo?

Poirot meneó la cabeza.

—Por ahora, no.

—¿Siente usted la fascinación del juego? —preguntó Knighton con curiosidad.

—En la ruleta, no.

Knighton le dirigió una mirada fugaz. En su rostro apareció una expresión de inquietud. Con la voz entrecortada y respetuosa, dijo:

—¿Está usted ocupado, *monsieur* Poirot? Quisiera hacerle una pregunta.

—Estoy a su disposición. ¿Le parece que salgamos fuera? Es muy agradable tomar el sol paseando.

Salieron juntos y Knighton inspiró profundamente.

—Me encanta la Riviera —comentó—. La primera vez que estuve aquí fue hace doce años, durante la guerra, cuando me enviaron al hospital de *lady* Tamplin. Pasar de Flandes aquí fue como llegar al Paraíso.

—¡Es natural!

—¡Qué lejana parece la guerra ahora! —murmuró Knighton.

Pasearon en silencio durante un rato.

—¿Le preocupa alguna cosa? —preguntó Poirot.

Knighton le miró sorprendido.

—Tiene usted razón —confesó—. Pero no comprendo cómo lo ha sabido.

—Salta a la vista con sólo mirarle —contestó con sequedad Poirot.

—No sabía que yo fuera tan transparente.

—Tenga usted en cuenta que mi trabajo consiste en observar las fisonomías —explicó el belga con dignidad.

—Se lo diré, *monsieur* Poirot. ¿Ha oído usted hablar de Mirelle, la bailarina?

—¿La *chérie amie* de Mr. Kettering?

—Sí, la misma. Y sabiendo esto, comprenderá que Mr. Van Aldin siente un prejuicio natural contra ella. Esa mujer le ha escrito solicitando una entrevista. Mr. Van Aldin me ordenó que escribiera una breve negativa, cosa que, desde luego, hice. Esta mañana, ella se presentó en el hotel y mandó subir su tarjeta diciendo que era urgente y vital que viera a Mr. Van Aldin enseguida.

—Me está usted intrigando —dijo Poirot.

—Mr. Van Aldin se puso furioso. Me dictó el mensaje que debía enviar de respuesta. Yo me aventuré a disentir, me pareció probable que quizás esa mujer pudiera facilitarnos alguna información valiosa. Sabemos que viajaba en el Tren Azul y, tal vez, pudo haber visto u oído algo de gran utilidad para nosotros. ¿No cree usted lo mismo, *monsieur* Poirot?

—Sí —contestó Poirot en tono seco—. Creo que Mr. Van Aldin se comportó de una manera muy tonta.

—Me alegro de que usted vea el asunto de esa manera. Aún hay algo más, *monsieur* Poirot. Me pareció tan poco conveniente la actitud de Mr. Van Aldin que decidí tener una breve entrevista en privado con esa señora.

—*Eh bien?*

—La dificultad consistía en que Mirelle deseaba hablar personalmente con Mr. Van Aldin. Yo suavicé el mensaje todo lo posible. En realidad le di una forma completamente distinta. Le dije que Mr. Van Aldin estaba muy ocupado en aquellos momentos, pero que podía comunicarme a mí lo que fuese. Pero no se decidió y se marchó sin decir nada más. Tengo la fuerte impresión de que esa mujer sabe algo.

—Esto es serio —señaló Poirot—. ¿Sabe usted dónde se hospeda?

—Sí —Knighton le dio el nombre del hotel.

—Bien —dijo Poirot—. Iremos allí inmediatamente.

El secretario parecía indeciso.

—¿Y Mr. Van Aldin? —preguntó inquieto.

—Mr. Van Aldin es un hombre obstinado —dijo secamente Poirot—. Yo no discuto con individuos así. Obro sin consultarlos. Iremos a ver a esa dama ahora mismo. Le diré que Mr. Van Aldin le ha dado poderes a usted para que actúe en su nombre y usted se guardará muy bien de contradecirme.

Knighton volvió a mirarle indeciso, pero el detective no hizo caso de sus dudas.

En el hotel les dijeron que *mademoiselle* estaba en sus habitaciones. Después de escribir en sus tarjetas: «De parte de Mr. Van Aldin», Poirot hizo que se las pasaran.

Poco después les dijeron que *mademoiselle* Mirelle les esperaba.

En cuanto entraron en el saloncito de la bailarina, Poirot tomó la palabra.

—Mademoiselle —murmuró inclinándose exageradamente—, venimos comisionados por Mr. Van Aldin.

—¡Ah! ¿Y por qué no viene él mismo?

—Porque se encuentra indispuesto —mintió Poirot—, pero nos ha autorizado al comandante Knighton y a mí para obrar en representación suya. A no ser, desde luego, que *mademoiselle* prefiera esperar un par de semanas o más.

Si de algo estaba seguro Poirot era de que, para un temperamento como el de Mirelle, la sola palabra «esperar» resultaba intolerable.

—*Eh bien!* Hablaré, señores —gritó—. He sido paciente. He tendido mi mano. ¿Y para qué? ¡Para ser insultada! ¡Sí, insultada! ¿Acaso cree que se puede tratar así a Mirelle? ¡Tirarla como quien tira un trapo viejo! Ningún hombre se ha cansado jamás de mí. Soy yo la que siempre se cansa de ellos.

Se paseó de un lado a otro de la habitación. Su grácil cuerpo temblaba de rabia. Una mesita que le impedía el paso fue a parar de un puntapié a un rincón, donde se hizo trizas contra la pared.

—¡Eso mismo quisiera hacer con él! —gritó— ¡Y esto…!

Cogió un jarrón lleno de lirios y lo arrojó a la chimenea, donde se hizo añicos.

Knighton la miraba con disgusto. Estaba violento. Poirot, por el

contrario, la miraba con ojos brillantes y parecía encantado con la escena.

—¡Algo magnífico! —exclamó— ¡Se ve que *madame* tiene un gran temperamento!

—Soy una artista —dijo Mirelle—, y todos los artistas tenemos temperamento. Le dije a Derek que se anduviera con cuidado, pero no me quiso escuchar —De pronto, se volvió furiosamente hacia Poirot y le preguntó—: ¿Es verdad que desea casarse con esa señorita inglesa?

Poirot tosió.

—On n'a dit —murmuró— que la ama apasionadamente.

Mirelle se acercó a los dos hombres.

—Él asesinó a su esposa —chilló—. ¡Ya está! ¡Ahora lo saben! A mí me dijo que pensaba hacerlo. Estaba en un *impasse* y buscó la salida más fácil.

—¿Dice usted que Mr. Kettering asesinó a su esposa? —preguntó Poirot.

—¡Sí, sí, sí! ¿No acabo de decírselo?

—La policía necesitará pruebas —señaló Poirot—. Una declaración.

—Le digo que la noche del crimen le vi salir del compartimiento de su esposa.

—¿Cuándo? —preguntó Poirot incisivo.

—Poco antes de que el tren llegase a Lyon.

—¿Está usted dispuesta a jurarlo?

Era un Poirot distinto el que hablaba ahora. Su voz era aguda y perentoria.

—Sí —respondió la bailarina.

Hubo un instante de silencio. Mirelle jadeaba, y su mirada, entre desafiante y asustada, pasaba alternativamente del rostro del uno al otro.

—Esto es un asunto muy serio, *mademoiselle* —señaló el detective—. ¿Se da usted cuenta de lo serio que es?

—Desde luego.

—Perfectamente —dijo Poirot—. Entonces comprenderá usted, *mademoiselle*, que no hay tiempo que perder. Supongo que no tendrá inconveniente en acompañarnos al despacho del juez instructor ahora mismo.

La propuesta la pilló por sorpresa. Mirelle dudó unos instantes pero, como Poirot había previsto, no podía ya retroceder.

—Bien —murmuró—. Voy a buscar un abrigo.

Una vez solos, Poirot y Knighton cambiaron una mirada.

—Es necesario actuar… ¿cuál es la frase…?, mientras el hierro está caliente —dijo Poirot—. Es muy temperamental. Tal vez dentro de una hora se arrepentirá y querrá volverse atrás. Debemos evitarlo a toda costa.

Mirelle reapareció, envuelta en un abrigo de terciopelo color arena adornado con piel de leopardo. Tenía un aire de animal salvaje dispuesto a clavar las garras. Sus ojos todavía brillaban de furia y decisión.

En el juzgado encontraron al juez y a *monsieur* Caux, el comisario. Tras una breve explicación de Poirot, *mademoiselle* Mirelle fue invitada a contar su historia. Ella lo hizo poco más o menos con las mismas palabras de antes, pero con mucha más sobriedad.

—Es un relato extraordinario, *mademoiselle* —dijo lentamente *monsieur* Carrége. Se recostó en su sillón, se afirmó los lentes sobre la nariz y miró con fijeza a la bailarina—. ¿Quiere hacernos creer que Mr. Kettering llegó a ufanarse del crimen de antemano?

—Sí, sí. Dijo que su esposa tenía demasiada salud. Que la única manera de acabar con ella era un accidente y que él lo arreglaría todo.

—¿Se da usted cuenta, *mademoiselle* —dijo *monsieur* Carrége con tono severo—, que se está declarando cómplice del crimen?

—¿Quién, yo? De ninguna manera. Ni por un momento creí que él hablara en serio. ¡De ninguna manera! Conozco a los hombres. Dicen muchas cosas terribles. Una se volvería loca si las tomase *au pied de la lettre*.

El juez de instrucción enarcó las cejas.

—Tendremos que creer entonces que usted consideró las amenazas de Mr. Kettering como meras baladronadas. ¿Podría decirme, *mademoiselle*, por qué abandonó sus compromisos en Londres y se vino a la Riviera?

Mirelle le miró con ojos ardientes.

—Porque quería estar con el hombre a quien amaba —dijo sencillamente—. ¿Es una cosa tan extraña?

Poirot intercaló una pregunta con amabilidad:

—¿Fue entonces por deseo de Mr. Kettering que le acompañó usted a Niza?

Mirelle pareció encontrar un poco difícil responder a esto. Vaciló visiblemente antes de hablar. Al fin, contestó con un aire indiferente y altivo:

—En casos así, me guío sólo por mi capricho, *monsieur*.

A pesar de que todos comprendieron que aquello no era una respuesta, no dijeron nada.

—¿Cuándo se convenció usted de que Mr. Kettering había asesinado a su esposa?

—Como ya le he dicho, *monsieur*, vi salir a Mr. Kettering del compartimiento de su esposa poco antes de llegar a Lyon. Había una expresión en su rostro que en aquel momento no pude entender. Una expresión que no olvidaré nunca.

Su voz se elevó más aguda y abrió los brazos en un gesto extravagante.

—Bien, siga, usted —dijo *monsieur* Carrége.

—Luego, cuando me enteré de que Mrs. Kettering ya estaba muerta al salir el tren de Lyon, entonces… entonces lo comprendí todo.

—Sin embargo, no informó usted la policía —señaló el comisario con suavidad.

La bailarina le miró con soberbia. Se veía claramente que gozaba interpretando aquel papel.

—¿Podía yo traicionar a mi amante? Ah, no, no puede pedirle a una mujer que haga eso.

—Sin embargo, ahora… —insinuó Monsieur Caux.

—Ahora es diferente: ¡Él me ha traicionado! ¿Debo soportar eso en silencio?

El magistrado trató de apaciguarla.

—Claro, claro —murmuró suavemente. Y añadió—: Ahora, *mademoiselle*, quizá quiera leer su declaración, ver si es correcta y firmarla.

Mirelle no perdió tiempo en la lectura del documento.

—Sí, sí, es correcta —se puso de pie—. ¿No me necesitan ustedes ya, señores?

—De momento, no, *mademoiselle*.

—¿Detendrán a Derek?

—De inmediato, *mademoiselle*.

Mirelle se rió cruelmente y se arrebujó en su abrigo.

—Derek debió pensar en esto antes de insultarme —exclamó.

—Queda un pequeño asunto —Poirot carraspeó en tono de disculpa—. Un pequeño detalle.

—¿Sí? —preguntó ella.

—¿Por qué supone usted que *madame* Kettering ya estaba muerta cuando el tren salió de Lyon?

La bailarina abrió los ojos desmesuradamente.

—Porque estaba muerta.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí, yo…

Se paró en seco.

Poirot, que la observaba con atención, advirtió la mirada alerta en sus ojos.

—A mí me lo han dicho. Todo el mundo lo sabe.

—¡Oh! —dijo Poirot—. No sabía que el hecho se haya mencionado fuera del despacho del juez.

Ella pareció turbada.

—¡Oye una tantas cosas…! —dijo vagamente—. Alguien me lo dijo, aunque ahora no recuerdo quién.

Se dirigió hacia la puerta. El comisario se apresuró a abrirla, pero mientras lo hacía, se oyó de nuevo la voz de Poirot:

—¿Y las joyas? Perdone, *mademoiselle*, pero, ¿podría usted decirnos algo de las joyas?

—¿Las joyas? ¿Qué joyas?

—Los rubíes de Catalina la Grande. Si ha oído usted tantas cosas, seguramente habrá oído también hablar de ellos.

—No sé nada de esos rubíes —replicó Mirelle tajante.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Monsieur Caux volvió a su silla. El juez suspiró:

—¡Qué furia! —dijo—, pero *diablement chic*. ¿Me pregunto si ha dicho la verdad? Creo que sí.

—Desde luego, hay algo de verdad en su historia —afirmó Poirot—. Tenemos la confirmación de *miss* Grey. Ella estaba en el pasillo poco antes de llegar el tren a Lyon y vio a Mr. Kettering entrar en el compartimiento de su esposa.

—Parece que el caso contra Mr. Kettering está muy claro —dijo el comisario con un suspiro—. ¡Que lástima!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Poirot.

—El sueño de toda mi vida ha sido encarcelar al conde de la Roche. Ahora, *ma foi*, creía que ya lo teníamos. Este otro culpable no me es tan satisfactorio.

Monsieur Carrége se rascó la nariz.

—Si cometemos un error —observó cautelosamente—, será muy embarazoso, porque Mr. Kettering pertenece a la aristocracia. Los periódicos publicarían la noticia. Si nos equivocamos… —Se encogió de hombros como si no quisiera pensar en esa posibilidad.

—En cuanto a las joyas —dijo el comisario—, ¿qué supone usted que hizo con ellas?

—Las cogió para dejar una pista falsa —respondió el juez—. Seguramente, se las habrá visto moradas para deshacerse de ellas.

Poirot sonrió.

—Respecto a las joyas, yo tengo mi teoría. ¿Pueden decirme, señores, qué saben ustedes de un hombre conocido como El Marqués?

El comisario se inclinó hacia delante excitado.

—¿El Marqués? ¿Cree usted que El Marqués está metido en este asunto?

—Pregunto nada más qué saben de él.

El comisario hizo un gesto muy expresivo.

—No tanto como quisiéramos —señaló apenado—. El Marqués siempre actúa entre bastidores. Tiene subordinados que hacen el trabajo sucio para él. Pero se trata de una persona de posición. Estamos seguros de que no procede de los bajos fondos.

—¿Francés?

—Sí… Eso es lo que creemos, aunque no estamos seguros. Ha operado en Francia, en Inglaterra y en Estados Unidos. El otoño pasado año hubo una serie de robos en Suiza que hay que atribuirle. Por lo que se dice, es un *gran seigneur*. Habla francés e inglés estupendamente, y su origen es un misterio.

Poirot asintió mientras se levantaba dispuesto a retirarse.

—¿Puede usted decirnos algo más, *monsieur* Poirot? —le apremió el comisario.

—De momento, no, pero puede que en el hotel me esperen

noticias interesantes.

Monsieur Carrége parecía inquieto.

—Si El Marqués está metido en este asunto… —se interrumpió.

—Eso echaría por tierra nuestras hipótesis —se lamentó *monsieur* Caux.

—La mía, no —dijo Poirot—. Creo, por el contrario, que encajaría perfectamente. Hasta la vista, señores. Si tengo noticias importantes, se las comunicaré enseguida.

Se dirigió hacia su hotel con una expresión grave. Durante su ausencia, había llegado un telegrama. Era un telegrama muy largo y lo leyó dos veces antes de guardarlo en el bolsillo. En su habitación le esperaba George.

—Estoy cansado, George, muy cansado. ¿Quieres ordenar que me suban una taza de chocolate?

Trajeron el chocolate y George lo colocó en una mesita al alcance de su señor. Iba ya a retirarse, cuando Poirot le dijo:

—Creo, George, que tiene un amplio conocimiento de la aristocracia inglesa.

El criado sonrió con un aire de disculpa.

—Creo que puedo decir que así es, señor —admitió George.

—Supongo que a su juicio los criminales proceden invariablemente de la clase social más baja.

—No siempre señor. Hubo graves problemas con uno de los hijos menores del duque de Devize. Lo expulsaron de Eton a consecuencia de unos robos y después fue causa de muchas angustias en diversas ocasiones. La policía no quiso aceptar la excusa de que era cleptómano. Un joven muy inteligente, señor, pero vicioso hasta la médula. Su Señoría lo envió a Australia y he oído decir que allí lo condenaron con otro nombre. Muy extraño, señor, pero así fue. No es necesario decir que el joven caballero no tenía ningún problema financiero.

Poirot asintió lentamente.

—El ansia de aventuras, o acaso algún pequeño defecto mental. Ahora me pregunto si…

Sacó el telegrama del bolsillo y lo volvió a leer.

—También está el caso de la hija de *lady* Mary Fox —prosiguió el criado, abstraído en sus recuerdos—: estafaba a los comerciantes de una manera escandalosa. Es algo preocupante para las mejores

familias, y hay muchos más casos extraños que podría citar.

—Tiene usted una gran experiencia, George —murmuró Poirot —. A veces me pregunto como habiendo vivido siempre con familias aristocráticas se rebajó a trabajar a mi servicio. Yo lo atribuyo a un deseo de emociones.

—No exactamente, señor —dijo George—. Dio la casualidad que leí en *Society Snippets* que le habían recibido a usted en el palacio de Buckingham. Fue precisamente cuando buscaba una nueva colocación. Según aquel periódico, Su Majestad se había mostrado muy amable con usted y tenía en gran estima sus habilidades.

—Ah —exclamó Poirot—, uno siempre quiere saber el por qué de las cosas.

Se quedó pensativo algunos instantes y finalmente dijo:

—¿Ha telefoneado a *mademoiselle* Papopolous?

—Sí, señor. Ella y su padre estarán encantados de cenar con usted esta noche.

—Bien —dijo Poirot pensativo. Se bebió el chocolate, dejó la taza y el plato en la bandeja, y siguió hablando más para sí que para su criado.

—La ardilla, mi buen George, recoge nueces que almacena durante el otoño, lo cual más tarde redunda en beneficio suyo. Si queremos tener éxito en la vida, George, debemos aprovecharnos de las lecciones de aquellos que están debajo de nosotros en el reino animal. Yo siempre lo he hecho. He sido el gato que vigila la ratonera. He sido el perro fiel que sigue el rastro sin despegar el hocico del suelo. Y también, mi querido George, he sido la ardilla. He almacenado un pequeño hecho aquí, otro pequeño hecho allí, ahora iré al almacén y sacaré una nuez muy particular, una nuez que guardé hace… a ver… hace unos diecisiete años. ¿Me entiende, George?

—Nunca creí que una nuez pudiese conservarse tanto tiempo —contestó George—. Aunque sé que se hacen maravillas con los botes de conserva.

Poirot miró al criado y sonrió.

Capítulo XXVIII

POIROT ACTÚA COMO UNA ARDILLA

Poirot se dirigió a la cita con tres cuartos de hora de anticipación. Tenía una razón para esto. En lugar de ir directamente a Montecarlo, el coche le llevó a casa de *lady* Tamplin, en Cap Martin, donde preguntó por *miss* Grey. Las señoras se estaban vistiendo y le hicieron pasar a un saloncito. Después de una espera de tres o cuatro minutos, entró Lenox Tamplin.

—Katherine todavía no está arreglada —dijo—. ¿Quiere que le dé yo el recado o prefiere usted esperarla?

El detective la miró pensativo. Tardó un poco en contestar a la pregunta, como si algo muy importante dependiera de su decisión. Aparentemente la respuesta a la sencilla pregunta tenía su importancia.

—No —contestó finalmente—. No creo que sea necesario esperar a *mademoiselle* Katherine. Quizá será mejor no verla. Ciertas cosas a veces son difíciles.

Lenox aguardó cortésmente con las cejas enarcadas.

—Traigo una noticia —dijo Poirot—. Quizá quiera usted decírselo a su amiga. Esta noche han arrestado a Mr. Kettering como presunto asesino de su esposa.

—¿Y quiere usted que yo le diga eso a Katherine? —pregunto Lenox. Comenzó a respirar agitadamente como si hubiera estado corriendo. Poirot vio como su rostro se ponía pálido y tenso.

—Por favor, *mademoiselle*.

—¿Por qué? ¿Cree usted que Katherine se mostrará trastornada? ¿Cree usted que a ella le importará?

—No lo sé, *mademoiselle*. Lo reconozco, pero yo que casi siempre lo sé todo, no sé lo que puede pasar. Quizá esté usted más enterada que yo.

—Sí, lo estoy, pero de todos modos no se lo diré —Calló durante

un momento con el entrecejo fruncido—. ¿Cree usted que él lo hizo? —preguntó bruscamente.

Poirot se encogió de hombros.

—La policía lo cree.

—¡Ah!, esquiva usted la respuesta, ¿verdad? Entonces hay algo que no está claro.

Una vez más calló preocupada. Poirot dijo amablemente:

—Hace muchos años que conoce usted a Derek Kettering, ¿verdad?

—Desde niña —respondió Lenox con voz ronca.

Poirot asintió varias veces sin decir nada.

Con uno de sus típicos movimientos bruscos, Lenox acercó una silla y se sentó con los codos sobre la mesa y la cara apoyada en las manos. En esta posición, miró directamente al detective.

—¿En qué se fundan para detenerlo? —preguntó con un tono enérgico—. Supongo que el motivo será que probablemente hereda su fortuna.

—Hereda dos millones.

—¿Y si ella no hubiera muerto, se habría arruinado?

—Sí.

—Pero tiene que haber algo más que eso —insistió Lenox—. Viajaba en el mismo tren que ella, lo sé, pero tampoco es motivo suficiente para acusarlo.

—En el compartimiento de Mrs. Kettering se encontró una pitillera con la inicial «K» que no era de ella, y dos personas le vieron entrar y salir del compartimiento poco antes de llegar a Lyon.

—¿Quiénes son esas dos personas?

—Una de ellas es su amiga, *miss* Grey. La otra es *mademoiselle* Mirelle, la bailarina.

—Y Derek, ¿qué ha dicho al respecto? —preguntó Lenox tajante.

—Niega haber entrado en el compartimiento de su esposa.

—¡Qué tonto! —afirmó Lenox que frunció el entrecejo— ¿Antes de llegar a Lyon dice usted? ¿Sabe alguien a qué hora se cometió el crimen?

—El dictamen de los forenses no es, lógicamente, muy preciso, pero creen que la muerte ocurrió poco antes de llegar a Lyon. Y también sabemos que Mrs.Kettering estaba muerta al salir el tren de

Lyon.

—¿Cómo lo sabe usted?

Poirot esbozó una extraña sonrisa.

—Porque otra persona entró en el compartimiento y la encontró muerta.

—¿Y no dio la señal de alarma?

—No.

—¿Por qué?

—Sin duda, tuvo sus razones para hacerlo.

La muchacha le dirigió una mirada penetrante.

—¿Conoce usted esas razones?

—Creo que sí.

Lenox continuó dándole vueltas a las cosas en su cabeza. Poirot la observaba en silencio. Finalmente, la muchacha alzó la mirada. Una nota de color había aparecido en sus mejillas y le brillaban los ojos.

—Usted cree que la mató alguna persona que viajaba en el tren y, sin embargo, quizá no haya sido así. ¿Qué le impediría a cualquiera subirse al tren cuando se detuvo en Lyon? Ese alguien pudo perfectamente entrar en el compartimiento de Mrs. Kettering, estrangularla, apoderarse de los rubíes y apearse del tren sin que nadie se diera cuenta. Tal vez la asesinaron mientras el tren estaba en la estación de Lyon. Entonces hubiera estado viva cuando Derek entró y muerta cuando la otra persona la encontró.

Poirot se recostó en la silla. Inspiró con fuerza. Miró a la muchacha y entonces asintió tres veces. Entonces exhaló un suspiro.

—Mademoiselle, lo que acaba de decir es muy exacto, muy cierto… Yo estaba a oscuras y usted me ha hecho ver la luz. Había una cosa que me intrigaba y usted acaba de aclarármela.

Se puso de pie.

—¿Y Derek? —preguntó Lenox.

—¡Quién sabe! —dijo Poirot, encogiéndose de hombros—. Pero le diré una cosa, *mademoiselle*: no estoy satisfecho. ¡No! Yo, Hércules Poirot, no estoy satisfecho. Tal vez esta misma noche me entere de algo más. Es decir, por lo menos, lo intentaré.

—¿Tiene usted alguna cita?

—Sí.

—¿Con alguien que sabe algo?

—Con alguien que quizá sepa algo. En estos casos, no se puede dejar de remover ni una sola piedra. *Au revoir*, *mademoiselle*.

Lenox le acompañó hasta la puerta.

—¿Le he… ayudado?

El rostro de Poirot se dulcificó al mirar a la muchacha, que estaba unos escalones más arriba.

—Sí, *mademoiselle*, me ha ayudado usted mucho. Recuérdelo siempre así si las cosas se ponen muy negras.

Cuando el coche se puso en marcha, Poirot se sumergió en sus pensamientos, pero en sus ojos brillaba una luz verde, que era la precursora del triunfo.

Llegó a la cita con unos minutos de retraso y se encontró con que Mr. Papopolous y su hija habían llegado ya. Se deshizo en excusas y se superó a sí mismo en cortesías y pequeñas atenciones. Esta noche, el aspecto del griego era más benigno y noble que nunca. Parecía un pesaroso patriarca de vida irreprochable. Zia estaba hermosísima y de excelente humor.

La cena fue deliciosa. Poirot se mostró como el anfitrión ideal. Relató anécdotas, contó chistes y colmó de piropos a Zia Papopolous, y les reveló numerosos episodios interesantes de su carrera. El menú fue selecto y los vinos excelentes.

Al final de la cena, Mr. Papopolous preguntó cortésmente:

—¿Y el informe que le di? ¿Ha hecho una pequeña apuesta por el caballo?

—Estoy en comunicación con mi corredor de apuestas —replicó Poirot.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron.

—Un caballo muy conocido, ¿verdad?

—No, es lo que los ingleses llaman un caballo sorpresa.

—¡Ah! —exclamó pensativo Papopolous.

—Ahora podemos ir a tentar un poco la suerte en la ruleta —sugirió Poirot alegremente.

Una vez en el Casino, el grupo se separó. Papopolous se fue a dar una vuelta por las salas y Poirot se dedicó por entero a Zia.

El detective no estuvo afortunado, pero Zia tuvo una buena racha y en unos pocos minutos ganó algunos miles de francos.

—Creo que lo mejor será que me retire ahora —le comentó a Poirot con un tono seco.

Los ojos de Poirot brillaron.

—¡Magnífico! —exclamó—. Es usted digna hija de su padre, *mademoiselle* Zia. Sabe usted retirarse a tiempo. ¡Ah! Ése es un verdadero arte.

Echó una ojeada a su alrededor.

—No veo a su padre por ningún sitio —dijo despreocupado—. Iré a buscar su abrigo y pasearemos por los jardines.

Sin embargo, no fue directamente al guardarropa. Estaba ansioso por saber qué había sido del taimado griego. De pronto lo vio en el enorme vestíbulo. Estaba junto a una de las columnas y hablaba con una dama que acababa de llegar. Era Mirelle.

Poirot rodeó el vestíbulo con mucha discreción. Llegó al otro lado de la columna sin que los otros dos lo advirtieran. El griego y la bailarina hablaban animadamente. Mejor dicho, la que hablaba era Mirelle y el griego contribuía con algún que otro monosílabo y numerosos gestos expresivos.

—Necesito tiempo —decía ella—. Si me da usted tiempo, reuniré el dinero.

—Esperar —el griego se encogió de hombros— es desagradable.

—¡Será muy poco tiempo! —rogó Mirelle—. Usted puede esperar. Una semana, diez días, es lo único que pido. Puede estar tranquilo. Recibirá el dinero.

Papopolous, se movió un poco, volvió la cabeza inquieto y se encontró con Poirot que le miraba con una expresión inocente.

—¡Ah! *Vous voilá, monsieur* Papopolous. Le he estado buscando. ¿Permite usted que lleve a *mademoiselle* Zia a dar una vuelta por los jardines? Buenas noches, *mademoiselle* —saludó a Mirelle con una profunda reverencia—. Perdone que no la haya saludado antes, pero no la había visto.

La bailarina aceptó el saludo y la disculpa con impaciencia. Saltaba a la vista que le había contrariado la interrupción de su *tête-à-tête*. Poirot advirtió la indirecta. Papopolous había dado ya su consentimiento y Poirot los dejó solos, recogió el abrigo de Zia y salieron a los jardines.

—Aquí es donde se suicidan —comentó ella.

Poirot se encogió de hombros.

—Así dicen. Los hombres son tontos, ¿verdad,mademoiselle? Comer, beber, respirar el aire puro, son cosas agradabilísimas,

mademoiselle. Por lo tanto, es una locura dejar todo esto simplemente por no tener dinero… o porque el corazón sufre. *L'amour* causa muchas fatalidades, ¿no es así?

Zia se echó a reír.

—No se ría usted del amor, *mademoiselle* —prosiguió Poirot, que levantó el índice y lo movió con energía—. ¡Es usted aún muy joven y muy bonita!

—Bonita, tal vez, pero no olvide que tengo ya treinta y tres años, *monsieur* Poirot. Soy franca con usted porque no puedo hacer otra cosa. Como usted le dijo a mi padre, hace exactamente diecisiete años que nos prestó ayuda usted en París.

—Sin embargo, al mirarla me parece mucho menos tiempo —le dijo Poirot galante—. Entonces era casi como es ahora, *mademoiselle*, un poco más delgada un poco más pálida y un poco más seria. Tenía dieciséis años y acababa de salir del pensionado. No era ya la *petite pensionnaire*, ni tampoco toda una mujer. Usted era deliciosa, muy encantadora, *mademoiselle* Zia, y sin duda otros también lo pensaban.

—A los dieciséis años una es crédula y un poco tonta.

—Puede ser —convino Poirot—. Sí, puede ser. A los dieciséis años, *uno* es muy crédulo y confiado. Uno se cree lo que le dicen…

Si notó la fugaz mirada de reojo que le dirigió la joven, no lo demostró. Añadió en un tono soñador.

—Aquél fue un asunto muy curioso. Su padre nunca comprendió la verdad.

—¿No?

—Cuando me pidió detalles, explicaciones, le dije lo siguiente: «Sin ningún escándalo, le he devuelto aquello que se había perdido. No debe hacer preguntas». ¿Sabe usted, *mademoiselle*, por qué le dije eso?

—No tengo la menor idea —contestó ella con frialdad.

—Fue porque en mi corazón un rincón de ternura por una pequeña *pensionnaire* tan pálida, tan delgada y tan seria.

—No comprendo lo que dice —gritó Zia enojada.

—¿De veras, *mademoiselle*? Ha olvidado a Antonio Pirezzio?

Oyó el gemido ahogado de la joven.

—Vino a trabajar como ayudante a la tienda de su padre, pero así no se podía conseguir lo que quería. Un ayudante puede poner

los ojos en la hija de su patrón, ¿verdad? Si se es joven, guapo y locuaz, y como no podían hacer el amor todo el tiempo, había momentos en que charlaban de cosas que les interesaban a los dos, como aquella cosa que estaba temporalmente en posesión de Mr. Papopolous. Y porque, como ha dicho usted antes, los jóvenes son crédulos y tontos, fue fácil creerle y dejarle ver aquella cosa, mostrarle el lugar donde se ocultaba. Y después, cuando aquello desapareció, cuando sobrevino la increíble catástrofe… ¡Ay, la pobre y pequeña *pensionnaire*! ¿En que espantosa situación se encontró? La pobrecilla estaba aterrorizada. ¿Contaría la verdad o no? Y entonces fue cuando entró en escena aquella excelente persona, Hércules Poirot. Fue un verdadero milagro ver como las cosas se arreglaban solas. El valiosísimo objeto fue recuperado y no se hizo ninguna pregunta inconveniente.

Zia se volvió hacia el detective furiosa.

—¿Lo supo usted desde un principio? ¿Quién se lo dijo? ¿Fue… fue Antonio?

Poirot meneó la cabeza.

—Nadie me lo dijo —contestó en voz baja—. Lo adiviné yo. Soy muy bueno adivinando, *mademoiselle*. Si uno no es bueno en el juego de las adivinanzas, lo mejor es no hacerse detective.

Durante un rato, la joven caminó en silencio. Al fin, dijo con voz dura:

—Bien, ¿qué piensa hacer al respecto? ¿Se lo dirá a mi padre?

—No —respondió Poirot tajante—. De ninguna manera.

Ella le miró intrigada.

—¿Quiere algo de mí?

—Quiero su ayuda, *mademoiselle*.

—¿Por qué cree que yo puedo ayudarle?

—No es que lo crea, sólo lo deseo.

—Y si no le ayudo, ¿entonces se lo contará a mi padre?

—¡No, eso sí que no! Deseche semejante idea, *mademoiselle*; yo no soy un chantajista. No le he recordado su secreto para amenazarla con él.

—¿Y si rehúso ayudarle? —empezó a decir lentamente la joven.

—Pues rehúse y asunto concluido.

—Entonces ¿por qué…? —se interrumpió.

—Escuche y le diré el porqué. Las mujeres, *mademoiselle*, son

generosas. Si pueden hacer un favor a quien le ha hecho otro, lo hacen. Yo fui generoso con usted en una ocasión, *mademoiselle*. Cuando podía hablar, contuve la lengua.

Hubo un corto silencio. La joven dijo después:

—El otro día mi padre le dio una pista.

—Sí, fue muy amable por su parte.

—No creo —dijo Zia con voz muy pausada— que yo pueda añadir algo más.

Si Poirot se sintió decepcionado, no lo demostró. Su rostro permaneció impasible.

—*Eh bien!* —dijo risueño—, entonces hablemos de otras cosas.

Y empezó a charlar alegremente. Sin embargo, la joven estaba distraída, sus respuestas eran automáticas y no siempre de acuerdo con las preguntas. Cuando se acercaban otra vez al Casino, ella pareció tomar una decisión.

—Monsieur Poirot…

—¿Sí, *mademoiselle*?

—Me gustaría ayudarle si pudiese.

—Es usted muy amable, *mademoiselle*, muy amable.

Hubo una pausa. Poirot no la apremió. Estaba satisfecho con esperar y que ella se tomara su tiempo.

—Al fin y al cabo —dijo Zia—, ¿por qué no se lo he de decir a usted? Mi padre es cauto, siempre es cauto en todo lo que dice. Pero sé que con usted no es necesario. Usted nos ha dicho que sólo le interesa el asesinato y que las joyas no le importan. Yo le creo. Estaba usted en lo cierto al suponer que vinimos a Niza por los rubíes. Tenían que entregarlos aquí de acuerdo con el plan. Ahora están en poder de mi padre. El otro día le dio a usted una pista sobre quien era nuestro misterioso cliente.

—¿El Marqués? —murmuró Poirot gravemente.

—Sí, el Marqués.

—¿Lo ha visto usted alguna vez, *mademoiselle*?

—Una, pero no muy bien —contestó la muchacha—. Lo vi a través del ojo de la cerradura.

—Eso siempre presenta dificultades —reconoció Poirot comprensivo—, pero, de todas maneras, usted lo vio. ¿Lo reconocería ahora?

Ella meneó la cabeza.

—Llevaba antifaz.

—¿Era joven o viejo?

—Tenía el cabello blanco, pero bien podía ser una peluca, o quizá no porque le quedaba muy bien. Yo no creo que sea viejo, porque andaba como un joven y su voz también lo era.

—¿Su voz? —dijo Poirot pensativo— ¡Ah, su voz! ¿La reconocería usted si la oyese de nuevo, *mademoiselle* Zia?

—Quizá —contestó la joven.

—Le interesaba ese hombre, ¿verdad? ¿Fue por eso que lo espió?

—Sí, sí. Sentía curiosidad. ¡Había oído hablar tanto de él! No es un ladrón vulgar, sino más bien una figura de leyenda o romántica.

—Y puede que así sea —dijo Poirot pensativo.

—Pero no es eso lo que quería decirle —afirmó Zia—, sino de otro pequeño detalle que creo de gran interés para usted.

—¿Sí? —la animó Poirot.

—Ya le he dicho que los rubíes se los entregaron a mi padre aquí en Niza. Yo no vi a la persona que los trajo, pero…

—¿Sí?

—Sé una cosa. *Era una mujer*.

Capítulo XXIX

UNA CARTA DE CASA

Querida Katherine: Viviendo como usted vive, ahora entre grandes amigos, no creo que le interese mucho recibir noticias nuestras, pero como siempre la he tenido por una muchacha sensata, espero que no se le hayan subido mucho los humos. Por aquí todo sigue igual. Hubo un gran escándalo con el nuevo párroco. En mi opinión, no es mi más ni menos que un católico apostólico romano, todo el mundo ha hablado al respecto con el vicario, pero ya sabe usted cómo es él, pura caridad cristiana y nada de espíritu.

Últimamente, he tenido problemas con los criados. Aquella chica, Annie, resultó ser una descarada. Llevaba la falda por encima de la rodilla y no quería ponerse medias de lana. No hay manera de decirle ni una palabra a ninguna de ellas.

Mi reumatismo me ha hecho sufrir mucho. El doctor Harris me convenció para que fuera a Londres a ver a un especialista, un malgasto de tres guineas más el gasto del billete como le dije yo, pero esperé hasta el miércoles y pude conseguir el billete de ida y vuelta a precio reducido. El médico de Londres puso la cara muy larga y empezó a decir esto y aquello sin ir al grano hasta que le dije: «Mire usted, doctor, soy una mujer sencilla y me gustan las

cosas muy claras. ¿Es cáncer o no?» Y entonces tuvo que decirme que lo era. Dijo que me quedaba un año y sin mucho dolor, aunque estoy segura de que puedo soportar el dolor como cualquier mujer cristiana. A veces me siento un poco sola, ahora que mis amigas se han muerto o se han ido del pueblo.

Desearía, y no le miento, querida, que estuviese usted en St. Mary Mead. Si no hubiese usted heredado esa fortuna que le permite vivir entre la alta sociedad, yo le hubiese ofrecido el doble de lo que ella le pagaba para que cuidara de mí. Pero no sirve de nada desear lo que no se puede tener. Sin embargo, a veces ocurren desgracias. He oído infinidad de historias de falsos aristócratas que se casan para desaparecer al día siguiente con el dinero de la incauta. Diría que es usted bastante sensata para que le ocurra algo así, pero nunca se sabe; y como nunca le han dispensado muchas atenciones, quizá se le suban a la cabeza. Así que, por si acaso, querida, recuerde que aquí siempre tendrá un hogar y, aunque no tengo pelos en la lengua, tengo buen corazón.

Su amiga afectísima.

Amelia Viner

P.D.: Leí en un periódico un artículo en el que la mencionaban a usted y a su prima, la vizcondesa Tamplin. Lo recorté y lo guarde con mis recortes. Cada domingo rezo por usted para que Dios la preserve del orgullo y de la altivez.

Katherine leyó dos veces aquella carta tan característica. Luego la dejó sobre la mesa y miró por la ventana de su dormitorio las azules aguas del Mediterráneo. Se le hizo un nudo en la garganta.

Una súbita nostalgia de St. Mary Mead se adueñó de ella. Un lugar donde nunca pasaba nada, excepto algún pequeño incidente estúpido, pero que era un hogar. Le entraron ganas de apoyar la cabeza entre los brazos y echarse a llorar. La llegada de Lenox le salvó.

—¡Hola, Katherine! —dijo Lenox— ¡Eh!, ¿qué te pasa?

—Nada —contestó Katherine, que se apresuró a recoger la carta de *miss* Viner para guardarla en el bolso.

—Tenías una expresión muy rara —comentó Lenox—. Espero que no te importe, pero llamé a tu amigo, el detective Poirot y le invité a comer con nosotras en Niza. Le dije que tú querías verle, porque me pareció que no aceptaría si se trataba de mí.

—¿Quieres verle? —preguntó Katherine.

—Sí, me ha robado el corazón. Nunca había encontrado un hombre con ojos verdes como los de un gato.

—¡Ah! No lo sabía —contestó Katherine.

Hablaba distraída. Los últimos días habían sido un calvario. El arresto de Derek Kettering había sido el tema de todas las conversaciones y el misterio del Tren Azul había sido analizado del derecho y del revés.

—He pedido un coche —dijo Lenox— y a mamá le he dicho una mentira, aunque desgraciadamente no recuerdo cuál. Pero no importa, ella no se acordará tampoco. Si supiera adonde vamos, se vendría con nosotras para sonsacar a *monsieur* Poirot.

Las dos muchachas llegaron al Negresco, donde encontraron a Poirot esperándolas. Se mostró tan cortes y les dedicó tantas zalamerías que al poco rato se tronchaban de risa. Sin embargo, la comida no fue alegre. Katherine estaba distraída y Lenox soltaba largas parrafadas entre enormes pausas.

Cuando estaban en la terraza tomando el café, Lenox se encaró a Poirot bruscamente.

—¿Cómo van las cosas? ¿Sabe usted a qué me refiero?

Poirot se encogió de hombros.

—Siguen su curso.

—¿Y usted les permite seguir su curso?

Poirot miró a Lenox algo triste.

—Es usted joven, *mademoiselle*, pero hay tres cosas a las que no se les puede dar prisa: *le bon Dieu*, la naturaleza y los ancianos.

—¡Tonterías! —dijo Lenox—. Usted no es un anciano.

—¡Ah!, es muy bonito que a uno le digan estas cosas.

—Allí viene el comandante Knighton —anunció Lenox.

Katherine se volvió rápidamente y enseguida volvió a quedar en su posición anterior.

—Está con Mr. Van Aldin —añadió Lenox—. Quiero preguntarle algo al comandante Knighton. Voy a verlo un momento.

Al quedarse solos, Poirot se inclinó hacia Katherine y le murmuró:

—Está usted *distraite, mademoiselle.* Sus pensamientos andan muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Tan lejos como Inglaterra, nada más.

Movida por un súbito impulso, cogió la carta que había recibido aquella mañana y se la tendió al detective para que la leyese.

—Es la primera noticia que recibo de mi antigua vida. ¿Creerá usted que me duele?

Poirot leyó la carta y luego se la devolvió.

—¿Así que volverá usted a St. Mary Mead?

—Claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Por lo visto, me he equivocado. ¿Me permite usted un momento?

Se dirigió hacia donde estaba Lenox Tamplin hablando con Van Aldin y Knighton. El millonario parecía viejo y cansado. Saludó a Poirot con un gesto, pero sin la menor animación.

Cuando Van Aldin se volvió para contestar a una pregunta de Lenox, Poirot se llevó a Knighton a un lado.

—Mr. Van Aldin parece enfermo —dijo.

—¿Le extraña? —preguntó Knighton—. El escándalo de la detención de Derek Kettering ha sido el golpe final. Incluso lamenta haberle encargado a usted descubrir la verdad.

—Debería regresar a Inglaterra —opinó Poirot.

—Nos vamos pasado mañana.

—¡Ésa es una buena noticia! —Vaciló un momento mientras miraba a Katherine y después murmuró—: Me gustaría que se lo comunicara a *miss* Grey.

—¿Comunicarle qué?

—Que usted… mejor dicho, que Mr. Van Aldin regresa a Inglaterra.

Knighton le miró un poco extrañado, pero cruzó la terraza para hablar con Katherine.

Poirot asintió satisfecho mientras el joven se alejaba y fue a reunirse con Lenox y el norteamericano. Al cabo de unos momentos se reunieron con los demás. Durante un rato, la conversación fue general. Luego, el millonario y su secretario se marcharon. Poirot también se dispuso a retirarse.

—¡Un millón de gracias por su hospitalidad, *mademoiselle*! —exclamó—. Ha sido una comida deliciosa. *Ma foi*, la necesitaba —Abombó el pecho y se lo golpeó con el puño—: ¡Soy un león! ¡Un gigante! ¡Ah, *mademoiselle* Katherine, usted no ha visto en qué puedo convertirme! Sólo conoce usted al amable y pacífico Hércules Poirot, pero hay otro Hércules Poirot a quien no ha visto aún. Ahora voy a acosar, a amenazar, a infundir terror en el corazón de aquellos que me escuchen.

Las miró satisfecho de sí mismo y las muchachas se mostraron impresionadas, aunque Lenox se mordía el labio inferior y las comisuras de los labios de Katherine se movían de una manera muy sospechosa.

—Y lo haré —dijo gravemente—. Oh, sí, triunfaré.

Había dado ya unos cuantos pasos cuando la voz de Katherine le hizo volverse.

—Monsieur Poirot, quiero decirle una cosa. Creo que tenía usted razón en lo que dijo. Regresaré a Inglaterra inmediatamente.

Poirot le dirigió una mirada penetrante que hizo enrojecer a Katherine.

—Lo comprendo —dijo gravemente.

—Me parece que no —replicó Katherine.

—Yo sé mucho más de lo que usted supone, *mademoiselle* —señaló Poirot en voz baja.

Se separó de ella con una extraña sonrisa en los labios. Subió al coche que le esperaba y se dirigió a Antibes.

Hipolyte, el impasible criado del conde de la Roche, estaba muy atareado en Villa Marina limpiando la magnífica cristalería de su dueño. El conde de la Roche había ido a Montecarlo a pasar el día. Al mirar por una de las ventanas, Hipolyte observó a un visitante que caminaba con paso enérgico hacia la puerta principal, un visitante curioso que, a pesar de su experiencia, no supo clasificar.

Llamó a Marie, su esposa, que estaba ocupada en la cocina, para que viese lo que él llamaba *ce type la*.

—¿No será otra vez la policía? —preguntó Marie con inquietud.

—Míralo tú misma —dijo Hipolyte.

Marie miró.

—No, no es policía —declaró la mujer—. Me alegro.

—Realmente no nos han molestado mucho —comentó Hipolyte —. De no haberme avisado el conde, nunca hubiera sospechado que aquel desconocido de la bodega no era lo que parecía ser…

Sonó el timbre e Hipolyte, con un porte grave y decoroso, fue a abrir la puerta.

—Lo siento mucho, pero el señor conde no está en casa.

El hombrecillo de grandes mostachos asintió plácidamente.

—Ya lo sabía —replicó—. Usted es Hipolyte Fravelle, ¿verdad?

—Sí, señor, ése es mi nombre.

—Y está casado con una mujer llamada Marie.

—Sí, señor, pero…

—Deseo verles a los dos —dijo el visitante y entró en el vestíbulo—. Su esposa debe de estar en la cocina —añadió—, iré allí.

Antes de que el criado pudiera recuperar el aliento, el otro ya había abierto la puerta correcta y había recorrido el pasillo hasta la cocina, donde Marie se quedó con la boca abierta al verle entrar.

—*Voila* —dijo el desconocido que se dejó caer en una silla—. Yo soy Hércules Poirot.

—Bien, señor.

—¿No conocen ustedes mi nombre?

—Nunca lo he oído —respondió Hipolyte.

—Pues perdonen que les diga que les han educado muy mal. Es el nombre de uno de los hombres más célebres del mundo.

Exhaló un profundo suspiro a la vez que cruzaba los brazos.

Hipolyte y Marie le miraban con inquietud; no sabían qué pensar de este insospechado y muy extraño visitante.

—¿El señor desea…? —murmuró Hipolyte mecánicamente.

—Deseo saber por qué mintieron ustedes a la policía.

—¡Monsieur! —gritó Hipolyte— ¿Mentir yo a la policía? Nunca he hecho una cosa así.

Poirot meneó la cabeza.

—Se equivoca usted: Lo ha hecho en varias ocasiones. Déjeme ver —Sacó una libretita del bolsillo y la consultó—. ¡Ah, sí! Al menos en siete ocasiones. Se las voy a recordar.

Con voz indiferente le recitó las siete ocasiones.

Hipolyte estaba asombradísimo.

—¡No he venido a hablar de antiguos pecados! —añadió Poirot —, pero, amigo mío, no caiga en la costumbre de considerarse demasiado listo. Y ahora hablaremos de la mentira que me interesa: la declaración según la cual el conde de la Roche llegó a esta villa la mañana del día catorce de enero.

—Pero eso no es una mentira, *monsieur*, es la pura verdad. El señor conde llegó aquí la mañana del martes, día catorce, ¿verdad, Marie?

Ella se apresuró a confirmarlo.

—Sí, eso es, me acuerdo perfectamente.

—Muy bien —dijo Poirot—. ¿Quiere usted decirme qué le dio a su señor de *déjeuner* aquel día?

—Le… —la mujer hizo una pausa e intentó recordar.

—Es curioso —dijo Poirot— cómo uno recuerda ciertas cosas y olvida otras.

Se inclinó hacia delante y descargó un puñetazo contra la mesa. Sus ojos brillaban iracundos.

—Sí, sí, es como yo digo. Ustedes dicen mentiras y creen que nadie se da cuenta. Pero hay dos personas que lo saben todo. Sí dos personas. Una es *le bon Dieu* —levantó una mano al cielo y luego, recostándose en su silla y con los ojos cerrados, murmuró complacido—: y la otra Hércules Poirot.

—Le aseguro a usted que está completamente equivocado. El señor conde salió de París el lunes por la noche…

—Es verdad —dijo Poirot—, salió en el *rapide*. Lo que no sé es dónde interrumpió el viaje. Quizás ustedes tampoco lo saben. Pero sí sé que llegó aquí el miércoles por la mañana, en lugar del martes.

—El señor está en un error —insistió la mujer.

Poirot se puso de pie.

—Bien, entonces tendrá que intervenir la justicia —murmuró—. Es una lástima…

—¿Qué quiere usted decir, *monsieur*? —preguntó ella con una sombra de inquietud.

—Que serán arrestados como cómplices del asesinato de Mrs. Kettering, la dama inglesa que mataron.

—¡Un crimen!

El criado palideció intensamente y le temblaron las rodillas. Marie soltó el rodillo de amasar y se echó a llorar.

—¡Eso es imposible! Yo creía…

—Ya que insisten ustedes en su historia, no hay más que decir. Pero conste que son ustedes muy tontos.

Se dirigía hacia la puerta cuando una voz agitada le detuvo.

—*Monsieur, monsieur,* un momento. Yo nunca imaginé que se tratara de una cosa así. Creía que sólo era un asunto relacionado con alguna dama. Ya hemos tenido algunos pequeños problemas con la policía por asunto de señoras. Pero un asesinato, eso es muy diferente.

—¡Ya se me ha agotado la paciencia y no pienso seguir discutiendo! —Se volvió hacia la pareja y agitó furioso el puño ante el rostro de Hipolyte—. ¿Es que voy a pasarme el día discutiendo con un par de idiotas? Yo quiero saber la verdad. Si no me la quieren decir, peor para ustedes. Por última vez: *¿Cuándo llegó el conde a Villa Marina, el martes o el miércoles por la mañana?*

—El miércoles —murmuró el criado, y su esposa lo confirmó.

Poirot les miró unos instantes. Después asintió severo.

—Son muy sabios, hijos míos —dijo en voz baja—. Se han librado de una situación muy grave.

Salió de Villa Marina con una sonrisa en el rostro.

«Una suposición confirmada —murmuró para sí—. ¿Tendré suerte con la otra?».

Eran las seis cuando le presentaron a Mirelle la tarjeta de *monsieur* Hércules Poirot. Ella la miró preocupada durante un momento y después asintió.

Cuando el detective entró, la encontró paseando por la habitación como una fiera enjaulada. Ella se volvió furiosa.

—¡Bueno! —gritó— ¿Qué pasa ahora? ¿No me han torturado ya bastante todos ustedes? ¿No me han hecho traicionar a mi pobre Derek? ¿Qué más quiere de mí?

—Sólo quiero hacerle una pequeña pregunta, *mademoiselle*. Cuando el tren salió de Lyon y entró usted en el compartimiento de Mrs. Kettering…

—¿Qué está usted diciendo?

Poirot la miró con un aire de ligero reproche y empezó otra vez.

—Que cuando usted entró en el compartimiento de Mrs. Kettering…

—¡Yo no entré!

—Y la encontró…

—¡Yo no entré!

—*Ah sacre!*

Él se volvió airado y la increpó con tanta violencia que ella retrocedió acobardada.

—¿Es que quiere usted engañarme? Le aseguro que sé lo que ocurrió aquella noche tan bien como si lo hubiese presenciado. Entró usted en el compartimiento y la encontró muerta. ¡Me consta! Mentirme a mí es peligroso. Tenga cuidado, *mademoiselle* Mirelle.

La bailarina bajó la mirada, vencida.

—Yo… no… —comentó a decir vacilante y se interrumpió.

—Sólo hay una cosa que me intriga, *mademoiselle*. Me pregunto si encontró lo que buscaba o bien…

—O bien, ¿qué?

—O bien si alguien se le había adelantado ya.

—¡No responderé a más preguntas! —chilló la bailarina.

Apartó la mano de Poirot, se tiró al suelo y dio rienda suelta a su pataleta. Los chillidos eran tan agudos que acudió una doncella.

Poirot se encogió de hombros, enarcó las cejas y salió de la habitación con mucha discreción.

Parecía muy satisfecho.

Capítulo XXX

LOS CONSEJOS DE MISS VINER

Katherine miró a través de la ventana del dormitorio de *miss* Viner. Llovía, no violenta pero sí persistentemente. Desde la ventana se veía una parte del jardín cruzado por un sendero que conducía a la verja de la calle, y bonitos parterres donde crecerían las rosas tardías y los jacintos rosas y azules.

Miss Viner reposaba en un amplio lecho Victoriano. Había apartado la bandeja con los restos del desayuno y ahora estaba muy ocupada abriendo su correspondencia, sin dejar de hacer comentarios a cual más cáustico.

Katherine tenía en la mano una carta abierta y la leía por segunda vez. Estaba fechada en París y llevaba el membrete del hotel Ritz.

Decía así:

> Chère mademoiselle *Katherine:*
> *Espero que esté usted en perfecto estado de salud y que su vuelta al invierno inglés no la haya resultado muy deprimente. Yo continúo mis investigaciones con la mayor diligencia. No crea usted que estoy en París de vacaciones. Dentro de muy poco estaré en Inglaterra y espero tener el placer de verla otra vez. Ya le escribiré desde Londres. ¿Recuerda usted que somos colegas en este asunto? Yo creo que no lo habrá olvidado.*
> *Le reitero mis más respetuosos y devotos sentimientos.*
>
> *Hércules Poirot*

Katherine frunció el ceño. Había algo en aquella carta que le intrigaba.

—Sí, sí, un picnic de los niños del coro, ya se pueden apañar —dijo *miss* Viner—, pero si no excluyen a Tommy Saunders y a Albert Dykes, no daré ni un penique. No sé para qué van esos muchachos los domingos a la iglesia. Tommy cantó las primeras estrofas del salmo y no volvió a abrir la boca. Y si Albert no estaba chupando una pastilla de menta, es que no tengo nariz.

—Son unos chicos muy traviesos —asintió Katherine.

Abrió la otra carta y un súbito rubor enrojeció sus mejillas. La voz de *miss* Viner parecía perderse en la distancia. Cuando por fin salió de su ensimismamiento, la buena mujer ponía el broche triunfal a su larga perorata:

—… Y entonces le dije: «De ninguna manera. Lo que pasa es que *miss* Grey es prima de *lady* Tamplin». ¿Qué le parece?

—Ha sido encantador de su parte salir en mi defensa.

—Puede decirlo como quiera. Para mí un título no significa nada. Por muy mujer del vicario que sea, es una verdadera víbora. Insinuaba que usted había tenido que pagar para que la introdujesen en la alta sociedad.

—Tal vez no estaba del todo equivocada.

—Mírese —siguió *miss* Viner—, podía usted haber vuelto hecha una gran dama, ¿verdad? Y en lugar de eso aquí está, tan sencilla como siempre, con unas buenas medias de lana y con unos zapatos como todo el mundo. Ayer mismo, sin ir más lejos, se lo dije a Ellen: «¿Te has fijado en *miss* Grey? Después de haber alternado con algunas de las personas más importantes del mundo, ¿y acaso la has visto como tú con la falda por encima de las rodillas, medias de seda y los zapatos más ridículos que he visto en mi vida?».

Katherine sonrió para sí. Al parecer había valido la pena amoldarse a los prejuicios de *miss* Viner. La anciana siguió con más entusiasmo que nunca:

—Para mí ha sido un gran alivio ver que no se le han subido los humos. El otro día, precisamente, estuve buscando mis recortes. Tengo varios que hablan de *lady* Tamplin y su hospital, pero no pude encontrarlos. Quisiera que los buscara, querida, su vista es mejor que la mía. Están todos en una caja, en un cajón de la cómoda.

Katherine miró la carta que tenía en la mano y estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Se acercó a la cómoda, encontró la caja de recortes y comenzó a mirarlos. Desde su regreso a St. Mary Mead sentía gran admiración por el valor y el estoicismo de la anciana. Era consciente de que podía hacer muy poco por su vieja amiga, pero sabía por experiencia la importancia que concedían los ancianos a las cosas más insignificantes.

—Aquí hay uno —dijo Katherine—. «La vizcondesa de Tamplin, que ha convertido su villa de Niza en un hospital para oficiales, acaba de ser víctima de un robo sensacional. Todas sus joyas han desaparecido. Entre ellas se encontraban unas magníficas esmeraldas, patrimonio de la familia Tamplin».

—Seguramente serían de pasta —comentó *miss* Viner—. La mayoría de las alhajas de esas grandes señoras casi siempre son falsas.

—Aquí hay otro. Una fotografía de ella: «Hermoso estudio fotográfico de la vizcondesa de Tamplin con su hija Lenox».

—Déjeme verla —dijo *miss* Viner. Y añadió—: Casi no se ve el rostro de la niña, ¿verdad? Pero diría que es mejor así. Las cosas son siempre al revés en este mundo y las madres hermosas tienen hijas feísimas. Estoy segura de que el fotógrafo se dio cuenta de que lo mejor para la niña era retratarle la nuca.

Katherine se echó a reír y siguió leyendo recortes.

—«Una de las de las grandes anfitrionas de esta temporada en la Riviera es la vizcondesa de Tamplin, que posee una villa en Cap Martin. Su prima, *miss* Grey, quien heredó recientemente una cuantiosa fortuna de la manera más romántica, pasa unos días allí».

—Ése es el que yo buscaba —dijo *miss* Viner—. Esperaba encontrar alguna foto de usted en alguna revista. Ya sabe usted como son: «La señora Fulana o Zutana jugando al golf», y se ve a una mujer con una pierna levantada y un palo de golf en la mano. Debe ser un suplicio para algunas de ellas ver la pinta que tienen así.

Katherine no contestó. Alisaba el recorte con el dedo y en su rostro había una expresión preocupada. Por fin sacó la segunda carta del sobre y la leyó otra vez. Luego se volvió hacia su amiga.

—Miss Viner, hay un amigo mío, alguien que conocí en la Riviera que tiene mucho interés en venir a verme.

—¿Un hombre?

—Sí.

—¿Quién es?

—Es el secretario de Mr. Van Aldin, el millonario norteamericano.

—¿Cómo se llama?

—Knighton, comandante retirado.

—Hum, secretario de un millonario. Y quiere venir aquí. Mire, Katherine, le voy a decir algo por su bien. Usted es una muchacha muy buena y sensata. Y aunque tiene buena cabeza, no hay mujer que en su vida no cometa alguna tontería. Apuesto diez contra uno a que ese hombre va detrás de su dinero.

Con un ademán, contuvo la réplica de Katherine.

—Ya me esperaba yo algo así. ¿Qué es el secretario de un millonario? Una de cada diez veces, un joven a quien le gusta vivir bien, de modales agradables, que adora el lujo y que no tiene sesos ni empuje. Si existe algo más cómodo que ser secretario de un ricachón, es casarse con una mujer rica por su dinero. No quiero decir que usted sea incapaz de inspirarle amor a un nombre. Pero ya no es joven y, aunque tiene muy buena complexión, tampoco es una belleza. Yo le aconsejo que no cometa ninguna locura, pero si está decidida a cometerla, procure usted que su dinero esté a buen recaudo. Bien, ya está, he acabado. ¿Qué tiene que decir?

—Nada —contestó Katherine—, pero ¿le importaría que él viniese a verme?

—Yo me lavo las manos. He cumplido con mi deber y, si pasa algo, allá usted. ¿Quiere que venga a comer o a cenar? Me parece que Ellen podría apañárselas con la cena, siempre que no se ponga nerviosa.

—Lo mejor será que venga a comer. Es usted muy bondadosa, *miss* Viner. En la carta me pide que le llame, de modo que voy a hacerlo y le diré que estamos encantadas de que venga a comer con nosotras. Vendrá en coche desde Londres.

—Ellen prepara un filete con tomates asados pasable —comentó *miss* Viner—. No es ninguna maravilla, pero es lo único que prepara más o menos bien. Hay que descartar las tartas porque no tiene mano para la repostería, pero el *pudding* no le sale del todo mal. También podría usted comprar un trozo de queso de Stilton. Tengo

entendido que a los caballeros les gusta mucho el Stilton y todavía queda gran parte de la bodega de mi padre. Tal vez lo más indicado sea una botella de Mosela.

—¡Oh, no, *miss* Viner, no es necesario todo eso!

—Tonterías, hija mía. Ningún caballero es feliz si no bebe algo con la comida. También hay un whisky de antes de la guerra, si cree que lo preferirá. Vamos, haga lo que le digo y no discuta. La llave de la bodega está en el tercer cajón de la cómoda, a la izquierda, metida en el segundo par de medias.

Katherine se dirigió obediente a buscar la llave en el lugar señalado.

—En el segundo par, he dicho. En el primero están mis pendientes de brillantes y mi broche de filigrana.

—¡Oh! —dijo Katherine un tanto sorprendida— ¿Quiere usted que los guarde en el joyero?

Miss Viner soltó un largo y terrorífico bufido.

—¡De ninguna manera! Sé muy bien lo que me hago. Señor, señor, todavía recuerdo cuando mi padre hizo instalar una caja fuerte en el sótano. Estaba orgullosísimo de ella y le dijo a mi madre: «Ahora, Mary, me traerás cada noche las joyas del joyero y yo las guardaré en la caja fuerte». Mi madre era una mujer de mucho tacto y sabía que a los hombres les gusta que se haga lo que ellos dicen, y le traía el joyero para que lo guardara como había dicho.

Una noche entraron ladrones en casa y, naturalmente, lo primero que hicieron fue buscar la caja fuerte como era de esperar. Mi padre había hablado tanto en el pueblo de su caja fuerte y la había alabado tanto, que cualquiera hubiese creído que guardaba en ella los diamantes del rey Salomón. Los ladrones se lo llevaron todo: las copas de plata, la bandeja de oro que le habían regalado a mi padre y el joyero.

Miss Viner suspiró nostálgica.

—Mi padre estaba desesperado por las joyas de mi madre. Entre ellas había un magnífico collar veneciano, algunos preciosos camafeos, unos corales rosas y dos sortijas con diamantes de buen tamaño. Al fin, claro está, siendo una mujer sensible, tuvo que decirle que había guardado todas las joyas entre dos corsés y que seguían allí bien seguras.

—¿Y el joyero estaba vacío?

—¡Oh, no! Hubiera pesado muy poco Mi madre era una mujer muy inteligente y se ocupó de eso. El joyero estaba lleno de botones y era muy práctico. En el primer cajetín estaban los botones grandes; en el segundo, los pequeños; y en el fondo, una mezcla de varias clases. Lo curioso fue que mi padre se enfadó con ella. Dijo que no le gustaban los engaños. Pero la estoy entreteniendo. Vaya y llame a su amigo y acuérdese de encargar un buen trozo de filete. Dígale a Ellen que no salga con las medias rotas a servir la mesa.

—¿Se llama Ellen o Helen, *miss* Viner? Creía que…

Miss Viner cerró los ojos.

—Puedo pronunciar las haches, querida, tan bien como cualquiera, pero Helen no es un nombre adecuado para una criada. No sé en que se están convirtiendo las madres de las clases bajas.

Cuando Knighton llegó a la casa, la lluvia había cesado. Un pálido rayo de sol caía sobre la cabeza de Katherine, que había salido a la puerta para darle la bienvenida. Él se acercó deprisa con entusiasmo juvenil.

—Espero no molestarla, pero estaba ansioso por volver a verla, *miss* Grey. Confío en que a su amiga no le disgustará mi visita.

—Entre y hágase amigo suyo —dijo Katherine—. Impresiona un poco, pero tiene un corazón de oro.

Miss Viner estaba sentada majestuosamente en el salón, con un juego completo de los bellos camafeos milagrosamente salvados del robo por su madre. Saludó a Knighton con dignidad y una cortesía tan austera que hubiese encogido el ánimo a muchos hombres. Pero Knighton poseía un encanto difícil de rechazar y, después de unos diez minutos, *miss* Viner se había amansado visiblemente.

La comida fue muy alegre y Ellen o Helen, con unas medias de seda nuevas sin carreras, hizo prodigios en el servicio. Después, Katherine y Knighton salieron a dar un paseo y regresaron a tomar el té *tête-à-tête*. Miss Viner se había ido a descansar.

En cuanto se marchó el coche, Katherine subió lentamente la escalera. Miss Viner la llamó y la joven entró en su dormitorio.

—¿Se ha marchado su amigo?

—Sí, muchas gracias por haberme permitido que le recibiese aquí.

—No hay de qué. ¿Cree usted acaso que soy una vieja cicatera

que no quieren hacer nada por nadie?

—Lo que creo es que es usted buenísima —dijo Katherine afectuosamente.

—¡Hum! —murmuró conmovida *miss* Viner.

En el momento en que Katherine iba a salir del cuarto, ella la llamó:

—¿Katherine?

—¿Sí?

—Confieso que estaba equivocada respecto a este amigo suyo. Cuando un hombre quiere conseguir algo puede mostrarse cordial, galante o hacerse el simpático a fuerza de pequeñas atenciones. Pero cuando un hombre está realmente enamorado, no puede evitar parecerse a un cordero. Cada vez que ese joven la miraba a usted, parecía un cordero degollado. Por lo tanto, me retracto de todo lo que he dicho esta mañana. Es un hombre sincero.

Capítulo XXXI

LA COMIDA DE MR. AARONS

—¡Ah! —exclamó Mr. Joseph Aarons satisfecho.

Bebió un trago de su jarra, la dejó sobre la mesa con un suspiro, se limpió la espuma de los labios con la servilleta y miró sonriente a su anfitrión, Hércules Poirot.

—A mí que me den un buen trozo de asado de carne y una jarra de cualquier cerveza digna de ese nombre y les regalo todos esos platos de la cocina francesa. Sírvame otro pedazo de esa magnífica carne.

Poirot, que acababa de cumplir con la solicitud, sonrió complacido.

—Tampoco desprecio el pastel de carne y riñones —añadió Mr. Aarons—. ¿Tarta de manzana? Sí, tomaré la tarta de manzana, señorita, gracias. Y una jarra de crema.

Continuaron comiendo en silencio. Al fin, con un largo suspiro, Mr. Aarons dejó la cuchara y el tenedor, y acabó con un buen pedazo de queso, antes de pasar a ocuparse de otros asuntos.

—Creo que usted mencionó un pequeño asunto, *monsieur* Poirot. Estoy dispuesto a hacer lo que pueda por ayudarle.

—Es usted muy amable —contestó Poirot—. Me dije: «Si quieres enterarte de cualquier cosa sobre el teatro, hay una persona que sabe todo lo que hay que saber y ése es mi viejo amigo Joseph Aarons».

—Y no se equivoca usted —afirmó el otro complacido—. Cualquier cosa que quiera usted saber, ya sea presente, pasada o futura, Joseph Aarons se la dirá.

—*Précisément!* Ahora quiero preguntarle, *monsieur* Aarons, ¿Qué sabe de una joven llamada Kidd?

—¿Kidd? ¿Kitty Kidd?

—Sí, la misma.

—Una chica muy inteligente, especializada en personajes masculinos. Cantaba, bailaba… ¿Es ésa?

—Sí.

—Era muy lista. Ganaba su buen dinero. Siempre tenía trabajo, la mayoría haciendo de hombre, pero era una actriz de reparto de primera categoría.

—Es lo que me habían dicho —comentó Poirot—, pero hace tiempo que no actúa, ¿verdad?

—Sí, dejó la escena por completo. Se fue a Francia y se echó un novio que era noble o algo así. No creo que vuelva al teatro.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Déjeme ver. Hace tres años, y créame que fue una verdadera pérdida para la escena.

—¿Tan inteligente era?

—Una verdadera maravilla.

—¿No sabe usted cómo se llamaba el hombre que conoció en París?

—Sé que era un gran personaje. Un conde… ¿o era un marqués? Ahora que lo pienso estoy seguro de que era un marqués.

—¿Y no ha vuelto a saber nada más de ella desde entonces?

—Ni una palabra. Ni siquiera me he cruzado con ella por casualidad. Seguramente estará viajando en algunos de esos lugares de postín extranjeros, portándose como una verdadera marquesa. Y estoy seguro de que hará su papel de maravilla.

—Ya veo —dijo pensativamente Poirot.

—Siento mucho no poderle decir nada más, *monsieur* Poirot —dijo Aarons—. Si necesita cualquier cosa más, por favor, dígamelo. Nunca olvidaré el favor que me hizo.

—No se preocupe, estamos en paz. Usted también me ha hecho un favor importantísimo.

—Favor con favor se paga —exclamó Mr. Aarons.

—Tiene usted una profesión muy interesante —siguió Poirot.

—Sí, así es —replicó Mr. Aaron con un tono indiferente—. En general no me puedo quejar, pero hay que estar siempre alerta, porque nunca se sabe con seguridad lo que le gustará al público.

—La danza parece que ha estado en alza durante los últimos años —murmuró Poirot.

—A mí, la verdad, el ballet ruso no me dice nada, pero a la

gente le gusta. Para mí es demasiado culto.

—Conocí en la Riviera a una bailarina, *mademoiselle* Mirelle.

—¿Mirelle? Sí, es muy famosa. Siempre hay algún primo que carga con sus gastos. Pero aparte de eso, la chica sabe bailar. La he visto y sé lo que me digo. Nunca he tenido mucho trato con Mirelle, pero he oído decir que es terrorífico trabajar con ella. Pataletas y berrinches continuos.

—Sí —dijo Poirot pensativo—, ya me lo imagino.

—¡Temperamento! —exclamó Mr. Aarons— ¡Temperamento! Así es como le llaman ellas. Mi esposa fue bailarina antes de casarse conmigo y doy gracias de que nunca tuvo temperamento. Uno no quiere temperamento en su casa, *monsieur* Poirot.

—Estoy de acuerdo, amigo mío; allí está fuera de lugar.

—Las mujeres han de ser apacibles, bondadosas y buenas cocineras.

—Hace poco que actúa Mirelle, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Unos dos años y medio, nada más. Fue un duque francés quien la lanzó. Dicen por ahí que ahora está liada con el primer ministro de Grecia. Esos tipos son los que se enriquecen a la chita callando.

—Eso es nuevo para mí —dijo Poirot.

—Mirelle no es de las que esperan sentadas. Dicen que el joven Kettering asesinó a su esposa por ella. No me extrañaría nada. Ahora, él está en la cárcel y ella tuvo que apañárselas, y reconozco que se ha espabilado muy bien. También dicen que lleva un rubí como un huevo de paloma. Nunca he visto un huevo de paloma, pero así es como los llaman en las novelas.

—¡Un rubí como un huevo de paloma! —exclamó Poirot y sus ojos verdes centellearon— ¡Qué interesante!

—Me enteré por una amiga —dijo Aarons—. Pero bien podría ser un trozo de vidrio de colores. Estas mujeres son todas iguales. Siempre inventando historias fantásticas sobre sus joyas. Mirelle va por ahí diciendo que la piedra tiene una maldición. Creo que la llama «Corazón de fuego».

—Si mal no recuerdo, el rubí que llaman «Corazón de fuego» es la piedra mayor de un célebre collar.

—¿Lo ve usted? Lo que le decía. A las mujeres les encanta mentir sobre sus joyas. Ésta es una sola piedra que lleva colgada al cuello con una cadena de platino. Pero me apuesto doble contra

sencillo a que es falsa.

—No —replicó Poirot en voz baja—. No sé por qué me parece que no se trata de una piedra falsa.

Capítulo XXXII

KATHERINE Y POIROT CAMBIAN IMPRESIONES

—La encuentro muy cambiada, *mademoiselle* Grey —dijo Poirot de pronto. Él y Katherine ocupaban una mesa del Hotel Savoy de Londres. —Sí, ha cambiado —insistió.

—¿En qué sentido?

—Mademoiselle, estos matices son difíciles de explicar.

—Me he hecho mayor.

—Sí, se ha hecho mayor, pero no quiero decir que ahora tiene arrugas y patas de gallo. Cuando nos conocimos, *mademoiselle* era una espectadora. Tenía el aire tranquilo y divertido de quien contempla el espectáculo desde la barrera.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no mira. Tal vez diga una cosa absurda, pero tiene el aire alerta de un luchador que se enfrenta a un combate difícil.

—La anciana a quien cuido —comentó Katherine con una sonrisa— a veces se pone difícil, pero le aseguro que no libro combates a muerte con ella. Tiene usted que ir a verla algún día, *monsieur* Poirot. Creo que usted es de las personas que sabrían admirar su coraje y su espíritu.

Guardaron silencio mientras el camarero les servía pollo *en casserole*. En cuanto se retiró, Poirot dijo:

—¿Me ha oído usted hablar alguna vez de mi amigo Hastings? Él dice que soy una ostra humana. *Eh bien*, en usted, Mademoiselle, he encontrado a mi semejante. Usted, mucho más que yo, va por libre.

—Tonterías —replicó Katherine con un tono despreocupado.

—Hércules Poirot nunca dice tonterías. Es como yo digo.

Hubo un silencio que Poirot rompió con una pregunta.

—¿Ha visto usted a alguno de nuestros amigos de la Riviera desde su regreso, *mademoiselle*?

—Sí, he visto al comandante Knighton.

—¡Ajá! Knighton, ¿eh?

Algo en los ojos chispeantes del detective hizo que la joven bajara la mirada.

—¿Entonces Mr. Van Aldin permanece en Londres?

—Sí.

—Debo visitarlo mañana o pasado.

—¿Tiene alguna noticia para él?

—¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada.

Él la miró con atención.

—Me parece que desea preguntarme muchas cosas. ¿Y por qué no? ¿No es el misterio del Tren Azul nuestro *roman policier*?

—Sí, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—*Eh bien*.

Katherine le miró con un súbito aire de decisión.

—¿Qué ha estado haciendo en París, *monsieur* Poirot?

El detective esbozó una sonrisa.

—Pues… visitar la embajada rusa.

—¡Oh!

—Ya sé que eso no le dice a usted nada. Pero no seré la ostra humana. Pondré mis cartas sobre la mesa, algo que nunca harían las ostras. Supongo que sospecha que no estoy satisfecho con el caso contra Derek Kettering.

—Eso es lo que me estaba preguntando. En Niza, creía que había acabado con el caso.

—No me está diciendo todo lo que piensa, *mademoiselle*. Pero lo admito todo, fueron mis investigaciones las que llevaron a Derek Kettering donde está ahora. De no haber sido por mí, el juez estaría todavía esforzándose inútilmente en achacarle el crimen al conde de la Roche. *Eh bien*, *mademoiselle*, no me arrepiento de lo que he hecho. Mi obligación es la de descubrir la verdad y ella me ha llevado hasta Mr. Kettering. ¿Pero se acaba allí? La policía cree que sí, pero yo, Hércules Poirot, no estoy satisfecho —Se interrumpió bruscamente y después preguntó—: ¿Ha tenido usted noticias de Lenox Tamplin?

—Sólo una breve carta. Creo que está disgustada conmigo por haber regresado a Inglaterra.

Poirot asintió.

—Tuve una entrevista con ella la noche que arrestaron a *monsieur* Kettering. Fue una conversación muy interesante en más de un aspecto.

De nuevo guardó silencio y Katherine le dejó pensar.

—Mademoiselle —dijo al fin—, tengo que decirle a usted algo de índole muy delicada. Creo que hay alguien que ama a Derek Kettering, corríjame si me equivoco, y por el bien de esa persona, espero tener razón y que la policía está en un error. ¿Sabe usted quién es esa persona?

Se hizo un silencio y entonces ella contestó:

—Sí, la conozco.

Poirot se inclinó hacia ella por encima de la mesa.

—No estoy satisfecho, *mademoiselle*, no, no estoy satisfecho. Los hechos, los hechos principales, apuntan directamente a *monsieur* Kettering. Sin embargo, hay un detalle que no han tenido en cuenta.

—¿Y cuál es ese detalle?

—El rostro desfigurado de la víctima. Me lo he preguntado a mí mismo un centenar de veces. ¿Es Derek Kettering un hombre capaz de destrozar el rostro de su esposa después de asesinarla? ¿Qué fin podía perseguir? ¿Es propio de Mr. Kettering un acto así? Y la respuesta a todas estas preguntas es profundamente insatisfactoria. Una y otra vez vuelvo al mismo punto: «¿Por qué?». Y las cosas que tengo para ayudarme a la solución del problema son éstas.

Sacó algo de su cartera que sostuvo entre el índice y el pulgar…

—¿Lo recuerda, *mademoiselle*? Usted me vio coger estos cabellos de la manta en el compartimiento.

Katherine se inclinó hacia delante para observar los cabellos con mucha atención.

Poirot asintió varias veces lentamente.

—Veo que no le sugieren nada, *mademoiselle*. Y, sin embargo, creo que usted ve muchísimo.

—He tenido ideas —respondió Katherine lentamente—, ideas muy fantásticas. Por eso le pregunté qué estaba haciendo en París, *monsieur* Poirot.

—Cuando le escribí…

—¿Desde el Ritz?

Una extraña sonrisa iluminó el rostro del detective.

—Sí, desde el Ritz, como usted dice. Soy una persona aficionada

a los lujos cuando paga un millonario.

—¿Y lo de la embajada rusa? —preguntó Katherine que frunció el entrecejo—. No comprendo qué relación puede tener.

—No tiene ninguna relación directa. Fui allí para obtener cierta información… Hablé con una persona en particular y la amenacé. Sí, *mademoiselle*, yo, Hércules Poirot, la amenacé.

—¿Con denunciarla a la policía?

—No —contestó Poirot en tono seco—. La amenacé con un arma mucho más mortífera: la prensa.

Miró a Katherine y ella meneó la cabeza con una sonrisa.

—¿No se está usted volviendo otra vez ostra, *monsieur* Poirot?

—No, no quiero inventarme misterios. Voy a decirle la verdad. Sospechaba que ese hombre había jugado un papel muy importante en la venta de las joyas de Van Aldin. Me enfrenté a él y, al final, conseguí arrancarle toda la historia. Me explicó dónde efectuó la entrega. También me enteré del hombre que había estado paseando frente a la casa: un hombre de venerables cabellos blancos, pero que caminaba con el paso elástico y ágil de un joven. A ese hombre le di un nombre en mi mente: el de El Marqués.

—¿Y ahora ha venido usted a Londres para entrevistarse con Mr. Van Aldin?

—No sólo por esa razón. Tenía otros trabajos que hacer. Desde que estoy en Londres he visitado ya a dos personas: a un agente teatral y a un médico de Harley Street. De cada uno de ellos he conseguido cierta información. Reúna todas esas cosas, *mademoiselle*, y veamos si puede deducir lo mismo que yo.

—¿Yo?

—Sí, usted. Le diré una cosa, *mademoiselle*: Siempre he dudado si el robo y el asesinato los cometió la misma persona. Durante mucho tiempo no estuve seguro.

—¿Y ahora ya lo sabe?

—Ahora lo sé.

Hubo un silencio. Después Katherine levantó la cabeza: Le brillaban los ojos.

—Yo no soy tan lista como usted, *monsieur* Poirot. La mitad de las cosas que me ha contado, no tienen para mí ningún sentido. Las ideas que tengo provienen de un ángulo completamente distinto.

—Ah, pero siempre es así —señaló Poirot en voz baja—. Un

espejo refleja la verdad, pero todos nos situamos en lugares distintos para mirar el espejo.

—Mis ideas quizá sean absurdas. Pueden ser totalmente distintas a las suyas, pero…

—¿Pero qué?

—Óigame, ¿esto le puede ayudar?

Poirot cogió el recorte que le ofrecía. Lo leyó, miró a Katherine y asintió.

—Como ya le he dicho, *mademoiselle*, todos nos colocamos delante del espejo desde distintos ángulos, pero es el mismo espejo y se reflejan las mismas cosas.

Katherine se puso de pie.

—Tengo que marcharme —dijo—. Tengo el tiempo justo para tomar el tren, *monsieur* Poirot.

—Sí, *mademoiselle*.

—Esto no pude continuar mucho más. No lo resistiría.

Y su voz se quebró.

El detective le palmeó cariñosamente la mano.

—Valor, *mademoiselle*, ahora no debe flaquear. El final está cerca.

Capítulo XXXIII

UNA NUEVA TEORÍA

—Monsieur Poirot desea verle, señor.

—¡Que se vaya al diablo! —exclamó Van Aldin. Knighton esperó en silencio.

El millonario dejó el sillón y empezó a caminar arriba y abajo por la habitación.

—Supongo que habrá usted leído los malditos periódicos esta mañana —dijo.

—Les he echado una ojeada, señor.

—¿No habrá manera de hacerlos callar?

—Creo que no.

El millonario volvió a sentarse y se llevó las manos a las sienes.

—¡Si llego a figurarme esto —gimió—, no le hubiera encargado nunca a ese belga el esclarecimiento de la verdad! Entonces sólo me preocupaba descubrir al asesino de Ruth.

—Pero usted no hubiese querido que su yerno quedara impune.

Van Aldin suspiró.

—Yo hubiera preferido tomarme la justicia por mi mano.

—No creo que hubiera sido un procedimiento muy sabio, señor.

—Al fin, a lo nuestro —Se detuvo y, después de una breve vacilación, añadió—: ¿Está seguro de que ese tipo desea verme?

—Sí, señor. Dijo que es muy urgente.

—Entonces tendré que verle. Dígale que puede venir esta misma mañana si quiere.

Poirot se presentó en las habitaciones de Van Aldin con un aspecto descansado y alegre. No pareció molestarse por la frialdad de la acogida y charló plácidamente de cosas sin importancia. Explicó que estaba en Londres para ver a su médico y citó el nombre de un eminente cirujano.

—No, no, *pas la guerre*, es un recuerdo de mis tiempos de policía.

La bala de un enfurecido ladrón.

Se tocó el hombro izquierdo e hizo un gesto expresivo.

—Yo siempre le he considerado un hombre de suerte, Mr. Van Aldin. Usted no responde a la idea que tenemos de los millonarios norteamericanos, víctimas de la dispepsia.

—Si estoy fuerte es gracias a la vida sencilla y ordenada que llevo.

Poirot se volvió hacia Knighton.

—Ha visitado usted a *miss* Grey, ¿verdad? —preguntó Poirot, con un tono inocente.

—Sí, un par de veces —contestó el secretario.

Se sonrojó un poco y Van Aldin exclamó sorprendido:

—Es raro que no me haya dicho usted nada, Knighton.

—Creí que no le interesaría a usted, señor.

—Me gusta mucho esa muchacha —afirmó el millonario.

—Es una lástima que haya vuelto a enterrarse en St. Mary Mead —comentó Poirot.

—Es una acción admirable —protestó Knighton calurosamente —. Poquísimas personas en su situación se hubieran prestado a ir a cuidar a una vieja achacosa que no tiene ningún parentesco con ella.

—Soy una tumba —añadió Poirot con una chispa de picardía en los ojos—, pero de todas maneras, es una lástima. Y ahora, señores, vamos a trabajar.

Van Aldin y Knighton le miraron sorprendidos.

—No se alarmen ni se extrañen de lo que voy a decir. Supongamos, *monsieur* Van Aldin, que después de todo, *monsieur* Derek Kettering no mató a su esposa.

—¿Qué?

Los dos hombres se miraron estupefactos.

—Supongamos, repito, que Derek Kettering no mató a su esposa.

—¿Está usted loco, *monsieur* Poirot? —gritó Van Aldin.

—No, no estoy loco. Quizá sea algo excéntrico, algunas lo dicen, pero respecto a mi profesión, soy la cordura personificada. Ahora le pregunto, *monsieur* Van Aldin: ¿Se alegraría usted de que su yerno no fuera un asesino?

Van Aldin le miro con fijeza.

—Naturalmente que me alegraría —dijo al fin—. ¿Se trata de

una simple suposición o hay algo de verdad en lo que acaba de decir?

Poirot miró al techo.

—Hay una probabilidad de que, después de todo, sea el conde de la Roche. Al menos he conseguido desbaratar su coartada.

—¿Cómo lo ha logrado usted?

El detective se encogió de hombros con modestia.

—Tengo mis métodos. Con un poco de tacto y otro poco de atención, se llega a esclarecer todo.

—Pero los rubíes —indicó Van Aldin—, los rubíes que tenía el conde en su poder eran falsos.

—Y él, claro, sólo hubiese cometido el crimen para apoderarse de los legítimos. Pero olvida usted un detalle, Mr. Van Aldin, y es que, en el asunto de los rubíes, algún otro ladrón pudo adelantarse al conde.

—Entonces esta es una teoría absolutamente nueva —exclamó Knighton.

—¿Y usted cree de verdad todo este enredo, *monsieur* Poirot? —preguntó el millonario.

—La cosa no está aún probada —respondió en voz baja Poirot—. De momento, es sólo una teoría, pero le diré una cosa: vale la pena investigar estos hechos. Usted, Mr. Van Aldin, debería acompañarme al sur de Francia y ayudarme en las investigaciones.

—¿Cree usted que es realmente necesario que vaya yo?

—Creía que ése sería su deseo —replicó Poirot.

Había un cierto reproche en el tono del detective que no escapó al millonario.

—Sí, sí, desde luego —se apresuró a decir Van Aldin—. ¿Cuándo quiere usted que salgamos?

—Recuerde que tiene usted ahora muchos asuntos pendientes, señor —murmuró Knighton.

Pero el millonario ya había tomado su decisión y desechó la objeción de su secretario.

—Este asunto me interesa mucho más —respondió—. Bien, *monsieur* Poirot, mañana. ¿En qué tren?

—Viajaremos en el Tren Azul —dijo Poirot con una sonrisa.

Capítulo XXXIV

DE NUEVO EL TREN AZUL

El tren de los millonarios, como lo denominaban, tomó una curva a velocidad vertiginosa. Van Aldin, Knighton y Poirot permanecían sentados en silencio. Knighton y Van Aldin tenían compartimientos contiguos, como hicieran Ruth Kettering y su doncella en aquel fatídico viaje. El compartimiento de Poirot estaba en el mismo vagón, pero un poco más allá. El viaje resultaba terriblemente depresivo para Van Aldin, porque reavivaba sus recuerdos más dolorosos. Poirot y Knighton hablaban en voz muy baja para no molestarle.

Cuando el tren detuvo su lento pasaje por la *ceinture* de París en la Gare de Lyon, Poirot desplegó una gran actividad. Entonces Van Aldin comprendió que parte del objetivo al viajar en este tren, era el intento de reconstruir el crimen. Él solo interpretó todos los papeles. Fue sucesivamente la doncella, encerrada de prisa en su compartimiento, Mrs. Kettering reconociendo con sorpresa y un poco de ansiedad a su marido, y Derek Kettering descubriendo que su esposa viajaba en el tren. También probó varias posibilidades, como la mejor manera de ocultarse en el segundo compartimiento.

De pronto, pareció asaltarle una idea. Cogió a Van Aldin del brazo.

—*Mon Dieu*, eso es algo que no había pensado! ¡Debemos interrumpir el viaje aquí mismo en París! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Bajemos enseguida!

Recogió las maletas y saltó al andén. Van Aldin y Knighton, sorprendidos pero obedientes, le siguieron. El millonario que ya se había formado una opinión de la habilidad de Poirot, se resistía a cambiarla.

Los detuvieron en la barrera de salida. Los billetes estaban en poder del conductor del vagón, un hecho que los tres habían

olvidado.

Las rápidas y apasionadas explicaciones de Poirot no hicieron el menor efecto en el impasible funcionario.

—Terminemos de una vez —dijo Van Aldin bruscamente—. Supongo que tiene usted prisa, *monsieur* Poirot. Vamos, pague los billetes desde Calais y salgamos cuanto antes de aquí para hacer lo que sea que tiene pensado.

Pero Poirot se había quedado mudo de pronto. Parecía haberse vuelto de piedra. Mantenía los brazos abiertos en un gesto apasionado como si de repente le hubiera dado un ataque de parálisis.

—¡He sido un imbécil! —explicó sencillamente— *Ma foi*, no sé lo que me pasa últimamente. Volvamos al tren y continuemos tranquilamente nuestro viaje. Con un poco de suerte, el tren no se habrá marchado todavía.

Tuvieron el tiempo justo para alcanzarlo. El tren se puso en marcha cuando Knighton, que era el último de los tres, saltó a la escalerilla.

El conductor les regañó amablemente y les ayudó a llevar las maletas de vuelta a los compartimientos. Van Aldin no dijo nada, aunque se veía claramente que estaba disgustado con la extraordinaria conducta de Poirot. Al quedarse por un momento a solas con Knighton, le comentó:

—Estamos haciendo el idiota. Ese hombre ha perdido el control. Es inteligente, pero cuando un hombre pierde la cabeza y comienza a correr de aquí para allí como un conejo asustado ya no sirve para nada.

Poirot se presentó al poco rato y se deshizo en humildes excusas. Se le veía tan deprimido que hubiera sido cruel abrumarle con reproches. Van Aldin aceptó las disculpas y evitó con esfuerzo hacer comentarios.

Después de cenar, ante la sorpresa de sus compañeros, Poirot propuso que pasaran los tres la noche sentados en el compartimiento de Van Aldin.

El millonario le miró con curiosidad.

—¿Nos oculta algo, *monsieur* Poirot?

—¿Yo? —dijo Poirot con inocencia— ¡Qué ocurrencia!

Van Aldin guardó silencio, pero no quedó satisfecho. Le dijeron

al conductor que no hiciese las camas. Si le produjo alguna sorpresa la solicitud no lo manifestó al recibir la espléndida propina de Van Aldin. Los tres hombres se sentaron en silencio. El detective parecía inquieto y no cesaba de moverse. De pronto, se volvió hacia el secretario.

—Comandante Knighton, ¿está cerrada la puerta de su compartimiento? Me refiero a la del pasillo.

—Sí, la acabo de cerrar hace un momento.

—¿Está usted seguro?

—Si usted quiere iré a cerciorarme —dijo Knighton con una sonrisa.

—No, no se moleste, iré yo mismo.

Entró en el compartimiento contiguo por la puerta de comunicación y volvió unos segundos después asintiendo satisfecho.

—Sí, estaba cerrada, tenía usted razón. Perdone las tonterías de un viejo.

Cerró la puerta de comunicación y volvió a su sitio en el rincón del lado derecho.

Pasaron las horas. Los tres hombres dormitaban inquietos y, de vez en cuando, se despertaban sobresaltados. Seguramente era la primera vez que tres personas pagaban el pasaje de uno de los trenes más lujoso para después pasar la noche en las peores condiciones. De cuando en cuando, Poirot miraba su reloj, asentía y volvía a cabecear.

Una vez se levantó para abrir la puerta de comunicación, miró en el interior del compartimiento, para después volver a sentarse meneando la cabeza.

—¿Qué pasa? —susurró Knighton—. Espera que ocurra alguna cosa, ¿verdad?

—Son los nervios —confesó Poirot—. Estoy sobre ascuas. Cualquier ruidito me hace saltar.

Knighton bostezó.

—¡Vaya viaje! Supongo que usted sabe lo que hace, *monsieur* Poirot.

Se acomodó lo mejor que pudo para dormir. Él y el millonario acababan de dormirse cuando Poirot, después de mirar por centésima vez el reloj, se inclinó hacia el millonario y le tocó el hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Van Aldin sobresaltado.

—Dentro de cinco o diez minutos llegaremos a Lyon.

—¡Dios mío! —El rostro de Van Aldin se veía pálido y ojeroso en la penumbra— ¡Ésta debió ser más o menos la hora en que asesinaron a la pobre Ruth!

Se quedó mirando al vacío. Sus labios temblaban mientras evocaba la terrible tragedia que había deshecho su vida. Se oyó el ruido de los frenos y el tren aminoró la marcha y se detuvo en Lyon. Van Aldin bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Si no fue Derek y su nueva teoría es correcta, ¿fue aquí dónde el hombre bajó del tren? —preguntó por encima del hombro.

Vio sorprendido que Poirot meneaba la cabeza.

—No —dijo pensativo—, aquí no se bajó ningún hombre. En cambio, creo que quizá lo hizo una mujer.

Knighton lanzó una exclamación.

—¿Una mujer? —preguntó Van Aldin con viveza.

—Sí, una mujer —asintió Poirot—. Quizá no lo recuerde usted, pero *miss* Grey habló en su declaración de un muchacho con gorra y abrigo que bajó al andén con la aparente intención de estirar las piernas. Yo creo que aquel muchacho probablemente era una mujer.

—Pero ¿quién era esa mujer?

El rostro de Van Aldin expresaba incredulidad, pero Poirot contestó seria y categóricamente.

—Su nombre o el nombre por el que se la conoció durante muchos años es Kitty Kidd; pero usted, *monsieur* Van Aldin, la conoce por otro nombre: el de Ada Mason.

Knighton se levantó de un salto.

—¿Qué? —exclamó.

Poirot se volvió hacia él.

—¡Ah! Antes de que se me olvide…

Sacó algo de un bolsillo y se lo tendió al secretario.

—Permítame ofrecerle un cigarrillo de su pitillera. Fue una verdadera imprudencia por su parte perderla cuando subió usted al tren en la *ceinture* de París.

Knighton le miró estupefacto. Luego hizo un movimiento, pero Poirot le contuvo con un ademán.

—No se mueva usted —dijo con voz sedosa—. La puerta del compartimiento vecino está abierta y desde allí le vigilan. Yo

mismo la abrí cuando salimos de París, y nuestros amigos policías están dentro para impedirle la huida. Supongo que ya sabrá usted que la policía francesa lo busca, comandante Knighton, o debo decir El Marqués.

Capítulo XXXV

EXPLICACIONES

—¿Explicaciones? —Poirot sonrió. Compartía la mesa con Van Aldin, en el reservado del millonario en el Negresco. Tenía delante a un hombre aliviado, pero intrigadísimo. Poirot se recostó en la silla, encendió uno de sus minúsculos cigarrillos y miró el techo pensativo.

—Sí, le daré una explicación. Empezaré por lo que más me intrigó. ¿Sabe qué fue? *El rostro desfigurado*. Es algo que aparece con cierta frecuencia cuando se investiga un crimen y provoca inmediatamente dudas sobre la identidad de la víctima. Esto, naturalmente, fue lo primero que se me ocurrió a mí. ¿La mujer muerta era en realidad Mrs. Kettering? La declaración de *miss* Grey despejó toda duda. La muerta era Ruth Kettering.

—¿Cuándo empezó usted a sospechar de la doncella?

—Tardé algún tiempo, pero un pequeño detalle me hizo sospechar de ella: la pitillera encontrada en el compartimiento y que nos dijo que Mrs. Kettering se la había regalado a su marido. Aquello era muy improbable a la vista de la situación de su matrimonio. Esto despertó mis dudas sobre la veracidad de las declaraciones de Ada Mason. También había que considerar el hecho sospechoso de que ella sólo llevaba dos meses al servicio de su señora. Desde luego no parecía que tuviese nada que ver con el crimen, porque la habían dejado en París y a Mrs. Kettering la habían visto con vida varias personas después, pero…

Poirot se inclinó hacia delante. Levantó el dedo índice y lo movió con énfasis ante el rostro de Van Aldin.

—Pero soy un buen detective. Sospecho siempre. No hay nada ni nadie de quien no sospeche. No creo nada de lo que se me dice, y me pregunté: ¿Cómo sabemos que Ada Mason se quedó en París? En un principio, la respuesta a esa pregunta parecía satisfactoria.

Teníamos la declaración de su secretario, el comandante Knighton, una persona ajena, cuyo testimonio se suponía por completo imparcial, y las palabras que le dijo Mrs. Kettering al conductor. Pero de momento prescindí de este último punto una idea muy curiosa, una idea quizá fantástica e imposible comenzó a crecer en mi cabeza. Si por casualidad resultaba cierta, aquel testimonio era inútil.

«Entonces me encontré con el principal obstáculo de mi teoría: la declaración del comandante Knighton, que había visto a Ada Mason en el Ritz poco después de haber salido de París el Tren Azul. Esta declaración parecía concluyente. Sin embargo, al examinar los hechos más a fondo, descubrí dos cosas. Primera: que por una extraña coincidencia él también llevaba exactamente dos meses a su servicio. Segunda, que su inicial era la misma: la «K». Entonces se me ocurrió hacer una suposición, sólo una suposición: que la pitillera encontrada en el vagón fuera suya. Entonces si Ada Mason y Knighton estaban de acuerdo, resultaba lógico que, al reconocer ella la pitillera, contestara como lo hizo. Al cogerla desprevenida, tuvo que inventar una historia que acusaba a Derek. *Bien entendu* que aquélla no era la idea original. Al conde de la Roche se le escogió como cabeza de turco. Por eso Ada Mason no quiso reconocerlo, por si tenía alguna coartada.

»Ahora recuerde usted lo que sucedió el día de mi último interrogatorio a la doncella y se dará cuenta de un hecho muy significativo. Le sugerí que el hombre que ella había visto no era el conde de la Roche, sino Derek Kettering. De momento, persistió en sus dudas, pero en cuanto llegué a mi hotel me telefoneó usted para comunicarme que la doncella, después de hacer memoria, estaba convencida de que el hombre en cuestión era Derek Kettering. Yo ya esperaba algo por el estilo. Esta repentina seguridad no tenía más que una explicación. Ada Mason había consultado con alguien y recibió instrucciones, de acuerdo con las cuales procedió. ¿Quién le dio tales instrucciones? El comandante Knighton. Y había otro pequeño detalle que podía o no significar mucho. En una conversación casual, Knighton había mencionado un robo de joyas ocurrido en Yorkshire en la que él se encontraba de visita. Quizás una mera coincidencia o un pequeño eslabón de la cadena.

—Pero hay algo que no entiendo, *monsieur* Poirot —dijo Van

Aldin—. Debe ser porque soy torpe, porque si no me hubiera dado cuenta antes. ¿Quién fue el hombre que habló con mi hija en París? ¿Derek Kettering o el conde de la Roche?

—Eso es lo más sencillo de todo el asunto. *No había ningún hombre. Ah, mille tonnerres!* Es muy astuto. ¿Quién nos habla de ese hombre?Únicamente Ada Mason. Y creemos a Ada Mason porque Knighton nos confirma que la vio en París.

—Pero Ruth le dijo al conductor que había dejado a su doncella en París —protestó Van Aldin.

—¡Ah! Ahora llego a eso. Tenemos la declaración de Mrs. Kettering, pero por otro lado no tenemos nada, porque una muerta no puede hablar. No se trata de lo que dijo ella, sino de lo que dijo el conductor, lo cual es muy distinto.

—Entonces, ¿cree usted que el conductor mintió?

—¡No, no! El hombre contó lo que para él era verdad. Pero la mujer que le dijo que había dejado a su doncella en París, no era Mrs. Kettering.

Van Aldin le miró asombrado.

—Monsieur Mr. Van Aldin, Ruth Kettering estaba muerta antes de que el tren entrara en la Gare de Lyon. Fue Ada Mason quien, vestida con las inconfundibles ropas de su señora, la que compró la cesta de víveres e hizo aquella necesaria declaración al conductor.

—¡Imposible!

—No, *monsieur* Van Aldin, no es imposible. *Les femmes* jóvenes de hoy en día se parecen tanto que uno las identifica más por sus vestidos que por sus rostros. Envuelta en el magnífico abrigo de pieles, con el sombrerito rojo echado sobre los ojos y unos mechones de pelo castaño asomando sobre cada oreja, no es de extrañar que el conductor se confundiera. Además, recuerde que hablaba por primera vez con Mrs. Kettering. También había visto a la doncella cuando ella le dio los billetes, pero la impresión que tuvo fue sólo de una mujer alta y delgada. Si hubiera sido un hombre muy inteligente se habría fijado en que la criada y la señora tenían una figura semejante, pero eso no era de esperar.

»Además, recuerde que Ada Mason o Kitty Kidd es una actriz capaz de transformar su apariencia y el timbre de su voz en un momento. No, no era fácil que el conductor reconociera a la doncella vestida con las ropas de su señora, pero existía el peligro

de que, cuando él descubriera el cadáver, se diera cuenta de que aquélla no era la mujer con la que había hablado la noche anterior. Y ahora vemos la razón por la que le desfiguraron el rostro. El mayor peligro que corría Ada Mason era el de que Katherine Grey la fuese a ver a su compartimiento después de que el tren saliese de París. Aquel peligro lo evitó comprando la cesta de provisiones y encerrándose en el compartimiento.

—¿Pero quién mató a Ruth y cuándo la mató?

—Ante todo, recuerde que el crimen lo planearon y lo cometieron los dos: Knighton y Ada Mason. Knighton había ido a París aquel día por asuntos de usted. Subió al Tren Azul en alguna de las paradas de la *ceinture* de París. Mrs. Kettering se debió sorprender, pero no es fácil que sospechara sus intenciones. Seguramente, él atrajo su atención hacia la ventanilla y, cuando ella se volvió, Knighton le echó el cordón al cuello y todo terminó en unos segundos. La puerta del compartimiento estaba cerrada, y él y Ada Mason se pusieron a trabajar. Despojaron a la muerta de sus ropas, envolvieron el cuerpo en una manta y lo dejaron sobre el asiento del compartimiento contiguo, entre las maletas y las cajas. Knighton se bajó del tren con el joyero que contenía los rubíes. Como se supondría que el crimen se había cometido casi doce horas más tarde, él estaba completamente a salvo. Su declaración y las supuestas palabras de Mrs. Kettering al conductor asegurarían la coartada de su cómplice.

»En la Gare de Lyon, Ada Mason compró una cesta de víveres y en el aseo se vistió con las ropas de su señora, se puso unos bucles de cabellos castaños y procuró parecerse lo más posible a la muerta. Cuando el conductor entró para hacer la cama le contó la historia de que había dejado a la doncella en París y, mientras él hacía la cama, ella permaneció mirando por la ventanilla, de espaldas al pasillo y a las personas que pasaban por allí. Fue una sabia precaución, porque, como sabemos, *miss* Grey fue una de las personas que pasaron y ella, entre otras, fue de las que declararon que a aquella hora Mrs. Kettering vivía aún.

—Continúe —dijo Van Aldin.

—Antes de llegar a Lyon, Ada Mason colocó el cuerpo de su señora en la litera, colocó cuidadosamente las ropas de la difunta a los pies de la cama y, después de vestirse de hombre, se preparó

para abandonar el tren. Cuando Derek Kettering entró en el compartimiento de su esposa, creyó verla dormida, pero la escena ya estaba preparada y Ada Mason, oculta en el otro compartimiento, esperaba el momento de apearse sin despertar sospechas. En cuanto el conductor bajó del andén, ella le siguió y se puso a pasear como si estuviese tomando el fresco.

«Después, aprovechando un momento en que nadie la miraba, pasó al otro andén y tomó el primer tren de regreso a París. Se instaló en el hotel Ritz, donde había alquilado una habitación a su nombre unas de las cómplices de Knighton. Ya no tenía más que esperar tranquilamente la llegada de ustedes. Las joyas no estaban ni habían estado nunca en su poder. Tampoco nadie sospechaba de Knighton y, como su secretario, lleva impunemente los rubíes a Niza. Ya estaba convenida su entrega a Mr. Papopolous y en el último momento se las confía a Ada Mason para que se las lleve al griego. Hay que reconocer que es un golpe magistralmente planeado. No se podía esperar menos de un maestro como El Marqués.

—¿Está usted realmente convencido de que Richard Knighton es un famoso criminal que lleva años cometiendo robos? —Poirot asintió.

—Una de las características de ese caballero llamado El Marqués es su irresistible encanto. Usted mismo fue víctima de su encanto cuando lo tomó como secretario suyo sin conocerlo.

—Le juro que él ni siquiera lo insinuó —protestó el millonario.

—Lo hizo con mucha astucia, tanta que logró engañar a un hombre como usted, cuyo conocimiento de los hombres es inmenso.

—Miré sus antecedentes y eran irreprochables.

—Sí, sí, eso formaba parte del juego. Con el nombre de Richard Knighton su vida estaba libre de toda sospecha. Era hijo de una honorable familia, bien relacionado, y se había portado heroicamente en la guerra. Pero cuando empecé a seguir la pista del misterioso Marqués encontré varios puntos de coincidencia entre los dos. Knighton hablaba el francés como un verdadero francés, y había estado en Francia, Inglaterra y Estados Unidos casi al mismo tiempo que El Marqués operaba en aquellas naciones. Las últimas hazañas de El Marqués habían sido unos robos de joyas en Suiza y fue allí donde usted conoció al comandante Knighton, precisamente

cuando corrieron los primeros rumores de que usted estaba en tratos para adquirir los famosos rubíes.

—Pero ¿por qué la asesinó? —preguntó Van Aldin desconsolado —Seguramente un ladrón de su talento podría haber cometido el robo sin jugarse el cuello —Poirot meneó la cabeza.

—No es el primer asesinato que El Marqués tiene en su haber. Es un criminal nato. Cree que lo mejor es no dejar ninguna prueba. Los muertos no hablan. El Marqués sentía una verdadera pasión por las joyas históricas. Ya tenía preparado el plan cuando entró como secretario suyo y colocó a su cómplice como doncella de su hija, porque suponía que los rubíes serían para ella. Pero, aunque el plan madurado era éste, no vaciló en buscar un atajo cuando envió a un par de matones para que le asaltaran la noche que usted compró las joyas. La intentona falló y no creo que a él le sorprendiese. Su plan eliminaba casi todos los riesgos. Ninguna sospecha podría recaer sobre Richard Knighton. Pero, como todos los grandes hombres, y El Marqués lo era, tenía su debilidad. Estaba sinceramente enamorado de *miss* Grey y, sospechando que ella quería a Derek, no pudo resistir la tentación de cargarle a éste el crimen cuando surgió la ocasión».

»Y ahora, Mr. Van Aldin, voy a decirle algo muy curioso. Miss Grey no es ninguna mujer imaginativa. Sin embargo, está firmemente convencida de que sintió la presencia de su hija a su lado en los jardines de Montecarlo, precisamente después de sostener una larga charla con Knighton. Tuvo la convicción de que la muerta trataba de decirle algo, y de pronto se le ocurrió que quería decirle que Knighton era su asesino. Aquella idea le pareció a *miss* Grey tan fantástica que prefirió no comentársela a nadie. Sin embargo, estaba tan convencida de que era verdad y obró en consecuencia. Alentó los avances de Knighton y simuló estar convencida de la culpabilidad de Derek.

—¡Extraordinario! —dijo Van Aldin.

—Sí, es muy extraño. Uno no puede explicarse estas cosas. Por cierto, hubo un pequeño detalle que me desconcertó bastante. Su secretario tenía una visible cojera; el resultado de una herida de guerra. En cambio, El Marqués caminaba sin la menor dificultad. Esto era un escollo. Pero *miss* Lenox me dijo un día que la cojera de Knighton había sido una verdadera sorpresa para el cirujano que le

había atendido en el hospital de su madre. Aquello me hizo creer en una simulación. Por eso, en cuanto llegué a Londres, fui a ver a ese cirujano y obtuve varios detalles técnicos que confirmaron en mi creencia. Recordará usted que anteayer nombré a ese cirujano delante de Knighton. Lo más lógico hubiera sido que dijese que ese doctor le había atendido durante la guerra. Pero se calló, y este último detalle me convenció de que mi idea respecto al verdadero culpable no era equivocada. Miss Grey también me ayudó al enseñarme un recorte en el que se mencionaba un robo de joyas en el hospital de *lady* Tamplin, durante la estancia de Knighton. Miss Grey comprendió que yo seguía la misma pista cuando le escribí desde el Ritz de París. Allí tropecé con algunas dificultades en mis investigaciones, pero al fin conseguí lo que deseaba: Las pruebas de que Ada Mason había llegado al hotel la madrugada siguiente del crimen y no la noche anterior.

Hubo un largo silencio; luego, el millonario tendió su mano a Poirot por encima de la mesa.

—Supongo que usted sabe lo que esto significa para mí, *monsieur* Poirot —dijo con voz ronca—. Esta misma mañana le enviaré un cheque, pero ningún cheque del mundo podría expresarle el agradecimiento que siento hacia usted por lo que ha hecho. Es usted el hombre más grande que he conocido. Siempre será usted único.

Poirot se puso de pie y abombó el pecho.

—Yo no soy más que Hércules Poirot —dijo modestamente—. Como usted dice, sí, en mi clase soy un gran hombre, como usted también lo es en la suya. Estoy muy satisfecho de haberle podido servir. Y ahora, con su permiso, voy a reponerme de la fatiga del viaje. Es una pena que mi excelente George no esté conmigo.

En el vestíbulo del hotel se encontró a un amigo, al venerable Papopolous, a quien acompañaba su hija.

—Le creía a usted fuera de Niza, *monsieur* Poirot —murmuró el griego, mientras estrechaba calurosamente la mano que le tendía el detective.

—Las obligaciones me han hecho volver, mi querido Papopolous.

—¿Las obligaciones?

—Sí, las obligaciones. A propósito, espero mi querido amigo, que ya esté mejor de salud.

—Sí, me encuentro mucho mejor. Mañana mismo volveremos a París.

—No sabe usted cuánto me alegro de tan buena noticia. Confío en que no habrá usted arruinado del todo al ex primer ministro griego.

—¿Yo?

—Tengo entendido que le ha vendido usted un rubí maravilloso, que, aquí *entre nous*, luce *mademoiselle* Mirelle, la bailarina. ¿Es cierto?

—Sí —murmuró Mr. Papopolous—, ésa es la pura verdad.

—Un rubí muy parecido al famoso «Corazón de fuego».

—Sí, tiene cierto parecido —dijo el griego despreocupadamente.

—Tiene usted unas manos maravillosas para las joyas, Mr. Papopolous, le felicito. Mademoiselle Zia, su partida me llena de desconsuelo. Esperaba poder verla un poco más ahora que he terminado mi trabajo.

—¿Sería una indiscreción preguntarle cuál era ese trabajo? —preguntó el griego.

—¡En absoluto, no faltaba más! Acabo de echarle el guante a El Marqués.

Una expresión distante apareció en el noble rostro de *monsieur* Papopolous.

—¿El Marqués? Me suena ese nombre… En fin, no puedo recordarlo.

—No se moleste usted, estoy seguro que no lo conoce. Se trata de un célebre criminal y ladrón de joyas. Acaba de ser detenido por el asesinato de la dama inglesa, *madame* Kettering.

—¿De veras? ¡Qué interesantes son esas cosas!

Se despidieron cortésmente y, cuando Poirot se hubo alejado, Papopolous se volvió hacia su hija.

—Zia, ese hombre es el mismo diablo —afirmó convencido.

—A mí me gusta.

—A mí también, pero de todos modos, es el diablo en persona.

Capítulo XXXVI

JUNTO AL MAR

La mimosa, que empezaba a marchitarse, impregnaba el aire de un olor poco grato. Las grandes matas de rosados geranios entrelazados en la balaustrada de Villa Marguerite y los claveles del jardín, saturaban el ambiente de un denso y delicioso aroma. El azul del Mediterráneo era más intenso que de costumbre.

Poirot estaba sentado en la terraza con Lenox Tamplin. Acababa de contarle la misma historia que dos días antes le había explicado a Van Aldin.

Lenox le había escuchado absorta, con el entrecejo fruncido y los ojos sombríos. Cuando Poirot terminó, dijo sencillamente:

—¿Y Derek?

—Ayer fue puesto en libertad.

—¿Dónde está ahora?

—Salió de Niza ayer noche.

—¿Ha ido a St. Mary Mead?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Me equivoqué con Katherine —señaló Lenox—. Creí que no le quería.

—Miss Grey es muy reservada. No confía en nadie.

—Al menos podría haber confiado en mí —dijo Lenox con cierta amargura.

—Sí —Poirot asintió con gravedad—, podía haber confiado en usted, pero hay que tener en cuenta que ha pasado parte de su vida escuchando las confidencias de los demás. A las personas que acostumbran a escuchar, no les resulta fácil hablar. Se guardan las penas y las alegrías, y no confían en nadie.

—Fui una tonta. Creí que estaba enamorada de Knighton. Me equivoqué. Creo que supuse… mejor dicho, confiaba en ella.

Poirot cogió una de las manos de la joven y la apretó con cariño.

—Sea usted valiente, *mademoiselle* —dijo con bondad.

Lenox fijó su mirada en el lejano horizonte y, a pesar de su fea rigidez, su rostro adquirió por un momento una trágica belleza.

—¡Bueno! —dijo al fin—. De todas maneras era imposible. Soy demasiado joven para Derek. Él es como un niño que no ha crecido. Necesita el toque de las madonas.

Se hizo un largo silencio. De pronto, Lenox se volvió hacia Poirot.

—Por lo menos le ayudé, ¿verdad, *monsieur* Poirot?

—Sí, *mademoiselle*. Usted me permitió vislumbrar la verdad al decirme que no era preciso que la persona que cometió el crimen viajase en el tren. Antes no tenía yo la menor idea de cómo pudo ocurrir.

Lenox inspiró con fuerza.

—Me alegro. Por lo menos eso es algo.

Se oyó en la lejanía el silbido de un tren.

—¡Es el maldito Tren Azul! —exclamó Lenox—. Los trenes son cosas implacables, ¿verdad, *monsieur* Poirot? La gente muere o la asesinan y ellos siguen en marcha como si tal cosa. Ya sé que es una tontería, pero usted me comprende, ¿verdad?

—¡Claro que la comprendo! La vida es como un tren, *mademoiselle*. Sigue adelante y es una suerte que sea así.

—¿Por qué?

—Porque el tren siempre llega a su destino. Hay un refrán en su idioma que habla de eso, *mademoiselle*.

—«Al final del viaje se encuentra el amor» —se apresuró a decir Lenox y se echó a reír—. Pero eso no reza conmigo.

—¿Por qué no? Es usted muy joven, mucho más de lo que usted se figura. Confíe en el tren, porque es el *bon Dieu* el maquinista.

De nuevo se oyó el silbido del tren.

—Confíe en el tren, *mademoiselle* —volvió a murmurar Poirot—. Y confíe en Hercule Poirot. *Él sabe…*

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Rogelio Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.